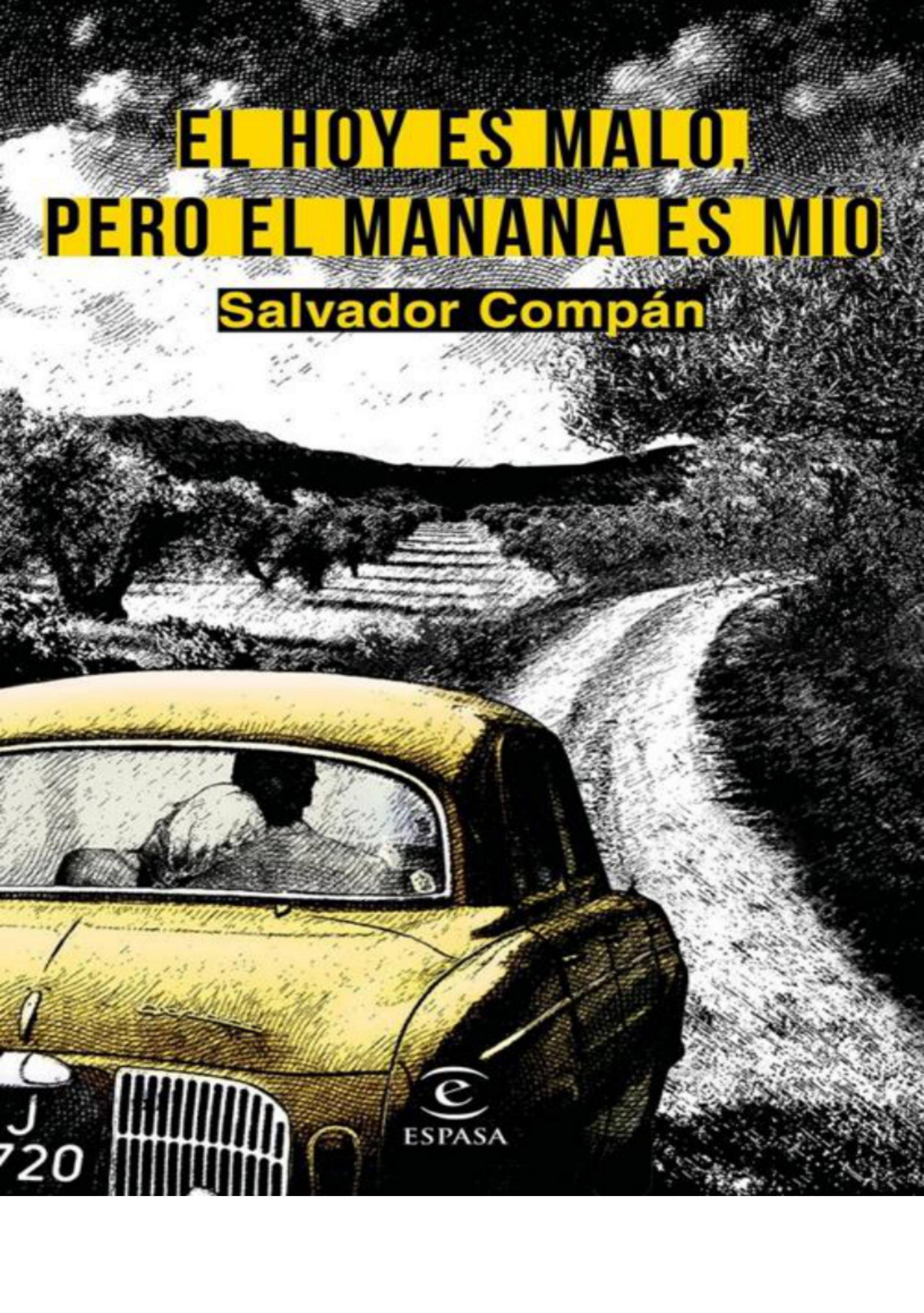

EL HOY ES MALO,
PERO EL MAÑANA ES MÍO
Salvador Compán
ESPASA
J
720

Índice

Para todos aquellos que, tras atravesar el túnel de cualquier dictadura, pudieron levantarse y hacer suyo su futuro.

Para María José, siempre.

Dejó como un espejo bruñida su armadura
y dijo: «El hoy es malo pero el mañana… es mío».

ANTONIO MACHADO, «Una España joven»

Niños del mundo,
si cae España —digo, es un decir—,
si cae
del cielo abajo su antebrazo,
niños, ¡qué edad la de las sienes cóncavas!, ¡qué pronto en vuestro pecho el ruido anciano!, ¡qué viejo vuestro 2 en el cuaderno!, niños, ¡cómo vais a cesar de crecer!,
¡cómo vais a bajar las gradas del alfabeto hasta la letra donde nació la pena!
Si no veis a nadie, si os asustan
los lápices sin punta, si la madre
España cae —digo, es un decir—,
salid, niños del mundo; id a buscarla.

CÉSAR VALLEJO, *España, aparta de mí este cáliz*

La ciudad donde se desarrollan los hechos de esta novela lleva el nombre de Daza como un acrónimo que funde a Úbeda y Baeza, dos localidades muy próximas y unidas por tantas circunstancias históricas, artísticas y culturales que en realidad podrían formar una única ciudad bipolar.

Prólogo



Cuando yo tenía quince años quería ser Picasso, aunque también aspiraba a parecerme a Leonardo da Vinci y a Vidal Lamarca, como si la fuerza creadora de los tres pudiera fundirse en una sola mano de pintor. Hoy no trabajo en nada de lo que me enorgullezca, a veces expongo mis óleos con unas ventas casi misericordiosas y todavía trato de emular a Lamarca, aquel pintor a quien tanto quise parecerme.

Durante mi infancia Vidal tuvo para mí la atracción de lo indescifrable y, solo después, cuando llegué a conocerlo como se conocen a los amigos, sería ya lo que sigue siendo hoy, una persona excepcional que se acomodaba con mucha dificultad a la vida de Daza, aunque sería mejor escribir que nunca encontró su sitio en esta ciudad de comportamientos estables, heredados de un pasado tan espléndido que parecía renacer cada día con el único fin de taponar la entrada de las incertidumbres del futuro.

Llegó Vidal a Daza después de la Guerra Civil. Vino aquí con el aire espantado de los sobrevivientes de la cárcel y cargó mucho tiempo con un halo de proscrito a pesar de su discreción y de sus esfuerzos por ganar la indulgencia de los otros. Se podría decir que nunca entró del todo en la ciudad, que su mente estuvo siempre esperando al pasado o yéndose hacia atrás en busca del hombre que un día fue. Pero esa imagen es sin duda insuficiente, porque en los muchos años que pasó en Daza experimentó contradicciones y cambios, y lo envolvieron acontecimientos que tiraron de él con fuerza para llevarlo adonde jamás había previsto.

El último día de julio de 1940, Sebastián Lanza se presentó en la ciudad con un joven de diecinueve años, taciturno y moreno, al que trataba en público con afecto de propietario, casi como un trofeo de guerra, y al que solía referirse como a un redimido de los extravíos de la República. Ambos formaban una especie de asociación desigual: Sebastián era la luz canalla de los que triunfan con mañas espurias y Vidal era su voz afónica, el susurro discreto del otro.

Causaba Vidal extrañeza por su apocamiento. Era un hombre

bastante alto, de formas angulosas y tan guapo que enseguida imponía esa especie de autoridad que le concedemos a todo lo bello; pero debajo de ese corpachón como hecho para el exceso apenas se notaba un ánimo borroso que prefería manifestarse con el silencio o con gestos receptivos y como educados en la resignación.

Sebastián Lanza lo nombró gerente de su empresa, lo hizo su compañero de farras y trampas, y lo instaló en su casa con la alegría de un padre dadivoso hasta que unos años más tarde le cedió uno de los pisos que tenía en alquiler en Daza, una vivienda que siempre me gustó porque tenía tres balcones abiertos sobre el Paseo Mercado, el antiguo corazón civil de la ciudad, una plaza de casas homogéneas que forman un amplio cuadrado presidido en su parte norte por la iglesia gótica de San Pablo y, en el sudeste, por los arcos del ayuntamiento viejo.

Muchas veces vi a Vidal asomado a alguno de los balcones de su piso con su aire de estar muy lejos, sin ni siquiera fijar la mirada en los transeúntes, como si tuviera aprensión a bajar para mezclarse con aquel abejeo de gente caminando entre los jardines, de niños y de juegos o de personas arracimadas en los bancos que él miraba con los ojos idos del que está viendo otras cosas en otra parte.

Hablar de Vidal Lamarca en esta época es hablar en gran parte de espacios aislados, de sus paseos por las afueras de la ciudad o de la iglesia de Santo Domingo donde yo le ayudaría a pintar un inquietante retablo. Es hablar también de un hombre seco de trato, que con frecuencia venía a nuestro molino y mantenía con mi padre profusas conversaciones entre vinos espaciados y partidas de billar. Pero, sobre todo, es hablar de la empresa de Sebastián Lanza donde trabajó casi a diario en un cuarto alto, pegado al techo de la nave y lleno de ventanas que no abrían a otro paisaje más que al del borrón amarillo de las bombillas y al de los productos almacenados en estanterías que formaban largas calles regulares.

La empresa de Sebastián, Transportes Lanza, S. A., estaba en el norte de la ciudad, a escasos cien metros del molino aceitero de mi padre, en cuyos altos vivíamos, justo al borde de la carretera que sale de la ciudad en dirección norte buscando el Guadalimar y los murallones de Sierra Morena. Los dos edificios destacaban por su gigantismo entre las casas colindantes que se iban empequeñeciendo y ganando en blancura conforme la carretera entraba en el campo. Tras la fachada de ladrillo y un portón de chapa coronado por las palabras

«EMPRESA LANZA» en hierro forjado, se levantaban los picos de tres naves de las que una, la más grande, se dedicaba a almacén de alimentos y las otras, a garaje para camiones.

En un rincón de la explanada de acceso a las naves, bajo una acacia, permanecía encallado un viejo camión soviético, un ZIS-5, pura reliquia de la guerra que sobrevivía apoyado sobre troncos, lleno de óxido y con el parabrisas astillado. A mi hermano Tono le gustaba mucho el anagrama del ZIS-5, que estaba formado por letras en alfabeto cirílico, pero que si se leían como letras latinas se parecían a las siglas 3HC y, según Lanza, eso significaba «Tres Hermanos Comunistas». Le entusiasmaba a Tono esa interpretación del anagrama y que la cabina presentara una sobriedad de palancas, relojes y chapas de acero que recordaban al interior acorazado de un tanque.

Conservo todavía el calco del logotipo del camión, hecho por mi hermano con el mismo escrúpulo de un arqueólogo. Puso un papel sobre las letras de metal que remataban el radiador y estuvo pasando mucho tiempo un lápiz por encima hasta que sacó a la luz ese prodigioso 3HC.

—Tres hermanos comunistas —me dijo con los ojos estirados por el placer—. Tú, yo y el camión.

Tono Suances, mi único hermano, tiene un desvarío de los genes que le ha parado los años en la inocencia y lo ha llenado de una alegría que se antoja invencible. Es un año menor que yo, pero siempre tuve la sensación de que no tiene edad o de que no llegará nunca a dejar esa manera suya de estar en la vida como si la vida fuera una fiesta. En su percepción del mundo nada es insignificante ni carece de función, los seres son benéficos y el mal un error de la bondad, pero sin más sustancia que la de una brisa oscura que, si llega a envolverlo, enseguida se disuelve sin dejar consecuencias.

Pocas veces Tono me dice Pablo a secas o hermano a secas. Prefiere llamarme hermano Pablo. Hermano Pablo. Como si esas dos palabras le hincharan el orgullo en la boca, le dieran algo de lo que soy y le atizaran la admiración que siente por mí.

Con su capacidad para desarmar y compartir, mi hermano se metía en la empresa de Sebastián Lanza atraído por el viejo camión ruso y por la protección de Lamarca, que se prestaba a que Tono hiciera sus deberes en la oficina o a que lo esperara muchas tardes en el primer patio, de pie en el estribo del ZIS-5, atisbando la puerta de salida con la ansiosa puntualidad de un *paparazzi*. Lo acompañaba. Se acompañaban. Había entre ellos un lenguaje instintivo, casi animal o magnético, que apenas necesitaba de algo más que del silencio.

A pesar de que mi padre, Antonio Suances, era quizá el único

amigo que tuvo Vidal en la ciudad, no fue él sino Tono quien propició que Lamarca me aceptara como su alumno de dibujo. Sucedió en una mañana en la que yo tenía, según las cuentas obsesivas de mi hermano, doce años, tres meses y catorce días. Tono entró corriendo en mi cuarto y con la voz precipitada por la ansiedad me dijo que, al mostrarle mis dibujos a Vidal, él le había pedido que fuera a verlo porque estaba dispuesto a sacar de esos dibujos el talento que llevaban dentro. Mientras me recordaba Tono la edad exacta que yo tenía en ese día, que él consideraba memorable, se abrazaba a mi cintura pegando su cara contra mi pecho y así, hecho una rémora, protegiéndome, me tomaba a su cargo apadrinándome en su gozosa función de marchante.

Crear es parecido a arar: hay que levantar la realidad y removerla hasta que nos enseñe sus raíces. Con frases como esa, reforzaba Lamarca las correcciones que le iba haciendo a mis dibujos. No he olvidado ese y otros comentarios suyos sobre el nervio que hay que meterle a la mano al dibujar. Desde la primera clase en la que le llevé un grafito de la fachada del seminario de San Felipe Neri, supe que él me exigiría no copiar un modelo, sino mostrarlo en su forma más transparente y significativa.

En las hojas de mi bloc de dibujo Centauro quedaron anotadas, como glosas, otras observaciones:

> *Nunca serás un pintor si no consigues que este cenicero sea al mismo tiempo todos los ceniceros. Así que resalta sus formas esenciales que son resumen de todas las formas comunes.*
>
> *Intenta que cada línea que pongas en el folio esté colocada en un espacio, no en un plano. Mira el folio como si tuviera volumen, como si no solo fuera ancho y largo, sino también profundo.*
>
> *Dibujar no es imitar: es descubrir.*
>
> *Si utilizas solo los ojos y no la memoria y las asociaciones de la mente, llegarás como mucho a la copia, pero no a la creación.*

En estos años de mi infancia, muchos de los datos que tenía sobre Vidal me habían llegado escorados por ese tipo de desinformación que

difunden quienes se sienten importantes por contar quiénes son los otros y, cuando lo ignoran, inventan lo desconocido como hacen las religiones. Quiero decir que era tan extraña la personalidad de Vidal, tan llamativa era su dependencia de Sebastián Lanza y tan excepcional su modo de comportarse que se oían rumores sobre él con visos de verdad, enseguida ampliados o negados por otros hasta formar una espesura equivalente al disparate. Aunque quizá el pasado carcelario de Lamarca, su misma estatura sobresaliente y su cara de cartel de película hubieran bastado para condenarlo a la rueda de habladurías en una ciudad como Daza, tan propicia al letargo y a la autarquía.

La relación de alumno que yo tenía con Lamarca o su amistad con mi padre y con Tono apenas me corregían esos rumores sobre un hombre inaprensible. Sin embargo, intuía que había un mundo en ascuas debajo de su aspecto sólido y aseado, que tenía algo de geométrico: el pelo echado hacia atrás como una sola onda de negrura, la caída a plomo de pantalones y chaquetas, y un aire de pulcritud de uñas o zapatos relucientes que aumentaba en la tersura de los ángulos de la cara, siempre como recién afeitada. Avivaba mi imaginación que hubiera frecuentado a Rafael Zabaleta, del que teníamos un bodegón en nuestro cuarto de estar, y que se hubieran retratado al óleo el uno al otro llegando a asentar una extraña amistad cuyas bases residieron, según hoy sé, en un mutuo reconocerse en la derrota, en la orfandad y en la pintura.

Así que desconocía casi todo de ese hombre para quien crear era como arar y que contaba con mi total admiración por dibujar con tanta seguridad como si calcara una imagen perfecta, oculta en la trama del papel, que solo para él era visible. Aparte de esto, apenas podía añadir algún dato más: Lamarca había perdido una guerra, escondía su pasado con su presente, comulgaba con puntualidad los domingos en El Salvador y tenía una oscura relación, de secuaz y de amante, insistían algunos rumores, con Sebastián Lanza.

Los hechos ajenos tienen mucho de cajas vacías que solemos llenar con nuestros prejuicios, y tal vez por eso los enigmas que subyacían en Lamarca se me agrandaron como mitos cuando una mañana de invierno sentí una especie de vértigo al ser testigo de cómo Vidal, el comedido Vidal, llevaba dentro de sí el desgarrón de la violencia.

Sucedió un domingo del invierno del sesenta y uno. Caía aquel amanecer sobre Daza un aguanieve que no llegaría a cuajar, pero al levantarme los copos tenían la suficiente densidad como para hacerme

salir al campo con el fin de tomar algunas instantáneas de paisajes para la colección de fotos de mi padre. Pero ni siquiera llegué a sacar la Kodak de su funda y regresé a casa con el aguijonazo de tener que guardar en mi memoria un hecho tan inquietante que no sabía cómo interpretar ni qué hacer con él.

Salí de la ciudad por el barrio de los alfareros con la intención de llegar a la Fuente de la Alameda porque desde allí las torres de Daza presentan un bonito aspecto de mástiles levantados sobre la ola de la loma buscando abrirse camino hacia el valle. Antes de llegar a la fuente, cuando pasaba cerca de un bosquecillo de álamos que despuntaba sobre una muralla de zarzamoras, me pareció notar un temblor en las hojas, cambios en el contraluz, sombras tras la maleza, y fui cambiando de posición hasta que pude saber que alguien estaba disparando con una pistola a la que se había puesto un silenciador: sonidos como goterones, mecánicos y sordos, que me llegaban con nitidez en medio de esa soledad del campo subrayada por la nieve.

Aun sin saber quién hacía los disparos, o quizá por no saberlo, me sentí culpable, incierto, acechado por lo que yo acechaba. Distinguía entre las zarzas un hombro, el ala de un sombrero, a veces, la pistola rematada por la forma cabezona del silenciador y fragmentos de una espalda que retemblaba con cada uno de los disparos. Agachándome, vi mejor el torso de un hombre que, oscuro en medio de la nieve, desplegaba el brazo en el aire, lo balanceaba con cuidado para dejarlo quieto a la altura de su hombro hasta que los disparos lo hacían rebotar en bruscas sacudidas.

Enseguida regresé sobre mis pasos a la ciudad pero caminaba volviéndome de vez en cuando para no perder de vista los zarzales y, cuando me alejé lo suficiente, esperé en un recodo de la vereda.

Al principio distinguí solo un bulto que azuleaba ante el pardo salpicado de nieve de los matorrales; después, a poco que avanzó, ese bulto fue Vidal Lamarca. Regresaba a Daza por el mismo sendero en donde yo me había apostado, inconfundible con su abrigo cruzado, el sombrero caído hacia delante para proteger la cara y su andar característico de pasos serenos, demasiado lentos para sus piernas largas.

Quizá la incredulidad me hizo de nuevo aguardarlo en un rincón de la plaza de los Olleros para observarlo pasar más de cerca. Venía empapado bajo lo que ahora era una lluvia creciente y, sin embargo, caminaba con la misma parsimonia de antes y así continuó mientras subía por la cuesta de la Merced hasta que lo vi desaparecer camino de su casa por el arco de herradura de la muralla. Me había sorprendido tanto que el circunspecto Vidal tuviera una pistola y se

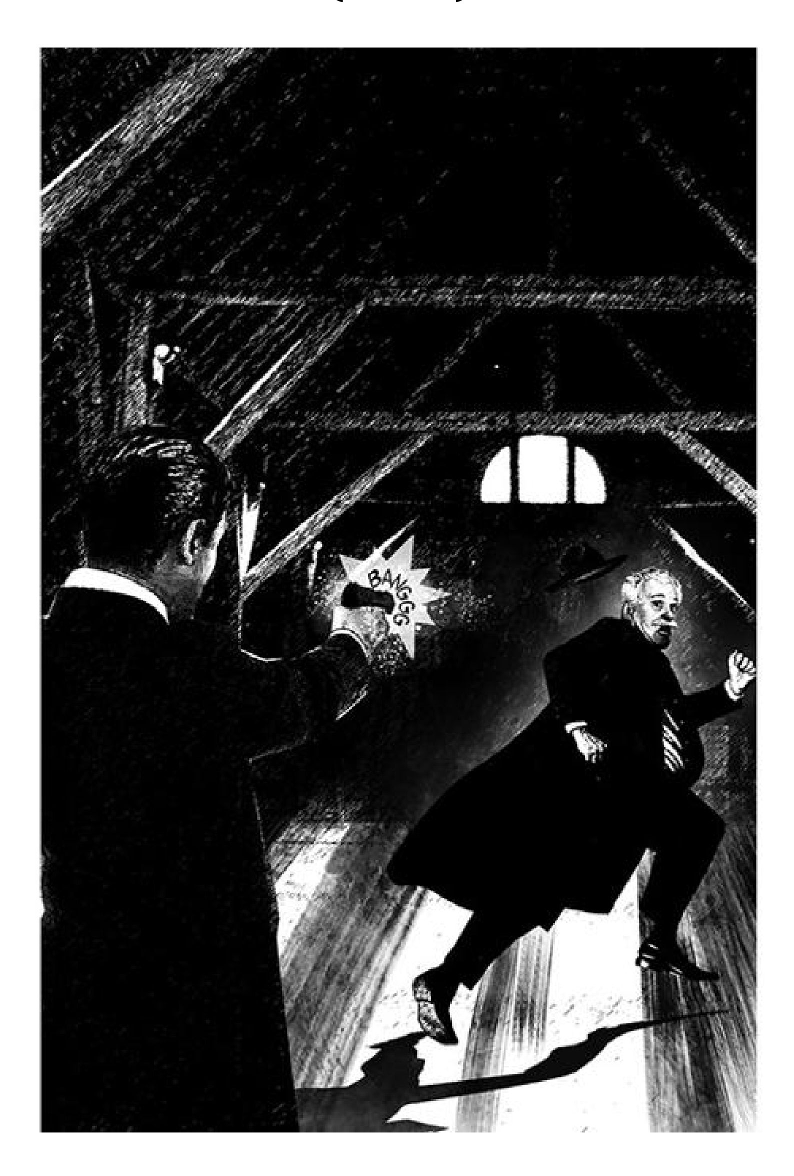
entrenara con ella oculto bajo tantas salvaguardas (la maleza, la inclemencia de la nieve, el campo desolado en la mañana de domingo) que hasta me parecía congruente verlo caminar bajo la lluvia con una tranquilidad que tenía algo de un paseo bajo el sol.

Así que observaba el paso sosegado de Lamarca mientras que, con el embrutecido candor que me imponía mi educación religiosa, como un sesudo niño teólogo, pensaba: debajo del abrigo esconde el alma dura de la pistola y ella es más suya que su inocente apariencia de hombre vencido. Barajaba todo lo que sabía de Lamarca tratando de que encajara en el conjunto ese descubrimiento mientras pensaba que el arma (el alma) de Vidal no era un objeto inerte, sino que él se cuidaba de mantenerla en uso y con ella se habría ejercitado otras veces en parajes solitarios disparando contra los troncos de los álamos como si clavara sus balas en el cuerpo inmóvil de un hombre.

Ahora, cuando comienzo a contar la historia de Vidal Lamarca, lo veo sin remedio metido en esa niebla de misterio de la que parecía venir sin dejarla nunca atrás, y quizá por eso se me impone la extraña asociación entre él y Antonio Machado cuando, treinta años antes, llegó a esta misma ciudad. El poeta vino en 1912 sin más futuro que el que había dejado a la espalda, Leonor, la niña que se le acababa de morir en Soria, y ese vacío hizo que su vida se redujera en Daza a esquivar sus afanes suicidas y a dar paseos, como si lo hiciera por un paisaje virgen, por su memoria rota. Solo pudo salir de la Soria que vivía en su mente cuando miró de cerca el entorno opresor de Daza y la cercanía de la injusticia le sacudió el embeleso, lo llenó de rebeldía y lo metió a tirones en el presente. Pero llegó con los sentidos tan embotados que no dedicó ni un mínimo verso al magnetismo de la ciudad, un prodigio de armonía renacentista, si bien él fue siempre poeta de extramuros, de campos y horizontes, y no de piedras labradas.

Algo parecido se puede decir de Vidal Lamarca. Cuando viene aquí tutelado por Sebastián Lanza, ya estaba camino de conseguir el asombroso dominio que tuvo luego para el dibujo y, a pesar de ello, los primeros años que pasa en Daza su instinto para lo plástico permanece ciego y, como a Machado, la belleza de la ciudad le es indiferente. También, como a Machado, será el coraje ético el que lo arrancará de su letargo y lo hará entrar a empujones en esa corriente de aguas puras y pútridas a la que llamamos vida.

I
(1964)



1

Rosa Teba
(6 de abril del sesenta y cuatro)

Cuando el 6 de abril de 1964 Vidal Lamarca sale del trabajo, ve a Sebastián Lanza y a uno de sus mecánicos volcados sobre el motor del camión soviético que agoniza en un rincón de la explanada delantera de la empresa. Camina hacia donde los dos hombres con caras serias señalan algo bajo el capó en medio de una charla que los hace manotear y que pronto se resuelve en voces y en sonrisas de excitación. Antes de que Vidal llegue al hueco formado por las tapias y las ramas de la acacia donde está varado el camión, Sebastián se yergue orondo, palmea el guardabarros y le grita:

—¡A esta chatarra la vas a ver resucitar!

A las cinco menos diez ordenó Lamarca las últimas facturas, guardó el archivador y, al apagar el flexo, anticipaba ya el alivio por salir del cubo de cristal de la oficina donde se condensaban los olores espesos de las mercancías apiladas abajo, a lo largo de la nave. Cuando, deslumbrado, va abriendo la puerta del edificio, se extrañará del trajín en torno al vehículo, aunque todavía le sería imposible imaginar que esa agitación era la primera señal de que el día iba a tener algo de extraordinario y ese 6 de abril se estaba empezando a diferenciar tanto de los demás días que ya no olvidará ninguna de las nimiedades que se fueron sucediendo hasta la noche.

Respira hondo en la puerta de la nave, adapta los ojos a la luz sintiendo un olor a trigales y a una humedad que se hace visible en las nubes arrastradas por la brisa. Se pone la chaqueta mientras camina al encuentro de Sebastián Lanza para explicarle las últimas incidencias de la oficina, pero, aun antes de que llegue, lo alcanza el grito, ¡A esta chatarra la vas a ver resucitar!, lo saluda Lanza recreciendo el cuerpo, remangado y exultante, junto al mecánico Álvarez, que ha encontrado en Guadalajara un motor casi nuevo para sustituir al del ZIS-5, el despojo soviético que desde el año cuarenta ha ido pudriéndose bajo la acacia como un logo inverso de la prosperidad de la empresa de transportes. Lamarca da cuenta de los últimos pedidos, rechaza el brandy que los dos hombres comienzan a beber en una petaca y,

cuando se aleja, todo se reinicia: Lanza y Álvarez se retrepan sobre el guardabarros, hunden las cabezas bajo el capó, manosean el motor y discuten cómo sacar aquel amasijo de hierros y tubos llenos de orín que se asemeja a un enorme cefalópodo fosilizado.

El resto del día debería haber sido para Vidal lo acostumbrado, una suma de repeticiones y las horas deslizándose por una especie de callejón entre tapias, pero pronto la tarde dará un vuelco tal que cuando llegue el amanecer Lamarca se mantendrá aún desvelado, lleno de lucidez y de una euforia que solo puede atribuir a la felicidad.

Sale Vidal de la empresa con una sensación de que el tiempo pasado en el trabajo incrementa el placer de sentir el vigor de sus piernas mientras caminan por la carretera de Sabiote hacia el sur, donde pronto comenzarán a adensarse las calles de la ciudad. A sus cuarenta y dos años, le sigue sorprendiendo que todavía disfrute de ese hecho mínimo de notar la elástica seguridad de sus pasos haciendo un trayecto que no lo ancla a ninguna parte y, por ello, lo hace provisionalmente transitorio y despreocupado, pendiente solo de la luz penetrando entre las hojas de los tilos o cayendo sobre las fachadas que se parchean de sombras al paso de las nubes. Puede llover de un momento a otro, pero no atravesará la ciudad por el centro para llegar a su piso del Paseo Mercado, sino que alargará el camino haciendo su recorrido habitual por calles tan despobladas que los perros sestean en las aceras y las voces de los vecinos suenan con proximidad de interior. Descenderá por San Nicolás bordeando la plaza del Pópulo y, antes de atravesar la muralla por el barrio de los alfareros, se demorará por plazuelas que le abren la vista al verdor de la Sierra de Segura. La brisa sopla desde allí con suave constancia, cargada de vetas de frío y de tibieza vegetal. La nota rozándole el cabello, los ojos, llenándole la boca de frescura. Hay relámpagos en el horizonte de montañas, el cielo platea con los fogonazos y cambia enseguida a un azul marino removido por jirones cenicientos. Tanto le gusta a Lamarca la viveza del cielo palpitando sobre la sierra que llegará a anotar de madrugada, después de que la tarde girara hacia lo imprevisto, que la belleza de esa tormenta tuvo un valor premonitorio.

Entra Vidal en su piso alegrándose de que hasta las seis y media, hora en la que llegarán sus alumnos para la clase de dibujo, tiene tiempo para prepararse un café, liarse un par de cigarrillos y no hacer nada dejando que el pensamiento flote y elija y vaya donde el pensamiento quiera. Acaba de escuchar en la radio una noticia sobre

el asesinato de dos autoestopistas negros a manos del Ku Klux Klan, cuando suena el corte musical de una canción que rehúye, *En el tren que se alejó,* porque algo hay en la letra que tiene que ver con una nostalgia truculenta que no quiere hacer suya, *Señor, estoy a una, a dos, a tres, a cuatro… Señor, estoy a quinientas millas de mi hogar*.

Está pensando en eso, en el modo en que los recuerdos enferman y en lo mucho que tardan en convalecer cuando suena el timbre y, mientras abre la puerta y ante él va apareciendo Rosa Teba, cree intuir que esa puerta va a dividir algo más que la tarde en dos mitades.

Ya nunca olvidará ni que en la radio sonaba *Quinientas millas,* ni nada de los minutos subsiguientes. Recordará incluso que habrá un momento en el que está viendo muy de cerca la espalda desnuda de Rosa y se extrañará de que sea tan blanca y desprenda un calor tal que pensará en un calor blanco mientras muerde despacio el hombro, el calor, como si esa tarde todo lo aprendido estuviera trastocado y el blanco ya no pudiera asociarlo al frío, sino a esa comezón que se mezcla con su saliva y le arde en la garganta.

Ve la piel, tan blanca, muy cerca de sus ojos y tiene que ayudarse con las palabras para asegurarse de que es él el que acaba de intentar penetrar a Rosa en tanto el cuerpo de ella se convulsionaba respondiendo al simple roce de su pene. Tiene que decirse que está acariciando a Rosa Teba, esa mujer salida justo de todo lo que Vidal no tiene, de aquellos deseos que por imposibles más se parecen al deseo. La mujer que apenas hacía un año había llegado de San Sebastián haciendo notar sus modales sueltos, el lujo de su ropa o el fulgor de su pelo que exhibía sin los acorazamientos de lacas o permanentes. Su belleza tenue y rubia, tan distinta de las formas rotundas o de los gestos amordazados que tanto abundaban en las mujeres de la localidad. Rosa tan lejos del mundo cerrado de Vidal. Rosa llena de prontitud y de ese espontáneo optimismo que como un gen transmiten a su descendencia las familias habituadas a la buena alimentación, al ocio, al sol atemperado y a unos modales a los que da seguridad el largo hábito del dinero.

Cuando sonó el timbre, Vidal vio peligrar el tiempo del que disponía para olvidarse de la rutina de la oficina antes de entrar en la otra rutina menor de las clases que se armaban con un pequeño grupo de alumnos de los cuales no descollaba ninguno. Cada tarde, de lunes a jueves, sus cinco discípulos se afanaban con el carboncillo para

conseguir cinco dibujos tuertos que tras las correcciones de Vidal nunca dejaban de bizquear.

Todo en las clases tenía poco relieve, excepto la inquietud que le producía esa alumna fuera de sitio, Rosa Teba, un trallazo de deseo que él amaestraba con la educada tensión con la que le pedía que rectificara un contorno, curvara más una línea o borrara todo y comenzara el dibujo desde el principio, debía perdonarle que se lo dijera así, pero era mejor que ella no se engañara porque no importaba empezar muchas veces si el inicio es en sí mismo un error que cuanto más se trabaja más crece y más se asemeja no a su modelo, sino a una pesadilla de su modelo, ¿entendía Rosa lo que le quería decir?

Hacía cinco meses que ella había aparecido con su hijo por su casa. Alta y resuelta, con el bolso en bandolera y un pañuelo rojo abriendo sus picos a un lado del cuello, se presentó como la mujer del director de uno de los bancos de la ciudad. Le habló con desenfado mientras apoyaba la mano sobre el hombro de su hijo como si quisiera cobijarlo y al mismo tiempo impulsarlo a intervenir, Es Raúl, mi orgullo, le anticipó antes incluso de saludarlo. Querría empezar las clases en cuanto Vidal los aceptara, mañana mismo, si eso fuera posible; ella vendría también como alumna, en caso de que a él le pareciera bien. Pero mis clases son para niños, objetó Vidal, y quizá no sea conveniente que usted. No, lo atajó Rosa, no se preocupe por mí, me sentiré bien, nada me gusta más que aprender a pesar de mi edad, se rio bajando el pulgar en señal de condena, y, sin esperar que Vidal alabara su evidente juventud, añadió que quizá formaran una pareja de alumnos demasiado dispareja (y atrajo a su hijo hacia su pecho para mostrar la diferencia de estatura), pero le gustaba que fuera así, siempre le había ayudado a estudiar a Raúl, cómo no hacerlo si en realidad eran dos amigos, dos compinches por decirlo así, aunque ahora se trataba de otra cosa, su hijo iba ya a cumplir quince años y quería seguir desarrollando sus cualidades porque nada se debe dar de antemano por perdido, ¿no le parecía a Vidal?, ya que la vida es una cosecha (sonriente, movió la mano libre como si apretara el aire) y hay que recoger todas las espigas que te quepan en las manos. En cuanto a ella, ya lo vería el propio Vidal, una calamidad para el arte, una torpe de manual, pero con muchas ganas de aprender y llena de admiración por la pintura y por los que con ella abren caminos y nos hacen a todos avanzar.

Levantando el brazo para mirar su reloj, añadió que tenían prisa y, aun así, seguía empeñada en hablar demasiado, que la perdonara Vidal si le estaban quitando más tiempo del necesario. Rechazó otra

vez la invitación a pasar al piso y sentarse, y enseguida Raúl pareció comportarse como el padre de su madre, porque fue él quien preguntó por el material que deberían traer al día siguiente y por la posible flexibilidad del horario de las clases.

No era Vidal Lamarca dado a frecuentar el centro de la ciudad, sobre todo, las dos plazas contiguas, la de España y la Vieja, abiertas la una a la otra para formar un gran espacio donde se concentran bancos, comercios y cafeterías al cobijo de unos soportales que recorrían casi todo su perímetro. Sin embargo, fue en ese lugar donde vio por primera vez a Rosa y a su familia meses después de saber que se habían instalado en Daza.

Estaban sentados a una mesa del café Mercantil y en apariencia era un matrimonio joven que tomaba el aperitivo junto a su hijo, un chaval casi adolescente de pelo tupido, negro y rizado, y muy largo para los usos de esos años. El sol de mayo les caía encima recortando su mesa de las otras que quedaban a la sombra de los soportales, y ese hecho les daba un realce de primer plano que en el acto llamó la atención de Lamarca. Pero, más que el estar diferenciados por la luz, lo que atraía la atención sobre ellos era una especie de halo de belleza, de lujo o de armonía, tan poco frecuentes en una época en la que la ciudad y casi todo el país tenían aún el color de la pesadumbre, y los modales y los hábitos llevaban dentro una fibra de encono que hacía rudimentarios hasta los actos más solemnes.

Pedro Colón, el marido, y Rosa Teba estaban bebiendo un vermú rojo que fulguraba al sol y parecía encenderles la alegría con la que acuciaban a Raúl para que brindara con ellos. Rosa le había servido al hijo un poco de su bebida y se miraban los tres los unos a los otros, satisfechos, reprimiendo la risa, como si celebraran la simple satisfacción de estar juntos y de sentirse a gusto y llenos de energía. Cuando los tres chocaron sus copas, unieron unos segundos las cabezas entre susurros hasta que, como una mano que se abre, se separaron de golpe entre el sonido de las risotadas.

Se sintió Vidal un poco cohibido por el hecho de haber refrenado el paso y estar observando a la familia con esa especie de atención involuntaria que nos provoca lo excepcional. Se fijaba en la elegante chaqueta del hombre, hecha de un tejido esponjoso que parecía recrecerse bajo la luz, o en los mocasines de Rosa, blancos como sus medias, que acentuaban el aire de desenfado con el que ahora dejaba caer la nuca sobre el respaldo del sillón y exponía la cara al sol de primavera. Sin darse siquiera cuenta de que se había detenido, se sentía atrapado por la viveza de los labios de la mujer mientras imaginaba que cuando ella se levantara y se pusiera a andar lo haría

con la sinuosa ligereza con la que caminan ciertas mujeres, con una fragilidad hecha de precisión, como si estuvieran indefensas y al mismo tiempo fueran invulnerables y conocieran todos los caminos.

La impresión de observador de la felicidad ajena se repetiría otras veces y él, tan poco dado a indagaciones, se encontró un día interesándose por las circunstancias de la mujer hasta el punto de que, cuando se presentó con su hijo para concertar las clases, Vidal ya había sido advertido de que ella vendría, de que había andado preguntando por él y por su competencia como profesor de dibujo.

Rosa Teba tenía algo de aprendiz imposible y, al tiempo, insobornable. Lo que había dibujado con una dedicación ensimismada de pronto lo deshacía para volver a rehacerlo y quizá de nuevo a eliminarlo. Ciclos sin más salida que repetirse. Líneas mal borradas que, igual a recuerdos del error, dejaban sobre el papel formas sobrepuestas, trenzas de rayas, huellas de goma, estelas sin sentido. Y, sin embargo, se la veía con pleno dominio de sus nervios, el carboncillo apresado entre el pulgar y el índice buscando algún lugar donde posarse, cada vez más convencida de que los objetos del bodegón que dibujaba eran seres escurridizos, con vida propia y una enorme capacidad para burlarse de sus esfuerzos por meterlos en un papel.

En las clases, Vidal Lamarca era remiso a acercarse a Rosa. Se sabía desacostumbrado a la normalidad, con una ineptitud para el trato que se redoblaba ante ella y lo hacía primario y desorientado. Junto a ella, procuraba disciplinar la voz, murmurar palabras escasas y precisas, el cuerpo encogido, las manos apenas activas y el brazo trazando un lento arco hacia el dibujo. Pero al alejarse para atender a otro alumno, nunca lograba irse porque seguía atisbando el cuerpo de ella no del todo invisible bajo la bata color tabaco con ribetes naranjas que se ponía para las clases. Apenas importaba lo que cubriera la prenda porque el pecho, el muslo o las caderas podían recuperar su plenitud en ciertas posturas, al levantar un brazo, por ejemplo, o con la simple presión de una mano al apoyarse en la cadera. Sin poder evitarlo, se veía sometido a la tensión de los cazadores, su mirada esperando el momento del asalto para caer al descuido sobre el cuerpo de Rosa y, con el mismo poder de fijación de las instantáneas, retener el insinuado vértice del pezón, detalles del pelo de la nuca o del modo de acaracolarse los cartílagos en la oreja.

Había llegado Vidal a la cuarentena y, más que el amor, una imagen edénica del amor se le había quedado enquistada en su presente. Un recuerdo unido a la guerra y a la inocencia y al nombre de una adolescente, Clara, que le pareciera tan incompatible con

aquella vasta destrucción que llegó a dibujarlo como cinco letras luminosas rodeadas de negrura. Llevaba veinticinco años recreando a Clara sin demasiados sustitutos para olvidarla: vivía su soledad de hombre sin mujeres entre un deseo encabritado que acudía a jubilosas masturbaciones o a noches de burdeles que lo impregnaban de resuellos y carmín, de alcohol y suciedad, y de una gozosa exaltación que se esforzaba en que tardara lo más posible en desaparecer.

Cuando, el 6 de abril de 1964, Rosa Teba llega con una hora de antelación a la clase, Vidal comprende que todo va a ser inestable, nuevo, mucho más intenso. Desde que abre la puerta y encuentra la mirada turbia de la mujer ante sí, intuye a qué ha venido, pero, aunque está acostumbrado a calcular intenciones y riesgos, solo adivina que es inminente el cambio, una especie de corte brutal en su vida, y que su ansiedad le va a impedir cualquier posibilidad de análisis.

—No se sorprenda ni tampoco me vaya a reñir: no me he equivocado de hora —le sonríe Rosa—. Pero, ante todo, buenas tardes —cierra su saludo, que quiere ser espontáneo, con cierto atolondramiento.

Está plantada bajo el dintel, en bandolera la bolsa de cuero que trae para las clases, la mano derecha en la cintura y el torso quebrado descansando sobre un solo pie. Tiene el cabello recogido con un lazo azul, los ojos cargados de intención y en su mano hay un leve temblor cuando la lleva hasta la sien para quitarle tirantez al pelo y dejar un mechón flotando sobre la oreja.

—Bueno, no me mire así. ¿Me invitaría a un café? ¿De verdad que no soy inoportuna?

Lamarca se siente muy torpe al decir, Ah, ¿es usted?, al tenderle la mano, al apartarse luego para que Rosa pase. Subordinado, alerta a cualquier señal de ella que acabe por confirmarle por qué ha venido a esa hora, se disculpa por el desorden y se apresura a despejar el sofá mientras Rosa camina por la sala, se detiene ante la estantería de los libros, se acerca luego al balcón y mira la plaza que tiene algo de inocencia de cuento: el armonioso anchurón de casas regulares, el quiosco de música, la estatua del general Saro en medio de los jardines, los burros que traen los campesinos a beber en el pilar de la fuente adosada al ábside de San Pablo.

Vidal se da cuenta de que está azorada y necesita hablar de cualquier cosa para sujetar los nervios, Qué bien, la oye decir, parece

que va a llover, y enseguida añade una variante de lo que le ha escuchado otras veces.

—Deberían de quitar ese pilar y despejar esa fuente, que es una joya renacentista. ¿Qué pintan esos burros metidos aquí en el centro del pueblo y ese mamarracho de pilar afeando una fuente tan hermosa?

Lamarca apaga la radio y la canción, *Va mi amor que me dejó,* solo continúa en la voz de la mujer que ahora tararea ese verso. Siéntese, por favor, enseguida preparo café, dice señalando el sofá mientras comienza a darse la vuelta en dirección a la cocina.

—No. Espere, quizá más tarde. En realidad, ya he tomado café.

A punto de empezar a creer en lo que sucederá en los minutos siguientes, mira a Rosa acomodarse en el sofá con una soltura de dueña de la situación como si ya hubiera comprendido que su inseguridad es menor que la de él: sus rodillas se alzan desde la falda y se angulan con lentitud antes de cruzar las piernas con un movimiento que tiene más de explicitud que de protección.

Sacará cigarrillos Rosa de una caja de acero, su rechoncho mechero Ronson, le aceptará Vidal un Camel (aun sabiendo que, acostumbrado al tabaco negro, el rubio le traerá un principio de náusea) y la escuchará quejarse del calor, Ojalá descargue la tormenta para refrescar la atmósfera, y de su penitencia con el tabaco, de cómo procura fumar nada más que en casa para no escandalizar a la gente a quien le gusta escandalizarse, Ya sabe, las mujeres solo fumamos en el cine, pocas veces en este lado de la pantalla y es casi imposible que lo hagamos en este pueblo.

Apenas Rosa ha encendido los cigarrillos, se vuelve para enfrentarlo, sonríe cuando aún está soltando el humo, los labios abocinados que pronto se agitan para soltarle que ya se conocen lo suficiente, se siente incómoda tratándolo de usted y, si él no tiene inconveniente, va a tomar la iniciativa de tutearlo. Después de este primer golpe de decisión, dirigirá Rosa el sentido de la charla con quiebras y retrocesos, tiene prisa por comportarse como ha premeditado, como la mujer sin convencionalismos que siempre quiso ser, y echa las palabras por delante pero no encuentra el rumbo seguro que había supuesto. Todo se dilata, habla de lo que no quiere hablar y se siente obtusa, ineficaz, tan encogida por una inesperada vergüenza que no llega a reconocerse.

No obstante, hay un momento en el que consigue descararse para decirle que se ha adelantado a la hora de clase porque tiene ganas de conocerlo mejor. Él le interesa mucho (le dice con prontitud, los ojos relumbrando, la bocanada de humo rota por las palabras) y no solo

como pintor, eso es evidente, sino como persona, pero todo lo que sabe de él es contradictorio, como si se barajaran cartas de una baraja nueva con las de otra vieja, brillos y manchas, ¿comprendía lo que le estaba diciendo?, un Vidal claro y otro oscuro.

—¿No somos todos así? —se relaja Lamarca.

—Bueno, también hay santos, pero mejor que sean de palo. —Se ríe Rosa mientras resopla y se abanica con la mano con un gesto teatral. Murmura para ser oída—: ¡Qué difícil es esto!

Duda Vidal si hay algún fallo en su percepción, quizá algo se le escapa, quizá todo es un juego de señora rica, y, expectante, educado en la prudencia, deja que el desarrollo de la situación le dicte la conducta.

—¿A qué te refieres?

Mueve Rosa la mano hacia un lado, la palma abierta, como si quisiera quitarse de encima un estorbo o apartar de sí la pregunta.

—¿Qué es lo que es difícil? —tantea todavía Lamarca.

—¿Que qué es difícil? Pues es difícil estar aquí, haber venido. Es difícil exponerme tanto y ser tan imbécil —se deja Rosa llevar por la impaciencia mientras apaga el cigarrillo.

Recostada ahora en el sofá, con las rodillas juntas, mira sus muslos interrumpidos por el color melocotón de la falda que ya tiene el largo escueto de la nueva moda. Piensa en esa minifalda que tanto le gusta, en el error de haberla estrenado hoy, en que no debe seguir equivocándose. Es como si ya hubiera regresado de los minutos siguientes porque, si siguiera sentada en ese sofá, tendría que ser ambigua y llevar la insinuación hasta el límite de su arrojo para que el hombre la interprete y encuentre el camino que ella no se atreve del todo a mostrar. Se levanta con lentitud.

—Debo irme ahora —dice—. Perdona, pero hablaremos otro día. Con la cabeza más clara.

No hacía más de una hora que Rosa Teba se había puesto medias y ropa interior de color blanco y se había sentado ante el espejo del tocador para maquillarse. Rozó apenas sus labios con carmín, pintó varias veces y limpió otras tantas el contorno de sus ojos e hizo y deshizo la capa de polvos que por momentos emborronaron el arco perfecto de sus pómulos. Al final, se decidió solo por un poco de rímel para darle algo de dureza a la claridad de sus ojos y se vistió despacio, tomando de encima de la colcha las prendas ya seleccionadas. Se miró en el espejo satisfecha de su minifalda de estreno, del aire de juventud

que le prestaba, lo mismo que la blusa blanca, ceñida al pecho, un poco transparente. Todo este rito de alcoba la ha ido afirmando en su afán de demostrarse que aún podía desatarse de la rutina y ser expeditiva a la hora de conducir su deseo para arrancarle a Lamarca un placer de una intensidad tal que ya la tenía memorizada.

Desde la primera vez que lo vio, había apreciado en Vidal su parquedad de gestos, su solidez de hombre guapo que actúa sin presunción y no se detiene en lo consabido para ir al fondo de las cosas. Creyó conocer que a su carácter lo movía la convicción y le gustaron mucho sus manos, su considerable estatura, el equilibrio duro de su cara o los ojos grandes que reproducían el brillo del cabello muy negro y tirante por la brillantina.

Hubo un día en que la voz de ese hombre, por quien se sentía espiada en las clases, le zumbó en la mente después de que dejara de oírla en su presencia y empezó a temer que todo languideciera fuera del espacio que alcanzaba esa voz. Ese pensamiento fue el origen de una imposición. No era una adolescente y no alimentaría ningún tipo de ensoñaciones ni permitiría que ningún hombre alterara su equilibrio. Se trataba de algo menor y transitorio: Vidal le gustaba mucho, tanto que alguna vez había desviado su coche hacia la carretera de Sabiote con el único fin de pasar ante las naves de Sebastián Lanza donde trabaja Lamarca, y en un par de ocasiones estuvo rondando las inmediaciones de su casa: se había visto sentada sin motivos en un banco del Paseo Mercado o visitando, sin habérselo propuesto, las capillas góticas de la iglesia de San Pablo. Tanto le gustaba Vidal que llegó a soñarlo despreciándola, liberándola con brutalidad de su servidumbre.

Durante una semana dejó de acudir a las clases de dibujo para no ver a quien ya su mente no dejaba de ver. Pensó en obligarse a creer, como quien estudia una disciplina, que Pedro Colón, su marido, podría llegar a ser otro con más determinación, sostenido por ocasionales asperezas y por un brío canalla que lo hiciera imaginativo y a veces rotundo e imprevisible. Quiso convencerse de que no era una ficción lo que inventaba. Intentó avivar a Pedro, sorprenderlo, ser salaz para él e inducirlo a alterar sus educadas maneras y su probada ecuanimidad, hasta que regresó a las clases de Vidal convencida de la vacuidad de sus fabulaciones y de que necesitaba una buena cura de realidad.

Decidió Rosa que su voluntad tendría que volver a ser suya, sin que la perturbara el deseo ni se le enredara en veleidades de niña. En consecuencia actuaría con prontitud, curando el mal con una pizca del mismo mal como si se aplicara una vacuna. Mataría el deseo

colmándolo una sola vez, descabezándolo con un solo golpe de guadaña. Se presentaría ante Lamarca y, con pleno dominio del peso de sus palabras, le pediría que la follara. Usaría ese verbo, follar, tan alejado de sus usos lingüísticos, porque el mismo verbo ya contenía el excipiente de la vacuna y porque solo buscaría un acto descarnado y, con premeditación, excesivo. Sería como sumergirse dentro de ese hombre y prolongar el placer hasta el hartazgo, hasta el mismo límite del aborrecimiento.

Ni siquiera consideró ingenuo su propósito, porque enseguida se centró en el reto de llevarlo a cabo y esa idea, la de sentirse capaz y libre, le pareció muy superior al mero hecho de acostarse con un hombre que, sin que él lo sospechara, le estaba robando la autonomía.

Cuando esa misma noche del 6 de abril escriba en su cuaderno (se trata, más que de un diario, de un compendio de ideas e impresiones de todo tipo) las siete páginas que le dedica a su visita a Vidal, no esquivará su obsesión por el pintor ni por el sexo como puro placer exento. Pero se justificará acudiendo a la pobreza de su vida en Daza, una ciudad que le exige lo más anodino de su persona, actos sociales, representaciones, variantes de la hipocresía. Una ciudad tan bella que parece modelada en arena de playa, pero también tan austera como para coaccionar de muchas maneras su conducta. Reafirmando su recién estrenado adulterio, repite en su cuaderno las frases que ha creado para su particular catecismo: la normalidad es una fiebre crónica; la costumbre, un instrumento que siempre toca la misma música; los hábitos van desangrando a la felicidad.

Salió poco antes de las cinco de su casa de la plaza Vieja, dejó atrás la torre de los Aliatares, que flanquea una de las antiguas puertas de la ciudad, y bajó decidida hacia los barrios del sur donde se amalgama el casco histórico. Se apresuró por la calle Real y Cardenal Benavides y al doblar en la Rúa le pareció que sus pisadas parecían reproducir el golpeteo sin control de su pensamiento. Sin darse cuenta, había llegado hasta allí con un paso que progresivamente se precipitaba y la hacía respirar como si la fuerza de sus sensaciones la estuviera fatigando. Solo al entrar por fin en el Paseo Mercado, sin saber todavía por qué, se llenó de sigilo, refrenó el paso y con creciente expectación se dispuso a cruzar la plaza para llegar bajo la vivienda de Vidal. Hasta entonces no se dio cuenta de que el cielo estaba tapado por nubarrones y el aire se había estancado y estaba impregnado de humedad. Sentía ahora todo el peso del bochorno que anticipaba a la

tormenta como si, a medida que se acercaba a su propósito, entrara en una materia densa que aquietaba los jardines y daba a sus pasos una pesadez de piedra.

Había llegado al extremo de la plaza y, apoyada en el quiosco de la música, estudiaba los balcones del piso de Lamarca cuando un señor se le acercó, le deseó buenas tardes y le pidió que le transmitiera sus respetos, así dijo, a su marido. Era un hombre pequeño, calvo, vestido con una sahariana, a quien creía haber visto otras veces, aunque también tenían un vago aire conocido el ceremonioso matrimonio y el dependiente de un comercio que a su paso por la calle Real le cabecearon sus saludos.

Fue entonces cuando quiso desistir porque el frío la calaba en la tarde calurosa mientras se decía que no caminaba hacia la ficción, sino hacia algo tan real que podía transformar todo lo que ella era desde el mismo segundo en que entrara en el vestíbulo, subiera una escalera y pulsara el timbre de una puerta. De golpe, se adueñó por entero de su mente el presentimiento que la venía molestando las últimas semanas: consumar su propósito no sería gratuito, produciría consecuencias incontrolables y tendría que pagar de un modo que preveía doloroso.

Conjeturó que lo más razonable sería encerrar su deseo en su imaginación y vivirlo como se viven las suplantaciones en los sueños. Pero había comenzado ya a andar para alejarse cuando la lentitud de sus pasos le dictaba que volver a su casa era regresar al recinto de lo impuesto llevando dentro esa miseria de la renuncia que ya iba achicándola con cada paso que la distanciaba del piso de Lamarca. Si ahora claudicaba, volvería a ser dominada por los sucedáneos de la fantasía y, sobre todo, se le quedaría dentro algo turbio, algo parecido a una semilla de conformismo o de impotencia, y se ensañó con su futuro imaginándolo como un sucesivo retroceso hecho de amables concesiones, de debilidades y de certidumbres. Hecho de pérdidas.

Se dio media vuelta: iba a entrar en el piso de Vidal para conocer hasta dónde llegaban los límites de su atrevimiento, en todo caso, le gustaría comportarse de un modo provocador, y sentirse inconsecuente, un poco más dueña de sí y un poco puta. Sería una sola vez, igual a una purga o a un aletazo de lluvia que te arranca la modorra.

Hace media hora que está en el piso y ya da por perdido su aletazo de lluvia. Se ha levantado del sofá y ha dicho:

—Debo irme ahora. Perdona, pero hablaremos otro día. Con la cabeza más clara.

Vidal Lamarca toma la iniciativa por primera vez en la tarde, no se puede ir así, le dice, la comprende, está dispuesto a escuchar cualquier cosa que quiera decirle o nada, si ella lo prefiere. Tomarán un café sin más, mientras esperan la hora de la clase o podrían pasar al estudio si eso le apetece para enseñarle lo último que ha pintado, pero que no se vaya, por favor, pero que se tranquilice, que se siente ahora, por favor.

Rosa no se resiste cuando Lamarca apoya las dos manos en sus hombros, se ve cediendo a la presión suave de sus dedos hasta que toma asiento con un ademán de coraje, las manos abiertas y la cara revolviéndose en busca de la mirada de Vidal.

Le pide que le preste atención y no la interrumpa. Por congruencia con ella misma no va a andarse con rodeos, porque si se comía ahora las palabras, se le iban a estar pudriendo dentro del cuerpo el resto de su vida. Bueno, es un decir, le había dado por exagerar todo últimamente, aunque sí es verdad que el veneno del silencio deja secuelas, tarda en desaparecer, a eso se refería. Está tan segura de su absoluta discreción que ni siquiera se la va a pedir, porque conoce de él lo suficiente como para saber que es un hombre sólido; es decir, serio; quiere decir concertado, discreto quiere decir; un hombre de una vez, vamos, que no estaba ante ningún cantamañanas ni ante ningún voceras. Desde el principio lo ha venido observando y lo ha visto mirarla al descuido, así que lo va a expresar con franqueza: sabe que la desea y es halagador, no va a negarlo, pero hay algo de enfermizo en todo eso, ¿no?, en ese rumiar en silencio el deseo como si el deseo fuera un ardor de estómago. No. No es eso exactamente lo que quiere decir, qué imbécil, se está haciendo un lío con las palabras, debe perdonarla porque las palabras se le están yendo por donde a ellas les da la gana, como si estuvieran vivas y no fueran suyas ni quisieran obedecerla. Y es que todo está agitado estos días en su vida, bullendo, en carne viva, por eso, le está costando demasiado hablar y lo que había imaginado como una bocanada de aire puro se le está transformando, ¿se puede ser tan tonta?, en un mal trago, en un malísimo trago. Ya la está viendo Vidal, ¿no se da cuenta?, ella que se creía tan libre convertida de pronto en una mujer sin tino, en una niñita boba que se ha echado a la espalda el estúpido deber de sincerarse.

Con un movimiento lento, Vidal Lamarca le atrapa en el aire la mano y, abarcándola por entero, fricciona con la palma su superficie igual que si acariciara una manzana. Apenas puede pensar en lo que ha dicho Rosa porque se le distorsionan las sensaciones y solo percibe

a través de la neblina de la dicha fragmentos del labio, de las mejillas o del olor a lavanda, a tabaco o a madera del cabello.

—No digas nada más. No hay más que decir ahora.

Trata ella de liberar las manos, pero el hombre encrespa los dedos en torno a las muñecas, reteniéndolas, obligándolas, Déjame, por favor, dice casi con tristeza. Seria, espera a que Vidal la suelte y cruza luego las manos ante el pecho para frotarse las muñecas, inspira levantando los hombros y se mantiene así, con la espalda rígida, sin dejarla caer sobre el sofá. Antes de volver a hablar, se toma tiempo en ajustarse la blusa sobre el torso estirando la tela hacia la cintura y, enseguida, levanta una repentina cara sonriente para añadir que ya apenas tiene nada más que decir. Pero todavía cumplirá durante un rato esa penitencia de la locuacidad que se ha impuesto esta tarde, dará vueltas, iniciará ideas que interrumpirá de inmediato, se contradirá para rectificar y volver a contradecirse en un continuo fluir de la ansiedad a la melancolía mientras le rojean las mejillas y los ojos apagan su azul o destellan hacia un celeste lleno de claridad.

Quiere Rosa concluir diciendo que, como se ha metido en un lío que no tiene marcha atrás, va a soltarle lo que ya casi no hace falta decir: Vidal le gusta mucho, la atrae de una forma rara que ella calificaría incluso de un poco obsesiva. Bien, qué apuro, ya está dicho, pero debe tomárselo Vidal como una confidencia inútil, pues eso no va a cambiar ni un milímetro su vida, tiene una posición, un marido y un hijo a los que quiere dedicarse por completo. Así que admite el error de haber venido y, tal vez, el error mayor del pulso que mantiene por escapar de la presión de un pueblo que la asfixia y la está convirtiendo en lo que está viendo Vidal, una mujer que no sabe ni defender con decisión lo que quiere. Ahí cree que está el origen de todo, de su crisis de estos días, y de esta otra de ahora, su estúpida crisis de atrevimiento. Que se fije Vidal en lo que va a decirle: ha jugado un par de veces a las siete y media, ella, que odia las cartas, ha aceptado alguna partida con señoras que beben Cointreau y que no tienen nada que decirse si no hablan de las nimiedades propias y de suposiciones sobre los demás. Todo dicho con altavoz, exagerando las cosas pequeñas que las rodean. Partidas de siete y media y conversaciones sobre cosas pequeñas. Esa es su soledad. Hasta el punto de que lee ahora más que nunca pero con poco placer porque lee muchas horas para defenderse de su vida en el pueblo y para no olvidar que también existen las cosas grandes. No sabe si todo esto le explica a Vidal la estupidez de haber venido y de estar ahora arrepentida de haberlo hecho, tratando ya solo de defender su amor propio. Un desafío. Quizá esa palabra, desafío, le haga comprender su boba actitud desde que ha

llegado, y, dicho esto, cumplida ya la loca obligación de explicarle sus incongruencias, se va a levantar y va a salir por esa puerta, ya que no asistiría hoy a clase y, de hecho, aunque de veras lo lamenta, ya no asistirá nunca más ni aparecerá jamás por este piso.

Ya puesta de pie, mientras se inclina para recoger su bolsa, nota el brazo de Lamarca que le rodea la cintura desde atrás. Después, un tirón que le hace sentir el pecho del hombre contra su espalda y su respiración derramándole bocanadas de calor por el hombro, Déjame, le sale muy débil la voz a Rosa mientras apuntala los codos contra el estómago de Vidal para liberarse del contacto de su sexo, Por favor, e intenta girarse, Por favor, sin tratar ya de detener la mano que tira de los ojales de su blusa y libera los botones, No quiero hacer el amor contigo, y se le mete debajo del sujetador para recorrerle los pechos con un movimiento de ola que cuando llega al pezón cambia a un ansioso pinzamiento. Escucha Vidal su voz como encasquillada, No quiero que me folles, no quiero, no quiero, en una repetición ansiosa que va cayendo en un jadeo y luego en una especie de quejido bronco que le convulsiona el cuerpo y la deja sin aliento.

Cuando Rosa Teba siente que su falda cae y la mano de Vidal se agarra como un mordisco a su sexo, consigue darse la vuelta y alzar la cara hasta hundirla en el cuello del hombre por donde sus labios vibran alargando un carraspeo tan espeso que se diría que no le brota de la garganta. Después, todo sucede con rapidez, Lamarca la empuja contra el sofá, termina de desvestirla estorbado por su obcecación y, cuando trata de penetrarla, encuentra un cuerpo conmocionado que se esconde bajo los brazos o se retuerce de ansiedad, levanta la pelvis o la hurta contra los cojines en movimientos de negación y entrega que reproducen, igual a una copia ampliada, la actitud contradictoria que esta tarde ha mantenido la mujer. De pronto todo cesa, las manos de Rosa lo apartan con serena autoridad mientras una sola exclamación, ¡Apártate!, paraliza el cuerpo de Lamarca, que queda suspendido en el aire, oscilante el falo inútil, manteniendo unos segundos la espera hasta que se desploma junto a la mujer.

Mira Vidal el rostro encendido, muy bello, que ya comienza a encerrarse en líneas de contención a pesar de que el sudor subraya esa cualidad blanda de la carne dilatada por el calor. Rosa se incorpora, se sienta en el borde del sofá y permanece respirando con desasosiego, el torso palpitando y la cabeza arropada entre las manos. La ve ahora de espaldas, los hombros color de cuarzo que repasa con la lengua

extrañándose del calor (un calor blanco, piensa) que desprenden. Muerde despacio el hombro, el calor, con una sensación de irrealidad y gratitud hasta que ella se escabulle para levantarse mientras dice:

—No sé ni dónde estoy.

Quiere Rosa añadir algo pero desiste al instante, contrariada por saberse sin ropa, de pronto consciente y llena de escrúpulo, como si hubiera sido sorprendida desnuda por el mismo hombre que acaba de desnudarla. Estalla entonces la tormenta, retumba un rayo próximo y el aguacero resuena en el balcón. Rosa queda un segundo en suspenso, Qué bien, bendita lluvia, dice mirando los goterones redoblando en los cristales, y enseguida vuelve a entrar en sí, en la habitación, a hacerse cargo de que está de pie, desnuda, y da un respingo como si despertara mientras dice, mientras sonríe para decir, Pero tú, qué miras, pero qué andas mirando tú. Cuando recoge las bragas del suelo, tiene tal prisa por dejar de ser mirada que se tapa el sexo con la prenda y se queda así, evidenciando más su impudicia, encogida y extraviada, igual que si apretara una inmensa flor de tela contra su pubis.

Inspira con intensidad y adelanta su cara azorrada por la lujuria para decir:

—Ha sido culpa mía… Lo siento.

Va recogiendo del suelo las medias, el sujetador, la falda, los zapatos. Actúa moviendo la mano libre, deprisa, los dedos en pinza picoteando por las baldosas, y, cuando ha hecho un grumo con las prendas, las repliega sobre su antebrazo y retrocede caminando de espaldas, sin perder de vista a Lamarca.

—Perdona, pero soy una boba. ¡Cómo puedo ser tan boba!

Al llegar al fondo de la sala, baja con el codo el picaporte de la puerta del baño, empuja la hoja con el culo y, ya en la penumbra, suelta su carga sobre el lavabo con un abatimiento en los movimientos que la lleva luego a paralizarse, la cabeza gacha y los ojos quietos sobre las prendas amontonadas, como si no comprendiera qué puede haber pasado para llegar a esa imagen absurda donde se mezcla sobre la loza del lavabo su ropa interior con su falda y sus zapatos. Se vuelve hacia la puerta y comienza a cerrarla, pero una pulsión le hace detener el giro de la hoja y sacar la cabeza con viveza hacia la luz de la sala. Cuando habla, en su cara ya no hay rastro de preocupación, sus mejillas crecen a punto de sonreír, Prométeme que seremos buenos y lo vamos a olvidar, dice y de nuevo hunde la cara en la penumbra.

Vidal Lamarca se limita a asentir con la cabeza y comienza a vestirse dispuesto a que, si le es posible, la tarde encaje de nuevo en lo previsto. Se obliga a ordenar los cojines del sofá, a sacar del estudio los caballetes y disponer sobre la mesa la cerámica que dentro de un rato dibujarán los alumnos. Pero tiene que esforzarse para adueñarse de su respiración o de sus sensaciones mientras se asombra de que sus manos al tocar los objetos tengan una sensibilidad tan aguda que las asocia a las manos de un ciego. Su mente trata de abarcar sin conseguirlo lo que acaba de suceder porque está dominado por una sensación benéfica que, si tiene algún nombre, debe ser el de dicha, debe ser el de felicidad o el de cualquier otra palabra que designa algo que te provoca la risa sin motivo. Piensa con gratitud en la exaltante inmadurez de Rosa, quien, sin saberlo, ha derribado una puerta hace mucho cerrada y quizá ahora él, Vidal Lamarca, el subsidiado, pueda empezar a asumirse. De un modo desesperado se dice que Rosa Teba tal vez lo purgue de su sordidez.

Al acabar la clase, entrará en el estudio, tomará del armario una carpeta vacía y meterá en ella un puñado de folios en blanco. Sabe lo que quiere hacer. Le sobra esta tarde impulso, le sobra energía para emprenderlo. Lo que desde hace meses era un adormilado propósito, ahora lo siente en pie y puede definirlo: va a contar su vida, va a dibujarla. Será una novela gráfica que explique cómo ha llegado a tener tan poco como para sentir que hoy tiene todo sin ni siquiera tener aún nada. De qué pobreza viene para que lo que Rosa le acaba de dar suponga brío o afirmación, sentimientos tan olvidados que ahora parecen tener materia y capacidad de tirar de él y levantarlo en vilo.

Lamarca tiene plena consciencia del error de Rosa, de que ella lo ha inventado al elegirlo y siente la necesidad de parecerse al inventado y esa pulsión lo empuja a poner en claro toda la oscuridad de donde viene. Quiere hacer comprensible su pasado, reelaborar su tiempo. Estudiarlo. Comprenderse. Averiguar quién es él, qué azares y desencuentros, qué miedos y coartadas le han ido sumando y sumando años perdidos. Y empieza a hacerlo con la seguridad de que este afán le llevará años y le hará daño, porque cuando vaya dibujando los hechos de su vida, será, así lo piensa, como pisar escombros.

Hasta la madrugada estará trabajando con un método que ya, en las muchas horas que dedicará a ese trabajo, mantendrá sin cambios. Alternará la escritura con los dibujos. Primero describirá cada

episodio con una prosa rápida pero minuciosa en sensaciones y detalles, y de esos textos seleccionará unos pocos momentos, los más significativos, los más traducibles al lenguaje plástico, para convertirlos en imágenes. Será esta del 6 de abril la primera noche de otras muchas en las que, a plumilla, con tinta china, dibujará unas viñetas hechas con el vigor de unos claroscuros cuyos negros aclarará con el pincel hacia las zonas de luz en aguadas transparentes.

Después de escribir sobre su infancia en Almería, hará el primer dibujo de la historia donde aparece un Vidal niño cogido de la mano de su padre en una larga playa de aguas tranquilas. Ambos están de espaldas, a contraluz, mirando cómo el sol se levanta desde el mar. Tienen los pies hundidos en la espuma y a su alrededor todo sería claridad de no ser por la mancha de cabo de Gata que cierra el horizonte marino por la izquierda.

Esta primera viñeta que Vidal centra en la inocencia (el niño protegido por el padre ante la pureza primigenia del mar) contiene en esencia lo que busca al dibujar su autobiografía: aquella virginidad de la infancia podría ser no solo el aviso de lo perdido, sino la posibilidad de acercarse a aquel espacio sentimental que alguna vez fue suyo.

Sin embargo, la euforia que aún conserva intacta tras la visita de Rosa no solo lo ha llevado al mar de Almería y a un fuerte deseo de corregir su vida porque, por encima de eso, continúa atrapado en el sexo de la mujer. Ha dibujado la viñeta del mar estorbado por el recuerdo reciente de Rosa, sintiendo su pene erecto, tan viva aún esa presencia latente de la mujer que llegó a interrumpir el trabajo para masturbarse, y ahora, sorprendido de que ya sea de día, está viendo el amanecer en el balcón, la plaza mojada tras la tormenta, el cielo celeste, muy limpio, recortando con una banda dorada los tejados y la torre de San Pablo. Busca que lo vivido con Rosa lo mantenga sin sueño mientras entrevé sus cabellos cruzándole la cara o la boca trémula de gemidos, mientras sigue escuchando su voz, que susurra que no quiere que la folle como si pidiera a voces lo contrario y, todavía antes de acostarse, tomará de nuevo la plumilla para dibujar su espalda desnuda sin dejar de pensar que al lamerla tuvo la sensación de algo tan nuevo, tan extraño en su vida, que le pareció hecha de un calor blanco.

2

Pablo Suances (24 de junio del sesenta y cuatro)

Existen días que te dejan sin tierra bajo los pies, que te desalojan y toman el mando sobre ti. El 24 de junio del sesenta y cuatro fue para mí uno de esos días, porque el azar me hizo conocer por qué aquel lejano domingo de nieve Vidal disparaba sobre los álamos en la soledad del campo y ese descubrimiento iba a envenenar durante mucho tiempo mi tranquilidad. Lo que supe ese día es que Lamarca no hacía unos simples ejercicios de tiro bajo la nevada, sino que, al disparar a los troncos de los árboles, en realidad estaba tiroteando a un hombre concreto que yo conocía.

Como yo aún no había cumplido quince años, como era muy joven y miraba el mundo a través de primeros planos, nada era ambiguo ni tenía matices ni procesos de cambio y, cuando el 24 de junio me acosté y permanecí durante horas desvelado, supe que vendrían muchas noches en las que Lamarca seguiría llenando la oscuridad de mi cuarto con sus disparos. Si intentaba poner en orden mi cabeza entre las sábanas revueltas, solo se me ocurría pensar cosas exageradas: Vidal repentinamente era otro (no me atrevía a aceptar la palabra asesino) y yo, que lo admiraba y trataba de imitarlo, quedaba transformado en la sombra de un desconocido.

A pesar de todo, el 24 de junio iba a ser un día tan importante que, mientras lo esperaba, estuve semanas anticipando su desmesura. Lamarca me había citado con el fin de iniciar los preparativos para un fresco en la iglesia de Santo Domingo, en el que yo lo ayudaría, y esto disparaba mi imaginación hacia obras antiguas y prodigiosas: toda una capilla cubierta con figuras de tamaño natural, tú sobre un andamio mirándolas a un palmo de tus ojos mientras te sentías confundido con ellas y con el torrente de colores que de ti salía. Tú igualado a un mundo de pintores épicos que, como Miguel Ángel en el techo de la Capilla Sixtina, hacían volar el dedo de Dios a veinte metros sobre el suelo. El dedo de Dios naciendo del dedo de Miguel Ángel que se prolonga en el pincel. Los ojos de Dios mirando atónitos a aquel que lo está creando.

La tarde de ese día, después de su clase, Vidal me enseñaría el boceto del fresco y me sometería a pruebas para buscar los tonos que convenían para llevarlo a cabo. Iba a ser un día inaugural, pero el azar cambió en desconcierto la felicidad de unos momentos en los que más cerca me creía de mi dios tutelar del dibujo. En los que yo más quería ser Vidal Lamarca.

Cuando amanezco el 24 de junio, tengo catorce años, diez meses y doce días. Eso es lo que me anuncia Tono apenas bajo al comedor. Está ahí, sentado junto a mi padre, tomando tostadas con aceite y azúcar, contento de verme y de llevar puesto su pijama de señor, de seda italiana.

—Hoy tienes catorce años, diez meses y doce días. Y yo, trece años, nueve meses y un día.

Rara vez deja Tono de anunciarme mi edad por las mañanas y hoy me ha recordado que tiene ya casi catorce años, aunque aparenta mucho menos con su cara de manzana, su torso ancho y su cuerpo pequeño y propenso a acumular grasa. Solo el pelo abundante, prieto, y los ojos irisados en azul ponen consistencia en su cara. Es un extraño hermano, un hermano siempre niño, y mi padre y yo cuidamos de su educación con el esmero especial que se puede poner en reforzar tu propia casa cuando se evidencia que tiene un fallo de cimentación.

Mi padre le prepara a Tono otra tostada con el aceite que reserva para la casa, una mezcla de aceituna picual y royal, molturada con mimo de perfumista, que te llena la boca de savia. Nada más sentarme, me sirve una taza del café, negro y sin azúcar, que él toma y me dice que, ahora que he acabado el curso, tenemos que dedicar el doble de tiempo a la educación de Tono. Aparte de las dos horas diarias con un profesor particular, Antonio Suances, nuestro padre, le enseña rudimentos de ciencias y yo, lo que puedo, algo de gramática, ortografía, un poco de geografía y de historia. Y un vocabulario de lo abstracto, a razón de tres palabras por semana, que Tono disfruta aprendiendo. Las palabras ordenan el mundo, lo alecciono, y él, anticipándose a lo que suelo decirle, me alecciona: las palabras son como ventanas para asomarte a todo lo que vive. Apunta Tono los vocablos en su libreta diccionario, los repasa con frecuencia y le produce tal placer aprenderlos que me examina a mí de lo que yo mismo le he enseñado.

Cuando subo a mi cuarto, Tono me sigue. No quiere que mi padre se entere de que en la subasta de películas se apuestan cigarrillos, pero

lleva días recordándome que es hoy cuando se hace la primera puja del verano. A las ocho en punto, me dice. Se me abraza a la cintura y habla echándome el aire contra la chaqueta del pijama. Ríe y me hace retemblar el pecho.

—No me vayas a dejar sin cine.

Este verano del sesenta y cuatro sería el segundo en el que yo no participaría en la subasta de películas. Tenía poderosas razones para no hacerlo porque al cine de Miguel (un desván con vistas a un cine de verano vecino) iban los chiquillos que querían, aparte de ahorrarse la entrada, ver las películas prohibidas que las hojas parroquiales clasificaban como 3R, mayores con reparos, o 4, las gravemente peligrosas, y yo consideraba que mezclarme con los de pantalón corto heriría de muerte a mi recién estrenada adolescencia. Tenía prisa por cortarle la cola de renacuajo a mi infancia. Tenía prisa por ser hombre, por ser 4, o al menos 3R.

En aquel comienzo de verano empezaba a salir con Luci Diosdado y todavía andaba ensayando ante el espejo el gesto de displicencia que yo asociaba con los adultos, los pómulos mordidos por dentro para darle dureza a las mejillas y los ojos un poco idos, como si hubieran visto mucho y todo lo visto fuera hastío. En paralelo, me obligaba a coordinar mis movimientos y a aparentar cansancio o pesadumbre, porque era consciente de mi cara aniñada y de que tendía al énfasis y a esa especie de atolondrada euforia que se me metió en los nervios desde que la pubertad me dictó que debía cerrar la edad de la dependencia para hacerme cargo de mi vida.

Desde hace un par de años me llena de orgullo contar con la atención de alguien como Lamarca, tan reacio a prodigarla. Me dedica tiempo y piensa que ese tiempo no es un mero relleno para su soledad sino que puede servirme para que yo lo administre y pueda llevarme incluso a donde él nunca ha llegado. Por eso se presta a que vaya a su oficina con mis dibujos para que él los juzgue y pueda proponerme estímulos y mejoras. Lo hace repasándolos con ojos y palabras intransigentes; limpiándolos luego, igual que un cirujano, de todos los errores que llevan pegados como quistes entre sus líneas.

Cuando le insisto en asistir a las clases que da en su casa, me suele decir que entre sus alumnos solo aprendería vicios de mano, solo

aprendería a equivocarme. Piensa que hay en mi interior otro Pablo Suances, uno mejor que yo que tiene cualidades para llegar a ser un pintor sin más. Un pintor, algo que muy pocos son, dice, y que él mismo aún está intentando ser.

No está mal oír eso para alguien que quiere ser Pablo Picasso y Leonardo y Vidal Lamarca a un tiempo. No está mal que te apadrine uno de la Santísima Trinidad. Ni que esta tarde me haya citado para poner en marcha el fresco sometiéndome a pruebas para observar mi capacidad de reproducir tonos medios de la gama cromática. Ni que, con ese fresco de Santo Domingo, se me vaya a abrir un mundo que apenas puedo imaginar con mis mejores variantes del deseo.

Ese día, además, estrenaba un fetiche al que todos los amigos le concedíamos un valor extraordinario: un pantalón vaquero, auténtico, de importación. Aparte de que en el sesenta y cuatro yo era un puñado de sangre, ingenuidad y pasiones, es difícil explicar por qué creíamos que unos simples tejanos te trasplantaban a países extranjeros poblados por chavales promiscuos y te prestaban el aplomo de James Dean para la sonrisa y la rebeldía. Por qué unos simples vaqueros te diferenciaban de un entorno propenso a la poquedad y a la penitencia.

Cualquier novedad en Daza, por mínima que fuera, era como una invitación a un viaje porque, como al resto del país, a la localidad le sobraba pasado. De ese pasado, de su metástasis en el presente, provenía la indigencia material de una sociedad donde apenas existían las clases medias, donde muchas veces estrenar ropa era heredarla y el salario medio se traducía de tal modo en escasez de alimentos que seguían vigentes frases que sacralizaban la comida, Cuando seas padre, comerás huevos, se decía, No tires el pan que es de Dios, se sentenciaba, Tripa vacía, corazón sin alegría. A la ropa de fiesta se la llamaba en Daza «el traje de comer carne», en un intento de burlarse de una alimentación falta de proteínas.

Abrazando ese zócalo de penuria material, la dictadura imponía la penuria de su pensamiento y convertía las ideas en meras glosas de la tradición mientras buscaba que la vida se refugiara en las costumbres y las costumbres, en la docilidad.

Todo tendía de tal modo a la insuficiencia que nos equivocábamos con los sentimientos y no encontrábamos ideas para comprendernos, de tal modo que por estrenar unos vaqueros podías creerte que entrabas en el imaginario de la modernidad.

Éramos adolescentes a los que se les proponían modelos de

aprendizaje ya rezagados antes de nacer, tan reacios a lo foráneo como impregnados por la doble fe de la patria y del cielo que se nos tenía prometido. A los hijos de esta subcultura, nacida tras la Guerra Civil, el poeta republicano César Vallejo los llamó niños del mundo. Niños del mundo que asumían a los niños de España y serían dañados también por nuestra dictadura, como si todos los países compartieran la herida de España si caía la República, como si esa herida fuera una tara universal, un mal de lesa humanidad.

En ese mismo verano del sesenta y cuatro, Rosa Teba nos enseñó quién era César Vallejo leyéndonos ese poema que nombraba nuestras carencias con palabras que el poeta escribió temiendo que la guerra se iba a resolver con el triunfo de la dictadura y, en consecuencia, el raquitismo lastraría a nuestro país y dejaría a las generaciones venideras ante un futuro atrofiado, *Niños del mundo, / si cae España —digo, es un decir—, / si cae, (…) ¡cómo vais a cesar de crecer!, ¡qué pronto en vuestro pecho el ruido anciano!, / ¡qué viejo vuestro 2 en el cuaderno!*

Anteayer mi padre entró en mi dormitorio con un paquete en la mano. Dijo:

—Para ti. —Depositó el bulto sobre mi mesa de estudio y se me quedó mirando con esa media sonrisa suya que apenas consigue levantarle los pómulos.

Anteayer su aspecto era el de un hombre de cara fresca como salida de un sueño vacío. Venía vestido a su manera, por entero de negro a no ser por la camisa blanca que destellaba en las mangas y entre los dos paños del chaleco abierto.

Lo veo entrar a mi cuarto sin hacer ruido mientras me mira para asegurarse de que no estoy dormido. Se mueve sigiloso adaptándose a la oscuridad con suma prudencia. ¿No te habré despertado?, pregunta con preocupación. Siempre se percibe en él un impulso interior que se le queda latiendo en la inteligencia de la mirada o en los movimientos a punto de manifestar un vigor que él apenas deja traslucir. Es Pío Baroja. Se parece a Pío Baroja. Sobre todo al que dibujó Ramón Casas con su barba corta y la cabeza avispada, de ojos alerta y de nariz pequeña. Llamarlo don Pío es una broma que Tono ha heredado de mí y que mi padre tolera por contentar a su hijo menor, para que imite mi lenguaje y de ese modo desesperado se iguale a su otro hijo.

Se acerca a mi cama, me pellizca la mejilla, me la palmea.

—Tus notas de fin de curso han sido como esperaba, así que lo que

te traigo ni siquiera es un regalo.

No prodiga halagos mi padre. Su satisfacción la expresa siempre sin excesos porque considera lo bueno como una simple consecuencia del esfuerzo por conseguirlo. El trabajo bien hecho y la aptitud para la vida hay que construirlos a pulso, con los materiales que tú decantas cada día. La convicción, la certeza, la eficiencia, la verdad. De eso habla. Como si todas estas palabras tuvieran una entereza de granito y el mundo estuviera hecho con una materia moldeable ante la presión tenaz de esas palabras. Aparte de sus otros mandamientos secretos de alcohol y putas, esa es su moral y eso lo reconcilia con su nombre, Antonio Suances, y con ser químico y con ser calvo de sienes pelirrojas, ligeramente panzudo. Eso lo hace sereno y eficaz para dirigir el molino como si se tratara de un laboratorio y a sus dos hijos como a dos prolongaciones de sí mismo que hay que dotar con velas amaestradas para el viento. Pero también le seca la alegría y lo hace tan viudo que aún le duele pronunciar el nombre de mi madre.

Abro el paquete y encuentro los pantalones que llevaba semanas pretendiendo en un continuo ir y venir para preguntar por ellos en la única tienda de Daza que los trae de contrabando. Toco el tejido azul plomo, el apresto recio, el sello de piel de vaca con la marca, Blue Colorado, grabada en rojo.

Cuando hoy me los pongo, vuelvo a sentir a lo largo de las piernas la solidez del tejido y todo lo que esos vaqueros me añaden. No están hechos con el algodón de las marcas catalanas ni tienen un azul baboso, ni la blandura ni la liviandad de los sucedáneos. Son recios, norteamericanos, como sacados de un mundo abierto y rico en sorpresas, opuesto al de Daza. Tienen un halo de clandestinidad que por sí mismo puede investir de rebeldía a un chaval negando de golpe el provincianismo y la edad de los remilgos.

Los únicos que en nuestro grupo tienen Blue Colorado son Jesús Trigal y Emilio Álamos, quienes hasta hace dos años, cuando todavía volábamos la realidad como si fuera una cometa, sostenían que los Blue reviven con las rozaduras y si se les mete un cerillazo no se queman porque llevan fibra de amianto, pero lo mejor es que, cuando no son falsificados y vienen de Estados Unidos y no de Gibraltar, pueden mantenerse de pie, solos, como si fueran de acero o los calzara el hombre invisible.

Mi entusiasmo al verme en el espejo vestido con el tosco prestigio de los Blue solo lo disminuye mi cabello pelirrojo, a pesar de que ayer

mismo, cuando acompañé a Luci a su casa, me dijo lo estupendo que era tener un pelo de ese color que me da un aire tan extranjero. Pero me miro y encuentro que mi cabello tiene un tono propio de las estampas, pero le falta la sustancia y el brío de los hombres. Y está ahí ese cuerpo descuajaringado con el que me llevo tan mal porque, prescindiendo de mí, parece vivir por su cuenta.

Como nuestra casa está unida a la almazara, de hecho hay una hilera de ventanas que comunican nuestra vivienda con la parte alta de la nave del molino, nada más levantarme, antes de bajar a desayunar, hago un boceto de la parte del molino que se ve desde la ventana de mi cuarto. Lo hago sin levantar el bolígrafo del papel con una sola línea que no acaba nunca, como quiere Lamarca, procurando que mis garabatos no estropeen la bonita vista en contrapicado de las cuatro prensas, parecidas a cuatro templetes de acero con su bosque en miniatura de columnas.

Apenas he desayunado, voy a la oficina de la empresa de Lanza, donde trabaja Vidal, más que para llevarle el boceto de las prensas, para recordarle que esta tarde debemos hacer las pruebas de color en su casa. Por imposición de él, nunca le muestro nada más que dibujos hechos con bolígrafo donde no cabe borrar y las líneas equivocadas permanecen en el papel igual a atajos fallidos por donde te perdiste. Considera Lamarca que el color son las hojas del árbol y que, antes de que le nazcan, debe tener el tronco bien plantado y haber desarrollado ramas poderosas. Así que hasta hoy, que empezaremos las pruebas de color de cara al fresco, he hecho para él solo árboles desfoliados.

Subo a la oficina, un garito de cristal colgado en un lateral de una de las naves del almacén, y aun antes de coronar la escalera metálica comprendo que he llegado en mal momento. Sebastián Lanza llena la oficina con su voz al hablar por teléfono con Vidal, que ha ido a negociar una partida de vino a Torreperogil. Está Lanza a unos pasos de mí, grueso y canoso, empuñando el teléfono como se estruja una esponja. Rezonga, golpea la mesa, grita. Tiene la cara blanda y roja igual que un corazón que palpita con los bufidos.

—¡Ya hablaré yo con él! ¡No hay trato! ¡Así que vente para acá, carretera y manta!

En muy pocas ocasiones lo he visto así, atragantándose con sus chillidos como si la cólera lo apretara contra su propio cuerpo, porque lo habitual ha sido verlo adormecido al sol en la puerta de su negocio o husmeando por las naves de los camiones con un Farias apagado en

los labios, las gafas colgando de una cadena sobre la barriga y unos pasos aletargados que podrían asociarse a los de un hombre dado al sopor y a la comida.

Sale Lanza de la oficina abanicándose con el sombrero mientras traga aire como si el grueso bigote blanco le estorbara la respiración. Le doy los buenos días y él domina el resuello, se muestra amable, me saluda, desciende un par de peldaños y posa una mano en mi hombro.

—Menudo cambio, bendito Pelargón. Ni me había fijado, pero vas como una flecha, hueles ya a hombre, un pedazo de jabato, sí, señor, así que pronto las vas a matar, a las nenas, so tunante, con esa pinta que se te está poniendo de zorro pelirrojo.

Descendemos juntos las escaleras. Me acoplo a su paso vacilante mientras me dice que no vuelva hoy con mis dibujos, que no es día para entretener a Vidal. Cuando estamos abajo, entre las estanterías repletas de mercancías, se detiene para desprecintar una caja mediana y extraer de ella otra pequeña, de donde saca un mechero Martillo que me alarga sonriendo, Toma, regalo de la casa, regalo para un hombre, dice, y enseguida se agacha para recibir al mastín que guarda el almacén. El perrazo se acerca caracoleando, babea, restriega su cabeza montañosa contra el pecho de Sebastián y emite un gemido que impresiona por su ternura, por su timbre casi femenino.

—Ven aquí, Bocanegra, maricón, Bocanegra, mariconazo.

Sebastián Lanza agarra las orejas del perro, las zarandea, junta su frente con la del animal, ¿Quién es aquí tu amo?, ¿eh?, ¿quién te quiere a ti?, susurra y, agachado como está, con el sombrero y el traje claros, parece una nube que se amolda a la mole parda del perro. Desentendido de mí, le sigue hablando con una voz empequeñecida, repleta de onomatopeyas y tan esponjosa y entontecida que ni siquiera la he escuchado nunca en ese grado de ternura para contentar a los bebés.

Toda la tarde se ha mostrado Tono excitado como nunca por la inminencia de la subasta de películas hasta el punto de que no ha dejado de irrumpir en mi cuarto sin buscar ni siquiera un pretexto para soltarme que me fuera preparando porque pronto deberíamos irnos. Hoy más que nunca noto cómo la experiencia del tiempo carece para Tono de la complejidad de lo real. Es como si el tiempo (la tarde que tenemos por delante, la subasta y sus consecuencias) le cupiera en la palma de la mano y no fuera sino un chispazo, apenas un latido del que él puede apropiarse con solo cerrar los dedos.

Cuando ya no puedo retener su impaciencia, miro cómo se echa agua de colonia, cómo se peina con fijador y se hace su raya de dandi, recta y blanca en medio del pelo negro. Apenas ha acabado de peinarse cuando se me queda mirando con sus ojos achinados, acostumbrados a la alegría, y me dice que adelante, que nos vamos, mientras se repasa las manos por el torso para alisar la camiseta que más le gusta, una de marinero que le pone en el pecho un mar de bandas blancas y azules, y un ancla bordada en oro justo en la parte del corazón.

Antes de las ocho menos diez estamos en el quiosco de música del Paseo Mercado donde se celebra la subasta de películas, casi debajo de los balcones del domicilio de Vidal Lamarca. Excepto los días señalados en los que la banda municipal interpreta marchas de Semana Santa o algo de Albéniz o Falla, aquel templete de forma octogonal pertenece al dominio pandillero de los de pantalón corto. Es castillo o isla, palenque o antro, claustro de erotismo y de confidencias.

Con media hora de retraso, entre el murmullo de la docena de chavales agrupados encima del quiosco, llega quien esperamos, Miguel Alinde, un chaval enclenque y pelón, dueño del llamado cine de la mugre. Viene a galope tendido, fustigándose las ancas y, jinete sobre sí mismo, retiene las bridas, desmonta y trepa en un vuelo a lo alto del quiosco.

—¡Un paquete de emboquillados! ¡Vendo la semana por un paquete de emboquillados! —chilla apenas ha saltado la barandilla—. ¡A tres emboquillados por película!

Lo que ofrece Miguel Alinde son entradas para el desván de su casa, tres amplias habitaciones llenas de ropa tendida, de murallas de muebles y objetos en desuso, de calor y de mierda de palomas. Junto a las ventanas, que dan a un solar reconvertido en cine de verano, se han apilado cajas de cerveza para formar las plateas desde donde pueden verse el rectángulo de la pantalla y a los minúsculos asistentes de la otra película de la realidad moviéndose por aquel solar rodeado de jazmineros y buganvillas. Es lo que llamamos el cine de la mugre. Te vende Miguel por cigarrillos los ojos de bola de E. G. Robinson o el colt de Allan Land brillando en su mano al desenfundarlo, allí, colgados en medio de la noche, en un ventanal que se recorta en technicolor sobre la oscuridad y te pone los labios de Sofía Loren casi al alcance de la mano. Pero te los vende envueltos entre los aletazos y zureos de sus palomos ladrones, en una atmósfera enloquecida por un calor pestilente y por las vibraciones y los ecos de la banda sonora.

—¡Un paquete la semana! ¡Tres por película!

Noto en mi hermano un excesivo nerviosismo que apenas reconozco como suyo y acerco mi cabeza a la de él para cuchichearle de nuevo cómo tiene que actuar: no debe precipitarse, dejar que apuesten los otros, pujar el último. Asiente y, serio, va a sentarse en el círculo que se ha formado sobre el suelo ajedrezado del quiosco.

Siento que Alinde haya llegado tan tarde y yo tenga que dejarlo solo para ir a la cita con Vidal. Le digo eso, apoyo mi mano en su hombro para despedirme y lo veo vibrar, volverse hacia mí para rodearme una pierna con su brazo, Tengo que ganar, tengo que ganar como sea, farfulla deprisa y se hace un caracol arrodajándose a lo indio para tambalearse luego sobre el culo con la cabeza doblada sobre las rodillas, como si le faltara paciencia y le sobrara miedo para esperar lo que se avecina.

Miguel Alinde se coloca en el centro del quiosco, alza su brazo de alambre y agita la libreta donde firmará las entradas mientras da vueltas sobre sí mismo.

—¡Señores! ¡Atención, señores! ¡Se abren las apuestas!

Los del corro se estudian, se rebullen expectantes hasta que un chaval narigudo, con cara de hombre, no puede contener la impaciencia.

—Te doy un Winston por *Pan, amor y fantasía.* —Se refrena un segundo antes de apuntillar—: Y un Winston ya es mucho.

Antes de irme, me agacho junto a Tono, le digo al oído frases de ánimo y le entrego mi paquete de tabaco. Como él los ha contado muchas veces, sabe que dentro hay dieciocho cigarrillos, que son marca Reno, rubios y mentolados, de un alto valor en aquella lucha por las entradas. No ofrezcas más de dos Renos por película, le digo, con eso ganas de sobra. Tono cabecea para asentir sin ni siquiera volver la cabeza. Mastica un Bazooka con una tenacidad suave que apenas le mueve la mandíbula, en contraste con su mirada que salta a fogonazos por las caras de los que forman el corro.

—Si los apuesto todos, te vas a quedar sin tabaco —dice.

—No te hará falta. Si te aprietan, puedes llegar hasta tres Renos, pero solo por cada película para mayores.

Más que haberme escuchado, parece abstraído en prever el complejo mecanismo de intereses, ofertas y simulaciones que ya empieza a girar por el círculo de chavales.

—Hasta cuatro por una de mayores —me pide, guiñándome un ojo.

—Eso es tirar el tabaco, Tono.

—Hasta cuatro, ¿vale? —Y me arrastra con la fuerza de su pícaro gesto de clemencia.

—Cuatro, y ni uno más. —Le devuelvo la sonrisa.

Cuando salto del quiosco, veo a Raúl Colón y a su madre, Rosa Teba, charlando con el resto de los alumnos de Lamarca. Se han detenido junto al pilar adosado al ábside de San Pablo para mostrarse los carboncillos hechos en clase y señalan con el dedo, ríen y se arremolinan para mirar las láminas de cerca.

Ante la belleza de Rosa Teba me es difícil ordenar mis sensaciones. Es la madre de Raúl, pero al mismo tiempo no lo es porque no pertenece a ese mundo tierno y claudicante de las madres y ni siquiera Raúl le atribuye comedimiento o amparo, sino una sugestión incompatible con su vínculo de hijo. Sin duda el atractivo de Rosa procede de que desprende un erotismo estilizado y frágil, pero también de ser por sí misma noticia de algo más abierto y más libre, más eficaz y más culto, que la vida de esta ciudad que parece siempre a punto de cristalizarse entre sus hermosas piedras sillares.

Hasta las niñas de nuestro grupo han sido agarradas por la fascinación que desprende Rosa y esto hace que asome por sus conversaciones, No es que sea guapa, pero lo es, y qué cuerpo, tú, dicen. Vaya estilo, qué estilazo, Tiene clase, suelen decir. Yo creo que es como echar leche de cabra y de vaca en el mismo cubo, medio litro le viene de Brigitte Bardot y el otro medio de Grace Kelly, se le ocurrió a Chiti uno de los días en el que las chicas jugaron a los parecidos y alborotó a todas con su descubrimiento.

Por mi parte, no puedo evitar ver a Rosa a través de lo que sé de ella. Se trata de un conocimiento robado por su hijo, que él me transmitió y que a los dos nos vino a llenar la mente de una excitación al parecer inacabable.

Hacia final de abril, Raúl me toca con el codo en el estudio de la noche, ¿Qué?, le digo, y él me mira, se muerde los labios y baja la cabeza sobre el libro, apoyándola entre los dos puños como solemos hacer en esas horas en las que nos vigilan los curas para que solo haya silencio. Al rato, me pasa un papel: *Tenemos que hablar en el recreo. Rómpelo*. Somos compañeros de pupitre y, al mirarlo, me doy cuenta de que le sucede algo grave, algo que le pone la cara de cartón, le hace tragar saliva y le deja los ojos como muertos sobre el libro, *Escríbelo*, le escribo, *Es para hablarlo. Rómpelo*, me contesta.

Suena la campana para el recreo, salimos al inmenso patio del colegio y nos apartamos hacia el segundo campo de baloncesto, fuera de las luces de los pórticos. Enseguida, los dos nos conmovemos con lo

que él dice:

—Mi madre es una puta.

Apuro el cuarto de hora de recreo para convencerlo, para convencerme, para consolarlo. Rosa lleva una especie de diario y Raúl conoce dónde guarda las dos llaves, cada una en un sitio distinto, que dan acceso a ese libro en el que apunta poemas y todo lo que le gusta o le preocupa. Cuando a los pocos días yo pueda leer lo que Rosa escribió, me extrañaré de la minucia con la que recoge los detalles de su relación con Vidal y me sentiré muy débil y como aplastado por la grandeza de su sexualidad. De pronto Rosa es mucho más excitante, más inalcanzable y yo tengo menos años de los que tengo. Pero me preocupa Raúl, lo animo, le digo que ya pensaremos algo aunque podía empezar por contarle lo que sabe a su madre, ¿Tú eres gilipollas?, me muero si se lo cuento, y le sigo dando consejos tan laboriosos como bobalicones que sé que tirará a la basura mientras me hago cargo de cómo los absurdos celos que siento me dejarán más lejos de él y de todo lo que me importa.

Me acerco ahora a Rosa, que está un poco aparte de los otros alumnos de Lamarca y, sentada en el borde del pilar, hunde una mano en el agua mirando más allá de sus dedos, que hacen ondular la superficie y quiebran el fondo de ovas y piedras.

Me parece más joven que otras veces envuelta en ese aire de ruptura que nos presta la primera ropa de verano, las bambas azules, los pantalones blancos, la blusa sin mangas liberando los brazos después del invierno.

—¿Qué tal, Pablo? —dice, sacando la mano del agua para saludarme—. Todavía tienes por casa tus apuntes de matemáticas, aunque ya para qué, ¿no? —Se pasa los dedos mojados por las sienes y luego inclina la cabeza para que alcancen con más facilidad la nuca—. ¡Qué día de calor!

Mis ojos quieren, pero yo no, fijarse en ese sujetador como impreso en la transparencia de la blusa, así que me obligo a no apartar la mirada de su cara, a endurecer la mandíbula, a estirar el cuerpo y a darle la máxima amplitud a mis hombros desplazándolos hacia atrás. Quiero aparentar dominio, agrandar mi presencia. Me acerco a ella confiado en ese nuevo fetiche mío de los Blue Colorado, aplomando los pasos mientras pienso que ahora, cuando empiece a hablar, lo haré como siempre, con la pronunciación andaluza de la localidad evitando caer en la espiral de sonidos llenos de eses silbadas que acaban de salir de la boca de Rosa.

Mis amigos y yo mismo, al dirigirnos a ella, tendemos a imitar su dicción castellana, como si nos absorbiera el canto de una sirena y el

andaluz que aquí hablamos fuera un sucedáneo sin consistencia que hay que armarlo con la dureza de las consonantes y enjabonarlo con el deslizarse de las eses. A eso, a pronunciar a la castellana, se le llama en Daza hablar fino. Hablar finolis. Hablar con las eses. Y al dirigirnos a Rosa, nos parece que hay que imitar su dicción si no queremos quedar al margen de ese mundo más elaborado del que ella es emisaria. Por algo es la Tocino de Cielo, la Crujiente, la Leche Merengada. Por algo está que revienta de buena. Por algo a Mariano Montalvo le gusta repetir que, al hacerse pajas en su honor, pronuncia todas las eses y Joaquín Martínez bromea con que Rosa Teba es el sexo hecho carne, pero que por desgracia no cohabita entre nosotros.

Soy consciente de que estoy construyendo la imagen de mí a la que aspiro y de que el modo de hablar de cualquiera es algo así como su autorretrato sonoro. Tampoco olvido que mi padre se ha burlado alguna vez de mí por esas falsificaciones lingüísticas que me hacen parecer, dice, un forastero más que un hijo suyo, un pariente de esa familia de San Sebastián con la que quizá paso demasiado tiempo.

Me acerco a Rosa Teba y la saludo recordando todos estos presupuestos de neohombre. Me pasa la mano por el flequillo, ¿Cómo te lo cuidas?, vaya brillo, qué rojo tan hermoso, y siento un pálpito en las raíces del pelo al contacto de sus dedos, una corriente que me cala. Me sonríe. Le sonrío como si le dijera todo lo que callo. Qué hacer si no, qué menos que ser su espejo: tiene tanto que agradecerme por todo lo que he hecho por Raúl, por integrarlo en el pueblo y en los salesianos y, además, qué notas de fin de curso, qué notazas los dos, y qué mejor motivo para prepararnos una fiesta por todo lo alto, sonada, dice, que esté a la altura de lo que los dos nos merecemos.

Cuando se acerca Raúl con su carpeta de dibujos, me anticipa detalles del guateque que se hará con su nuevo tocadiscos de veinte vatios por altavoz, mañana mismo me lo enseñará, un sonido fabuloso, de orquesta diría él, pura seda para el oído, ya veré cómo se escucha allí a Sylvie Vartan, que parece que te está cantando para ti solo diciéndote cositas al oído.

Aunque tengo prisa, me dejo acompañar por Raúl los pocos metros que nos separan de la casa de Lamarca. Me aprieta el brazo, acerca su boca a mi oreja y dice, Ni se te ocurra decirle a mi madre que nos copiamos en los exámenes, me golpea luego la espalda y me pregunta si he visto a Marta, si iré mañana con Luci a la piscina, ¿nos veremos allí?, y con ese poder que Raúl tiene, que todos tenemos, para encender la vida en medio del dolor, sin pensar ya en cuánto lo atormenta que su madre sea una puta, me cuenta cómo ayer le tocó una teta a Marta mientras sigue con sus eufóricas palmadas hasta

exclamar: ¡Qué verano nos espera, tú!

Subo urgido por la cita, casi corriendo, al tercer piso y me detengo ante la puerta de Lamarca. Nunca he estado allí y me desconcierta el óvalo del Sagrado Corazón colocado justo encima de la mirilla, un Cristo en actitud de bendecir con la mano alzada ante su pecho por donde brota como un destello de sangre la inmensa víscera del corazón. Esa imagen, dicen, protege a España. Por eso la he visto otras veces en la puerta de muchas casas de la localidad y, sin embargo, es como si no la hubiera visto nunca porque el óvalo es más grande y no se trata de un esmalte, sino de un óleo hecho con el preciso vigor con el que pinta Vidal.

Lamarca está con Gonzalo, el guarda de la empresa de transportes, que ha ido a buscarlo. Hay un pedido urgente de mercancía, un camión debe salir esta noche para Valencia, y Vidal tiene que asentar una carga de bacalao y gestionar qué traerá el camión de vuelta a Daza.

Encuentro a Vidal contrariado, turbio, poseído por esa mirada suya que de vez en cuando parece transparentarle la negrura de los iris hasta que son dos discos vacíos, Te estábamos esperando, entra, me saluda, mientras Gonzalo, cachazudo y calvo, me da un tozolón no del todo afectuoso. Las palabras le salen revueltas con su aliento a vino.

—Venga, nene, que hay mucha prisa.

Presiento que el gran momento, tan esperado, de mi prueba iniciática de pintor de frescos va a quedarse en poco más que en la cara larga de Vidal y en ese pescozón que me propina Gonzalo como si arreara a una caballería.

Atravesamos la sala y entramos en el estudio: caballetes y lienzos apilados, baldas llenas de tarros con pigmentos, pinceles y líquidos. Aparte de un gran armario, apenas hay muebles, un sillón, un baúl y un taburete recogido bajo la mesa encuadrada en el rectángulo del balcón. A pesar del fogonazo de color de los cuadros que llenan todos los huecos, la habitación transmite sosiego debido a su amplitud, al orden de los objetos o a ese olor de los materiales de pintura, sutil y picante, y a la vez espeso, que la frecuencia de años ha trasminado a las paredes.

Lamarca me hace sentar a la mesa y sigue como abstraído cuando enciende la lámpara de poleas que, al hacerla descender, recorta su cono de luz sobre una cartulina donde hay dos rectángulos de color. Le oigo la respiración azorada en el momento en que se inclina para

decirme que debo reproducir con exactitud los dos rectángulos, poniendo especial cuidado en conseguir los tonos medios y en adivinar con qué colores se han conseguido. Me coloca delante una cartulina en blanco y luego su mano planea sobre un rincón de la mesa.

—Ahí te he preparado todo lo que vas a necesitar. Cuando acabes, limpia bien la paleta y los pinceles —le sale el malestar en la voz—. No me esperes. Déjalo todo como está y cierra bien la puerta al salir.

No emplearé demasiado tiempo en imitar los dos colores, un rojo oxidado con vetas de arcilla y un azul Prusia que sobrenada sobre un fondo de verdes. Cuando me parece que ya solo podré empeorar lo que he hecho, recojo todo y fisgoneo por el estudio muchas veces imaginado pero nunca como es en realidad, una habitación funcional donde se impone la pulcritud.

Me emociona toparme con el retrato que le hizo Rafael Zabaleta a Vidal en 1956 (Lamarca con los ojos como ardiendo por los brochazos sienas y rojos), pero no me detendré demasiado en el resto de los cuadros, porque quiero inspeccionar el interior de los muebles, quiero encontrar algún indicio del Vidal que se oculta bajo Vidal: nadie, sin razones, puede enmascararse tanto en el silencio; nadie, sin razones, toma una pistola y hace ejercicios de tiro en un domingo de nieve. Tengo prisa. Miro todo con urgencia porque sé que la subasta de películas ha acabado y Tono me espera. Hace unos segundos me he asomado al balcón y lo he visto abajo, con el cuerpo doblado sobre la barandilla para despedir a los chavales que iban saltando del quiosco. Vibrando bajo su camiseta de marinero, Tono hacía bocina con las manos, ¡El capitán Achab os despide de su barco! ¡Adiós, amigos míos!, ahuecaba la voz y luego subía los brazos sobre su cabeza y los cruzaba y descruzaba como si hiciera señales de banderas.

Cuando le grité que me esperara, me pareció muy desvalido: suspendió de golpe el movimiento de los brazos, asintió muy despacio con la cabeza y fue a sentarse arrastrando los pies en el mismo centro del quiosco.

Desde la noche del 6 de abril, cuando la visita de Rosa lo impulsó a salir de su desarraigo de marginado, Lamarca ha seguido trabajando a diario en su novela gráfica donde cuenta su vida confiando el relato más a las imágenes que a las palabras, aunque el texto puede extenderse con profusión envolviendo algunas viñetas. Utiliza folios sueltos que numera al dorso y agrupa en una carpeta de cartón bastante grueso y de color azul. Es esta una tarea dolorosa y secreta

que suele hacer por la noche como quien se adentra con una linterna en unas ruinas porque en esa novela se ha propuesto mostrar los hechos esenciales que lo han transformado en un hombre desdichado y tan sin sitio que quizá lo único que de verdad posee es ese tiempo aislado en su estudio donde dibuja, como si fuera algo vivo, su memoria.

Sin respetar un orden cronológico, ha contado ya algunos hechos aislados de su vida a partir de ese primer dibujo purificador del mar de Almería. Ha escrito borradores de otras escenas relativas a la guerra que ha intentado resumir con bocetos muy sueltos, a lápiz, pero desde hace unos días se ha centrado en una sola viñeta, la última de su cómic, que ha elaborado en cuatro perspectivas distintas sin conseguir meterle dentro la contundencia que persigue. Sin embargo, las cuatro versiones las hizo en tinta china porque las fue pensando como definitivas. Tiene tan pocas dudas sobre que esa imagen obsesiva debe ser el desenlace que, igual que el corredor que tiene en la mente la cinta de llegada, Vidal no quiere perder de vista el dibujo final para convertirlo en un recordatorio de a dónde quiere llegar, porque tiene la seguridad de que en él está el remolino que atrae sobre sí toda el agua del relato y la absorbe en un solo punto.

Esta tarde del 24 de junio, cuando Vidal ha dado por concluida su clase, despide a sus alumnos y dispone sobre la mesa del estudio lo necesario para que yo haga la prueba de color. Decide leer mientras me espera, pero, nada más abrir el libro de Ramón Gaya, lo cierra porque siente el aguijón de aprovechar el tiempo del que dispone para trabajar en su novela gráfica.

Está Lamarca dibujando un quinto encuadre de esa última escena cuando suena el timbre con una insistencia que le remueve los nervios y lo urge a interrumpir el trabajo, recoger la carpeta y guardarla abierta en el armario para que no se emborronen los últimos trazos. Perseguido por los timbrazos, ni siquiera repara en que no ha cerrado el mueble con llave y que aún la aprieta en su mano cuando abre la puerta y se topa con la voz y la cara emborronadas por el vino del guarda Gonzalo, quien casi le chilla como si estuviera muy lejos que, de parte de don Sebastián, suba ahora mismo al almacén.

Más tarde, cuando yo husmee por el estudio y abra el armario, tendré clara consciencia de violar la intimidad ajena y quizá por eso sentiré una vaga sensación de cambio o de amenaza. El inmenso mueble está dividido por estanterías con libros y compartimentos verticales donde se alinean carpetas, cajas y papeles enrollados. Ese orden parece negado por el olor a tinta china y por una plumilla mal envuelta en trapos desperdigados ante una caja. No es el único

descuido porque una carpeta abierta sobresale de la estantería más alta. Puedo ver las cubiertas azules y, sobre ellas, el canto de los folios formando un abanico a punto de cerrarse.

Al alzar las manos para cogerla, sé de antemano que la carpeta ha sido dejada allí con premura, tengo aprensión a tocar la suavidad de sus tapas y me llega la advertencia de que entraré en algo prohibido si llego a conocer lo que mis dedos están tocando y mis manos hacen descender como si bajaran una bandeja, las dos manos sosteniendo la carpeta abierta, acercándola a mis ojos, al estupor que me entra por los ojos con el extravío de quien no sabe ya si sus ojos saben mirar.

Noto mi miedo como una red de nervios que me envuelve el cerebro, porque estoy mirando un dibujo a tinta china, hecho con la solidez del claroscuro, que ocupa todo el folio para imponer una representación, muy violenta, de un asesinato. Me parece inverosímil, pero es Vidal Lamarca el que sostiene una pistola y, con una seguridad inmóvil, dispara a bocajarro sobre Sebastián Lanza.

Los dos personajes están dibujados con un evidente realismo que pone tensión en la negrura de los abrigos y en las sombras que se estiran por el suelo del almacén de Lanza. Son reconocibles en la penumbra las vigas del techo a dos aguas y, coronando el portón, el tímpano de cristal por donde entran haces de sol que caen sobre la escena.

Sebastián Lanza va vestido con un traje adivinado bajo el abrigo abierto, cuyos amplios faldones se rizan en el aire en congruencia con el sombrero que ha resbalado de su cabeza y vuela por encima de su hombro. Se lo ve casi de espaldas, los puños encrespados, las piernas en el aire iniciando la caída y la cabeza a punto de troncharse, pero aún viva y vuelta hacia el espectador como huyendo del disparo y del propio pánico que salta de sus ojos. Vidal está entrando en los haces de sol que proyecta el tímpano y se distingue su cuerpo estático bajo el abrigo, una pura mancha de sombra en contraste con la cabeza que está tocada por la luz y muestra una gran serenidad en la caída aplomada de la mejilla derecha, y en el pelo rayado por los relumbres de la brillantina. De su mano derecha nace el centro del dibujo. En ella hay una pistola de cuyo cañón brota el disparo en forma de estrella que se extiende entre una nube salpicada de pólvora. Con mayúsculas, con trazos que se rizan en el aire, sale del cañón la onomatopeya de un balazo, BANGGG, y esas ges multiplicadas me resuenan como una explosión real mientras repaso y repaso los otros folios, mientras procuro dejar la carpeta tal como la encontré, mientras cierro el armario y abandono el piso, y la sorpresa y el temor y la culpa me hacen bajar a saltos por la escalera.

Cuando salgo a la plaza, respiro angustiado sintiendo en la boca el calor de la noche y la certeza de que no he estado mirando los inocentes dibujos de un tebeo. A veces, prende en nosotros una lucidez que va más allá de lo lógico, y yo sé con seguridad que este 24 de junio del sesenta y cuatro me acaba de traer un fragmento del futuro. Sé también que aquellos disparos amortiguados por el silenciador y el aguanieve salían de una pistola que es esta misma de tinta china que mata a Sebastián Lanza en el papel.

Mis certezas vienen de que cada milímetro de mi cuerpo agarrotado me lo dice, pero, sobre todo, de que la carpeta de Vidal está llena de realidad: acabo de ver la figura larguirucha de Lamarca repitiéndose a lo largo de los folios, bocetos a lápiz que recreaban su vida en diversas situaciones de amor y de guerra; he reconocido a personas y lugares de Daza, a Rosa Teba, a Tono en el camión oxidado o, reproducido con toda evidencia, el Sagrado Corazón pintado en la puerta que acabo de cerrar para salir huyendo. Mientras voy al quiosco en busca de Tono, no dejo de pensar en que los cinco últimos folios insisten en un único desenlace, porque los cinco son variantes de una misma muerte con diferentes modos de desplomarse Lanza sobre sus rodillas o de representar el rostro, siempre sin pasión, de su asesino.

Aunque me resulta imposible comprenderlo, no tengo duda de que el comedido Vidal vive la obsesión de asesinar a Sebastián porque el quíntuple asesinato de las viñetas contiene otras muchas muertes del mismo hombre: muertes anteriores de Lanza, muertes imaginadas por el que un día se sienta a concretarlas en un papel como una mínima muestra de las muchas que en su deseo existen. Pero, por más que lo intento, me cuesta imaginar al Vidal que yo conozco saliendo de sus dibujos para entrar en la realidad y cumplir lo dibujado. Tardaré algún tiempo en confirmarlo, aunque hoy ya tengo la convicción de que será así, de que es real el cálculo, el propósito. Es real la pistola dibujada. Es real que Sebastián ya ha muerto muchas veces en la mente de Lamarca.

Aún muy confuso, dislocado por ese descubrimiento, trepo al quiosco de la música y me siento junto a Tono. No me saluda. Sentado sobre el suelo, con la mitad de la cabeza en el resplandor de las farolas y la otra en la oscuridad, deja pasar el tiempo hasta que me mira con su único ojo iluminado.

—No voy a llorar, hermano Pablo. Ya verás como no voy a llorar.

Repliega la cabeza sobre el pecho mostrando su congoja y, cuando le pongo la mano en la barbilla para levantársela, retrae la cara, No

voy a llorar, los hombres resisten, dice sin poder evitar que se le engallen las palabras.

—¿Qué ha pasado, Tono?

—Me parece que no voy a ir más al cine de la mugre.

Los balcones de Lamarca están cerrados, pero eso no impide que Tono mire ahora hacia ellos y no parezca triste cuando extiende su mano en un saludo mientras dispone la boca para gritar; sin embargo, en el momento de levantar la voz no puede darle vuelo y se le queda en un susurro ronco.

—¡Buenas noches, Vidal!

Lo sucedido es que Tono, a pesar de que ha invertido todos mis Renos, no ha conseguido el vale que firma Miguel para la película que más le interesaba. Le aprieto el brazo.

—Vamos, no es nada, te pagaré la entrada y la verás en el cine de verdad. Nos arreglaremos para que te deje pasar el portero.

Me palmea la cara, como si fuera yo al que hay que consolar, y enseguida se la lleva al ojo donde le cae la luz para evitar el deslumbramiento.

—No me dejará entrar a mí el portero.

—Sí te dejará. Lo intentaremos.

—Nunca me deja a mí el portero.

Lo veo abajo recogido bajo su cabeza, con el cuerpo hecho una bola y los hombros y la barriga rayados por el azul y blanco de su camiseta de marinero. Esponja la espalda al suspirar mientras estira la pierna para sacar del bolsillo de su pantalón corto un papel doblado con esmero. En el acto voy a comprender por qué lleva días ansiando la subasta, por qué deseaba ganarla hasta el punto de no poder controlar su excitación y, ahora, muestra ese abatimiento tan poco habitual en él.

Cuando empieza a desplegar el papel, me oculta la cara para que no le note que se está tragando las lágrimas, y en ese momento me doy cuenta de que Tono ya es otro, de que algo nuevo hay en él que le estorba la respiración y lo domina y lo llena por completo de deseo. Sobre el pantalón se frota Tono el falo, lo aprieta contra su pubis, mientras mira el papel que reproduce la cartelera de la próxima película, esa película a la que no lo dejará entrar el portero. Con ojos que expresan una triste exaltación, no deja de mirar la réplica de la cartelera de *Los caballeros las prefieren rubias* y murmura algo de lo que solo percibo el desconsuelo. Levanta luego la cabeza hacia mí.

—No me dejarán verle las tetas a esta.

En la imagen, una mujer se impone con su pelo rubio y el rojo ondulante de sus labios. Sus grandes caderas hacen vibrar el traje lila,

las perlas de su cuello y un torso que se adelanta para ayudar el movimiento de quitarse los guantes, largos y negros. Una fiesta de piel y pechos que se inclinan ante la cara ansiosa de Tono.

Me enfrenta abriendo mucho sus ojos de largas pestañas, de las que no debe pender ni una lágrima porque su hermano le ha dicho muchas veces que los hombres resisten los palos hasta poder de nuevo levantarse, pero hay un velo de agua en sus pupilas en el momento en que posa el dedo sobre la cartelera y repasa con la yema el contorno de los pechos de la mujer. Levanta apenas la voz para decir:

—Marilyn. Marilyn Monroe.

3

Mariano Montalvo
(Verano del sesenta y cuatro)

Me decidí a interrumpir a mi padre mientras trabajaba en la habitación aneja a los trojes, una especie de laboratorio repleto de vasijas y artilugios científicos donde experimenta con todo tipo de grasas y semillas. Abrí la puerta, carraspeé para hacerme notar y, muy serio, le dije sin más que a Tono se le había despertado de golpe el sexo. Le conté lo sucedido en la puja de películas, su obcecación por los pechos de Marilyn y cómo, aún hoy, dos semanas después de la subasta, me pide que le hable de la actriz y le detalle aspectos de esa película a la que no lo dejó entrar el portero.

Me escucha mi padre mirando al trasluz del flexo el aceite que tiene en la probeta, enseguida, yergue la cabeza, deja de agitar el recipiente y lo mantiene paralizado entre el pulgar y el índice. Dice:

—Claro. Tenía que pasar.

Despacio, se acerca a mí para mirarme como si me sopesara, Imagino que sabes lo que tenemos que hacer, y yo, sin estar seguro pero queriendo estarlo, Sí, creo que sí, mientras espero alguna confirmación que no tarda en darme, El sexo no perdona, así que la idea es esta: que Tono no sufra, que sufra lo menos posible. Quieres decir que... Y él me interrumpe, Sí, eso quiero decir, tú te encargas de iniciarlo y yo del resto.

Debió de ser en ese momento en el que mi padre me consideró más igual a él y empezó a hacer de mí un interlocutor a quien se empeñaría en levantar a su altura hasta el punto de que, a los pocos días, me habló por primera vez del infarto fulminante de mi madre y de ese chicle negro de la guerra que nunca se podía escupir. Porque tal vez que te consideren adulto signifique quitarle los precintos a la vida para mostrarte por completo su interior. Meterte la cabeza en los compartimentos antes vedados, hacerte compartir los problemas y dejar que te hagas cargo del dolor. Se acabó la fiesta.

Cuando Antonio Suances conoció a fondo los límites del terror, supo que haría todo lo posible para no reproducirlo y ningún esfuerzo por explicárselo porque el primitivismo de una guerra no lo mide el

razonamiento y ni siquiera del todo el instinto. Solo tienes la cabeza para entender eso y la cabeza no te llega para comprenderlo, me dijo en la habitación del billar (hasta ahora también para mí prohibida). ¿Cómo comprender esa macabra misa, ese bestial rito purificador de la sangre?

Con neutra precisión, me fue contando cómo, a pesar de que simpatizaba con Azaña, pronto le confiscaron la almazara, lo arrancaron de la cama, lo tildaron de traidor a la República y lo escoltaron hasta la cárcel de Daza. En la prisión aprendió a no saber. Quién era él, quiénes los que lo habían encerrado. Lo único cierto era el significado de los sonidos, de las puertas o de los pasos, del roce de los objetos. Todo llevaba dentro su ruido y cada uno era una amenaza inconcreta, sin dueño, de la que solo podía defenderse con la angustia del desconocimiento.

Varios olivareros que lo estimaban lo libraron de una matanza masiva cuando la noche del 30 de julio del treinta y seis, doce días después del golpe de Estado contra la República, los milicianos sacaron a los cincuenta presos a la puerta de la prisión local para fusilarlos apenas los agruparon ante la fachada. Me iban a matar, me dijo, por tener este molino, por no estar sindicado, por defender que no se podía pegar un tiro a nadie por su dinero o sus ideas; me iban a matar y sentía tanto extrañamiento que no comprendía quiénes eran los que me chillaban que saliera de la celda ni por qué lo hacían. Eran personas en todo igual a mí, con el mismo miedo, quizá con mi misma convicción de que no salvarían la República, sino que atentarían contra ella, si nos arrastraban a la calle para asesinarnos.

Salió Antonio Suances al exterior junto a una masa temblorosa de presos y, cuando ya lo empujaban contra la fachada, se le acercaron cuatro o cinco hombres y lo sacaron del grupo a tirones, Pero ¿quién lo ha puesto a usted aquí?, usted es de otra pasta, váyase antes de que algún loco empiece a darle al gatillo. No mucho después, cuando ya se alejaba, lo sacudió el encrespamiento de las súplicas, el griterío, la cerrada granizada de los tiros. Solo él y dos hombres más se libraron de ese apelotonamiento de cuerpos que se fue derrumbando ante la puerta de la prisión entre un estruendo de gemidos que se iba apagando conforme crecían las sumadas detonaciones de los fusiles.

Añadió que no tenía ánimo para hablar de ese asunto y que no volvería a hacerlo, que aquella noche de la cárcel pasó como pasa la erupción de un volcán, en pocas horas, pero dejando muchos años de humo. Respiraba mi padre ese humo que ahora quería combatir sonriéndome mientras me pedía que lo acompañara mañana al olivar de la Sierra de Segura para ver cómo se podía poner en regadío y,

enseguida, lo vi absorto diciendo no sé si para él o para mí:

—La guerra son los otros, incluso los que crees que son los tuyos.

Los que crees que son tuyos, pensé. Vidal Lamarca, pensé. Pero no me decidía a contarle lo que me ardía dentro, ese balazo en forma de estrella sobre Sebastián Lanza. Me costaba llevarle nuevos dibujos a Lamarca. Me costaba verlo, hablar con él, hablar con el otro que se escondía en él. Y, sin necesidad de estar solo, volvía a oír la explosión del disparo, la bala que quizá en esos momentos acababa de salir del cañón porque bastaría que los dos hombres se quedaran solos en el almacén de Lanza o en algún lugar apartado, la simple falta de testigos sería suficiente para el vuelo de la bala, en algún descampado, me decía, en una calle solitaria, tal vez ahora mismo, me decía. Soñaba o recordaba ese dibujo que se sobreponía a la realidad y a veces la ocupaba por entero, interminablemente saliendo la bala de la pistola mientras se abrían los ángulos violentos de la estrella.

Estábamos en la habitación del billar donde mi padre se encierra a hacer carambolas y ver sus fotos, a oír música y a emborracharse, a leer o a charlar, casi siempre con Lamarca. Es su tabernáculo esa habitación, tan suyo que en alguna ocasión metió allí putas venidas de Linares en noches en las que me despertaban risas y gemidos.

Hacía unos días que me acababa de nombrar adulto al hacerme maestro de sexo (profesor de pajas, si lo resumo) de Tono, y ahora me había contado cómo murió mi madre y cómo él se dejó media vida en la fachada de la cárcel de Daza. El lacónico Antonio Suances me hablaba de cosas que le dolían, fragmentos de su memoria atorados por ese humo de la erupción de la guerra, y yo sentía que no habría correspondencia y en cierto modo lo traicionaría si no le desvelaba que Vidal se iba a convertir en un asesino. Me vio dudar, me vio el sufrimiento, ¿Qué, Pablo?, dime, qué intentas decirme. Nada, ya me iba. No, espera, qué te pasa. Nada importante, tonterías. Tenemos que ser de verdad padre e hijo, ir de frente, no hacernos trampas, dime, qué querías decirme. No te va a gustar y puede ser un disparate. Mejor, eso es la sinceridad, compartir hasta los disparates. Vidal, dije, va a pegarle cuatro tiros a Sebastián.

Cuando me hizo repetir cómo hacía dos años descubrí los ejercicios de tiro de Vidal y ahora los dibujos de su novela gráfica, reaccionó con el silencio hasta que con una voz todavía disminuida por la sorpresa creí oírlo susurrar, No es imposible, y ya no pude escuchar lo que, serio, un poco ido, se dijo a sí mismo durante un par de

segundos. Pestañeando, todavía alterado, se acariciaba la calva de la frente a la nuca, Bueno, ni siquiera estamos hablando de una intención verosímil, sino de un simple tebeo, y se acercó para, con la mano en mi hombro y los ojos cerca de los míos, decirme que no debía preocuparme, él intentaría averiguar qué había de realidad en esos dibujos, pero ya podía asegurarme que ninguna, por lo que no debería atormentarme con quimeras, los creadores inventan, ¿no es eso?, tienen esa obligación de reinterpretar el mundo, sí, claro, ya sabía lo que iba yo a decirle, procuraría no dejarme en evidencia ante Vidal, ¿no era eso?, bien, era cosa suya sondear con discreción este asunto y de los dos que no trascendiera a nadie, ¿Más tranquilo, Pablo?, preguntó. Tardé unos segundos en contestarle, No, creo que mucho menos. Y conseguí sacarle la sonrisa.

Ese año del sesenta y cuatro el régimen de Franco conmemoró el cuarto de siglo que había pasado desde el fin de la guerra colonizando el país con un eslogan, «XXV años de paz», que aparecía en los sellos y monedas, en el *NoDo* o en los pasquines que pegaban Mariano Montalvo y el profesor de FEN en las tapias de los solares. Por iniciativa del ministro Fraga Iribarne, circuló por el país una exposición itinerante bajo el lema *España hoy*; se inauguró un enorme hospital en Madrid bautizado como La Paz y abundaron representaciones del acontecimiento a base de sinécdoques (espigas, fábricas o pantanos) que convivían con otras más simbólicas como las columnas de Hércules envueltas en ramas de laurel y cimentadas en los escudos de los reinos de España. Pero esa conmemoración de la paz llevaba, como la luna, unida sin remedio la cara en sombra de una masacre.

De pronto la guerra empezó a ser mucho más que un chicle negro que los mayores masticaban en silencio sin que nunca pudieran tragarlo o escupirlo; más que un camión ruso oxidado en la entrada de la empresa Lanza o la huella de la violencia que podía verse en el centro del Paseo Mercado: la estatua de bronce del general Saro con el pecho y la cabeza atravesados por las balas de los republicanos en el treinta y seis.

Por otra parte, Mariano Montalvo enloqueció este año del sesenta y cuatro y, en su progresivo desvarío de patrias y de banderas, se encargó de hacernos saber que la guerra no había acabado, que, en sus últimas consecuencias, las guerras no acaban nunca.

Mariano Montalvo, *el Tetas,* es tripitidor y dado a las bromas ácidas, tiene empaque de adulto y una fortaleza grasienta que le despunta el pecho. Luce los hombros más anchos de nuestro grupo, escupe con frecuencia pisoteando luego sus esputos con inquina y, más que ninguno de nosotros, es dado a empedrar su habla de tacos que él utiliza como una pértiga para saltarse esos años, que a todos nos sobran, de la adolescencia.

Es hijo de Blas Montalvo, un abogado acaparador de fincas, de objetos de arte y de unos pisacorbatas extraordinarios, rescatados de los años veinte, que resaltan en medio de sus trajes suntuosos, parecidos a maderas enceradas. En 1947, la búsqueda de restos arqueológicos, en la que implicó a varios trabajadores de sus fincas, lo llevó a asociarse con Sebastián Lanza para traficar con lo expoliado: Vidal ejercía de restaurador en un cortijo de Blas Montalvo y Lanza se encargaba de poner los objetos en el mercado negro. El asunto acabó con un revuelo de guardias civiles tomando el cortijo, con acusaciones de delación y con una pelea, pública y sucia, en la que Lanza abofeteó al acicalado Blas Montalvo mientras Lamarca secundaba a su jefe al parecer con una saña de perro amaestrado. Fue una noche de domingo, en el café de la calle Mesones, ante un grupo de parroquianos borrachos que festejaron la pelea como un premio a sus muchas horas de clientes asiduos a la monotonía.

Mariano ha heredado de su padre el atildamiento en el vestir y el rencor por aquella lejana afrenta infligida por esos dos cabronazos, dice, dos malos bichos salidos de un pantano para morderte la cabeza por la espalda, así que, Pablo, ándate con ojo con ese Vidal, a ver si en vez de enseñarte a dibujar, te enseña los dientes y de un bocado te arranca la picha.

Se pone solemne Montalvo al mostrarnos el reloj Omega de oro que perteneció a su abuelo paterno, fusilado en Daza en el treinta y siete poco antes de que se abriera la camisa para exhibir un detentebala de la Virgen de Guadalupe e intentara gritar una frase memorable, aunque al parecer solo dijo, Señor, vaya modo de morir, como si hasta ese instante no se hubiera hecho cargo de que dos balas le iban a atravesar el pecho y una tercera le arrancaría de cuajo el reloj de la muñeca y pararía las agujas a las cinco y veinte de la madrugada, ¿Veis estas rajas en el cristal?, se ufana Mariano, pues aquí se van a quedar lo mismo que las agujas marcando la hora en la que lo mataron, aquí se quedan, palabra de Montalvo, mientras a mi menda lerenda no se le gaste la memoria.

Posee Mariano una vespa azul, vibrante de banderines y cromados,

que le envidiamos como solo un chaval puede envidiar todo lo que te acerca a la seguridad y al poder de los adultos. Le gusta invitarnos en las tabernas de los barrios, chascar los dedos para llamar al tabernero mientras yergue el cuerpo y dice, Otra ronda, se acabó la miseria, y enseguida se pone a fanfarronear con imaginarias novias a las que va a ver por los pueblos de la provincia. Tías de verdad y no estas niñatas de aquí, tías de las que tragan, de las que con mano izquierda hasta te las puedes follar debajo de un olivo, le gusta decir apoyándose en un gargajeo parecido a un gruñido de autoridad.

Todo este curso ha andado Mariano pegado al profesor de política, que ejerce también de jefe local de la Falange. Lo hemos visto pasear con él por la calle Nueva, platicar en la penumbra de la plaza del Arcediano, tomar vinos juntos o comportarse en las clases de formación del espíritu nacional con el complaciente servilismo de un acólito. Casi al final de curso lo vimos en el *Jaén*, el periódico de la provincia, vestido con la camisa azul de la Falange, el brazo extendido y la boca redonda entonando el *Cara al sol* junto a otra docena de bocas también en forma de rosco, a otros brazos paralelos y a otros ojos cuajados de animalesca emoción. Se diría que en esa foto Mariano representaba a un personaje exagerado. De repente viejo. Un desconocido que estaba muy lejos de su papel de alumno mayor, de muchachote un poco torpe que tiene prontos de ingenuidad y de cinismo, y tolera y tutela a los pipiolos que tiene por compañeros de curso.

Quizá aprendemos más rápido lo que es la realidad cuando nos topamos con sus asperezas porque es posible que nuestro primer aprendizaje consista en huir de lo negativo más que en emular un modelo. En este sentido, Mariano Montalvo fue un profesor de realidad, una brújula invertida que nos señalaba los lugares opuestos a los que queríamos ir.

Desbordante de sabiduría sectaria, aduanero de las ideas, Mariano buscaba la ocasión para que nos interesáramos en discusiones sobre los logros del Régimen, en el pensamiento de José Antonio y en las bondades de la democracia orgánica. Sostenía que nadie es apolítico, que no se es hombre si no se tiene un compromiso, que España empieza todos los días, sobre los hombros de cada uno de nosotros.

Hablaba Montalvo con convicción, pero lo que decía te alejaba de lo que decía o, expresado de otro modo, no te incitaba a pensar en un país lleno de corazón e imperio, sino en que éramos hijos de una indigencia y de una miseria moral mayor aún de lo que hasta ese momento habíamos sospechado. Producía desazón escucharlo, la misma tal vez que si oyeras a un vendedor ensalzar como diamantes

sus baratijas de latón; sin embargo, no rechazábamos del todo sus monsergas porque en esta frontera de los quince años en la que vivíamos todo era vacío y un hambre de ideas que no encontraba donde satisfacerse.

Fuera del colegio, algunos de nosotros discutíamos sobre el *Don Juan* de Marañón, sobre el *Diario íntimo* de Amiel o sobre las novelas del cura Martín Descalzo. Lo demás era un pensamiento encarcelado en el dogma católico, que apenas quería escapar lo cazaba al vuelo el propio dogma. Una enseñanza que a la menor ocasión alimentaba sentimientos y emociones e inventaba un mundo de soñados delirios sin hacerte conocer realmente las claves de ese mundo. Electrizados por un cura entusiasta, a dos de nuestros amigos, Trigal y Álamos, les dio por gritar, ¡Viva Ella!, con una euforia que parecía tan frívola como si corearan *Cuore* de Rita Pavone, ¡Viva Ella!, se exaltaban el uno al otro, reían y teatralizaban sus gritos procurando que su fervor mariano pareciera una broma y su proselitismo no cayera en el ridículo, pues nadie ignoraba que esa Ella era María Auxiliadora, la Virgen vigía de nuestro colegio de los salesianos.

Así que, como había vaticinado César Vallejo, cayó España y se nos oxidó la vida: vivíamos entre el sentimiento y el mito, tanteábamos por nuestra adolescencia con la ciega ignorancia de las víctimas y hacíamos nuestra esa máxima idealista de Amiel que algunos nos sabíamos de memoria: «El hombre se eleva por su inteligencia, pero solo es hombre por el corazón».

Hacia final del curso, el abogado Blas Montalvo dejó a su único hijo un poco huérfano, con solo la patria como padre, y el orgullo tan por los suelos que Mariano tuvo que levantarlo pegándole un tirón tan fuerte que se lo llevó hacia zonas donde la razón pierde peso y se torna nebulosa. El abogado huyó de Daza con varios millones de la aceitera que asesoraba y su hijo empezó a volverse loco.

Al principio, Mariano pareció madurar de golpe, desde el mismo día en que su padre salió a medianoche de su casa de la Corredera con unas intenciones tan secretas que se le inventaron varias ciudades y algunas queridas como destino. Mariano asumió con cierta solemnidad su papel de cabeza de familia en funciones y, sin permitir que nadie le hablara del desfalco, se hizo cargo de su madre y de su tía con una especie de satisfacción dolorosa. Oficiaba de hombre de la casa empeñado en construir una apariencia de normalidad exhibiendo un aplomo entristecido, como un anuncio viviente, marca Montalvo, del

decoro. Acompañaba a las dos mujeres en sus paseos por la calle Nueva o a misa en la catedral y con ellas se lo veía tomando el aperitivo en los veladores de Cardenal Benavides, los tres trajeados y solemnes, resistiendo el deshonor con pocas palabras y sonrisas de careta.

Pero Mariano Montalvo tenía sus dieciocho años llenos de niñez y de falangismo, consecuencia de una presunción que afirmaba en ficciones y, llegado el caso, sostenía con violencia.

Es un viernes de este verano del sesenta y cuatro, al atardecer, y estamos jugando al fútbol contra el equipo de mayores que ese año han acabado preuniversitario en el instituto. Se trata de uno de estos partidos de vacaciones, semanales y feroces, en los que luchamos a muerte por no ser goleados de una manera deshonrosa. Casi todos los de nuestro equipo somos del mismo curso de los salesianos, pero nos sentimos muy lejos de lo habitual por el hecho de vestir la equipación verdiblanca, que nos facilita Acción Católica, y por competir con un balón de reglamento en el campo del Daza, todo un estadio de verdad con sus líneas de cal, su césped ralo y sus porterías que se nos antojan inmensos ojos de puente.

Los dieciocho años de Montalvo hacen que no se alinee con nuestro equipo, sino con el de preuniversitario, de defensa izquierdo. No tiene ni habilidad ni cintura y su trato con la pelota es parecido al que tendría con un animal que se le tira a morderlo: se la quita de encima resollando, con una furia desmedida, a grandes punterazos. Raúl Colón, el hijo de Rosa Teba, y yo jugamos enfrente de él, en la banda derecha, y eso ha favorecido que ejerza durante todo el partido su inquina contra nosotros, Humo, abridme el campo que os arrollo, nos grita, y, más que despejar el balón, devasta el entorno a pisotones y busca fusilarnos a bocajarro con sus balonazos.

Aparte del desquiciado engreimiento con el que compensa el descrédito de la huida del padre, hay una causa inmediata que a Raúl y a mí nos ha hecho caer en desgracia ante sus ojos: una fiesta que se le convirtió en una pública tortura. A partir de esa fiesta, ha dejado de llamarme Pablo y, como si con ello me alejara, utiliza mi apellido para nombrarme. Del mismo modo, Raúl ha sido degradado al más genérico antropónimo de Colón. Montalvo se siente incompatible con nosotros y el fútbol convierte su rencor en algo visible, lo saca a la superficie igual que si el rencor hubiera tomado la forma de su cuerpo y todos sus músculos los empleara en tener razón, en ser superior, en

vencer en esa especie de juicio de Dios en el que anda metido.

Hay un momento en el que le paso el balón a Raúl, quien se va por la banda derecha donde Montalvo casi lo aplasta al cerrarle el paso. Forcejean, se anudan las cuatro piernas y, de tacón, logra devolverme la pelota. Me quito a Montalvo de encima pasándosela de nuevo a Raúl y, después, él a mí y así varias veces mientras Mariano va y viene trepidando, torpe y agresivo, lanzándonos su pierna como si fuera un golpe de hoz. Cuando me escabullo y enfilo el área con la portería franca, Montalvo me busca la espalda y me rebana las dos piernas aventándome como a una brizna. Me revuelvo contra él y, en la discusión que se forma enseguida, Montalvo lo dice. El insulto es nuevo entre nosotros, por eso, tiene algo de incomprensible y su significado resuena con un estrépito interior que no sé cómo valorar.

Mariano Montalvo, *el Tetas,* infla su pecho seroso bajo la camiseta empapada de sudor, aprieta los párpados para reforzar su desprecio y me suelta:

—Marxista de mierda. Antiespañol. Suances, eres un rojo asqueroso como tu maestro Vidal.

Detrás de esas palabras sacadas del pudridero de la historia («Antiespañol, eres un rojo asqueroso como tu maestro Vidal»), hay una visión del mundo que a falta de ideas Montalvo construye a peñonazos. Pero tienen sus raíces más recientes en la fiesta que organizó Rosa Teba en su casa hace unas semanas para celebrar el fin del curso. No fue ese un guateque como los de siempre porque tuvimos alfombras y lámparas de araña, canapés de confitería y discos de los que solo se oían por la radio, comprados en Londres por los padres de Raúl. Rosa, muy actriz con su maquillaje, con su collar de perlas y sus tacones de aguja, nos recibió con el rock exultante de Elvis Presley, bailó una canción con su hijo y otra con Tono, y se despidió mientras nos animaba a que nos divirtiéramos, nos guiñaba un ojo y nos decía que los licores eran solo para el único mayor de edad, para Mariano Montalvo.

Después todo sucedió como siempre, un erotismo varado en los codos de las chicas, alzados como espolones de proa para impedir el contacto de los cuerpos, y una alegría compensatoria de cigarrillos y risas sin motivo, de alocados movimientos en el baile, de prudentes copas de sangría en medio de una atmósfera excesiva, sin fin preciso, inflamada por la nostalgia de lo que nunca acababa de suceder. Luego, conversaciones banales llenas de trascendencia, susurradas en el

rincón que formaban la boca, los besos robados y el hombro de Luci mientras nos enredaba la penumbra y sonaba *Tú serás mi baby*, nuestra canción. Casi todos estábamos emparejados, casi todas las niñas iban al colegio de las carmelitas, casi todos pasábamos por novio de alguien sin en realidad serlo. Teníamos el ánimo de punta y estábamos un poco perdidos en esa niebla de la mente donde desde el epicentro del pene erecto todos los sentidos crecían, y crecían tus años mientras soltabas en el oído de Luci, Me gustas mucho, y tú o ella o los dos, otra vez dibujando con la boca la canción, *Tú serás mi baby, solo tú mi baby*, y nos abrazábamos emocionados por poseer al otro, aun sabiendo que todo era provisional y un poco inepto, pero, a la vez, invadido por un empuje de la voluntad que desplazaba al tiempo o lo hacía coincidir con la efímera eternidad de los labios al besarse.

Fue el primer guateque al que llevé a mi hermano, después de aleccionarlo sobre cómo debería comportarse. Recelaba de la libertad de Tono. Recelaba de la inocencia y de la viveza de su sexualidad. Desde el episodio de Marilyn, miraba a Tono como alguien amenazado por la soledad porque vivía de espaldas a nosotros, como en el mito del paraíso, sin hoja de parra ni conciencia de culpa. Se avergonzaba tan poco de su sexo que tendía a exhibirlo por la casa y, desde que le enseñé a hacerlo, se masturbaba con bulliciosa naturalidad. De todos modos, la fiesta fue el mejor de los regalos para él. Disfrutó como solo Tono podía hacerlo, arrastrado por el vértigo de su hiperestesia y de su explosiva emotividad, encantado de que Luci y las demás chicas se apropiaran de él, le enseñaran sobre la marcha pasos de baile, a marcar el ritmo con las manos, como lo hacían las Ronettes, o a sacudir la cabeza y disparar el pelo al aire mientras los Beatles cantaban *She loves you.*

Sentía como un rebote la felicidad de Tono, pero, como otras veces, una lucidez inoportuna venía a decirme que tenía que conseguir que mi hermano dejara de ser un juguete, esa especie de bondad que él era, esa especie de pureza a la que se trata con el mismo cariño festivo que se pone en complacer no a una persona, sino a una mascota.

Y luego sucedió. Eran más de las doce, se apagó el prodigioso tocadiscos de Raúl y nos reunimos en torno a la guitarra de Joaquín Martínez para escucharlo cantar canciones de Atahualpa Yupanqui o de María Dolores Pradera. Tarareábamos en voz baja las letras y ese simple hecho establecía un anillo de sinergia entre nosotros, un saber que nos reconocíamos en un único sentimiento; sin embargo, cada vez se hacía más molesta la discusión, un poco aparte del grupo, mantenida entre Raúl Colón y Mariano Montalvo, quien había estado

exhibiendo toda la tarde su pretendida resistencia al alcohol. Me acerqué a ellos cuando Montalvo hablaba de la ejemplaridad del Caudillo, así llamaba a Franco, y de que los españoles no están maduros para vivir en libertad mientras Raúl trataba de decir algo y el otro se recrecía acentuando sus frases con un subibaja del cubalibre agarrado por una mano en cuyo anular destacaba el sello de oro de su padre. Joaquín Martínez quiso tapar la discusión con la bullanga de la música de *Flamenco*, de Los Brincos, pero sonó más fuerte el grito de Montalvo por encima de la canción, *Si te preocupa mi porvenir,* que empezábamos a corear con la unánime alegría de los catecúmenos, *No lograrás hacerme cambiar*. Se oyó muy alto, claro como un bufido, el vozarrón de Mariano:

—¡Son ya veinticinco años de paz y vamos ahora a por otros veinticinco!

—Veinticinco años de orden público —repliqué.

—Veinticinco años de paz no: veinticinco años de pus —remató Raúl.

Era extraño que dijéramos eso, frases que Raúl habría heredado de su familia y que yo imitaba porque sonaban con el nervio de la rebeldía, pero nuestras palabras tuvieron el efecto de desatar una risotada colectiva que desnudó a Montalvo y lo hundió en un titubeo del que no sabía salir mientras que con inspirada rapidez Joaquín Martínez le ponía la música de Los Brincos a esa letra del pus y el orden público y Montalvo, sin saber elegir entre la solemnidad y el desconcierto, se abalanzaba hacia él, ¿Qué cantas tú, so gilipollas?, para arrancarle la guitarra de las manos y empujarlo hacia el sillón cuando quiso levantarse. Hubo voces y manotazos en torno a Montalvo. Chiti, la novia de Joaquín, se le encaró con la enorme energía que sabía encontrar en su cuerpo chico mientras le decía que era vergonzoso, que si estaba loco de atar, ¿por qué no se iba ahora mismo lo más lejos posible donde no pudiera aguarnos la fiesta?, y Luci y Marta y Maite y Mari Carmen Alba, rodeándolo, acosándolo, y Charo Ortega que le tira del cuello del polo diciéndole que si es que no sabía comportarse, que esto no era ninguna clase de política. Ya vale, joder, se envalentonaba Montalvo, ¿Qué coño os han dado esta noche para que andéis picoteándome como gallinas?, y se erguía por encima de las cabezas de las niñas, alto, la cara sudorosa, esgrimiendo en el aire la guitarra, ¡Apartaos de una vez, humo, niñatas!, y Chiti que le agarra el brazo, ¡Dale ahora mismo su guitarra a Joaquín, suéltala de una vez!, y Montalvo cada vez más nervioso, sin querer ceder ni saber cómo actuar, azorado, turbio por el alcohol, ¡Ni se te ocurra tocarme, quítame las manos de encima!, mientras ella hacía

presa en su brazo y se empinaba para alcanzar con la otra mano la guitarra hasta que se plantó con cara de tristeza para decirle, Estás borracho, Mariano, no eres más que eso, un pobre borracho digno de lástima, y el otro, ¿Qué has dicho? ¿Me vas a insultar a mí, niñata? ¿Tú a mí, mocosa? ¿Me vas a insultar tú a mí, so puta?, apenas había acabado de hablar cuando le estalló en la mejilla la mano de Chiti, un bofetón que resonó seco, duro, con una limpieza de yunque.

Ahí estaba Mariano Montalvo, *el Tetas,* lleno de cólera y de vergüenza en medio del silencio áspero que al instante se hizo. Levantó un momento la guitarra por encima de la cara desafiante de Chiti y amagó el gesto de golpearle con ella, pero estaba vencido, indeciso, consciente de que hiciera lo que hiciera empeoraría su situación. Movió los labios buscando qué decir y nos repasó a todos con la vista como si quisiera asegurarse de que cada uno de los testigos multiplicaba su humillación hasta que por fin se decidió a tirar la guitarra sobre el sofá mientras decía que la culpa era suya por juntarse con niños, que, ya se sabe, quien con infantes pernocta meado amanece. Se volvió despacio y salió de la habitación caminando con dificultad, borracho y bobo, como si el alcohol de pronto le abotargara el cuerpo y le costara atravesar el silencio, la cabeza rígida mientras abría tras sí una especie de desolación de pantalones blancos y polo Chemise Lacoste, esa ropa de estreno de Montalvo que ahora venía a acentuar su afrenta, su soledad tambaleante, su expulsión ominosa de la fiesta.

Apenas ha pasado una semana de la fiesta de Raúl Colón, cuando en el campo de fútbol Mariano Montalvo me echa encima su violencia y ese lenguaje quimérico con el que su inquina inventa el mundo. Marxista. Antiespañol. Rojo como tu maestro Vidal. Sin embargo, apenas soy alguien que busca lo que le desvirtúa o le roba el colegio y al que, hace unos días, su padre le puso en las manos un ensayo de Ortega y Gasset mientras le retiraba el libro de Marañón, que Luci le había prestado, y le explicaba que leer a Marañón no lo haría salir de los salesianos. Anda, aunque no entiendas todo, atrévete con Ortega y cuando lo hayas leído lo comentas conmigo.

Luego añadió que tuviera cuidado porque hasta un hombre sabio, por el afán de ser brillante, puede convertirse en un imbécil, debería yo prestar atención al artículo «Teoría de Andalucía», donde Ortega escribe que los andaluces han creado lo que él llama el ideal vegetativo: trabajar lo mínimo para sestear lo máximo, alimentarse de

sol y de pereza, ideal vegetativo, se enfadaba Antonio Suances, ahí tienes a un hombre lúcido embrutecido por hacer una metáfora, pero, ¿es que Ortega nunca se enteró de que los jornaleros tienen que emigrar o amontonarse en las madrugadas esperando que alguien les dé trabajo?

El antiespañol que yo soy posee en esos días una cultura política que consiste en poco más que en una pulsión que no encuentra su centro. Estoy empezando a asociar a Franco con el dolor o la muerte, pero hace solo tres años Franco fue una mano como de obispo bendiciendo desde un coche a su paso por Daza. Habían encarcelado por una noche a los sospechosos políticos, entre ellos a Vidal, y a los chiquillos nos pusieron banderas de papel en la mano y nos alinearon en la entrada de la carretera de Torreperogil: dos largas filas de amarillo y rojo que confluían en el punto de fuga de un arco triunfal de cartón piedra. «Franco, Franco, Franco», decían las letras rojas pintadas en el friso. «Daza con Franco. Más agua, más árboles, más industria», se exhibía en las pancartas mientras se hinchaban los vivas y los aplausos ante la marcha de estupendos motoristas que abrían paso a la fila negra de coches en una de cuyas ventanas asomaba una mano cadavérica como bendiciéndote.

Después de su paso por Daza, Franco fue una especie de sacristán disfrazado de militar que, en el *NoDo*, se ponía de puntillas para parecer un dictador. Y poco después fue el miedo transmitido por los adultos, palabras entredichas ante una imagen que se multiplicaba por todas partes con una ubicuidad tal que te hacía pensar que no había escape ni posible refugio ante su insomne vigilancia.

Desde que Vidal se relaciona con Rosa, apartó la costumbre de refugiarse tantas horas en la empresa de Lanza. Aligeraba ahora el trabajo y se lo podía ver pasear por el centro, quizá en algún bar o parado ante ciertos escaparates, el de la librería Bellón o alguno de los que exhibían el nuevo prodigio de televisores encendidos con la carta de ajuste. Distendido y lento, parecido a un turista, miraba las calles con la curiosidad de un recién llegado sin esquivar los encuentros con personas y enseñando una sonrisa que antes tuvo algo de tierra cuarteada y ahora se formaba con ese blando brío de los que aprenden a sonreír.

Quizá porque la belleza cuando es estática la percibimos unida a una perfección que como tal sabemos falsa, toda esta nueva animación en los ademanes de Vidal vino a subrayar su atractivo de hombre

pulcro y espigado, ahora con tanta evidencia guapo que Julia Diosdado, la prima de Luci, enmudeció de golpe y pegó un respingo en la silla cuando Lamarca se acercaba a hablar conmigo. ¡Ay, Dios mío!, ¿quién es ese?, madre mía, ay, qué tío, casi gimió apretando el brazo de su prima, ¿Pero de dónde ha salido una cosa así? Vaya jamón, jamón, jamón, repetía como encasquillada en una sola palabra de la que la sorpresa no la dejaba salir.

Estábamos en la calle Nueva, sentados a las mesas de la puerta del club Diana, tomábamos Coca-Colas con un poco de ron mientras hacíamos tiempo para entrar al interior donde una habitación con luces de colores muy tenues creaba una penumbra de sensualidad transitoria en la que eran posibles pequeñas transgresiones y el olvido de ese pequeño ojo de Dios metido en un triángulo (Dios te ve) que los confesionarios habían incrustado en la cabeza a muchos de nuestro grupo. El club Diana era un punto de fuga en medio del rigor macizo de Daza y lo era aún más ese día que había llegado de Andújar Julia Diosdado y venía a devorarse el fin de semana con su piel de verano escapándosele del vestido, con sus grandes tetas y sus labios triunfantes empastados de carmín.

Vi venir a Lamarca a la altura del hospital de Santiago, un imponente edificio renacentista que junto al seminario de San Felipe Neri, enfrentado a él, hacen como de pórtico de la calle Nueva. Pero Vidal regresaba de más lejos, de uno de sus paseos que ahora lo hacían sobrepasar el colegio de los jesuitas y la piscina municipal, donde acaba por el oeste la ciudad, para descender por cualquiera de las dos carreteras que caen por el valle y van a atravesar el Guadalquivir. En un punto concertado de alguna de esas carreteras lo recogía el Dauphine amarillo de Rosa para amarse a escondidas en algún lugar solitario y, horas más tarde, lo dejaba en las proximidades de Daza.

Lo vi acercarse con un aire de euforia tan mal disimulada, con la sonrisa tan ausente que pensé que traía metido en el cuerpo, igual que un tatuaje, el recuerdo de la felicidad. Ahí estaba, parecido a un hermoso forastero que atraía la atención de los viandantes con un andar suelto que hacía ondear su chaqueta, la cabeza alta y la mirada vivaz y receptiva. Un casi desconocido que se acerca a nuestra mesa mientras la prima de Luci exagera sus exclamaciones y pregunta de dónde ha salido ese tío y los demás enmudecen y adelantan las cabezas para escuchar mejor cómo Vidal me dice que no vaya el lunes a su casa porque no podrá darme clase. Luego se yergue, alto y tímido entre las miradas del grupo, y se despide antes de aconsejarme que practique yo solo con la espátula.

Es este sábado de mediados de julio, cuando comprendo que la opacidad que Lamarca ha conseguido crear en torno a su vida lo ha convertido casi en un extraño, porque no solo Julia Diosdado me pregunta quién es ese monumento viviente, sino que Jesús Trigal duda de si el pintor sigue de empleado de Sebastián Lanza mientras que Chiti dice que parece menos huraño, que el hurón ha salido a la luz, Ya quisieras tú hurones como ese, salta Charo Ortega, Ahora mismo me hacía cazadora, está para hacerlo padre, se ríe Chiti, y Mari Carmen, Vaya ojos, ¿dónde tenía yo los míos para no haberme fijado antes?

Estamos ya en el interior del Diana y Luis Torres por fin consigue bailar *Blue Velvet*, de Bobby Vinton, con la prima de Luci. Ha pedido que pongan varias veces esa canción, pero ha tenido que esperar su turno, porque Julia anda rifada entre el grupo de mayores con el que sale ahora Montalvo. Luis ha estado bailoteando en torno a la pista, atento a los movimientos de Julia Diosdado, a su cimbreo de boa que él simulaba acariciar entre sus brazos y, cuando por fin ella lo toma de la mano y le dice, Venga, nene, baila conmigo, ya era hora, ¿no?, se agarra a las mollas de su cuerpo como a una barca neumática con los ojos puestos en el techo y la respiración estremecida; sin embargo, casi de inmediato reaparece la fascinación que ha dejado Lamarca porque Julia, por encima del hombro de Luis, desentendida de él, pregunta cuántos años tiene Vidal, Tendrá unos cuarenta, contesta Luci separando la cara de mi hombro, aunque Maite no está de acuerdo, Qué disparate, dice, ese no pasa de los treinta y cinco, No hagáis más cuentas, tiene los años justos para lo que nosotras sabemos, opina Chiti y las chicas se ríen, alborotan, se separan de sus parejas de baile y cuchichean mientras Luis Torres, de repente solo y como perdido en medio de su excitación, levanta los ojos, abre las manos hacia el cielo de los desesperados y luego me guiña el ojo y me suelta, Hay que joderse, aquí se empalma uno a plazos, me cago en el capullo del pintor.

Desde que hemos entrado en el interior del Diana, Raúl Colón ha estado serio, quizá autocompasivo. Apenas ha bailado con nadie, ni siquiera con Marta, su pareja, y a pesar de que no toma alcohol, ha andado bebiendo botellines de cerveza, que aquí se llaman biscúter, con una pose de desgracia que acentuaba su madurez precoz y ese cuerpo indefenso y alto, como de tronco sin apenas corteza, que le han dejado unas fiebres de primavera.

Cuando bromeo diciéndole que deje algunas cervezas para los demás, hace el gesto de darme un puñetazo a cámara lenta en la cara y me dice, No me seas payaso, Pablo, que hoy tengo la risa fundida, anda, vámonos, que quiero hablar contigo. Es de noche cuando salimos fuera. Las mesas del Diana están ocupadas y la calle Nueva se ha llenado de personas que persiguen dejarse ver y reconocerse al paso mientras se saludan y hacen y deshacen el mismo recorrido, llegan hasta el seminario de San Felipe y el hospital de Santiago y vuelven hasta las dos plazas del centro, estudiándose los unos a los otros o intercambiando breves informaciones al cruzarse para de nuevo ponerse en movimiento y acompasarse a la corriente de cuerpos, discretos y risueños, como si flotaran en el líquido amniótico de la tribu.

En principio no dice nada Raúl, le noto un malestar de hombros caídos y pasos sin ritmo mientras caminamos por la calle Nueva y la de San Pablo hasta los soportales que hay casi debajo de su casa, en la plaza Vieja, donde compramos el tabaco caro que él fuma, Salem, en uno de los carrillos. No quiere volver todavía al Diana y tiramos hacia el sur, hacia el mirador de la Cava y hacia lo que hoy se llama paseo Antonio Machado. Busca para sus confidencias esa zona solitaria donde la ciudad levanta los restos de sus murallas ante el corte profundo del valle y la enorme mole de Sierra Mágina que, más allá del Guadalquivir, aparece llena de vetas moradas jaspeando su azul dominante.

Cuando empezamos a descender por el Rastro, me habla de Marta, de cómo quiere acapararlo y de que apenas lo deja pasar de los besos si no ve un compromiso más serio con ella. Un problema, digo, a todos nos pasa, o novios o pajilleros, O las dos cosas, dice, porque esto es una especie de comercio como si a las chicas tuviéramos que pagarles con promesas por meterles mano, hasta se podría calcular cuántas palabras cuesta tocar una teta. Pero olvida pronto a Marta, no es de ella de la que quiere hablarme, y vamos a sentarnos en la glorieta de la Cava, ante el valle y la sierra tan rodeada de estrellas que me parece viva, muy profunda, como si fuera el vórtice por donde se cuela en lentos remolinos el resplandor de la noche.

Por encima de la banda sonora del vecino cine de verano, escucho a Raúl decir que no remonta ni consigue centrarse porque ni un solo momento puede olvidar a su madre, qué locura la de su madre, qué locura tan larga la de su madre, ¿hasta cuándo le va a durar esto, tú? Y me mira sin verme en lo oscuro, adelanta la cara buscándome los ojos, ¿me he fijado yo cómo volvía Vidal esta tarde del campo?, ¿no parecía el rey del verano?, y es que esto va a más y a lo mejor no es

un capricho de esa brujita loca de su madre que, como ella misma escribe, parece que le ha crecido una selva dentro de la cabeza, y aunque su madre esté flotando de felicidad y él, Raúl, se alegre y se entristezca por ella, ¿entiende Pablo lo que le quiere decir?, cómo no va a alegrarse él de verla feliz, muerta de felicidad, pero también muerta de miedo porque qué caída, tú, qué hostión cuando se resbale desde lo alto del alambre, y por eso es ese nudo que él tiene ahí que le baja hasta el estómago, por eso y porque ella está poniendo una bomba de relojería en medio de su familia, bueno, más bien debajo de la almohada de su padre, eso quiere decir, porque él, Raúl, no cuenta, él los quiere un huevo a los dos y tiene claro que le toca mamarse el trago, mamar y callar, ¿o no?, ¿qué debería hacer?, ¿cómo se le puede poner la señal de prohibido a alguien encima del corazón?, ¿se pueden quitar los sentimientos con goma de borrar? Pero está diciendo bobadas porque a quien quiere su madre es a su padre, lo quiere a morir, de eso está más que seguro. Su madre loca que no se da cuenta de que puede dejarlos solos a su padre y a él, aunque, se haga lo que se haga, ya es tarde, ¿no? Ya no vale más que mamar y callar. Comerse la angustia y esperar. Seguro que vendrá muy bien el mes de septiembre que pasarán en San Sebastián. Descansar un mes de ser espía, dice, se ríe, añade, Qué relajo, tú, un mes sin inspeccionar ese cuaderno que me quema cuando lo toco. Qué hostia, Pablo, tú, ojalá sirvan las vacaciones para que ella olvide: la distancia es el olvido, ¿no?, aire limpio. Eso piensa Raúl, esa es su esperanza. Porque lo último que haría es decirle a ella que sabe lo de Vidal, que lee su diario, que como un escarabajo escarba en su diario, que su hijo es una rata que le roba las llaves para coger su cuaderno y enterarse de lo que ella no quiere decirle, como si él fuera la chacha de los chismes y no su mejor amigo. Cómo va a decirle que lee esas cosas que escribe, bueno, ya sabe Pablo cómo escribe que da hasta vergüenza leerlo, muy lírico, muy pornográfico, muy salvaje, esa humillación de que se deje comer el coño por ese hijoputa, ¿cómo hostia va a decirle que sabe también eso? Esperar, esperarla, ella tiene que saber por qué hace lo que hace, ¿o no?, tiene que saber que ha encendido la mecha de una bomba que nos puede estallar en medio de la casa. Ella tiene que saberlo, ¿verdad que tiene que saberlo?, cómo no lo va a saber. Su madre, a quien le ha crecido una selva en la cabeza. La loca de su madre. La brujita loca de su madre.

Así que las estrellas flotan sobre el valle poniendo un color ciruela en Mágina y a Raúl le tiembla la voz. Fumamos en la oscuridad y él suelta una y otra vez las palabras, las retuerce o las estira tejiendo una red en torno a un trozo de hielo que se derrite, sin conseguir atrapar

la pasión de Rosa con la lógica de hijo enamorado de su madre. Ha madurado Raúl tratando de comprender aquello que supo hace cuatro meses, aquel descubrimiento de repente atroz: Mi madre es una puta. Está creciendo rápido, de golpe, a palos. Lleva todo este tiempo ensayando un desengaño que no sabe administrar mientras simula su papel de hombre para aceptarla, para que no le duela tanto, como le duele, que su madre sea una puta.

Con insistencia me pregunta, ¿Qué harías tú?, y yo me evado conmovido por su ineptitud, por su falta de armas para evitar que Vidal le robe el amor de su vida, pero vuelve a preguntar una y otra vez, Qué mierda, Pablo, qué miseria esta de no saber qué hacer, ¿qué crees que sería lo mejor? Le digo que ni me puedo imaginar en una situación así, que mi madre murió cuando yo tenía cinco años y aún me parece sentir el contacto de su mano, y luego le suelto, No tienes más remedio que decirle de una vez que lo sabes, que ella te explique. Ya lo explica en su cuaderno, hostia, y cómo lo explica, y yo no voy a aparecer ante ella como un mierda que la espía, antes muerto, tú. Es tu madre, no es tu juez ni la voz de tu conciencia ni tu amante: no es tu mujer, joder, ni tú eres Edipo. Eres un mamón, hostia, tú, Pablo, un auténtico capullo que ni sé cómo hablo contigo. Me ofrece otro Salem, El último y nos vamos, dice, y al encender mi mechero y acercarlo a su cara, le veo una tensión de plástico en la piel, los ojos grandes y melancólicos, las mejillas muy cóncavas al calar el cigarrillo, Estás adelgazando, le suelto mientras miro salir el humo de su boca, limpio, igual que un embudo blanco, y hay entonces un momento de silencio en el que se oye con claridad el sonido del cine de la Cava, Burt Lancaster diciendo, Es por ese sendero por donde han huido, y enseguida la voz de Raúl preguntándose a sí mismo, un murmullo que dice, Aparte de la pintura y la fachada, ¿qué ha encontrado mi madre en un tipo que se calla tantas cosas?, parece mentira, pero ¿sabes lo que es, Pablo?, el misterio, vaya mierda, un hombre insondable, eso escribe de él, vaya cursilería de mierda, vaya impresentable cursilería de mierda, un-hombre-insondable, manda cojones, tú, se exalta Raúl mientras que yo me siento miserable porque no quiero decirle que Vidal va a matar a Sebastián Lanza, sería tan ridículo decirlo como evidente, tan cierto como absurdo o indemostrable, y estoy pensando en ello cuando me llega muy clara la música del cine, una música que vibra alto y se apaga luego con dulzura, y de inmediato oigo exclamar a Raúl, Hay que joderse, ¿te das cuenta?, ¿te lo puedes imaginar?, se la mete por detrás y le come el coño, ese hijoputa le da por culo, ¿cómo es posible?, y de nuevo la música y un carraspeo de Raúl y un poco más tarde otra vez su voz diciendo con serenidad, con una

serenidad que lleva mucho frío dentro, Puedo escribir los versos más tristes esta noche, y me emociona su desconsuelo y me uno a él sintiéndolo dolido y amigo, y digo, decimos, Escribir, por ejemplo: la noche está estrellada y tiritan, azules, los astros a lo lejos.

Desde que, poco después del final de curso, Lamarca dejara de dar clases en su casa, me pidió que fuera por las tardes a su estudio para trabajar con él. Quería que apartara el dibujo y practicara con el óleo mientras se superaban los trámites para iniciar el fresco en la iglesia de Santo Domingo. En realidad, lo que deseaba era hacerme avanzar vigilando cada movimiento de mi mano al elegir los colores y dosificar las proporciones en las mezclas de tal modo que podía consumirse la clase calentando un negro con la gama de rojos, desde los que lo cubren, como el Venecia y el Sevilla, o lo viran al violeta como el rojo indio o lo desvirtúan con la fuerza de sus pigmentos, que es lo que hace el carmesí alizarina. Horas dedicadas a la metamorfosis o a las leyes genéticas de los colores. Tantas que en ese verano solo pude acabar tres bodegones del todo inacabados porque sirvieron solo para experimentar de nuevo sobre sus tonos mixtos.

Iba cada tarde al estudio con mi entusiasmo de pintor de quince años, esa pasión mía muy parecida a una creencia en lo absoluto, pero se me enturbiaba mi mística de la pintura porque recelaba de Vidal, el oficiante de la ceremonia, que guardaba una vida terrible y secreta que yo presentía a punto de aflorar. Subía la escalera hasta su piso y al pulsar el timbre observaba sobre la puerta el óvalo del Sagrado Corazón pintado por él. Lo miraba sin inocencia pensando en un escudo ante un pueblo beato puesto allí por un ateo. Me decía: doblez. Tinta de calamar, me decía. ¿Cuántas caras tiene la cara de Vidal?

Desde que los vi, han estado conmigo los dibujos del asesinato de Lanza como un resquemor que muchas veces me quita la alegría y condiciona mi relación con las cosas. En presencia de Lamarca, todo fluctúa y llego a dudar y, sin embargo, la realidad se ha metido de tal forma en los dibujos del disparo que tengo la certeza de que habrá una fría venganza, lejana a las pasiones, salida de un cálculo que convierte los agravios en razón, y la razón en justicia. Ahora conozco el arma prevista para el homicidio (una Star del nueve largo) y bastantes de los motivos que explican las cinco muertes de Sebastián en las viñetas porque he acumulado datos sobre Lanza, sobre la turbidez en la que se asienta su empresa y sobre el oprobio sucio y activo, como un cáncer, que marca sus relaciones con Vidal.

Por otro lado, la forma que ha tenido mi padre de tranquilizarme ha sido voluntariosa e inútil. La ha basado en la amistad que tiene con Lamarca y en hacérmelo entendible al contarme cómo es y de dónde viene y de qué manera la guerra lo rompió. Solo hay equilibrio y mucha decepción en Vidal, me ha ido diciendo, y ningún motivo reciente para matar a nadie, más bien al contrario porque si algo le interesa a Vidal, de sobra lo sé yo, me dice, es la normalidad y la pintura. Pistolas como la que encontré oculta en su piso las hay en muchas casas, son como pecios de la guerra, malas compañías, es verdad, pero qué se le va a hacer si somos un país al que se le va la mano. Su convicción debería ser la mía: los disparos en el cómic son una metáfora de su incompatibilidad con Sebastián y eso forma parte de la creación artística tan dada a estilizar lo objetivo. Se trata sin duda de algo parecido a la justicia poética de tantas obras de ficción, una justicia sin sangre y solo teórica, ¿comprendía de lo que me hablaba?, se cuenta una historia y se expurga el mal del mundo haciendo que al final triunfe la justicia. Así son los libros, menos ese de don Quijote que confundió la justicia poética con la justicia de carne y hueso y solo consiguió que lo molieran a palos, de manera que no tendría yo que mezclar los papeles con la vida como el pobre Alonso Quijano y dejarme de idealizaciones e ir combatiendo mis prejuicios con el análisis. Por otra parte, no debería dar crédito a los rumores sobre Lamarca, que son muchos y todos ineptos, bien lo sabe él, habladurías de gente mitómana y perezosa que desde luego no nos faltan en un pueblo como el nuestro que padece, ya se lo habré escuchado otras veces, fatiga de materiales. Además: Vidal es tan pusilánime que no mataría una mosca, lo conoce bien, por algo le ha concedido su amistad y toda su confianza, ¿no me bastaba con eso?

Sin embargo, no me bastaba. Aparte de que Lamarca pensaba que solo se puede conocer la realidad con la ficción o que el arte estriba en profundizar en la apariencia de las cosas (crear es parecido a arar, hay que levantar la tierra y removerla hasta que nos enseñe sus raíces), aun prescindiendo de eso, cuanto más extendía mi padre su relato sobre Vidal, más motivos encontraba para que los disparos no fueran metafóricos y más me desasosegaba. De hecho, ahora que pasaba muchas tardes con Lamarca, me unía a él una creciente admiración, parecida al fervor, pero estorbada por la aprensión de tratar con un hombre hecho al rencor y al disimulo. Lo había visto romper la continuidad de una clase para quedarse en suspenso con los ojos cuajados y pronto lo sorprendería llorando cuando se creía sin testigos. Sabía que ocultaba con celo su relación con Rosa Teba y gran parte de su vida real en los dibujos de su autobiografía. Nunca pude

olvidar que trataba solo con uno de los dos Lamarcas, el visible, el que iba a la oficina de Lanza, pintaba como uno de los grandes, parecía desapasionado y me trataba con afecto; sobre el otro Lamarca, al que Rosa tildaba de insondable, tenía suposiciones y certezas, y todas ellas me lo hacían capaz del delirio y del asesinato. Y no obstante, me sentía atado a él con una fidelidad de perro. Puedo verlo ahora como un proceso parecido al del amor: haces al otro según tu deseo y, cuando encuentras en él imperfecciones, te convences de que esos defectos están solo en tu mirada hasta que la evidencia te lleva nuevos mecanismos exculpatorios, como a la idea de que el otro sabrá rectificar o, aún peor, a que tiene razones suficientes para actuar como actúa; razones que tú, su creador, que lo has hecho libre, ya no puedes comprender.

Hacia la mitad de agosto, el rigor de mis clases basadas en la escala cromática se suspendió durante dos o tres días en los cuales Lamarca estuvo dominado por la ansiedad, revuelto, como si algo lo punzara y él no quisiera estar donde estaba. Cuando llegué a su piso, el lunes 17, me sorprendió su cara tensa, la piel de un blanco homogéneo como dejándole toda la presencia a unos ojos blandos, muy tristes, con algo de molusco entre los párpados semicerrados. Pasa, me dijo, hoy trabajarás solo. En realidad, más que trabajar, hice de observador sorprendido de un hombre que por momentos parecía alucinado. Cuando llegué, estaba pintando y, sin hacer caso de mí, siguió enfrascado en acabar al óleo un fragmento de mar sobre las puertas del armario del estudio donde guardaba su novela. Me magnetizaba esa decisión de llenar el armario con un mar, pero, sobre todo, su modo de hacerlo. Ahí estaba, ojeroso, enérgico y desconocido, con la bata (la bata del pulcro Lamarca) llena de lamparones de óleo. Pintaba solo agua, sin horizonte ni orillas, una masa de azules reverberando al sol y llenando por completo las puertas del inmenso armario hasta el punto de que, cuando entré en el estudio, tuve la impresión de estar ante el tanque de un acuario que se alzaba sobre la habitación, a punto de anegarla.

Había estado Vidal trabajando en ese mar durante el fin de semana y ahora lo acababa actuando de un modo contrario a su estilo preciso y sutil: poseído por una compulsiva rapidez, ignorándome y sin apenas retirarse para abarcar el resultado, iba de la paleta al mar utilizando solo colores elementales con pinceladas bruscas y empastadas. Lo veía actuar y pensaba en que Rosa Teba estaba ardiéndole en la cabeza y

eso lo convertía en un pintor urgente y generoso. En un pintor iluminado. En un pintor malo.

Quizá Rosa estaba en esos azules hinchados por la luz, pero, sobre todo, lo que tiraba de él mientras pintaba (no tardaría en saberlo) era lo que ya no tenía. Acababa de tener noticia cercana de una chica que vivía en su cabeza desde la adolescencia, una chica llamada Clara Hervás, y la pintaba a ella y a todo lo que había perdido: el mar de su infancia, la calidez de su familia, y su inocencia o su dicha y sus anhelos de justicia que fueron tan punzantes como una herida. Algo muy parecido a eso es lo que latía en la rabia de sus brochazos, todo aquello que fue bueno y ahora era tan irrecuperable que solo se podía sustituir con ese sucedáneo de la vida que es la pintura.

Ese lunes de agitación seguí confirmando que algo había hecho que el equilibrio de Vidal se convirtiera en desmesura, como si el fin de semana lo hubiera llevado a algún lugar indeseable del que no podía salir: antes de irme a casa, todavía lo vería llorar, llorar con desconsuelo, con apagados gemidos de niño cuando él creyó que estaba solo.

Al día siguiente, cuando Luci Diosdado me acompañaba al estudio para mi clase, me estuvo contando que Mariano Montalvo había pasado la noche en la comisaría de Linares por una trifulca en un bar al parecer por la escasez de ron que le ponía el camarero en los cubalibres. Cada vez más chalado, me dice, derecho a hacer daño, a llamar la atención y a destruirse él mismo pero ¿es que no vi yo cómo iba vestido el domingo al cine de la plaza de toros?, con ese traje de invierno del padre, con corbata en pleno verano, con la raya en la sien como se peinaba el padre, chalado perdido, cada día más loco, ¿y lo de Chiti?, es que da repelús, ¿hasta cuándo le va a hacer pagar el tortazo que le dio?, la pobre Chiti, hasta le tiemblan las piernas cuando lo ve, asustada perdida por esa ordinariez de escupir delante de ella al cruzársela, qué malas entrañas, así, disimulando, mirando para el frente y haciendo como si no la hubiera visto.

Mariano Montalvo se había alejado de nuestro grupo, pero solo para quedarse más cerca de esa forma agigantada consistente en evocar sus extravagancias y, a partir de ellas, recomponer por entero lo que desconocíamos de su personaje. Yo había visto a Montalvo sentado bajo la lluvia en la plaza de Carvajal, quieto y solo bajo la farola como una estatua mojada en medio de la noche, y Raúl Colón había añadido otra anécdota a la relación de extravíos de Montalvo:

hacía poco se lo había encontrado en el mercado de abastos perorando sobre el nacionalsindicalismo, subido en una caja de frutas y como absorto en su discurso alucinado, ahuyentando a las mujeres que compraban hortalizas con sus bramidos incomprensibles. Había cortado Mariano Montalvo el ramal de razón que lo unía con nosotros y ahora seguía cortando cabos, hilos e hilos que lo separaban cada vez más de las personas y las cosas.

Subo las escaleras hacia el piso de Lamarca pensando en que tengo que advertir a Vidal sobre Montalvo, en no dejar pasar más tiempo sin decirle que Mariano desvaría y Vidal puede estar en el punto de mira de un loco. Pero no me decidía a preocuparlo con algo quizá sin importancia y dejaba pasar una tarde que se consume en conseguir variaciones sobre el ultramar, el azul que más se aproxima al del espectro, a base de mezclarlo con índigo y diferentes blancos y verdes. Aun así, antes de irme, puedo hablarle a Lamarca de lo que sé sobre el trastorno de Montalvo y de aquel insulto, tan extemporáneo, que me conmovió mientras jugaba al fútbol, Marxista, antiespañol, eres un rojo como tu maestro Vidal. Me escucha Vidal sin decir nada mientras pienso en Montalvo de un modo nebuloso, que todavía no sé del todo definir, como alguien que se ha estupidizado hasta tal punto de creer que puede superar su escasez colmándola con lo mismo que lo hace escaso: hartándose, sin saberlo, de lo que lo destruye. Pero solo le pregunto a Vidal si la inquina que Mariano Montalvo siente hacia él viene de aquella humillación que sufrió su padre en un bar del centro y que disolvió en el acto la asociación impulsada por Lanza para vender lo expoliado en yacimientos arqueológicos de la provincia.

—A qué viene preguntar por lo que ya sabes —me reprende sin mirarme.

Disculpa, le digo y él asiente con la cabeza mientras lo veo sacar la petaca y el papel para liarse un cigarrillo muy despacio, dilatando los movimientos imprecisos, con una torpeza de dedos que nunca le hubiera imaginado, ¿Fumas delante de tu padre?, me pregunta cuando enciendo uno de mis Renos, pero se desentiende de mi respuesta y enseguida me sorprende lo que está diciendo porque Lamarca ha roto su reserva a hablar de sí y lo escucho contar cómo hace un par de semanas un muchacho grandullón, el hijo del abogado Montalvo cree, él o alguien parecido a él, estuvo a punto de atropellarlo con una moto en uno de los estrechos callejones que bordean la catedral. Un muchacho fornido, dice, una vespa azul, con cromados y banderines. Banderines del Real Madrid, digo. No sé, dice, blancos. Aceleró en el callejón solitario, se le echó encima y casi lo derriba al golpearle con el manillar en la cadera, ojalá hubiera sido fortuito, pero cree que no,

hubo intención de dañarlo o quizá solo de meterle el susto en el cuerpo porque, después de darle a él, la moto derrapó contra la fachada opuesta y el chico, sin poder del todo dominarla, dando bandazos entre chorros de humo y la violenta matraca del motor, huyó sin ni siquiera volver la vista atrás.

Calla ahora Vidal, chupa su cigarrillo deforme del que caen briznas encendidas y, entrecerrando los ojos, echa luego el humo en una lenta vaharada que él no deja de mirar mientras se disuelve. De pronto lo oigo preguntar:

—¿Cómo es posible que esas gentes, gente como los Montalvo, quieran todavía hoy ganar una guerra que ya ganaron hace tanto tiempo?

Lo pregunta. O se lo pregunta. O lo rumia. Porque la voz le ha salido pegada a los labios, sin fuerza para entrar en el aire. Está sentado junto a mí mirando el humo, los ojos tan quietos y brillantes que parecen incapaces de ver. Y viene luego uno de esos momentos en los que la ternura se te sube a la cabeza y te la llena de corazón, quiero decir que me estoy haciendo cargo de lo que Vidal siente, de la humillación del atropello, de la vejación infligida sin causa por un chaval muy inferior en todo a él. Esa amargura de tener cuarenta y tres años, recién cumplidos en soledad, y verse obligado a seguir expiando en solitario una culpa colectiva y, quizá por eso, imposible de perdonar. Por primera vez estoy sintiendo piedad por Lamarca, por ese sufrimiento que le veo en sus ojos de espejo y que ya es tan mío que quiero impedir que nos arrastre, y es entonces cuando le digo, no me explico mi incontinencia ni la fuerza con la que me salen las palabras, pero me escucho decir, No puedo quitármelo de la cabeza, se me escapa solo eso pero ya es tarde para callarme porque él se vuelve alarmado y como estudiando en mis gestos a qué viene esa voz destemplada. Adelanto la mano y le aprieto el antebrazo. No se me olvidará el frescor que toco en su chaqueta de verano. Me escucho decir:

—No puedo quitármelo de la cabeza: sé que vas a matar a Sebastián Lanza.

Es como si Vidal de pronto pesara mucho más, arruga de golpe el cuerpo y, muy despacio, aparta el brazo para liberarlo de mi mano. Ya no me mira. Hay una quietud de foto en el perfil de su cara y un hervor en el único ojo que estoy viendo que se hace intermitente con el pestañeo. Al rato, pregunta, ¿Has estado hurgando en mis cosas?, ¿verdad? Se levanta despacio y cuando me mira desde arriba, alto y torvo, dejo de ver su pelo rayado por el peine y su cabeza se transforma en ángulos óseos recogidos por el arco de la barbilla. Se

agacha para soltarme un susurro lleno de rabia, Es indigno, indigno de ti, y no sé qué contestar, titubeo, me satura de pronto el fuerte olor a aguarrás del estudio y oigo luego rebotar los sonidos en mis labios, Sí, perdona, pero como tú, como vas a..., mientras él se yergue y parece de nuevo agigantado en el contraluz de la bombilla. Recoge tus cosas y vete, me ordena al tiempo que suelta, troceándolo con el aliento, el humo de la calada. En silencio, nos dedicamos a guardar las pruebas que acabamos de hacer sobre el azul y, cuando voy a salir, vuelve a inquietarme su voz.

—Te espero mañana para la clase. Pero vente una hora antes.

Ayer Lamarca me dijo que fuera a su estudio una hora antes y, esta mañana, mi padre me llamó a su laboratorio porque quería saber por qué me había ido de la lengua con Vidal y qué beneficio creía yo obtener con eso. Después de escucharme mientras preparaba los portaobjetos para el microscopio, me encaró con brío, Pero cómo eres tan atolondrado, tan emocional que caes en un comportamiento de imbéciles, ¿no te das cuenta de que con la imaginación no se puede acusar a nadie y menos de algo tan grave? ¿Cómo puedes afirmar lo que solo sospechas? Pero ¿dónde tienes la cabeza?, a veces pienso que eres solo pasión y nervio, como un vaso lleno de hormonas y de sangre. Luego me previno de que Vidal me había citado antes porque quería hablar conmigo, pero, por favor, que yo me hiciera cargo de una vez de esto: somos responsables no solo de lo que hacemos sino también de lo que creemos, ¿entendía lo que me estaba diciendo?, me lo iba a repetir: también de lo que creemos, ¿de verdad lo entendía?, y además las vidas ajenas son eso, ajenas, libres y ajenas, no tuyas ni mías ni de nadie nada más que de su dueño, y cada uno de nosotros solo poseemos una, una sola. ¿No era simple eso? ¿Tan difícil era de entender? Todavía añadió, Ahora, cuando le des la clase a Tono, no estaría de más que le enseñaras las tres palabras principales de esta frase: respeto a la libertad individual.

A las cinco estoy en casa de Vidal, las escaleras, el Sagrado Corazón, el timbre. La rutina que sé que se va a quebrar desde que él me abra la puerta y, lento y serio, me haga un gesto con la cabeza para que pase. Atravesamos el salón, entramos en el estudio y tengo la impresión de seguir todavía en la sala a causa de que no huele a material de pintura y de que todo está recogido y el balcón abierto echa un rectángulo de resplandor sobre la limpieza del suelo. Sin hablar, me entrega la carpeta azul donde guarda su cómic, espero

hasta que dice, Siéntate, quiero que veas esto con calma, tienes toda la tarde y las tardes que necesites. Me da la espalda y se sienta a la mesa a trabajar en el boceto de una viñeta para su biografía mientras yo remiro la carpeta y compruebo que el dibujo del asesinato continúa desenlazando la novela, pero ya no hay cinco imágenes, sino una nueva que resume a las otras con más densidad en los negros, ahora tan diferenciados de los tonos claros que parecen minerales que se incrustan en una materia blanda. Así que ese dibujo confirmaba un suceso probable, el de la muerte de Lanza, que todavía tenía el valor de una conjetura: un hecho situado en el futuro que sería cumplido en el momento en que el resto de la historia (la vida de Vidal) avanzara sobre él y le exigiera su mismo principio de realidad.

Pasé la tarde en el mundo de la carpeta con el ánimo cambiante por el agradecimiento, por la emotividad, por la extrañeza, mientras Lamarca permanecía volcado sobre la mesa pasando a tinta el boceto de un grupo de mujeres rapadas. Es una imagen que se sitúa en el año treinta y seis y donde Clara Hervás figura en primer plano ante un apiñamiento de cuerpos espectrales. De la cabeza de Clara sale un globo en forma de nube para expresar su pensamiento, *No me mires, Vidal, mi amor. Yo nunca seré esa que estás viendo ahora*. Eso es lo que acaba de escribir Lamarca en esa nube y, sentado a la mesa del estudio, toma ahora el pincel para sombrear el dibujo de unas mujeres con ropones blancos que se aprietan tras la cara perpleja, de enormes ojos, de Clara. Son mujeres represaliadas y sometidas a escarnio público al inicio de la Guerra Civil. Todas tienen los camisones sucios, los rostros borrosos y amedrentados, y sus cráneos parecen enormes a causa de estar peladas al cero.

Nada más ver el dibujo, sé que la chica que llama su amor a Lamarca es Clara Hervás, pero no es como aparece en las otras viñetas: apenas queda algo de su belleza de gata en lo que estoy mirando, una niña enclenque, de cara chupada y de grandes ojos negros y aterrados. A pesar de que no quiere que Vidal la mire y de que su pensamiento —*Yo nunca seré esa*— resiste con toda su fuerza a la degradación, a pesar de eso, la ha fijado Lamarca en el folio porque es así como dibuja su biografía, rescatando lo que él tampoco quiere ver.

Pasé la tarde metido en la carpeta azul de Vidal. Parecía obligado a estar en silencio porque Lamarca estaba diciéndome con su novela todo lo que quería explicarme y me mantuve callado hasta que me

acerqué a verlo escribir el pensamiento de Clara con mano escrupulosa, buscando que la plumilla tomara el sesgo justo para dejar una letra pulcra en extremo. El dibujo ya estaba acabado en sus líneas esenciales a falta de sombrearlo con aguadas a pincel por lo que los camisones de las mujeres, abocetados a lápiz y como atravesados por el aire, acentuaban la visión de un puñado de fantasmas. Miraba eso, el pasmo de las mujeres, la mano de Vidal fijando con tinta lo que piensa Clara para que lo siguiera pensando no solo en el año treinta y seis, sino también ahora y en el futuro. Pregunté, ¿Volviste a verla alguna vez? Con voz limpia, casi alegre, dijo:

Es difícil dejar de verla, es como si al pasado le gustara el presente y nunca terminara de pasar.

II
(1936)


NO ME MIRES, VIDAL, MI AMOR.
YO NUNCA SERÉ ESA QUE
ESTÁS VIENDO AHORA

1

Clara Hervás (Verano del treinta y seis)

Es en realidad junto al mar pintado en el armario, el mar de Almería, donde comienza la memoria de Vidal Lamarca. Su ciudad nativa la traslada al cómic en forma de puertas de cristales de colores o de un río de palmeras que avanza entre lo blanco de las casas hasta abrazar el puerto donde se ven barcos de grandes chimeneas y carretas cargadas de barriles de uvas. Tienen algo de colección de postales estas primeras imágenes sobre Almería, pues todas juntas forman como una secuencia descriptiva a partir de lo más relevante (la puerta Purchena, la catedral, el puerto o la alcazaba) y no se acompañan de ningún texto o solo de uno introductorio, de tono poético y dictado por las idealizaciones de la nostalgia: *Nací y me crie en Almería, una ciudad de comerciantes y pescadores donde los niños tenían el pelo quemado por el sol y las sábanas parecían un fuego blanco cuando se colgaban en las fachadas junto a los pulpos y a las ristras rojas de pimientos*.

Lamarca nace en 1921 en esa ciudad del Mediterráneo a la que nunca regresó y, quizá por eso, recordaría siempre como un lugar luminoso y benéfico, abierto a la atemporalidad del mar. Su padre, Juan Lamarca, anarquista irredento, tenía una abacería en la calle Real, donde en una noche señalada se reunieron los delegados regionales de la Federación Anarquista Internacional. Era Mercedes Rosado, la madre, una mujer guapa y sensata, pendiente siempre de la tienda, de apaciguar los arrebatos universalistas del marido y de que el hijo no se quedara sin estudios. Fue ella la que desarrolló hasta donde pudo la capacidad inusual del hijo para el dibujo y, después, lo puso en manos de Juan Ortiz, un artista oriundo de Ronda que pintaba unas marinas violentas, erizadas de quillas y de un perenne tableteo de banderas.

Si la primera viñeta del cómic de Vidal se centra en el padre en el momento de tomar de la mano al hijo para mostrarle el Mediterráneo como si le enseñara la inmensidad de la libertad, en la segunda, aparece ya la madre representada mientras dirige la mano del hijo

sobre el papel para pintar la pelota de gajos que está posada sobre la mesa. Las manos de Mercedes y las de un Vidal niño forman una piña para sostener un mismo lápiz mientras, arriba, la cara serena y hermosa sonríe con complacencia de matrona joven.

Ezequiel Hervás, el padre de Clara, fue compadre de Juan Lamarca y consideró su casa una prolongación de la que él tenía en el barrio del Zapillo. Afiliado a la Internacional el mismo día que Juan Lamarca, creyó en la bondad humana con una fe enteriza que el amigo y él se alimentaron con reciprocidad. Ninguno de los dos dudó nunca de la necesidad de la igualación universal, de que cualquier forma de propiedad es un robo porque todo pertenece a todos, o de que Dios y la patria son las cárceles o los paredones de fusilamiento en donde siempre se ha inmolado al pueblo.

Inquieto, mañoso y risueño, Ezequiel trabajó enrolado en un barco pesquero y, más tarde, como agricultor en la vega de Almería hasta que transformó el portal de su casa en un híbrido entre carpintería y taller de zapatero. Desde 1932, llevaba la representación de las máquinas de coser Singer y viajaba en los coches de línea por pueblos cada vez más lejanos para hacer exhibiciones de aquel prodigio que cosía a la velocidad del paso de una hormiga, trazaba costuras como tiradas a cordel y echaba a la basura el trato con las traicioneras agujas. Para mostrar cómo funcionaba el invento, Ezequiel hacía que su hija Clara se sentara en un taburete ante la máquina y mientras, delgada y triste, la niña cosía en la puerta de los mercados o en medio de alguna plaza, él pregonaba no solo la limpieza de las costuras o la posibilidad de instalar una sastrería en la propia casa, sino la llegada de un progreso que liberaría a las mujeres de las tareas mientras les regalaba un tiempo necesario para hacerlas dueñas de su inteligencia y de su desarrollo integral. Máquinas inventoras de tiempo. Ese es, decía, el meollo de las Singer.

En 1932, María Hiniesta, la mujer de Ezequiel, murió de repente de un aneurisma y el barrio de pescadores del Zapillo se le hizo al marido inhabitable porque notaba que al regresar a casa María seguía besándolo en plenos labios y, a pesar de que él era consciente de hablar con el aire, no dejaba de contarle que venía de la playa de ayudar a los pescadores a sacar el copo mientras le enseñaba los boquerones que le acababan de regalar. Se despertaba aturdido a medianoche porque los labios de María acababan de succionar los suyos y había sentido su peso encima de él y el claro tacto de su mano

cogiéndole el pene para disponerlo para el coito. Perplejo, se preguntaba por qué el sabor, el roce de la piel o el olor de María tenían más realidad en el sueño que tuvieron en la vigilia. Se indignaba Ezequiel consigo mismo cuando notaba que su añoranza hacía que su mujer no perdiera la costumbre de ir a buscarlo al bar de Guzmán o de sentarse a tomar el fresco en la puerta de su casa. Y lo besaba. De un modo inesperado, cuando se había concentrado en la lectura o acababa de hacer un alto en el trabajo. Besos morosos hechos de saliva y de una lengua sabia que le hundía en la boca y lo asfixiaba de deseo. Como nunca María, llena de un ardor que nunca tuvo en vida, acechándolo con una lujuria sin fin.

Tanto la echaba de menos que le gustaba engañarse pensando que su mujer, que era diez años más joven que él, tuvo tal desparpajo ante la vida y le cundió tanto el tiempo que ahora no se resignaba al aburrimiento de la muerte. Después le alegró comprender que no es que a María le hubiera cundido la vida, sino más bien todo lo contrario: se le había quedado tan corta que él le estaba regalando otra segunda para poder vivirla de nuevo juntos. Pero una madrugada se dijo que u olvidaba a esa mujer imborrable o se iba a convertir en un imbécil imaginando a la compañera, deseándola, rescatándola de la muerte para obligarla a seguir amándolo.

En 1933, un año después del fallecimiento de su mujer, Ezequiel Hervás huyó del desasosiego de su casa del Zapillo y aceptó un trabajo en Baena ofrecido por un compañero de la Federación que estaba poniendo en pie una fábrica de puertas. Esa circunstancia, en sí misma inocua, se revelará como uno de esos tijeretazos del azar en la causalidad de los hechos cuando Vidal decide satisfacer el deseo de su padrino de que vaya a Baena a pasar parte del verano con él. Al aceptar la invitación de Ezequiel, no puede sospechar que nunca volverá a ver a sus padres ni regresará al mar de Almería ni al mundo unitario de los años de plenitud.

Ese momento del adiós a la felicidad lo dibuja en su novela gráfica teniendo en cuenta lo que sucederá en el tiempo subsiguiente, no como una despedida trivial ante tres semanas de vacaciones de un año, 1936, que en principio solo es una cifra neutra que remite a la continuidad. Lo que dibuja es a sus padres en la puerta de la abacería de la calle Real, los dos con mandiles de tenderos, los dos con una sonrisa grande y alerta, casi triste. Por la puerta del colmado salen las notas de *La marsellesa* y, en un globo, sus padres dicen al unísono, *Recuerda que te queremos, lleva con orgullo nuestro nombre y no te olvides nunca de tu sangre*. Lamarca está de espaldas, filamentoso, altísimo en su delgadez de adolescente, con el pelo revuelto y rizoso que tanto

contrasta con los cabellos atirantados con brillantina que siempre exhibiría en Daza. En esa despedida ritual todo tiende a la síntesis propia de los símbolos. El padre le está entregando un libro en cuya portada se lee «BAKUNIN» y Mercedes Rosado, la madre, adelanta la mano hacia el hijo para darle un mazo de pinceles. Vidal, que tiene su maleta en el suelo, inclina un poco el cuerpo y separa los brazos para recibir los presentes como un joven príncipe a quien se inviste de poderes antes de su viaje iniciático.

Cuando el 7 de julio de 1936 Vidal llega a Baena, ha previsto que Clara Hervás seguirá formando parte de la atmósfera de cariño y de euforia que irradia su padrino. Clara, como Vidal, bordea entonces los quince años. Ezequiel hijo, nacido el mismo año en el que muere María Hiniesta, tiene tres años y apunta las mismas maneras de ávida apropiación del entorno que tuvo la madre.

Según lo acordado por Ezequiel, Lamarca va por las mañanas al taller de pintura de un artista local de nombre Román que fue seminarista y tiene fama, si no de buen pintor, sí de poeta meritorio y de ser un conferenciante dado a la erudición y a un humanismo reblandecido por el sentimiento. Le impresiona a Vidal el lujo de la casa del pintor, las escayolas del estudio, la ineptitud de sus compañeros de clase y la inmovilidad de la madre de Román, una anciana demente que acecha desde su sillón las entradas y salidas de los alumnos con unos ojos dilatados por el pavor.

Acompaña por las tardes a su padrino a la fábrica de puertas y luego acude a la casa del pueblo, donde se han establecido turnos para enseñar a leer a campesinos que de pronto han comprendido que el analfabetismo es la mayor de sus derrotas. Durante una hora Lamarca escribe letras en la pizarra, forma sílabas y palabras, las hace repetir a un coro en todos los sentidos hambriento, hasta que otro voluntario lo sustituye y se va a pasear por las cercanías de La Salobreja o de la Torre del Sol, hace apuntes del natural, lee a Blasco Ibáñez y a Felipe Trigo o bien se da una caminata para bañarse en el río Guadajoz.

Procura huir de la casa porque una mañana lo sacudió un ansia repentina al sorprender a Clara en sujetador, lavándose en el cuarto de la pila. La vio un segundo que su deseo transformaría en otros muchos. Hundida en el sol que entraba por la ventana, el torso arqueado hacia atrás y el pecho y las axilas expuestos en el momento de levantar los brazos para repasarse la nuca con la esponja. Los pechos de Clara, los tirantes del sujetador enmarcando las axilas, el pelo y la cara rodeados de sol formarán un recuerdo fijo, pero aquel día Lamarca se dijo que ella tenía mucho de hermana y Ezequiel de padre, y él, Vidal, no podía alterar el engranaje de tantos afectos.

A veces, cuando su padrino sale del trabajo, va a buscarlo a la casa del pueblo y se acercan a una taberna donde, como si rezaran, los federados leen las actas del congreso de la CNT de Zaragoza o periódicos manoseados (*Tierra y Libertad*, *Solidaridad Obrera*) para hablar luego de ocupaciones de parcelas o de su rechazo a la Ley de Bases del Trabajo Rural, planear la huelga del día 20 o discutir si es una claudicación que libertarios como Peiró y Juan López entren en el Gobierno. Se grita, se bebe y España entera es una maqueta que cabe en la taberna. El Frente Popular ha ganado las elecciones de febrero, los presos políticos están en la calle, nada es de alguien ni nadie es más que nadie. Vidal bebe por primera vez sin más vigilancia que la condescendencia de Ezequiel. Traga en los brindis de golpe el vino y la vida le arde en la boca mientras escucha, comparte y se emociona. Siente que la bondad existe y tiene cara de hombre, y está allí, entre los compañeros. Cuando el tabernero golpea en la mesa y pide silencio y entona con voz muy grave *¡A las barricadas!*, se suma al lento retumbar de las otras voces con la consciencia de que está donde quiere estar.

En la casa encuentra a Clara siempre cerca del pequeño Ezequiel. Tiene la muchacha el mandato de su padre de poner en práctica aquella teoría del anarquismo decimonónico según la cual el subconsciente es capaz de aprender mientras el sujeto permanece en estado de somnolencia. El doctor Bérillon, que aplicó la hipnosis para curar hábitos viciosos en niños, difundió en la revista *Acracia* que se puede aprender durante el sueño natural o incluso el inducido y, además, ese aprendizaje sería del todo libre porque mientras se duerme, la razón está ausente y no puede oponer sus prejuicios a las nuevas ideas que entran en el cerebro como a la boca el agua. Tanto María Hiniesta como Ezequiel Hervás le contaron mundos benéficos a su hija pequeña mientras dormía y, ahora, es ella la que le canta y le cuenta historias de altruismo al hermanillo cuando este se amodorra en sus brazos.

Vidal se esfuerza para que Clara siga siendo apenas algo más que una presencia dulce, una costumbre, una adolescente que pone una voz que le gusta mucho para arrullarle al oído al hermano o trabaja en la casa con eficacia para después irse al corral a leer bajo la higuera o se acurruca sobre la mesa de la cocina con el fin de combinar números, de disfrutar con el reto de problemas cada vez más difíciles que, aunque no consigue solucionarlos, los rodea y les va quitando la

corteza para acercarse a sus claves ocultas. Suele emplear las horas de la siesta en coser en la máquina prendas para las mujeres del pueblo hasta que, al atardecer, cuando vienen las amigas a buscarla, la ve Vidal salir con el pequeño Ezequiel de la mano en medio del bullicio con el que la reciben las chicas, muy guapa Clara con sus vestidos de colores pálidos o de flores livianas, el pelo negro tirante por las horquillas y la felicidad animándole la cara y dándole vuelo a las manos al rodear la cintura, los hombros, los brazos de las amigas.

Pero hace casi tres años que Lamarca no la había vuelto a ver y ahora lo asombra, la estudia, mira sus movimientos, repara en la armonía de su nueva voz, en sus pechos nuevos, en la cintura nueva, pero que aún podría abarcar con sus manos, y se fija mucho en la manera de hundírsele la falda entre los muslos para darles un realce que le hace adivinar su volumen. Se da cuenta de que mientras lee antes de dormir, baraja imágenes que sin saberlo ha memorizado: el blanco del lazo sobre el pelo oscuro, la curva de los hombros, los empeines como olas hundiéndose en los zapatos. Es muy delgada, de rasgos cándidos y escuetos. Solo los ojos, grandes y oscuros, y las curvas de las caderas y el culo saledizos niegan la timidez de su carácter que parece una consecuencia de su cuerpo pequeño y de unas manos de dedos frágiles rematados por unas uñas que se diría hechas de un tejido córneo diferente, más sano o trasparente, más brillante que lo acostumbrado.

Clara habla poco con Lamarca pero no cesa de hablar con él porque acompaña cualquier palabra suya con una sonrisa salida de un asentimiento profundo. Lo acompaña también con la mirada. Vidal siente el resquemor que le producen los ojos de Clara, atentos a su modo de desplazarse por la habitación y sabe que, si se volviera y los afrontara de pronto, estarían ya empezando a huir hacia otro sitio para esconderse de su mirada, que también tendría miedo de los ojos de ella.

Ezequiel y Juan Lamarca compartieron ese principio casi ascético de los anarquistas históricos según el cual el sexo debe huir de la promiscuidad porque el amor libre no es otra cosa que la elección de la pareja sin coacción y sin mediaciones ni de jueces ni de curas. Los dos entienden que la fidelidad a la compañera forma parte inseparable del respeto al otro y de un principio que resumen con las máximas etéreas del amor solidario y de la mejora de todo el género humano. En consecuencia, su padrino nunca le ha hecho ninguna insinuación

respecto a su hija, pero el viernes 17 de julio, cuando los dos regresan de una reunión en Castro del Río para preparar la inminente huelga del 20, Ezequiel le pide que, puesto que ya están cerca de Baena, salten de la caja del camión donde viajan y paseen hasta el pueblo.

Vidal encuentra a Ezequiel tan interesado en lo que quiere decirle que ni siquiera se decide a hablar de ello. Caminan, Vidal espera dándole a su padrino un tiempo que no sabe cómo lo desenlazará. Es extraño porque Ezequiel se caracteriza por su prontitud y la franqueza está tan unida a él como lo está su mente avispada o su cuerpo pequeño y duro. Se acercan a Baena y su padrino habla de lo que de sobra ya han hablado de la comitiva de patronos que fueron a protestar ante el gobernador por la Ley de Trabajo Rural o de cómo el teniente Pascual Sánchez y los del Círculo de Labradores están comprando munición y armando a los propietarios, algo que huele a miedo, le dice, y el miedo de los cobardes solo tiene dos salidas y las dos son malas, la huida después del zarpazo o el mordisco traicionero de los perros asustados, es más que un barrunto, esos están preparando una cacería de hombres, si no a qué tanto entrar y salir del cuartel de la Guardia Civil o a qué viene nombrar guardas jurados a ese puñado de falangistas, pero no se atreverán a levantarnos la mano, no aquí, donde pegas una patada al suelo y te salen cien anarcosindicalistas. Interrumpe lo que le está diciendo para lamentar el trigo que se quedará sin segar debido a la huelga del día 20, y de pronto calla, camina junto a Vidal unos cuantos pasos más y, adelantando la mano para cogerlo del brazo, lo detiene, lo mira emocionado y solo logra decir que su hija, que la mocosa de su hija, ¿sabe Vidal lo que le gustaría a él?, pero, joder, qué está diciendo, pero cómo él, es que tiene huevos lo que cuesta hablar de estas cosas, bueno, nada, ¿quién es él para decirle nada a Vidal?, pero le gustaría, si a él le pasara algo, ya sabe cómo pintan ahora las cosas y él, Vidal, ya es un hombre como una torre, ¿está Vidal en lo que le quiere decir?, y Clara y él, le gustaría eso, bueno, que los dos se entendieran, pero estas cosas son o no son y no sabe Ezequiel qué coño hace él enredando, manda huevos, en estas mandangas.

La mañana del día 18, patrullas de guardias civiles toman el ayuntamiento y el edificio de teléfonos y, por la noche, la casa del pueblo, de donde se llevan las actas de los afiliados y apalean a los que encuentran en el interior. El día 19, el teniente de la Guardia Civil, Pascual Sánchez, se pregona en un bando como única autoridad

y declara el estado de guerra. Al atardecer de ese mismo día, los anarquistas ya han recorrido las cortijadas para reunir a los jornaleros, que, armados con lo que tienen (horcas, palos, hoces, escopetas de caza), entran de noche en Baena y se hacen fuertes en el convento de San Francisco, donde fabrican bombas con latas de tomate y establecen los tantas veces soñados mecanismos del comunismo libertario: abolición del dinero, comités de guerra y de abastos que organizan la defensa y confiscan alimentos y bienes para redistribuirlos a través de vales.

Desde el momento en el que se entera de la sublevación, Ezequiel se ha hecho de repente cauto, más preciso o premeditado en sus acciones. Sabe que todo lo primordial ha sido empujado al borde del abismo y debe procurar que su mente le obedezca para no equivocar ninguno de los pasos venideros. Casi siempre está fuera de casa y, cuando llega, habla con palabras rotundas, parecidas a consignas, para explicar que tienen a raya a los fascistas y la revolución ya está en marcha en Baena. Trae hortalizas, pan, quizá una cinta de tocino, a veces, queso o huevos.

El día 22 le dice a su hija y a Vidal que ya no ve necesario que se vayan con el niño al cortijo de El Chopo, donde tienen amigos, porque el pueblo está a punto de ser de los anarcosindicalistas. Los campesinos han ido tomando casa por casa abriendo agujeros en las medianeras y, aunque no tienen armas, la situación ha mejorado porque ahora cuentan con la dinamita que ha traído un grupo de mineros de Linares. Enseguida Ezequiel desmigará un canto de pan en un cuenco de gazpacho, comerá deprisa, se lavará el torso en la jofaina y se pondrá la camisa limpia que le ofrece Clara. Aún abrochándose el último botón, besará a sus dos hijos, se colgará la escopeta en el hombro y, antes de salir, todavía con el sombrero de palma en la mano, se volverá para decirle a Vidal que es una tontuna hablar por hablar, pero de todas maneras lo va a hacer, qué manía esta de gastar palabras tontas porque de sobra sabe Vidal lo que le va a decir, pero ahí va, que deja a un hombre hecho y derecho en la casa, que ese hombre, el niño Ezequiel y Clara son las tres niñas de sus ojos, que ni salgan ni abran la puerta a nadie, que despabile Vidal, que esté atento hasta del vuelo de una mosca, bueno, ¿no lo está viendo?, ya está hablando más de la cuenta, tiene huevos la cosa, qué tontuna esta de tener que molestar a la gente con lo que ya de sobra sabe la gente.

Vidal Lamarca vio nacer la guerra la mañana del 18 de julio al

regresar a la hora de comer a casa. Está doblando la esquina de la calle Arrabalejo, donde vive la familia de Ezequiel, cuando se topa con un guardia civil y un hombre que exhibe una inolvidable pajarita amarilla, pantalón de montar, polainas y sombrero de cazador. Le llama la atención que los dos voceen, que se pasen entre ellos una petaca de licor o que el paisano lleve varias cananas repletas de balas de fusil terciadas del pecho o colgadas del hombro. Mientras le preguntan quién es y adónde va, han mantenido los fusiles con las culatas apoyadas en el suelo, pero ahora ríen, encrespan las armas, apuntan en semicírculo, como si desplegaran un abanico, a las ventanas. Todavía con el ojo guiñado y la cara acurrucada sobre el fusil, el que viste de cazador grita:

—¡Venga, nene, desaparece!

—La calle despejada —dice el guardia palmeándole el hombro—, vete a tu casa, que no está el día para andar de paseo.

Intimidado, se aleja Vidal, pero solo ha dado unos pasos cuando el silbido de una bala le hace apretarse contra la pared sin saber todavía qué ha pasado. A unos metros de él, hay un perro que palpita en el suelo, el gemido angustiado, las patas rectas, agitándose en un tableteo inútil como si quisieran trepar por el aire. Cuando se acerca y se agacha junto al animal, le toca el pecho muerto y comprueba que la bala le ha atravesado el cuello y la sangre se desliza por el pelo blanco y se va encharcando en la tierra, junto a la lengua derramada. Oye al guardia recriminar al hombre vestido de paisano que ríe y ahora levanta el fusil y apunta de nuevo barriendo las fachadas vecinas hasta que se para en seco, señalando al cuerpo de Vidal, encañonándolo.

—¿Ves lo que le pasa a uno si uno anda solito por la calle? ¡Arrea, nene! ¡Zumba de una vez para tu casa!

La guerra comienza en ese extraño momento en que la vida, como la piel de un animal vivo al desollarlo, se vuelve del revés, escribió Vidal en la cartela correspondiente a la viñeta del perro tiroteado. Dibujó solo las patas delanteras del animal y la cabeza con los ojos abiertos y la lengua cayendo como un vómito, doblándose sobre el suelo parecida a un charco de carne que se impregna de tierra. Si se avanzan dos páginas en la novela de Lamarca, se encuentra una serie de cinco viñetas que desarrollan esta misma idea de la guerra como el revés de la vida. Los cinco dibujos van contando en planos detalle cómo un cuchillo de carnicero hiende la piel lustrosa de una persona, cómo se mete debajo de ella para desprenderla hasta que los dedos del

matarife entran en la hendidura y tiran de la piel para darle la vuelta y mostrar un amasijo sanguinolento con adherencias de grasa. En los cartuchos que flanquean a las viñetas escribió Vidal: *Así empezó la guerra, de pronto se abría en canal a los hombres para desollarlos y mostrar la rojez informe que la piel cubría: ese brutal reverso de la cara cotidiana de la vida que, sin embargo, forma de tal modo parte de ella que la enraíza*.

Se lo cuenta a Clara acariciándole al hablar los labios con sus labios, igual que si respiraran con una sola boca. El perro, le dice, era casi un cachorro, tenía la lengua fuera y se le había emborrizado de tierra al rozar el suelo. Están desnudos, Vidal se mantiene aún encima, nota el sudor que une su piel con la de ella, puede adivinar el volumen del otro cuerpo, los realces, la caída del vientre hasta el hueco del sexo. Percibe el ligero temblor que hay en la piel de Clara y, cuando le abarca las mejillas con las manos y alza la cabeza para mirarla, ve ese mismo temblor en sus ojos, una humedad que vibra rodeada por las pestañas, y más abajo la sonrisa también húmeda, también estremecida por la felicidad.

Desde que se ha hecho la noche, Vidal ha creído encontrarse en una de esas encrucijadas donde nos damos cuenta de que hay que acertar con la ruta porque una elección equivocada no solo descartará a otras que conducen a la dicha, sino que nos hará caminar hacia algún modo de infortunio. Esa noche Vidal lo sabe. Tiene la certeza de que todo va a cambiar si elige tachar los años en los que Clara ha sido la hija que sus padres no tienen, Clara, Clarica, Ica, ese candor, ese tesoro, la niña lista y tímida, la púber con pechos y sin sexo, con labios abultados y sin sexo, la constancia amiga que no debe tener la cintura tan frágil ni el culo levantado sobre las largas piernas de adolescente porque su trato con ella es una herencia de los mayores y se llama cariño, y se llama entrega o afecto o fraternidad. Pero no tiene ninguno de los nombres de la pasión.

Esa noche del 19 de julio, en la que los jornaleros entran al pueblo, de inmediato se empieza a combatir en la parte baja de Baena. Desde la casa de Ezequiel se oyen disparos y gritos desquiciados, murmullos y pasos, carreras parecidas a redobles de tambor que recorren por momentos la calle Arrabalejo. Hace tanto calor que Vidal sale al corral y entra en el cuarto de la pila para refrescarse, vuelve inquieto a la vivienda, se acuesta y se levanta enseguida para asomarse a la habitación donde duermen Clara y el niño. Es la primera noche en la

que Ezequiel está ausente y Lamarca quiere ser como nunca Ezequiel, el protector, el que vigilará la casa sintiendo la indefensión de no tener otras armas que las del insomnio, la tensión de la escucha, esa alarma que lo llena como una luz y no quiere que se le apague mientras en las calles se está derrumbando lo que acostumbraba a ser la vida.

Se duerme Vidal muy tarde o cree que se duerme porque sueña con Ezequiel entrando en la casa, lo ve abrir con cuidado la puerta, andar de puntillas hasta la cama de sus hijos, inclinarse para besarlos y luego, amortiguando los pasos, acercarse a la habitación donde él duerme para observarlo en silencio hasta que se vuelve con lentitud y desaparece dejando en el cuarto un olor a pólvora. Le extraña que lleve puesto su sombrero de paja en plena noche y que, al cerrarse la puerta de la calle, se despierte con la seguridad de que sobre la mesa de noche le ha dejado una pistola. Pero lo que encuentra es una rama de tomillo de la que al día siguiente Ezequiel le dirá que la puso allí por el olor (y nunca olvidará lo que añadió) porque con el tomillo respiran mejor los sueños.

Deben de ser más de las cuatro de la madrugada cuando Lamarca sale de nuevo al corral y ve a Clara y a su hermano dormidos. Ella ha puesto un colchón bajo la higuera y los dos yacen bocarriba con las sombras de las hojas del árbol estampadas sobre los cuerpos. Se detiene anticipando lo que va a suceder mientras oye los disparos dispersos que producen un eco casi dulce en la soledad de la noche. Enseguida avanza sin hacer ruido, acechante, notando esa sensación de plenitud y dolor en los músculos que antecede a algo decisivo, se acerca al colchón con el pensamiento lleno de lo que quiere hacer y pasa un rato acostumbrando los ojos a la oscuridad hasta que se da cuenta de que ella lo está mirando sin asomo de recelo, con un relumbre fijo, aceptando los minutos subsiguientes mientras su barbilla baja para asentir y su voz dice, Ven, acércate, tengo miedo, qué bien que estés tú también despierto, fíjate, estaba pensando en que a lo mejor venías y es como si hubieras adivinado que estaba pensando en eso.

Entre los dos arrastrarán el colchón a la cocina, el sitio más alejado de la guerra, y allí acostarán de nuevo al niño y no tardarán mucho en encerrarse en esa habitación del romero donde se respiran mejor los sueños. A partir de ese momento vendrán ocho días de encierro en la casa mientras la guerra retumba fuera. Oirán los sonidos de los enfrentamientos a veces con una proximidad vidriosa que parece estallar en el cuarto de al lado, justo en la otra cara del tabique. Aprenderán a distinguir los disparos de fusil, cuyo sonido tiene algo

de huesos al romperse, las ráfagas de ametralladora, los morteros o el trallazo de las granadas, hechas con latas de tomate, que los asaltantes lanzaban con hondas contra la fachada del cuartel.

Esta noche del 19 le habla Vidal a Clara de cómo se encontró a sus amigas del Zapillo, de lo bien que están sus padres y del nuevo letrero que han colgado en la puerta de la abacería, ya verá Clara el regalo que le tiene preparado su madre para cuando vaya, porque va a volver con él a Almería, todo el mes de agosto, y luego salta a contarle la obra cómica que vio en el teatro Cervantes, pero vuelve a interrumpirse para recuperar lo que antes había dejado en suspenso y de nuevo le habla de ese perro asesinado, sin ningún motivo asesinado, no se le olvida el perro con la lengua manchada de tierra, ese perro que antes de morir agarrotó la mandíbula y abrió mucho los ojos mientras sacudía las patas en un último latigazo, ¿qué va a pasar aquí?, ¿de qué se reía?, ¿por qué se reía el hombre de la pajarita amarilla que le disparó?, pero ya lo verá Clara, saldrán a navegar en el barco de Justo y cada mañana se bañarán en las playas de más allá de la Punta del Río, y de nuevo regresa a los recuerdos que le mandan las amigas, muchos besos de las amigas, la esperan las amigas, deseando verla las amigas.

Le está contando lo que debió contarle el día en el que llegó y, al bajarse del autobús de línea, no pudo porque le sobraba la ineptitud de su pubertad ante esa niña que ya era una mujer y que tan bien conoce sin que en realidad la conozca. Se lo cuenta ahora como si todo fuera de pronto fácil y Clara hubiera perdido la veladura de hermana que la hacía tímida y sin sexo y ahora tuviera labios de mujer, manos para abrazarse al cuerpo de Vidal que la ciñe como una sábana mientras ella lo acaricia y lo escucha y se impacienta por interrumpirlo para que él sepa lo poco que le cuesta ahora decirle que lo quiere, cómo figurárselo hace un momento, ella con ese descaro, tan fresca, diciéndole con todas sus fuerzas cuánto, cuánto lo quiere, cuantísimo lo quiere, diciéndole que olvide a ese perro muerto con la lengua por el suelo porque no va a pasar nada, no hay corazonada que valga, los guardias civiles y los militares van a hacer lo que tienen que hacer, pero claro que irá con él a Almería, todo el mes de agosto, todo el mar para ellos en agosto, le entran los nervios de alegría con solo pensarlo, pero ya verá cómo los militares sublevados se darán cuenta de que están solos y no tendrán más remedio que irse con sus familias a los cuarteles para poner todo lo que le ha dado el pueblo, el salario,

las armas, los uniformes, la confianza, para ponerlo todo al servicio de quien le ha dado tanto sin tener sin embargo nada que echarse a la boca.

Vidal va en dos ocasiones al cuartel general de los republicanos, el convento de San Francisco, para llevarle comida caliente a Ezequiel. En la iglesia han encerrado a prisioneros para utilizarlos como rehenes y le impresiona cómo se apiñan en la penumbra formando una masa oscura de la que salen gemidos y rezos. Saben que ha habido unos cuantos asesinatos, han disparado a bocajarro a un cura, han quemado iglesias, un prestamista ha sido asesinado con saña y el desgarro y la amenaza ha sustituido a la normalidad. Ve Lamarca a uno de los prisioneros acercarse a un centinela para preguntarle por su mujer y su padre, Cuídamelos tú, que tú los conoces, le dice con una sonrisa que pide conmiseración y se rompe una y otra vez apenas se ha formado, se forma y se agrieta la sonrisa como si no tuviera fuerza para cuajar.

Los pocos días que Ezequiel viene a dormir a la casa, llega sucio y feliz, sin ganas de hablar, pero se anima al lado de los suyos, Clara le trae una jofaina y se lava junto a la mesa y, mientras cena, les cuenta que el castillo o el palacio ya están libres de esos traidores a los que les queda solo la telefónica, el ayuntamiento y el cuartel donde se han encerrado con rehenes que exhiben en la azotea como carteles publicitarios, allí arriba, como si ya los tuvieran ahorcados de una soga pendiente del cielo. Todo estará liberado mañana o pasado. Hasta que se rindan, desde la altura del castillo les tirarán con hondas cartuchos de dinamita, con hondas, repite, los únicos cañones que tenemos; pero si no hay fusiles, hoces; y si no hay granadas, horcas; y si ni siquiera hay eso, uñas, uñas y dientes y rabia y razones de justicia porque ya nunca más esos que se han sublevado les van a seguir robando ni el sudor ni el pan ni la dignidad.

Cuando Ezequiel se va a la cama, le pide a Clara que le traiga al niño y se oye todavía en la oscuridad su voz seca contándole historias al hijo dormido, reptando por la almohada la voz hasta la oreja del niño para que, como quería el doctor Bérillon, su hijo aprenda que la tierra es por igual de todos los nacidos en la tierra o que los registros de propiedad están escritos al dictado de los ladrones o, ya a punto de dormirse, estremecer la voz en la penumbra para cantarle al hijo con los sonidos borrosos del duermevela una canción melodiosa y alegre que habla de la unión del hombre con la naturaleza y que, como una

especie de nana familiar, también suele cantarle Clara al hermano.

Una de las viñetas de Baena recoge esa escena. Dos cabezas juntas en la oscuridad del dormitorio, el padre y el hijo iluminados desde arriba: la luz solo en el pelo, en la curva de los pómulos y en las arrugas de la almohada. Serpeando entre las notas musicales, Vidal ha escrito el texto que canta el padre: *Solo seremos esclavos de la naturaleza y de la hermandad universal*.

La mañana del día 28, el último de los combates en Baena, Ezequiel se levantará temprano. Después de lavarse, se pondrá una camisa recién planchada y se anudará un pañuelo al cuello, limpiará y cargará su escopeta de caza, enseguida beberá un tazón de leche, tomará su sombrero de palma y se unirá a los tres milicianos que lo esperan para ir a patrullar por el pueblo. Aparte de las ocho personas asesinadas con la cobarde brutalidad de quien se sabe impune, una turba ha quemado tres iglesias y Ezequiel ha sido autorizado por el comité para cortar cualquier atisbo que suponga venganza o desobediencia al nuevo orden revolucionario.

Vienen ahora unos segundos en los que abre la puerta con la escopeta en bandolera, mordisquea un canto de pan y se vuelve en el rectángulo de luz para decir adiós. Esos segundos de despedida y la acción habitual en Ezequiel de levantarse de la mesa sin haber acabado el desayuno permanecerán si no en la novela gráfica, sí en la memoria de Vidal. Ezequiel no lo sabe aún, pero, desde que cierre la puerta y comience a andar secundado por los tres compañeros de la patrulla, está ya acercándose, paso a paso, con la decisión de quien busca, como algo muy suyo, su propia muerte.

Recordará la luz que parecían retener las uñas de Clara y cómo daba la impresión de que una tenue estela fosforescente se desplazaba con sus manos adonde quiera que las posara. Exagerará ese resplandor cuando, casi treinta años después, las dibuje en el cómic. Las uñas de Clara serán diez pequeñas esferas de claridad entre la penumbra de la tinta y a veces se moverán sobre su pecho como luciérnagas, se le enredarán en el pelo, rodearán libros o tejidos ante la máquina Singer. Encerrados en la casa, Clara y Lamarca comprenderán con absoluta lucidez quién es la otra persona por la que se dejan absorber. Quién es ese otro que está lleno de avidez y de franqueza y de un conocimiento

nunca antes sospechado. Por qué esa persona ha tardado casi quince años en mostrar su sustancia misma de persona. Jamás podría haber imaginado Vidal que ella tuviera esa madurez inteligente, esa capacidad para entender y decir, que sus palabras fueran más hondas que sus años o que dijera, que pudiera llegar a decir, Házmelo otra vez, házmelo con todas tus fuerzas igual que si esta misma tarde fuera a caernos una bomba encima, que dijera, Quién eras, dónde estabas, por qué teníamos tanta ceguera, tanto tiempo juntos sin llegar a vernos, que dijera, Te quiero tanto que a veces me cuesta respirar y que, consciente, seria, dueña de sí y de cada una de sus palabras, le hablara de sus gustos y sus pensamientos y de un futuro donde nada sería fácil porque, aparte de cuidar a su hermano, tendría que acabar el bachillerato y quizá seguir estudiando, pues no quisiera ni plantearse vivir de la costura, y además le gusta estudiar, le gusta mucho leer, los libros son el mundo, bueno, lo que lo contiene como en cajas, como si lo hubieran encuadernado, y tú pudieras alargar la mano y coger un pedacito de mundo en cada libro, y él, Vidal, qué instinto para la pintura, no tendría que parar de estudiar, de practicar, si hiciera eso seguro que un día aparecería en los libros de arte con letras grandes como casas que pusieran: Vidal Lamarca uno de los mejores, Vidal Lamarca en el museo de los genios, pero no, él no debe reírse, son tontunas pero tontunas listas, tontunas serias, ¿no?, y lo está diciendo porque lo siente, porque lo intuye, porque desea a muerte que sea así, se lo está diciendo porque tiene loca la sangre y ahora mismo lo va crujir a besos, ahora mismo se lo va a comer y a beber. Ahora mismo.

Serán ocho días en los que Clara abrirá de par en par su carácter igual que si su timidez hubiera estado incubando arrojo y su laconismo no fuera sino el escondite de una lengua suelta y precisa que ahora estrenaba la misma voluntad de realidad que tuvo su madre, aquella María Hiniesta a quien no le cabía en el cuerpo tanta vida. Nada ahora será lento ni vano, follarán como si cada movimiento fuera irrepetible y se dirán esas cosas que atan, palabras parecidas a manos que se cierran después de llenarse, cómo hemos tardado tanto, ¿quién eres?, ¿quién eras?, házmelo, desde que me quieres no te pareces a nada de lo que conozco y tengo que inventarme niñerías porque son niñerías y te vas a reír si te digo que ahora te pareces a los colores que pones en tus acuarelas, ¿quién eres?, cuéntame por qué dijiste, por qué hiciste, dime cuándo, dónde, no pares de contarme, házmelo, nunca me separaré de ti, nunca, nunca, nunca, cuéntame, repite esos nombres tan bonitos, azul ultramar, amarillo cadmio, te quiero tanto que no quiero ni dormir, el

perro muerto y su lengua de tierra, un pedacito de mundo son los libros, la luz explotando en el mar de Almería y Clara que de nuevo se come y se bebe a Vidal, que se lo come y se lo bebe.

Las noches en las que viene Ezequiel a dormir apenas pueden disimular el temor de pensar que él pueda adivinar, se lo dirán pero no así, pero no ahora, esa vergüenza de no poder contenerse ni siquiera cuando estallan las granadas tan cerca que retiemblan los cristales o, aún peor, el niño mirando sin comprender, en la puerta del dormitorio a veces el niño mirándolos con los ojos como platos. Cómo decirle que pasan todo el tiempo que pueden en el dormitorio, en el corral, en el cuarto de la pila o en cualquier lugar donde quiera el deseo, cómo decirle que mientras él se juega la vida ellos no paran de buscarse los cuerpos, de descubrirlos, de investigarlos. Cómo decirle que se les ha ablandado la mollera y se ríen con cualquier simpleza. Cómo decirle que tampoco paran de hablar, de conocerse, de contarse cómo son y cómo serán sin que a veces se acuerden de que ya es media tarde y ni ellos ni el niño han comido. O que por ejemplo Clara canturrea con frecuencia y a veces marca el compás con las caderas puntiagudas, los brazos apenas alzados para apuntar el ritmo y los pies dispuestos al movimiento y que, estando así, amagando el baile, una vez resonó una explosión terrible y cercana, y se detuvo gritando como si el sonido la hubiera atravesado y la obligara a acuclillarse, a recogerse la cabeza entre las manos, para unos segundos después erguirse, compungida y lívida, diciéndole a Vidal que mejor callarse porque a lo mejor es el canto el que ha levantado la liebre y, sin transición, ponerse a bromear con su ocurrencia, como dos zoquetes arrastrando durante horas esa broma, manoseando esa broma tan estúpida de que las canciones atraen a la guerra, de que la mucha vida atrae a la mucha muerte.

Sin embargo, se alegrará Vidal de haberle dicho a Ezequiel en la víspera de su muerte que quería a su hija, de haberle visto un asombro en la boca que se convertía enseguida en sonrisa, Coño, qué bien, mientras lo abrazaba fuerte, Qué bien, joder, qué alegría tan grande, no te vas a despegar de mí, cacho cabrón, ni con agua hirviendo.

El día 28 todo cambia. Hacia las once de la mañana un muchacho llama a la puerta para transmitirles el encargo de Ezequiel de que se

vayan de inmediato los tres al cortijo El Chopo, que deben coger lo imprescindible, cerrar con llave la puerta y salir deprisa rodeando por la carretera de Alcaudete y los caminos que tiran hacia Albendín. ¿Qué pasa?, pregunta Clara, Que qué pasa, contesta el muchacho, pues que vienen a por nosotros, que vienen a puñados los fascistas, montones de militares, de legionarios y de moros que se nos echan encima desde Córdoba.

Poco después de las dos se instalan en el cortijo donde apenas se perciben los sonidos de la guerra: los disparos los borra la distancia y solo se oyen las explosiones de las granadas y los petardos de los mineros que llegan muy débiles parecidos a eructos amordazados.

Después de compartir un potaje con los cortijeros, Vidal logra salir de allí sin ser visto y regresa a Baena con la idea desesperada de ayudar o salvar a Ezequiel, no sabe bien qué lo mueve a desandar el camino, pero desea llevarle a su padrino una caja de cartuchos y una concha de vieira que él lleva siempre en el bolsillo y ha olvidado al cambiarse de pantalón. Una concha marina, la protección de Ezequiel, su único remedio contra la adversidad. Quiere que su padrino sepa que sus hijos están bien y que él, Vidal, puede vencer el miedo porque mientras se acerca al pueblo cada paso que da le dice que se está alejando cada vez más de Ezequiel.

Cuando avista Baena, comprende que no habrá posibilidad de salida para los cenetistas ni quizá para nadie que se interne en ese cúmulo de casas blancas. Ve en la distancia el hormigueo de las tropas llegadas desde Córdoba que están tomando posiciones en la loma sur y se siente muy débil ante las distintas columnas que se entrecruzan y transmiten la impresión de una fuerza múltiple e inacabable. Le impresiona la idea de poder que transmiten los uniformes, los correajes, el brillo de las armas o el color de los paños asociando a los hombres, acotándolos en grupos que evidencian su eficacia y su disposición para matar. Divisa banderas y teme los cañones arrastrados por mulos que, cuando disparen, harán sentir que todos los ruidos anteriores eran apenas simulacros.

Tarda en vencer el estupor que lo mantiene inmóvil, en decirse que debe obligarse a ser más de lo que es, que va a encontrar a Ezequiel, que tiene tiempo antes del asalto para llegar al convento de San Francisco, donde se ha establecido el comité revolucionario, y, oyendo las primeras explosiones, atraviesa el pueblo ocultándose de personas atemorizadas que a su vez lo esquivan a él. Encuentra en el convento a tres mujeres y un viejo que están llamando a la puerta mientras, desde las ventanas, los centinelas les hacen señas de que huyan casi al mismo tiempo que se hace audible una crecida de gritos y un golpeteo

de metales avanzando por todas las calles vecinas.

Vidal se unirá a las mujeres y al anciano para ocultarse en una casa próxima donde entrarán en un pasillo que se hunde en una habitación de paso y continúa en un recodo para acabar en un cuarto donde se amontonan muebles junto a bidones de aceite y objetos embalados. Acurrucado al cobijo de los bidones, sintiendo el pálpito de los otros cuerpos y el estruendo de la pólvora, pasará un rato indefinido hasta que le pongan una bayoneta en el cuello, le tiren del pelo para levantarlo y lo empujen contra el grupo de mujeres. Sabe que él tiembla y que las mujeres lloran, pero no las oye como no oye lo que dicen los tres legionarios que los rodean y solo puede ver sin sonido la risa de otro que se ha agachado sobre el viejo, lo ha zarandeado, lo ha dejado caer y muestra la boca abierta por la carcajada mientras se vuelve hacia sus compañeros señalando la bragueta del anciano. Tarda Vidal en darse cuenta de que el torso de pelele y la cabeza tronchada del viejo indican que está muerto, de que el cerco de orines sobre su bragueta es el efecto del pavor y este la causa de su muerte.

Cuando Lamarca dibuje en su novela el último día que vivió en Baena, seleccionará tanto lo que va a contar que lo reducirá a tres viñetas. Lo hace para no insistir en el horror de una matanza difícil de creer porque su misma razón resbala sobre esa matanza de tres días sin hallar ningún resquicio por donde entrar y mirarla por dentro a ver si encuentra motivos de comprensión.

De los tres dibujos, uno será el del anciano semitendido en el suelo, el hombro derecho apoyado en un bidón con una etiqueta donde pone «ACEITE», el torso quebrado en un zigzag y la mancha de orines en el vértice de las piernas que avanzan hacia el primer plano de la suela de las alpargatas. La cabeza nariguda cuelga sobre la clavícula en medio de una luz rasa que alumbra el pelo cano y el metal del bidón. No hay nadie más. Ningún legionario está presente de no ser por el globo donde se inscribe una risotada, *Jajajaja,* y las cuatro líneas que salen de él y se pierden en el borde de la viñeta para señalar las cuatro bocas de los legionarios invisibles. Abajo, en la base del dibujo, con dolorosa ironía, escribió Lamarca: *Este fiambre se ha meado de miedo. ¡Ay, qué risa, mi sargento!*

La columna del coronel Sáenz de Buruaga sale de Córdoba la mañana del 28 de julio y toma Baena a las cinco de la tarde del mismo día. La expedición militar está compuesta por tropas heterogéneas: un regimiento de infantería, guardias de asalto de Granada, guardias

civiles, dos baterías de artillería, ametralladoras, dos secciones de la Legión, una compañía y un escuadrón de regulares.

Desde que los militares comienzan el asalto con disparos de cañón hasta que penetran en la ciudad e izan su bandera en lo alto del ayuntamiento no transcurre demasiado tiempo porque se imponen con una acción fulminante y muy violenta sobre los civiles que ni siquiera encuentran refugio en sus casas, pues enseguida serán saqueadas. Pronto se establecen en el Paseo, una plaza en alto que contiene a los edificios del poder, el casino, el ayuntamiento y el cuartelillo de la Guardia Civil.

Doscientos treinta hombres, entre guardias civiles y paisanos, secundaron la sublevación del teniente Sánchez contra la República. A pesar de las armas con las que contaron, fueron perdiendo terreno hasta verse reducidos al recinto del cuartel donde apenas presentaban una resistencia agónica cuando llegó la columna de Sáenz de Buruaga. Sin embargo, aún mantenían a seis rehenes que, atados a pleno sol, se exhibían en la azotea, sin que hubieran aceptado canjearlos por los prisioneros retenidos en el convento de San Francisco por el comité revolucionario.

Durante los ocho días de acoso, los guardias civiles solo pudieron hacer una desesperada salida para conseguir víveres y agua, y el teniente Sánchez se ha ido llenando de la humillación de ser derrotado por hoces y hachas, por horcas y petardos. Debió de sentir el latigazo del deshonor, la minusvalía de sí mismo, una impotencia que genera un odio que a su vez se alimenta del escarnio de estar prisionero en su propio cuartel.

Todo desemboca en una larga matanza hecha de cálculo y de un lento ensañamiento que solo puede entenderse como un brutal desgarrón de la lógica o como la difícil conjunción de la vileza, el miedo acumulado y una saña en la venganza que no solo se sabe impune, sino también jaleada por los que vuelven a dominar las vidas ajenas. Se trata de un asesinato en masa, indiscriminado y mantenido durante tres días. Ni el coronel Sáenz de Buruaga ni ningún otro mando de los que han tomado el pueblo impedirá ni añadirá un ápice de piedad a la iniciativa del teniente Pascual Sánchez, que, nada más entrar los militares en Baena, pensará en redimirse con esa lógica perversa de los imbéciles que le debe dictar que el honor de la milicia también puede fabricarse, a falta de actos de valor, con sangre derramada, con una cantidad superlativa de sangre derramada.

Excepto una mujer a punto de dar a luz, los otros cinco rehenes que permanecieron atados en la terraza del cuartel serán asesinados en el acto y tirados desde el pretil a la calle. Es la señal de que la

carnicería ha comenzado sin esperar ni siquiera a tomar el convento de San Francisco donde resiste el comité. Se registran las casas, se rastrean las calles, se va pidiendo a voces a la población que acuda a la plaza de arriba, a ese amplio espacio que en Baena llaman el Paseo. Cualquier hombre cuya filiación golpista no esté atestiguada es inmovilizado en el suelo de la explanada. Hileras de cuerpos, prietas como caballones, colman pronto el Paseo mientras que los que no caben en la extensa superficie son hacinados en el ayuntamiento. Y comienza la cadena de tiros. Disparos a unos centímetros de las cabezas de los hombres tendidos. Asesinatos a bocajarro, continuos, sobre gentes que tensan el cuerpo y cierran los ojos porque la única arma que portan es la del pánico ante la pistola del teniente que una y otra vez se acerca a las sienes y las taladra. Pascual Sánchez vocea que esas muertes son suyas, que a él le pertenece el ajuste de cuentas y va a seguir disparando hasta que le salgan callos en el dedo. Empuña una pistola ametralladora y se mueve entre las hileras de hombres, absorto en su tarea, sin desperdiciar ni un solo movimiento, rápido y seguro y del todo eficaz en su empeño de asesinar a personas maniatadas.

Después de inmovilizar en el suelo a un grupo de unas ochenta personas, se empieza a disparar sobre ellas y, una vez asesinadas, son retiradas para ser sustituidas por otras tantas, y así varias veces durante esa primera tarde de la llegada de las tropas rebeldes a Baena.

Cuando al día siguiente se tome el convento de San Francisco, los militares van a encontrar allí una reproducción del horror que ellos han desencadenado en el Paseo. Como si los bandos que contienden no pudieran salir de una misma ley destructiva, como si ambos estuvieran igualados en la vileza de matar sin causa ni beneficio, los anarcosindicalistas también han aniquilado, sin más razones que las de la crueldad, a una masa de personas indefensas.

A modo de escudos humanos, los resistentes del comité han atado a sus rehenes en las ventanas del convento y algunos de ellos aparecerán atravesados por las balas de los asaltantes, pero el número de cadáveres es de ochenta y uno, entre ellos mujeres y adolescentes, tres niños, dos curas y una monja, y muchos de esos cadáveres han sido asesinados con la animalesca brutalidad del hacha. Antes de huir por la puerta trasera del convento que da al huerto y al campo abierto, el último grupo de anarcosindicalistas ha dejado la abyecta huella de su venganza, una carnicería hecha por un instinto salvaje, una fuerza oscura y fanática que, como en el caso de los militares rebeldes, ha hecho una lógica de la demencia y es capaz de aniquilar a rehenes que tiemblan angustiados, y que, lejos de representar una amenaza para el agresor, son ya una pura masa vencida, un puro

pavor que si algo discierne es la inminente explosión de su propia sangre.

Esta circunstancia de los cruentos despojos de San Francisco hará que se reduplique el fervor destructivo en el Paseo y durante los días 29 y 30 continúa la rueda de hombres tendidos bocabajo, enseguida asesinados y pronto sustituidos por otros que, atónitos, con la cara aplastada en los charcos de sangre y el corazón en la boca, miran cómo se les van acercando los uniformes, cómo avanzan sorteando los cuerpos hasta que se detienen y con un movimiento mecánico, disciplinado y suave, bajan la mano casi a ras de suelo para acercar la boca del cañón al estrépito que ya se anticipa en sus cabezas.

De este multitudinario asesinato, Vidal Lamarca dibujó en su cómic una única escena donde no obstante procuró contar lo principal de su desarrollo. Le dedica una página entera donde confía todo a la descripción gráfica, pues el texto está ausente de no ser por una mínima leyenda que identifica a Ezequiel Hervás entre los asesinados en el Paseo. Lo que recoge con menos detalle por situarlo en el último plano es el momento en el que los cadáveres son echados en dos camiones ante la amplia superficie de la plaza que ya está de nuevo ocupada por cuerpos tendidos en largas hileras con su punto de fuga en esos dos vehículos del fondo. En el centro de ese panorama que tiene algo de campo arado con surcos profundos, aparecen siete militares en distintas posiciones, erguidos, amartillando la pistola, inclinados, acuclillados, descerrajando el tiro a bocajarro. El primer plano se llena de alpargatas y pañuelos tirados entre regueros de sangre, excepto la esquina derecha que está ocupada por un sombrero de palma y la cabeza de un agonizante con los ojos en blanco y la lengua descolgada como la del perro tiroteado, desbordando la barbilla y arrastrándose por el suelo. Del cuello de esa cabeza sale el punteo de una cadena que acaba en una especie de medalla cuya lisura extraña junto a la lengua rugosa. Es un cuadrado metálico, sin brillo, donde con letras muy repasadas Lamarca ha puesto las señas de su propietario: *Ezequiel Hervás, hombre libre*.

Sin embargo, Ezequiel no llevó nunca una medalla con ninguna leyenda ni Vidal vio su cadáver sobre el suelo de la plaza. Solo pudo darle forma al espanto de los últimos segundos de su padrino sintiendo su propio espanto. El resto de la escena sí pudo observarla durante los minutos en los que permaneció en el Paseo, esperando a ser tendido en el suelo en medio de la obnubilación producida por una

angustia muy parecida a la que experimentaría Ezequiel.

Cuando detienen a Vidal en la casa vecina al convento donde se había escondido junto a un grupo de mujeres y un anciano (*Este fiambre se ha meado de miedo, ay, qué risa, mi sargento*), es conducido hasta el ayuntamiento, donde lo hacinan con los hombres que, a voces por las calles, so pretexto de cumplir un mero trámite, han sido conminados a acudir a la plaza. Hay nerviosismo, proclamaciones de tranquilidad o de inocencia entre los que aún no saben que están detenidos y aún menos que inmediatamente serán pasados por las armas. Hasta que no suenan los primeros disparos en la plaza, no comprenden que van a ser absorbidos por el absurdo y que en la vorágine que se avecina les tocará el papel de figurantes tan anónimos que sus cadáveres formarán luego un amasijo donde muchos de los cuerpos no podrán asociarse a ningún nombre. Aparte de los que han sido detenidos con algún arma, cualquier hombre puede ser tirado bocabajo en ese enorme paredón de fusilamiento en el que se ha convertido el suelo de la plaza, a no ser que alguien con predicamento en el pueblo avale su conducta. Todo se hace con la urgencia del prejuicio, sin mayor necesidad de identificación que el aspecto físico, los testimonios ocasionales o lo que con cinismo llaman miedo delator.

Cuando Vidal Lamarca es sacado del ayuntamiento, empieza a anochecer. Le han atado las manos a la espalda con alambre y le zumba tanto la cabeza que los disparos o los gemidos le parecen salidos del fondo de su mente. Sabe que no puede pensar, que está temblando, que hay lágrimas en sus ojos y tarda en reconocer al hombre que tiene delante de sí y mueve despacio los labios para decir, Suelta a este. Suelta a este muchacho, está diciendo mientras se afirma sobre sus pies con un aplomo casi irreal entre la turbamulta. Lo que le extraña es que sea Román quien habla, el pintor a cuyas clases ha asistido desde que llegó a Baena. El pánico le ha impedido hasta ahora reconocer a ese hombre sereno y calvo que parece otro sin su bata blanca y sin las gafas de cristales un poco verdosos que se pone para pintar. El soldado con turbante que lo escolta aprieta la punta del mosquetón en el costado de Lamarca y dice algo gutural, lo repite destemplando la voz y vuelve a hacerlo a gritos. Se acercan un guardia civil y un señor mayor que engalla el cuerpo debajo de la boina y de la camisa azul con emblemas de la Falange. Hablan con desasosiego, mirando de vez en cuando a Vidal como si lo tasaran o discutieran el precio de alguna mercancía, Yo respondo por él, no tiene ni quince años y es inocente, está limpio, se afana Román. Yo lo avalo, concluye, mientras el guardia civil se encoge de hombros y va a

buscar el tampón con el escudo del cuerpo para sellar con él la frente de Vidal. Ese sello y el pañuelo que le ata Román en el brazo suponen el provisional indulto y que el pintor pueda tomarlo del brazo y hacerlo caminar hacia la salida de la plaza, hacia calles donde los disparos van sonando cada vez más disociados de la desolación que producen.

La vivienda de Román, en la plaza Marinalba, será el refugio transitorio de Vidal durante la noche del 28 de julio hasta la del día siguiente. Como siempre, ve en la casa del pintor a su madre sentada en su sillón, inalcanzable bajo su quieta sonrisa de loca, tiritando de frío entre las mantas y el calor del verano. La anciana parece reconocerlo y mueve como alas sus brazos mientras su hijo apremia a Vidal para que suba al desván donde entre los dos extienden un colchón de farfolla. Esa noche Román le subirá algo de cenar, pan, queso, una botella de agua, y noticias que va soltando con rapidez como si quisiera escupir un veneno. Tiene el pintor la cara roja, hinchada por la sangre y el sudor, y, mientras le da detalles de lo que ha sucedido en la plaza, sus mejillas se estiran y se curvan deformándose en pucheros de niño. Teme Román por su propia vida, por la de todos, porque de pronto quitarle la vida a un hombre parece nada, qué cosa, como si lo monstruoso se hubiera hecho costumbre y asesinar fuera lo mismo que chascar los dedos o encender un cigarro, pero no, ni eso, es todavía peor, eso es lo que él supone, algo aún peor porque creen que necesitan matar, que es bueno y patriótico matar, que es santo matar, ¿comprende de verdad lo que le está diciendo?, así que no debe moverse del desván hasta que todo pase, si es que algo tan malo puede pasar y ya no se les queda para siempre infectando el aire, y es raro pero ni siquiera sabe bien por qué se arriesga por salvarlo, será porque todavía tiene ojos y le late el corazón, supone, será porque es tonto, supone, y porque tampoco iba a dejar que se cortaran de raíz esas cualidades de Vidal sobre las que le va a decir ahora algo que quiere que sepa aunque no sea momento para eso, pero aquí los momentos vuelan y mañana puede ser tarde, lo que quiere decirle es que, desde que lo vio coger el carboncillo, se dio cuenta de que iba a enseñarle poco, qué cosa, vaya sorpresa, él fingiéndose profesor y aprendiendo del alumno cuando se supone que él, Román, tendría que haber cogido la sartén por el mango, así que si Vidal sale de esta no debe olvidar que tiene la obligación de desarrollar su talento, no puede desperdiciarlo y, si a él no se lo llevan por delante, lo buscará para recordárselo.

Todavía esa noche del 28, el pintor traerá al desván a un chico de una edad aproximada a la de Lamarca y al día siguiente a un hombre

laxo y enmudecido que se acuclillará en un rincón y permanecerá ahí, en apariencia ya incapacitado para cualquier otro movimiento. Román se acerca a Vidal y le da un par de peras, aprieta con fuerza los párpados cerrados y se le entrecorta la respiración mientras habla de que cada vez que retiran los cadáveres baldean el suelo y está bajando agua mezclada con sangre por la Calzada y la calle del Moral. El pintor inspira con fuerza, trata de dominar los retemblidos que le estremecen el pecho carnoso, estira en tensas estrellas los dedos de las dos manos y mira a Vidal con fijeza cuando añade que no tiene noticia cierta de Clara Hervás, ha hecho averiguaciones y sabe que estuvieron en el cortijo El Chopo, quizá se la llevaron o quizá pudo huir, pero no debe preocuparse porque Clara y su hermanillo son unos niños y hay que esperar que al menos respeten a las criaturas. Añade: tu padrino. Y ya no encuentra el hilo de las palabras. Inspira de nuevo con fuerza, como si quisiera limpiarse por dentro. Dice: tu padrino, Ezequiel. Y su lengua se queda suelta en el aire, sin encontrar apoyos dentro de la boca hasta que puede expresar que le cuesta trabajo mantener la calma cuando la calma es lo único que los puede salvar de la atrocidad, La calma, la razón, resistir con lo que nos queda de hombres, porque si no todo sería una misma papilla de sangre y de barbarie. Levanta la cara para buscarle los ojos a Vidal, No pude hacer nada por Ezequiel, ni me dejaron acercarme a él hasta que no estaba agonizando y me clavaba los ojos con las manos agarrotadas. Palmea el hombro de Lamarca, Ánimo, dice, hay que resistir, a toda costa, porque eso es ser persona, resistir, levantarte siempre cuando la vida te tumba, otra vez arriba, una y otra vez, arriba, echándole fuerza a la mente. Se calla ahora Román como vaciado por lo que ha dicho, por el brío excesivo con el que acaba de hablar, y se lo ve un poco perdido, sin saber qué añadir mientras oye la intensa respiración de Vidal y mira con dolor o con piedad cómo le caen las lágrimas sin darse cuenta de que él también llora cuando dice, Era como de otra especie, Ezequiel, tan bueno que ni siquiera se daba cuenta de que los sueños se pagan con sangre porque los canallas ni sueñan ni permiten los sueños. Se calla de nuevo Román. Titubea. Se le esponja toda la cara redonda en un puchero, Qué cosa, dice, no puedo ni hablar, se traga las lágrimas y añade, le cuesta mucho añadir, Es como si Ezequiel hubiera vivido dentro de uno de esos cuentos que le contaba a su nene mientras dormía.

Siempre lamentó Vidal no conocer el apellido de Román ni apenas

algo más que lo que le aportó su trato con él. Debido a eso, cuando lo homenajea en su novela gráfica, expresa allí casi todo lo que sabe de quien fuera por unos días su profesor en Baena. Hizo una sola viñeta de él y resumió en un texto, lleno de afecto y quizá demasiado largo, las circunstancias que lo relacionaron con el hombre que le salvó la vida. Lo que dibujó fue un retrato de un Román sonriente, carilleno, vestido con su bata de pintor; las gafas ahumadas aparecen relucientes sobre la calva y, con su forma elíptica, insinúan un extraño paralelismo con los ojos grandes y claros, un poco achinados por efecto de la triunfante sonrisa de labios escuetos. Debajo del dibujo, escribió: *Al héroe anónimo que combatió para deshacer la guerra*.

Desde que Vidal Lamarca sube a la buhardilla de la casa de Román, no deja de buscar fuerzas para salir de allí, pero ni siquiera tiene dominio sobre su cuerpo y nota su pensamiento atado por nudos que no puede deshacer. Está como entumecido por un pánico fijo. Toca en su bolsillo la concha de vieira que no pudo entregar a su padrino, repasa con sus dedos su superficie hasta arrancarle un calor que quiere transferir a Ezequiel. Ha sentido Lamarca la muerte entrar en él y es como si todavía siguiera muriendo en el desván mientras obliga a su pensamiento a que encuentre el modo de salir de allí y de llegar a Clara, el modo de que se junten y de irse lejos. La noche del 28 le traerá un insomnio en el que imagina la mejor muerte para Ezequiel, muriendo Ezequiel con palabras hermosas, con las que él le inventa desde su vigilia mientras escucha a Clara hablarle en el desván, ¿Quién era yo?, te quiero tanto que no sé con qué nombre llamarte, qué sola estaba sin saberlo; igual que si se cumplieran las teorías del doctor Bérillon y estuviera habitado por su voz.

En la mañana del 29, el instinto le hace saltar del colchón. Abre mucho los ojos y debe cerrarlos de inmediato ante las explosiones que enseguida conmueven el suelo, cimbrean la pared del desván mientras que las ondas expansivas empujan el aire contra su cara como grandes aletazos de abanico. Comprende en el acto que los militares han empezado la toma definitiva del convento de San Francisco y que el día de ayer no ha acabado o era solo un preámbulo de una barbarie que aumentará con el paso de las horas.

Durante todo el día 29 el estado anímico de Lamarca se mantiene muy alterado e incluso empeora cuando, al anochecer, Román sube al desván para llevar una olla con guiso y pedir que no hagan ruido y pisen con cuidado, de nuevo quiere darle ánimos a Lamarca pero solo

consigue desequilibrarlo un poco más, aunque ahora sonría para decir que está rezando por todos los asesinados del Paseo, exigiéndole a Dios que pare la carnicería, que se pregunte Dios lo que se estarán preguntando los muertos que se apelotonan ante las tapias del cementerio: por qué lógica de mierda, en nombre de qué beneficio, los acaban de asesinar.

Hacia las dos de la madrugada, Vidal saltará por el balcón del primer piso y, sin incidentes, avistando solo a un par de soldados al fondo de la calle Cañada, saldrá al campo abierto. Oculto en un abrevadero, a unos kilómetros de El Chopo, aguardará con los nervios rotos mirando el resplandor morado del cielo que todavía no lleva dentro los blancos del amanecer. Pero, a pesar de la hora tan temprana, en cuanto se acerca un poco más, ve que ya puntean los candiles en las ventanas del cortijo y enseguida los perros ventean su olor y comienzan a caracolear en torno a la casa, trazan giros sobre su espinazo y levantan con furia sus ladridos.

Sorteando las fintas de los perros, viene a su encuentro el aparcero que les dio cobijo cuando huyó del pueblo con los dos hijos de Ezequiel. Es un hombre huesudo que avanza a grandes zancadas y aspea los brazos con energía, como si en un extraño paralelismo duplicara el movimiento de las piernas. Con la rapidez de los nervios, le dice que tiene que irse, que una patrulla de falangistas se llevó a Clara, ¿sabe lo de su padrino?, Dios mío, qué va a pasar, pobrecito Ezequiel, y él, ¿dónde ha estado?, ¿por qué se fue a lo zorro y los dejó con el mal barrunto?, pero lo está comprometiendo, tiene que huir ya mismo, mierda de guerra, hijaputa de guerra, el niño chico está bien, él se hace cargo, pero cómo va a saber adónde se llevaron a Clara si aquí lo único que se sabe es darle y darle al gatillo hasta que no viva ni Dios, pero Vidal tiene que desaparecer ya mismo, en un vuelo le va a traer algo de comida y, luego, al monte, adonde sea, a esconderse bajo tierra, ni se le ocurra volver al pueblo sino huir lo más lejos posible donde no lo conozcan ni las piedras ni ningún hijo de la grandísima puta pueda echarle la zarpa encima.

Recordará Vidal Lamarca los días en los que se asusta hasta del roce de las ramas contra sus piernas. Se esconderá mientras dura la luz y caminará de noche con una sensación de irrealidad por un paisaje idéntico en su negrura. No deja de sentir que, cuanto más solo se va quedando, más cerca tiene a Clara, más le suena su voz en medio del desasosiego que le entrecorta el sueño o lo hace caminar igual que un

sonámbulo. Le habla, se hablan. El doctor Bérillon. Palabras como venidas del sueño. Lo despierta la voz de ella si consigue dormir un rato. ¿Sigues vivo?, pregunta el uno al otro, ¿alguien te está haciendo daño?, ¿cómo, dónde se van a encontrar?, y escucha a Clara decirle una y otra vez que por qué se fue del cortijo, por qué no la llevó con él, lo urgente que es averiguar qué ha sido de su padre.

Uno de los dibujos que incluye sobre esa huida resume lo que se quedará con él muchos años: las conversaciones que se generan en su mente. Desde su huida de Baena, Vidal suplirá su abrupta soledad con la recreación de las voces de los que quiere, sonidos interiores que tienen para él mucho de realidad y de viveza escénica. Cuando quiere dibujarlos, acude a una imagen que tiene un tratamiento surrealista cercano a la obra de Magritte: su cabeza está vista de perfil y seccionada para que pueda verse una bóveda de piedra que sustituye al cerebro; por ella se entrecruzan frases escritas con distintos tamaños de letra, *Protégete, hijo, del relente*; *¿Sigues vivo?*; *Clara, Clara, Clara*; *Busca la costa y después síguela hasta Almería; ¿Cómo está Ezequiel?; Madre, te escribiré en cuanto pueda.* En torno a la cabeza, rodeándola a modo de las monedas, escribe: *Empezaron a acompañarme las voces del doctor Bérillon.*

Ha caminado quizá en círculos porque al cabo de tres días su desorientación ha sido tal que en lugar de avanzar hacia el sureste, hacia Almería, se encuentra en las inmediaciones de Martos, a unos cincuenta kilómetros al noreste de Baena. Allí, mientras duerme al cobijo de unos arbustos, lo despiertan unos niños que andan cazando zorzales. Está en la zona donde manda la República, le dicen nada más pisar el pueblo, y enseguida lo acogen en una casa habilitada como intendencia donde puede por fin escribir una convulsa carta a sus padres sin que consiga del todo ordenar los sucesos de Baena. A los pocos días, después de mentir sobre su edad y de recibir una somera instrucción militar, Vidal Lamarca tendrá colgado al hombro un máuser y, junto a un puñado de milicianos azogados por la euforia, subirá a un camión que acude a la defensa de Madrid.

Hasta agosto del treinta y siete no recibirá Vidal noticia de su familia, cuando en la calle de la Luna, donde se ubica el comité de la FAI de Madrid, le entreguen tres cartas dirigidas a él que no habían encontrado su destino hasta entonces. Son cartas llenas de alarmas y preguntas que le hacen constatar que nada han sabido sus padres ni de Ezequiel y sus hijos ni de los muchos intentos que él ha hecho por

comunicarse con ellos. La última carta viene firmada solo por Juan Lamarca, está escrita con una tensión de malos augurios y contiene noticias de pérdidas. Le escribe su padre que, cuando los fascistas tomaron Málaga, se produjo la cacería de una multitud de civiles que habían huido de la ciudad para refugiarse en Almería. Le habla de masacre, de bombardeos y de cañonazos desde grandes acorazados, de una persecución de gentes indefensas por la carretera hasta el mismo centro de la ciudad donde una bomba mató a un grupo que recibía a los huidos entre los que se encontraban dos primos de Vidal. Por otra parte, la tienda de la calle Real quedó casi en ruinas por los proyectiles de cuatro destructores alemanes que cañonearon la ciudad en mayo. Fue un regalo especial de Hitler, le escribe, otra vez dedicado a civiles inocentes. Su tía, la hermana de su padre y su único hijo murieron en esa venganza de los nazis. Todo esto hizo que Juan Lamarca concertara lo antes que pudo un barco pesquero para poner a salvo en Argel a su mujer y a la familia del hermano de esta. Embarcaron el 3 de junio. Por lo demás, él, Juan Lamarca, está movilizado. Cuando fecha la carta, se encuentra en el frente de Pozoblanco.

A pesar de las muchas cartas que Lamarca ha enviado al aparcero del cortijo El Chopo, a Socorro Rojo y a muchos ayuntamientos, será la casualidad la que le haga saber de Clara, una mañana de domingo cuando se cruza con una mujer que vende algarrobas por Carabanchel. Nada más sobrepasarlo, la vendedora se vuelve con un gesto instantáneo, le chista y avanza remirándolo con ansiedad mientras le pregunta si él es familiar de Ezequiel Hervás, uno que hacía puertas en Baena. Es una señora casi vieja, de ojos dulces y estrábicos. Cuando Vidal le dice quién es, la mujer posa su cesto en el suelo, afirma los pies y, como el mismo Vidal, parece querer anclarse en la acera para tirar hacia sí del pasado. A través de ella, tendrá las primeras noticias de la hija de su padrino con quien la vendedora estuvo presa los días siguientes a la matanza del Paseo. La misma tarde que las habían liberado, oyó decir que a Clara se la llevaron a Córdoba, quizá a algún orfanato o a un presidio, o a lo mejor eso no eran más que habladurías porque todo el mundo andaba desquiciado, recontando muertos o desaparecidos, ¿acaso sabe Vidal qué fue del niño pequeño de Ezequiel, del hermanito de Clara? Hablan con determinación, buscando, reconociéndose. Cuando se han dicho lo que el otro ignoraba y se han repetido lo que los dos ya sabían, Lamarca le apunta en un papel su dirección y comienza a despedirse, pero la vendedora lo retiene.

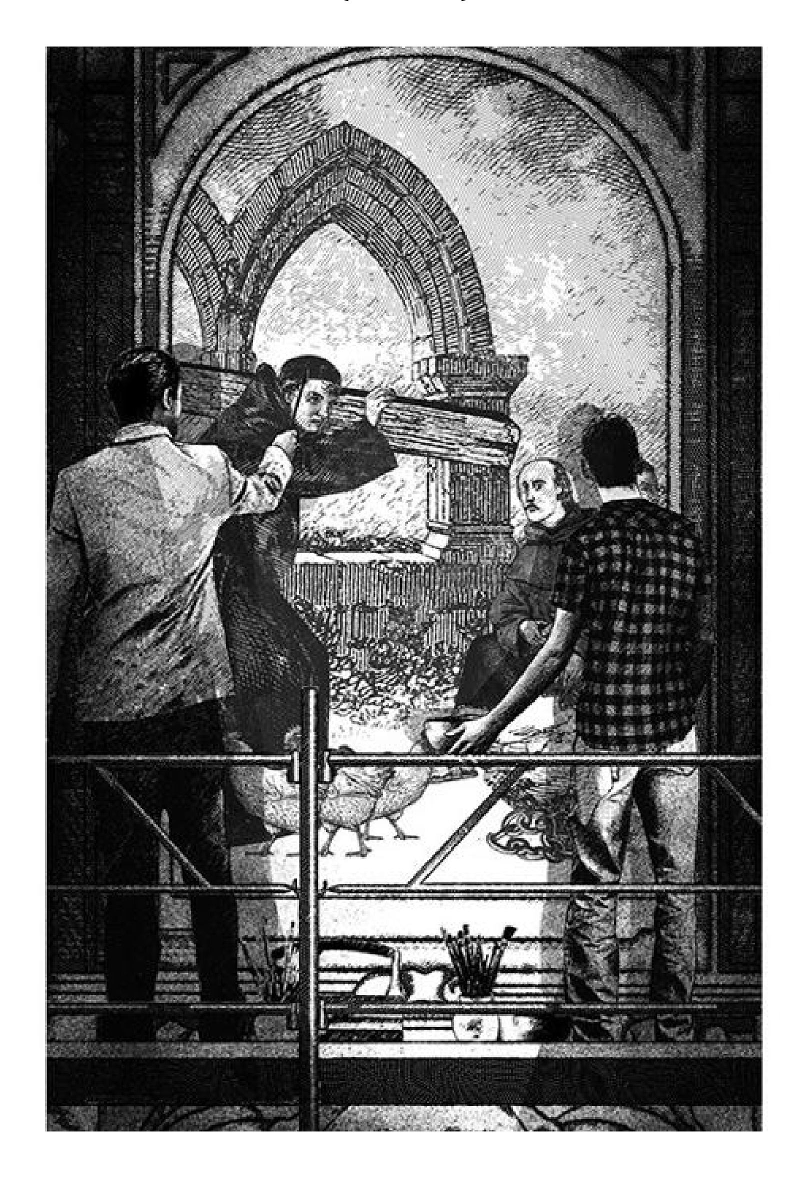
No comprende por qué la vendedora ha esquivado decirle cómo

fueron tratadas las mujeres cautivas y, ahora, cuando van a separarse, se empeña en contar con tanto detalle un acto de ignominia que tiene clavado muy dentro, le dice, y no se lo puede sacar del fondo del alma. No quería hablarte de eso porque para qué sufrir de más, le dice, le toma las dos manos con las suyas, y sigue hablando con un tesón doloroso, No puedo ni contarlo, pero tienes que saberlo, lo mira, intenta sonreír, Es mejor que lo malo sirva por lo menos para saber dónde está lo bueno. Clara iba delante de ella el día que las soltaron. Las habían pelado al cero y luego les hicieron tragar aceite de ricino, Te haces de vientre si tomas ese aceite, ¿sabes?, no puedes evitarlo, y así nos sacaron, sucias, asquerosas, peladas como cocos, aunque a algunas les dejaron un solo mechón arriba cogido con un lazo amarillo y rojo; nos echaron a andar por las calles como un rebaño con los ojos en el suelo y la cara que se nos caía a pedazos de vergüenza, oyendo encima insultos al paso, y, cuando ya no puedo más, me llama a gritos una voz de mujer, ni siquiera me atreví a mirar de quién era la voz que chillaba mi nombre para que yo me enterara de que era viuda, desde hace tres días eres viuda, me gritaba, y tu único hermano está también arriba, en los montones de carne que queman con gasolina al lado del cementerio, ¿qué tienes que cacarear ahora, Eusebia? Eusebia, cagona, chillaba la malnacida, escúchame bien, Eusebia, mira lo que te digo, so cagona: dos cabrones menos.

Esa escena contada por la vendedora de algarrobas la reproduce Vidal en la penúltima viñeta que dedicará a Clara. La dibuja encabezando un desfile fantasmagórico de mujeres vestidas con camisones blancos que avanzan apiñando los cuerpos y como escondiéndolos en el gran bulto de telas que todas juntas forman. Los rostros de las mujeres son manchas sin rasgos, inquietantes óvalos planos, excepto el de Clara, cuya cabeza monda parece solo servir para que en ella se abran dos ojos, grandes y hermosos, llenos de desamparo. Dos ojos únicos y dominantes en medio de la masa de cabezas sin rostro. Sobre esa procesión como de penitenciadas por el Santo Oficio, Vidal no se ha olvidado de inscribir en globos los insultos repetidos, *¡Rojaaas!, ¡Cagonaaas!,* que proceden de los dos costados de la viñeta para atribuirlos a unos espectadores que no han sido dibujados. El texto que piensa Clara (hay pequeños círculos que van de su cabeza al globo en forma de nube) parece en principio una excepción de sosiego entre la violencia de los insultos, sin embargo, en su pensamiento silencioso quizá haya un desgarro superior al de los gritos. De la cabeza pelada

de Clara, de esa cabeza que es toda ojos, sale la siguiente leyenda: *No me mires, Vidal, mi amor. Yo nunca seré esa que estás viendo ahora*.

III
(1964)



1

Raúl Colón (Agosto del sesenta y cuatro)

Desde que el curso pasado Raúl llegó a los salesianos, su retraimiento de chico culto, su ropa de calidad, su pelo casi largo y la delicadeza de sus maneras levantaron la acomplejada inquina de Pedrón Rivero, un chaval tan fuerte como tosco que secundaba en todo a Mariano Montalvo. Raúl era maricón, no había más que ver cómo se vestía, los modales que se gastaba y esa melenita y esos ricitos de tía, de pura maricona, ¿con qué niña sale ese?, ¿lo habéis visto con alguna? Raulito acompaña a su mamá, su mamá lo ama y él ama a su mamá, Raulito es la niñita de su mamá.

Montalvo comprendió pronto la solidez de la inteligencia de Raúl y no tardó mucho en respetarlo, pero Pedro Rivero, al que llamábamos Pedrón, había encontrado un modo de protagonismo en acosar a ese chico venido de San Sebastián, a ese menda tan finolis que hablaba con las eses, y lo perseguía en los recreos, en las filas que hacíamos para todo, a la salida del colegio, incluso, en la misa diaria le guiñaba el ojo en la distancia o le tiraba besos haciendo ventosa con los labios, Vaya culo de mulo tan chulo, le canturreaba Pedrón, que apenas tenía ya eco entre los compañeros, aunque ni siquiera la mediación de alguno de nosotros lo disuadieron de su imaginario de la hombría porque el territorio de Pedrón Rivero era el de las clases de gimnasia, el de exhibir unos bíceps parecidos a tubérculos o el de jugar a baloncesto con la ofuscación de los que manotean por salvarse de un naufragio.

Le dije a Raúl:

—Tienes que parar a Pedrón y la única forma que hay es plantándole cara. Desafíalo.

—Me va a destrozar. Vamos los dos a por él.

—Ni lo sueñes. Tienes que ser tú.

—¿Somos o no somos amigos? Ayúdame, si no, me va a matar.

—Sí. Te va a matar. Desafíalo.

Y casi lo mata. Fue una pelea casi a oscuras, de noche, a la luz lejana de los primeros faroles de la ciudad que empezaban a civilizar

el descampado que rodeaba el colegio. Hubo algo de épico en la resistencia a los golpes de Raúl, en su levantarse para ofrecer una y otra vez su cuerpo de caña a las embestidas brutales del otro. Con dramática entereza se entregó Raúl a su martirio, se dejó dañar en nombre de las creencias de la tribu, cumplió con el rito y salió de él con la triste aureola de los que ganan perdiendo. Ni siquiera fue necesario insistir demasiado a Pedrón para acabar con aquello, Vale, no sirve de nada seguir zurrándole la badana, dijo, y lo vimos destentar el cuerpo, acariciarse los puños, recoger su cazadora del suelo y, lejos de exhibir el orgullo del vencedor, volverse hacia nosotros con aire avergonzado.

—Sois testigos de que he cumplido el trato. Ni siquiera he llegado a rozarle la cara, todos los puñetazos se los he metido en el cuerpo. —Y le tendió la mano a Raúl para levantarlo del suelo—: Te has portado. Con un par de huevos. Así que se acabó lo que se daba.

Luis Torres, Paco Postas y yo acompañamos a Raúl a su casa, pero apenas habíamos pasado las obras del nuevo instituto de las Explanadas, nos pidió que nos detuviéramos en el hueco de la puerta románica de la iglesia de Santa Cruz, donde, de rodillas, metiendo la frente entre dos de las columnas de las arquivoltas, vomitó concentrándose en no hacer ruido y en disminuir la violencia de los espasmos. Después levantaba la cara de hielo ante la negrura del portón e intentaba una sonrisa difícil que apenas pudo mostrar el sarcasmo que pretendía.

—¿Soy ya uno de los vuestros?

Y fue de los nuestros de un modo que nos conducía a su madre, y su madre, a su vez, nos hizo un poco de los suyos al llevarnos por calles mucho más anchas que las de Daza.

Niños del mundo, si cae España —digo, es un decir—, si cae de la tierra para abajo, / ¡qué pronto en vuestro pecho el ruido anciano!, / ¡qué viejo vuestro 2 en el cuaderno!… Tiene Rosa el libro entre las manos y al oírla recitar me conmueven como un roce de viento las ideas que transmite, *Cómo vais a dejar de crecer, / cómo vais a bajar las gradas del alfabeto / hasta la letra donde nació la pena…* Es la sorpresa del poema nunca escuchado que te pone a ti delante de ti y de tu aprendizaje mutilado, el dos en el cuaderno incapaz de desplegar su poder numérico, el subdesarrollo, la cultura primitiva de la patria suplantando a la cultura, ¿De quién es ese poema?, monto la voz sobre la lectura de Rosa como sacudido por mi ignorancia, por todo lo que

me exalta aún sin conocerlo, *Si no veis a nadie, si os asustan los lápices sin punta, si la madre España cae —digo, es un decir—, / salid, niños del mundo, id a buscarla…*

Las veces que Rosa nos leyó algún texto, apenas comentaba algo sobre lo leído. Quería solo mostrar, incitar, dejarte luego elegir. En este caso dijo que el poema lo escribió César Vallejo durante la guerra, que era un autor prohibido y que nadie debía saber que ese libro estaba en casa. Los libros formaban parte de la fascinación de Rosa, casi todos de poesía, algunos tan inesperados que eran del todo inexistentes para nosotros, como los de León Felipe o este de César Vallejo, antes de que ella los abriera para leernos algún poema. Esos libros los custodiaba Raúl como si guardara la identidad de la madre, siempre alerta el hijo, caballero andante de la brujita loca, para que nadie hurgara en el santuario de su biblioteca.

Esa mañana de verano estamos en el balcón del cuarto de Raúl que da a la torre del reloj y domina las dos grandes plazas porticadas del centro, un espacio de cremallera entre el tejido antiguo de la ciudad y el nuevo en el que conviven edificios medievales con otros donde Daza muestra la solidez de su burguesía rural, comercios, bancos, o cafeterías que se yuxtaponen a los lienzos de muralla del Rastro o a las dos torres, la del reloj y la de los Aliatares, que aún señalan el paso a la ciudad intramuros.

Me dice Raúl, Luego, más tranquilos hablamos, mientras desde el balcón empiezo a retocar la acuarela que él está acabando de una parte de la plaza Vieja. Ha dibujado el banco que dirige su padre tal como puede verse desde su cuarto y me ha pedido que le corrija un trabajo donde se han desquiciado las proporciones. Sobre sus soportales, la fachada del banco levanta un enorme arco de medio punto que, en la acuarela de Raúl, se ha vencido igual a una ola a punto de romper mientras la inmensa iglesia de la Trinidad se asoma tras el banco empequeñeciendo sus formas hasta límites de miniatura. Por lo demás, los detalles son minuciosos, correctos, muy elaborados. Bellos fragmentos de un todo visto en un espejo roto.

Como la acuarela es un regalo para su padre, le propongo a Raúl guardar la que ha hecho e intentar una nueva. Estamos empezando el boceto ante el caballete, cuando llega Rosa con aire de pereza y de despertar, saluda amodorrada, entrecerrando los ojos ante el sol mientras llena el balcón con los destellos de la bandeja que sostiene ante su cintura, de los tres vasos de zumo de naranja que hay en ella, del raso celeste de la bata que lleva puesta. Bebemos el zumo, bromeamos y nos vamos turnando los tres en el trabajo. Nos pasamos el carboncillo, la goma o el difumino, discutimos cada línea,

corregimos o borramos hasta que ponemos en pie un bonito dibujo hecho de planos blancos engarzados en una sólida perspectiva. Es perfecto, dice Rosa, lo vamos a dejar así, ¿no os parece?, no le pondremos ni una gota de color. Al dar por acabado el trabajo, su cuerpo se separa de mi espalda y respiro liberado, sin querer estarlo, de su contacto, Sí, se acabaron las oportunidades de estropearlo, bromeo mientras siento sobre mí la alegría de sus ojos azules.

He sido del todo consciente de cada ademán de Rosa, como si pudiera ver lo que no veía mientras ella se inclinaba sobre mí para intervenir en el dibujo. He estado sintiendo muy cerca su olor a cama, la vibración de su aliento, el roce de su pecho. Notaba en mi espalda el deslizarse de la bata de raso y al mismo tiempo cómo los encajes del sujetador refrenaban el movimiento, lo hacían cálido y perezoso, y todo venía a sumarse con la morbidez de sus pechos presionando contra partes distintas de mi espalda. He visto por la abertura de la bata el sujetador negro con encajes en forma de alas de libélula y conozco casi de memoria, como si fuera un manual de erotismo, todo lo que ella escribió en su cuaderno después de la primera visita a Vidal. Sé que Raúl la quiere con una entrega en la que caben los celos o el despecho del amante sin sitio. He visto a Raúl, mientras él me creía estudiando en su cuarto, entrar en el dormitorio de sus padres y recoger la ropa desordenada de Rosa para colocarla en el galán de noche, la blusa, el pañuelo de cuello, la falda en la barra de abajo, cuidadosamente estirada. Sus movimientos eran exactos, llenos de triste consciencia, como si vistiera a una virgen. Como si visitera el fantasma de un deseo.

Y todo esto me gira en la mente y me deja muy solo cuando acabamos el boceto y Rosa le dice a Raúl que su padre tardará un par de horas en llegar, que firme el dibujo, le pase fijador y lo envuelva en papel de regalo, que menuda sorpresa, que qué contento se va a poner papá porque le vamos a decir, ¿verdad, Pablo?, que tú y yo hemos hecho solo de mirones, bueno, ya sabemos lo bien que pintas y que vas a participar en el mural de Santo Domingo, pero hoy estaría bien regalarle a Raúl, ¿verdad?, nuestra parte del regalo que le va a hacer a su padre.

Más tarde, la mañana se estancará en esa casa en la que hay un secreto encerrado en un cuaderno y una mujer que ha invadido la conciencia del hijo y que, como un sueño provocado, a mí también me está colonizando. Íbamos a pasar el resto de la mañana en casa de Paco Postas, pero Raúl me retiene diciéndome que luego iremos, que eso puede esperar porque siempre es un poco lo mismo, la gente estará jugando a las siete y media, haciendo estúpidos ejercicios de

hipnotismo, ensayando pasos de *twist* o cantando al ritmo de la guitarra de Joaquín Martínez. Todo eso puede esperar, escucha esto antes, a ver qué opinas. Es grave, se lo advierte a Pablo, que lo escuche con atención a ver qué le parece: su padre se ha liado con una mujer de Jaén, una empleada de una sucursal de su mismo banco, no, no es seguro, pero casi, una amiga advirtió a Rosa de que su padre, cuando se queda a dormir en Jaén, entra en el hotel con esa mujer, y él mismo, Raúl, ha repasado su agenda de trabajo y sus citas en Jaén no cuadran. Es una tía joven y qué extraño, tú, está a punto de casarse y aun así parece que no hay quien la pare, ¿Qué opinas?, vaya hostia, tú: dos padres y los dos cornudos, me palmea el hombro y se ríe como si tomara aire para añadir, ¿No es demasiado? Dos adúlteros para un solo hijo, y menos mal que solo tengo dos padres, pero enseguida se pone serio para reprenderme, Venga, tú, deja el cachondeo, que esto no es para champán.

Raúl desecha sin miramientos mis dudas sobre el adulterio de su padre y se centra en lo que le interesa, el traslado, la necesidad de alejarse definitivamente de Vidal, ese hombre extraño que ha hecho crecer una selva en la cabeza de Rosa. Su padre le ha dicho que está preocupado por ella, pues no acaba de encajar en la ciudad, la ve mustia y, al rato, hecha un brazo de mar, sin encontrar nada que la centre y sin más lógica que la del antojo, así que ha pedido el traslado a Madrid sin decírselo siquiera a ella, a Madrid y también a Valencia y a Teruel, donde cree que tiene más posibilidades.

A lo mejor su padre sospecha lo de Vidal y esa amante suya es un desquite, ojo por ojo, dice, o palos de ciego, vete tú a saber. La situación ahora (hasta el día de hoy, precisa Raúl, utilizando ese hoy que él carga de transitoriedad) está más o menos así: se ve con Vidal una vez, incluso dos, por semana, siempre por las tardes y nunca en casa de él desde que acabaron las clases. Suelen ir a las proximidades de Jódar, a protegerse en un bosquecillo que se arrima a la tapia de un cortijo abandonado, pero no tienen un lugar de encuentro preciso sino muchos, sitios apartados, caminos de campo que salen de la carretera de Linares o de las que van por el sur al valle, al pantano de Doña Aldonza o al puente del Obispo. Se encuentran en un lugar acordado en la última cita, siempre cerca de Daza, donde Vidal pueda esperarla con discreción. Ella lo recoge en su Dauphine, buscan luego un espacio oculto, arboledas, senderos perdidos entre las masas de olivos, y, antes de apagar el motor, se cercioran de que el coche no pueda ser visto desde la carretera ni desde ningún cortijo de los que jalonan los parajes de la campiña. Pero a veces solo tienen tiempo de dar un paseo en el coche entre charlas y caricias que la inminencia de la

separación llena de arrebatada prontitud.

Escucho a Raúl y no puedo imaginarme al comedido Lamarca tendido en el asiento de atrás para no ser visto mientras circulan por la carretera, ni el amontonamiento de miembros, piernas, brazos en zigzag, ni los torsos anudados de los dos amantes los días en los que la falta de tiempo los obliga a coitos instantáneos y feroces en el pequeñísimo habitáculo del Dauphine.

Desde que me dijo en el recreo del colegio que su madre era una puta y ese descubrimiento lo llevó a valorar conmigo el lenguaje contradictorio y minucioso con el que Rosa redactó el primer encuentro con Vidal, me ha hecho su consejero sin consejos porque solo le sirve mi compañía para seguirlo por el laberinto en el que lo deja su madre mientras aprende a hacerme confidencias con una desgana de notario, con brevedad y sin apenas dejar traslucir que las palabras han estado ardiendo en su garganta antes de soltarlas. Cada vez acude más a un lenguaje de carretero para reforzar su hombría, pero me sorprende cómo ha disciplinado tanto sus afectos en tan poco tiempo, ese estirón que ha dado su conciencia no solo para aceptar a Rosa, sino para parecerse a un amante (a otro que no sea Vidal) a la altura de su madre.

Aprendo a través de Raúl quién es Rosa. Lo interrogo. Apenas disimulo para preguntarle y satisfacer ese deslumbramiento mío ante alguien que de pronto puede vaciarme porque hay momentos en que proyecto en Rosa todo lo que soy. Yo, el último de los desahuciados de Rosa. Un vaso lleno de hormonas y de sangre, según me definió alguna vez mi padre. Una mente quimérica. Un imbécil con más pasión que seso, adicto a seguir el rastro de Rosa en las palabras de su hijo.

Me impresiona que me cuente Raúl que a veces su madre se prueba ante el espejo ropa nueva y tan atrevida que la sabe escandalosa para exhibirla en las calles de Daza. Se viste quizá como si se desvistiera, para ser por unas horas la que quiere ser. Son treguas que se concede, como la de la continua lectura, los discos, escuchar la BBC o la escritura en su libro secreto donde apunta sus sensaciones como una enclaustrada dentro de un folio en blanco. Sale poco y casi siempre para cumplir con la obligación de acompañar al marido a la misa del domingo, a tomar el vermú, a cenas esporádicas o a algún acto social impuesto por el trabajo de él. No pudo evitar Rosa participar en mesas petitorias para El Domund o para una campaña de Navidad ni ser

momentáneamente absorbida por un grupo de señoras que toman café y licores dulces, juegan a las cartas y emiten veredictos sobre trivialidades con la autoridad que ellas mismas se conceden de ser el meollo social de la ciudad.

Cuando está en casa, anda siempre Raúl brujuleando en torno a su madre. Rosa lo acaricia como si él no hubiera crecido. Le habla como a un adulto. Lo aconseja, le enseña hábitos e ideas, lo instruye en sus relaciones con Marta, en su perpleja sexualidad. Le suele leer frases de novelas o ensayos que el hijo apunta y luego memoriza con la seguridad de que esas frases llevan pegadas las huellas sentimentales de la madre. Este verano Raúl se está convirtiendo en alguien tan nuevo que te sorprende aludiendo a la lucha por los derechos civiles de Martin Luther King o Nelson Mandela, y te ilustra sobre la resistencia a la guerra del Vietnam que están desplegando los universitarios norteamericanos.

Con el pretexto de hacer algún apunte a la acuarela, a veces salen los dos en el coche y recorren kilómetros sin tino, acelerando Rosa, exaltada por el puro placer de la velocidad y de la huida, cantando con el hijo, los dos impostando la voz y partiéndose de risa hasta que se detienen en alguna venta y beben y charlan con excitación como si fueran dos prófugos que han hecho un alto en una carretera sin destino.

Me dice Raúl: En esos momentos, me gustaría que no volviéramos nunca. Qué dices, digo. Digo, dice, lo que he dicho. Y añade: En esos momentos ella se siente viva, se siente libre.

Pero está Vidal Lamarca. Y Raúl conoce que no es solo que el Dauphine los lleve y los traiga por las mismas carreteras por las que él acompaña a su madre, sino que Rosa escribió ayer mismo que Vidal es tierno y culto, que tiene un corazón noble y una inteligencia contradictoria y viva. Escribió también que hay en él un gran poso de inocencia, que ha cumplido cuarenta y tres años y a veces es tan ingenuo que ella de pronto se siente llena de malicia.

Cuando Rosa regresa a la habitación, interrumpe de golpe las confidencias de su hijo. Viene recién duchada, envuelta en agua de colonia y en el halo limpio de su camiseta blanca y sus pantalones claros. Ha entrado al cuarto para pasar el resto de la mañana con nosotros, nos dice, como si nos trajera un mundo abierto que se desprenderá de su simple presencia, de sus planes para quitarle una semana de vacaciones a San Sebastián a fin de que su hijo conozca

Nueva York, la última de septiembre, qué le parece a Raúl, y habla de la ciudad portentosa impulsando lo que afirma con gestos suaves o con su modo de estar sentada sobre su propio pie descalzo mientras fuma y nos cuenta que fue en Nueva York donde compró el libro de Pablo Neruda, un saldo de un tugurio en donde vendían casi de todo, hasta un cocodrilo disecado, ¿Se acuerdan Raúl y Pablo de aquel poema de los versos tristes y la noche estrellada?, qué ciudad inagotable, como para querer perderte en ella y, si te encuentran, escaparte de nuevo borrando todas tus huellas.

Espío a Raúl, el espía. Pienso en la extraña relación que lo une a Rosa, en cómo parece tirar de él la nariz recta heredada del padre que adelanta para seguir con atención cada gesto de Rosa, los ojos grandes, tensos de deseo y de inteligencia. Observo a ese adolescente que la espía, como si espiara su propia desgracia, su propia impotencia, miro cómo se sonríen o se escuchan, cómo se tocan las manos o se apoyan uno en el hombro del otro enredados por el mismo hilo de intención y conocimiento. Cuando Rosa baja la cabeza y acaricia con sus labios, alzados y muy cóncavos, el brazo del hijo, tengo la súbita intuición de que ella le concederá todo lo que él desea y lo envidio por ello y me juro que nunca se enterará de que los dos queremos a la misma mujer.

Ahora Rosa nos dice que cómo se le había ocurrido antes que el boceto lo firmara solo Raúl, qué disparate, ¿a qué venía semejante memez?, lo vamos a firmar los tres ahora mismo, es estúpido engañar sin motivo y peor aún engañar para esconder algo tan bonito como que hayamos dibujado a tres manos, ¿no había sido estupendo?, y qué resultado, le gusta, le gusta mucho que haya sido así y le gusta mucho ese carboncillo, Gracias, Pablo (me toca la mejilla, me sonríe), por ayudarnos. Firmamos, yo en segundo lugar como me pide, con mi estrepitosa firma de los quince años y, en cuanto lo hace Rosa, pasa el fijador y saca el dibujo a secar al aire para desaparecer enseguida y volver a los pocos minutos con papel de regalo y cinta adhesiva, y apenas ha regresado se pone a envolver el boceto tarareando la canción que está sonando en el tocadiscos, *The Lonesome Death of Hattie Carroll*, acompañándola hasta el final y luego se levanta para ponerla otra vez y subir el volumen del tocadiscos, ¿Sabéis lo que cuenta esta canción?, y con la cara aquietada entre la caída de su pelo liso, nos explica que Dylan está hablando de una historia real que sucedió el año pasado en la fiesta del estado de Baltimore, Es la historia de William Zantzinger, un hacendado racista, un repugnante racista borracho que mató a palos a la camarera negra Hattie Carroll; la mató porque sí, por puro instinto de macho blanco, por no servirle

en el acto la copa que le pedía. Toma la funda del elepé y va traduciendo del inglés la letra de Bob Dylan mientras cala el Camel y espera a soltar el humo para empezar a leer, *William Zantzinger mató a la pobre Hattie Carroll con un bastón que hacía girar alrededor de su dedo anular…*

Después se queda un rato en silencio mirando cómo su mano aprieta el cigarrillo contra el fondo del cenicero. Lo aplasta con insistencia sobre el cristal, apagando lo que ya está apagado y, sin más avisos, aparece otra vez la espina atravesada en la garganta de la guerra como si la guerra fuera un agua pútrida que nunca acaba de evaporarse. Sin levantar la cara, dice que siendo niña conoció a William Zantzinger en la Guerra Civil, en Zarauz; que su Zantzinger era un oficial que mató a bastonazos en plena calle a un soldado al que acusaban de desertor. Cuando Raúl quiere saber más detalles, se pone en pie y muestra las palmas de sus manos como disculpándose por no seguir, aunque todavía añade, Mi padre decía que los soldados son los negros de todas las guerras pero que, en los periodos de paz, solo los negros son los soldados de los demás ciudadanos.

Raúl, estudioso de lo que más quiere, pendiente de las emociones de esa mujer que a veces confunde con su madre, pone otra vez la misma canción y toma la carátula del disco para esforzarse en reconocer las palabras en inglés, una lengua que ignora casi tanto como yo porque nuestro bachillerato no pasa de un francés para indigentes. Porque, lo acabamos de aprender, cayó España y estudiábamos con lápices sin punta y, más que ideas, nos metían en el pecho ese ruido anciano del que advertía César Vallejo.

Entra Pedro Colón cuando es casi la hora de la comida y su mujer lo recibe con un beso que vuela sobre sus labios y con el regalo del carboncillo que ha adornado con una enorme cinta azul. Es un hombre alto, bien parecido, que abre la puerta con aire ensimismado, pero que, ante nuestro recibimiento, sale de sí de golpe y entra en una alegría hecha de artificio y de remilgos exagerados ante el dibujo. Suele sonreír con frecuencia y se le nota premeditación en su modo de mostrarse comedido, amigable, digno de estima o de confianza. Sin embargo, como acostumbra a reprimir su espontaneidad, cuando quiere hacer una broma no acierta con la medida de las cosas y tiende a lo inconveniente, por ello, cuando ve los Blue Colorado, esos estupendos tejanos con fibra de amianto que tanto Raúl como yo llevamos puestos, pregunta que si es que estamos vestidos con el

uniforme del rancho para echarle el lazo a la misma manada de bisontes. Desangelado, Pedro Colón fuerza su sonrisa y, a punto de compadecerse de su ocurrencia, rectifica enseguida, Bueno, no lo toméis a mal, perdonad la bobada. No obstante, debajo de esta inepta amabilidad que lo acompaña como si se hubiera impuesto el entusiasmo, hay un hombre agudo y activo, intransigente en asuntos de moral y en otros tan menores como el modo en que hay que cantar las zarzuelas.

Tono ha telefoneado para decirme que me están esperando para comer. Incapaz de contenerse hasta que llegue a casa, me ha dicho que ya se sabe dos de las tres palabras que le hago aprender cada semana y me ha canturreado al teléfono el significado de precaución y de rebelarse. Le digo, No vale, Tono, puedes estar leyendo, espera que vaya a casa y me lo dices mirándome a los ojos. Tono se enfada, se enfada mucho, Yo no miento nunca, so capullo, que eres tú muy poco hermano. Lo sé, sé que tú no eres ningún embustero. No lo sabes, si no, no me dirías que miento, que eres tú muy capullo. Perdona, de verdad, pero yo nunca dudo de ti. Se hace un silencio. Lo oigo respirar con fuerza, Vale, murmura, y de nuevo jadea unos segundos para explotar con énfasis de triunfo, Precaución es reserva, cautela para prevenir los inconvenientes, y rebelarse es levantarse faltando a la obediencia debida a un superior o a la autoridad, ¿te has enterado, Pablo? Claro, le digo, pero ¿sabes qué significa cautela?, y de nuevo Tono titubea al otro lado del teléfono hasta que le oigo la voz entristecida, Entonces, todavía no me lo sé, ¿no es eso? Lo imagino manoteándose el flequillo, ansioso, esperando una frase mía que lo saque de la confusión, No te preocupes, lo calmo, cuando llegue a casa te lo voy a enseñar. Pablo, te hablo en serio (suena ahora su voz compungida), lo que te dije de capullo ha sido una tontería, ¿me has oído? Sí, te he oído. Y suena su risotada mientras me suelta, Pero, ¿me has oído bien, so capullo, so capullazo?

Cuando me despido, Pedro Colón me acompaña a la puerta, me cede el paso y me sigue hasta el vestíbulo interesándose en mi forma de enseñarle vocabulario a Tono. Le explico que a veces Tono confunde los vocablos que menos usamos, porque las rimas y las semejanzas le hacen vaciar el significado de unas palabras en otras que se parecen por su sonido. Como si las palabras, igual que las razas, se agruparan por el color de su piel.

Me mira como si de pronto yo fuera más de lo que soy. Tiene unos ojos muy nítidos, de un marrón limpio y ambarino, con los que parece investigar los míos y cada peca de mi cara, Bueno, hasta pronto, dice, pero no se mueve, deja la mano posada en el pomo de la puerta en

tanto una súbita emoción le hace temblar los párpados y le dificulta definir lo que quiere decirme. Temo sus palabras. Temo lo que él pueda saber o pueda preguntarme. O que me traicionen mis gestos y se transparente lo que yo sé.

Cada vez que paso algún tiempo con él, no dejo de percibir a Pedro Colón como a alguien que ronda un secreto, que da vueltas en torno a un conocimiento que lo puede destruir, convive sin verlo con ese secreto, lo roza en cada habitación de su casa, toca a diario la piel del secreto en la piel de su mujer. Como si todo estuviera dispuesto para que él llegue a saber y, en ese mismo instante, lo sabido lo colme de rencor e incertidumbre.

Lo miro, espero mientras presiento sus preguntas sobre Vidal. Sigue con la mano en el pomo, nervioso, los ojos removidos por la irresolución. Creo darme cuenta de que nota que su titubeo lo hace vulnerable y de que su duda es muy superior a lo que cabe en el trámite de despedir a un chaval en la puerta de su casa, y eso lo lleva a actuar, a ponerme las dos manos sobre los hombros, a carraspear antes de decirme que se alegra mucho de que sea amigo de Raúl, de que nos ayudemos tanto el uno al otro. Después añade, Mira, Pablo, pero se interrumpe, vacila de nuevo hasta que encuentra un modo indirecto de sugerirme lo que busca de mí. Lo hace a su manera derrotada, buscando quizá mi conmiseración. Tose, se protege la boca con la mano hasta que dice, termina por decir, Sin un amigo en quien confiar, andas solo y todo te parece peor porque la soledad es como ese grabado de Goya del hombre dormido que hay en el salón, un hombre que no puede valerse de su mente porque está soñando y tiene la cabeza llena de búhos y murciélagos, y, cuanto más sueña, más solo lo deja el sueño, más lejos de la verdad está, como bien explica la inscripción que puso Goya abajo (y levanta el índice y escribe con él en el aire): el sueño de la razón produce monstruos.

2

Luci Diosdado
(Septiembre del sesenta y cuatro)

La iglesia de Santo Domingo es un edificio encajonado en una calleja umbría del casco antiguo, apartada del esplendor del Renacimiento que cierra la ciudad por el sur, una especie de segunda muralla de monumentos que se alzaron después de la Reconquista para celebrar el triunfo del humanismo frente al reino nazarita de Granada. Desde la catedral hasta el palacio de Vázquez de Molina, desde la iglesia de El Salvador hasta la antigua universidad o a la fachada como bordada de Jabalquinto, Daza parece sonreír en la plaza de Santa María con una belleza de piedras doradas que proclama el orgullo de amaestrar la vida con la mano de la razón.

Esa monumentalidad que impresiona hace que la iglesia de Santo Domingo parezca un mero ensayo para que pudiera cuajar a unos pasos de ella, en un amplio anchurón que resplandece con el sol, la plaza de Santa María. No obstante, Santo Domingo conserva su porte de antigua fortaleza y lleva dentro el esfuerzo que la antigua ciudad de frontera hizo por humanizar la guerra. De eso habla su portada sur, renacentista, que convive con una saetera o con su atrio de nervaduras góticas que da paso a un artesonado mozárabe cuyas delicadas maderas coronan la única nave.

El 2 de septiembre, tras muchas dilaciones, comenzamos el mural y entré por primera vez en la iglesia de Santo Domingo. El edificio se había cerrado al culto en 1936 y tenía un aire de cascarón lleno de agujeros por donde penetraban chorros de luz que sacaban brillos a la mugre de las grietas. Desde el principio, intuí lo que ya sabía Vidal, que la intención de reconstruir la iglesia y volverla a entregar al culto era solo una hipótesis del obispado y que el fresco en el que íbamos a trabajar estaba amenazado por la misma ruina que nos envolvió al abrir el portón y oír los aletazos despavoridos de las palomas escurriéndose por las ventanas. De hecho, Lamarca había estado intentando esquivar el trabajo, aunque la palabra dada al arcediano de la colegiata de Santa María, de la que dependía Santo Domingo, solo le permitió aplazarlo hasta ese 2 de septiembre de 1964.

Llegué a la iglesia acompañado por el recuerdo de Luci Diosdado, que ayer me citó en los escalones de las ruinas de San Francisco, un lugar solitario que anunciaba ya la transcendencia que quería darle a nuestro encuentro. Tenía algo importante que discutir conmigo, pero esperó a que yo dejara de hablar del día siguiente, del inicio del fresco, de la emoción que sentía por ayudar a un auténtico creador en un trabajo de dimensiones arquitectónicas, hecho no solo con el rigor habitual de la mano de Vidal, sino con las exigencias de lo desmesurado: Miguel Ángel, único señor de la creación en lo alto de su andamio para hacer nacer el *Juicio Final* y, oculto en la altura de las tablas donde no dejaba subir a nadie, vengarse del Biagio da Cesena, el pudibundo maestro de ceremonias del papa a quien le pintó orejas de burro, le enredó al cuerpo una serpiente que le muerde el sexo y le puso la cara sin consuelo de los que están en el infierno.

De eso le hablaba a Luci, de lo desconocido, de lo que iba a tocar mañana en Santo Domingo. Imagínate, pintura al fresco como la hicieron Giotto, Miguel Ángel o Rafael, esa técnica, esa cosa maravillosa que funde la pintura con la pared, todo en uno, los pigmentos, la cal, el yeso y la arena del enlucido, todo mezclado, y las figuras surgiendo de lo hondo del muro, figuras vivas naciendo del muro muerto.

Me dejaba Luci hablar, fumar, inventar el día siguiente. Sentada a mi lado, también parecía estar en otra parte, recogida sobre su cuerpo, los pies juntos sobre sus zapatos de medio tacón, comedida Luci, más hija que nunca de Miguel Diosdado con su vestido de manga corta, con su cuello de puntilla y su rebeca doblada sobre el bolso en la noche todavía calurosa de septiembre.

—Te lo digo siempre, vas muy deprisa, Pablo.

Ya suponía que era eso de lo que quería hablar: yo iba muy deprisa, todo el verano había tratado de decírmelo, pero ahora quería darle un giro a esas preocupaciones y ya solo me escuchaba con una media sonrisa melancólica, esperando a que yo dejara mi impaciencia por llegar a la cita que tenía con el milagro del fresco, mañana, a las cinco de la tarde.

Luci Diosdado, pequeña y guapa, estaba hecha de la consciencia de lo que quería ser, una señora de Daza, y en paralelo había desarrollado una manera de hablar de sí misma llena de satisfacción y poquedad. Se parecía ya a la que sería: era un poco madre de sus hermanos y ensayaba con éxito su responsabilidad, la elegancia de su empaque, su alegría sin sexo (su sana alegría) de canciones y bailes, de pasos ensayados, con momentos de ruptura en *You Really Got Me* o cuando sonaban temas de los Beatles o esa canción de The Hollies,

Stay, que tanto le gustaba.

Podría ser resumida Luci por su cabello, un pelo cardado en un tímido desorden que nunca iba a más ni tampoco a menos al estar sometido a la disciplina de la laca. Ser resumida también por la admiración a su padre, un hombre pulcro y estirado que decía poseer una titulación en medicina y bastantes fanegas de olivos, suficientes para mantener un caserón en el Rastro, tres coches importados y unos hábitos tan rigurosos como inútiles porque solo le servían para trocear el vacío. Estima mi padre que Miguel Diosdado es un buen ejemplo de una burguesía rural que ha encontrado en el olivo la fuente perfecta de la pereza: un árbol duro, persistente y esclavizado, que da mucho sin apenas exigir dedicación. Regala tiempo el olivo en proporción directa al número de ellos que se poseen, quiero decir, explicaba, cuando se tienen suficientes para permitirte ni mejorarlos ni poner un pie en ellos si no es para ver engordar la aceituna. Para lo que sí tuvo tiempo Miguel Diosdado fue para enriquecerse en los cuarenta con tierras y casas requisadas. Méritos de guerra, médico por méritos, rico por méritos: no había nada como el mérito de denunciar a los vencidos y sacar la pistola jaleando a la patria.

Se ha levantado Luci y mira hacia el interior de las ruinas de San Francisco donde quedan, casi intactos, hermosos relieves de Andrés Vandelvira. Taconea al desplazarse para observar por las ventanas la nave sin techo, los grutescos de las capillas. A pesar del vestido tan parecido a los de su madre, su cuerpo muestra el equilibrio de la proporción y de la absoluta ausencia de grasa. Hace una semana que tiene quince años y siente que se queda atrás, que va andando el camino al revés. Me mira, He sido tonta, Pablo, tenías razón las veces que me has dicho que soy una estatua o, como me dice mi prima, una rancia, una pava, una pavucia recocida. Quiere cambiar y no sabe cómo, pero por lo pronto hay que borrar todas las veces que ha dicho que no está preparada, que es demasiado joven e inmadura, que no domina su instinto. Hay algo muy malo en todo esto, Es el remordimiento, Pablo, remordimiento por hacer lo que me pide el cuerpo entero, estar contigo, ¿cómo se quita una eso de la cabeza?, ¿y cómo te quitas la idea de que sea pecado estar contigo y de morirme de remordimientos si lo estoy y también si no lo estoy?, una quisiera no pensar, que el pecado fuera mentira, pero ¿cómo se hace eso?, apenas está empezando a vivir y ya siente que tiene una cabeza vieja, llena de telarañas y de prejuicios y de cosas impuestas, ¿cómo se hace para tener una cabeza nueva?, pero si hasta se sigue poniendo colorada por la vergüenza de no haber podido comulgar en la misa de fin de curso de las carmelitas, qué sofoco, ese bochornazo de ser ella

sola de todo el colegio la que tuvo que sentarse en el banco mientras todas las monjas y todas las niñas estaban de rodillas después de la comunión. Puede que lo mejor sea romper, ¿no?, romper y morirte luego de pena porque se dice que para comprender a fondo el amor debes dejar que te mate una vez, un mal amor te hace luego amar mejor. Pero no, es casi lo contrario lo que quiere decirle a Pablo esta noche. Ella lo quiere, Te quiero, Pablo. Ayúdame a no quedarme atrás. Y me arrastra a un rincón donde no llega la luz de la farola, solo la oscuridad de las piedras sillares, su voz también ahora oscura, *Only You*, me canta al oído, *Tú serás mi baby*, susurra, y luego, Ayúdame a que no ande del revés, y se queda un segundo tarareando la canción de los Platters con los ojos muy abiertos delante de los míos mientras adelanta la cara y me besa como nunca lo ha hecho, mordiendo con timidez mis labios, metiendo su lengua en mi boca para repasar mis dientes y luego hundirla hasta el fondo, primero con suavidad, muy despacio, y enseguida con una brusca energía, sacándola y metiéndola como si copulara con mi boca, en tanto sus manos palpan y pellizcan mi torso y bajan hasta mi pene, resollando Luci, desconocida Luci, Dios mío, qué gusto, te quiero, Pablo, dame tú también, qué caliente, Dios mío, qué gustazo, Dios mío, te quiero mucho, tanto, tanto, enajenada Luci, jadeando todavía cuando se limpia las manos con el pañuelo y mira con extrañeza el semen, encendida, muy guapa mientras me escucha decirle cuánto la querré siempre, desconcertada cuando levanta el pañuelo entre el pulgar y el índice, ¿Dónde tiro esta asquerosidad?

Me acompaña ese recuerdo de anoche cuando veo a Vidal que ya está en la puerta de Santo Domingo y vuelvo a pensar que ahora, cuando él se ha convertido en un hombre más comunicativo, es cuando más lo desconozco. Está a unos pasos de mí, jovial y recién peinado, levantando una mano en el aire con esa especie de desbordamiento, nuevo en él, que le viene de todo lo que Rosa le da en tanto yo me siento partido en dos porque sé que también son dos hombres en uno los que me reciben con alborozo, como si de él (no sé de cuál de los dos) naciera lo mejor de la tarde.

Mientras mete la enorme llave en la puerta de la iglesia, lo oigo silbar, interrumpirse para preguntarme que si me ha ido bien el fin de semana, ¿dónde se ha quedado Tono?, ¿qué tal con Luci? Me escucha, vuelve a silbar, empuja la hoja del portón y toda la nave parece agrandar el silbido de Lamarca con ese redoble, como de segar el aire,

que produce la estampida de las palomas.

No he querido decírtelo hasta el final, pero no habrá pintura al fresco, pintaremos al seco, al óleo, sobre esas tablas. Me suelta eso Vidal de sopetón cuando llegamos a la capilla que limita con el atrio, donde un andamio recorre hasta arriba el muro que ha sido en parte recubierto de paneles de madera imprimados. Quieren un retablo, algo que se puedan llevar a otra iglesia, seguramente a Jaén, ya ves cómo está esto, por ahora ni piensan reconstruir esta ruina ni mucho menos abrirla al culto.

Ante mi decepción por haberse volatilizado el proyecto de la pintura al fresco, Lamarca me pone una mano sobre el hombro y se esfuerza en estar conmigo con sus palabras, Bueno, es así, hasta ahora ha sido así: ellos deciden el qué, el quién, el cuándo o el cómo; a eso se llama mandar o, mejor, la forma más pura de mandar.

En un tablón sobre un caballete se aprietan los materiales de pintura y hay algo de emoción inaugural cuando Lamarca enciende los dos focos, dispuestos sobre taburetes con ruedas, y los desliza sobre el tablón donde despliega un boceto atravesado por una red de cuadrículas. Es entonces cuando me explica cómo trasladaremos las cuadrículas a escala sobre los paneles y me habla de qué sentido tiene lo representado en el boceto, esas gallinas que figuran en él rodeando a la figura central de un monje.

Como la iglesia está dedicada a Santo Domingo de Silos y este santo tenía especiales dotes para liberar a los católicos de la esclavitud del islam, el proyecto de Lamarca se centra en estas facultades del monje con las que pudo quitarles las cadenas a ciento cincuenta cristianos de Córdoba para ponerlos a salvo en Daza. En esa línea de atacar la maldad sarracena, siguió actuando Santo Domingo hasta convertirse en la pesadilla de los carceleros islámicos. En especial del moro Aboazar, quien, habiendo comprado doce cristianos, uno a uno, los perdió arrebatados por el santo, hasta que ideó la estratagema de encerrar a su nuevo esclavo en un arca sobre la cual dormía sosteniendo la cadena a la que estaba sujeto el cautivo. Para mayor seguridad, a modo de alarmas, puso sobre el arca un perro, un gallo y una gallina. Sin embargo, las cautelas de Aboazar fueron una simple demostración de ingenuidad, porque el santo, mientras el moro dormía, se llevó en un vuelo a los animales, al arca y su contenido hasta Silos, donde fundó su monasterio.

Todas las instrucciones que Vidal había recibido para conmemorar el poder liberador del monje, las resumió en su boceto en las llamadas gallinas de Santo Domingo, blancas, de patas amarillas, arropadas junto a los pies de su libertador, quien, alegre y musculoso, carga con

una viga destinada a levantar el monasterio. Aparte de las tres gallinas, solo un montón de cadenas en primer plano hablan de las mañas del santo para hacer la Reconquista con una milagrería que para sí hubiera querido la quinta columna. Por lo demás, el boceto se completa con un fondo del monasterio en construcción del que solo se muestran tres arcos aún exentos en torno a los cuales algunos frailes se afanan en la talla de sillares. Más que por ironía, habría que entender como un homenaje a un amigo el hecho de que el fraile más grueso tenga el rostro de Rafael Zabaleta, ¿Lo reconoces, verdad? Lo reconozco: inconfundible su cabeza calva con los dos brochazos de pelo en las sienes, la pequeña nariz apagada por el brillo de los ojos con los que te escudriña mientras con una mano sujeta el cincel y con la otra levanta la maza de cantero. No hace falta que Vidal me confirme que es la misma cara en escorzo del retrato al óleo que le hizo en el año cincuenta y seis y ahora está colgado en su estudio. Añade: a él le hubiera gustado estar ahí, en cualquier lugar donde siguiera trabajando.

Hasta la noche, calculamos los centímetros de la escala, clavamos puntas, atirantamos el hilo, medimos y vamos ampliando, como un eco, las cuadrículas del boceto en otras marcadas con bramante sobre el retablo. El resultado tiene en sí mismo una belleza de cuadro abstracto: la forma trapezoidal del conjunto, la blancura de la imprimación, los dobles recortes de los hilos y sus sombras proyectadas por los focos, la geometría de los tubos verdes del andamio.

Antes de dejar la iglesia, contemplamos lo que hemos hecho, fumamos un cigarrillo con sosiego, sin apenas hablar, como si nos adueñáramos de la pura satisfacción de haber trabajado con eficacia. Se trata solo del inicio de la obra, ni siquiera el carboncillo ha tocado todavía el retablo, pero la actitud de Vidal ya expresa esa especie de dominio de sí que lo afirma tras dejar el lápiz o el pincel, tras haber creado algo con sentido.

Son poco más de la nueve cuando salimos y Lamarca se ríe al escucharme disparatar sobre la posibilidad de santificar a Zabaleta, de ponerle su cara no al monje, sino al libertador de cristianos, Bueno, se puede decir que él también redimió a un cautivo, y me cuenta cómo en los años difíciles Zabaleta le contagió su tenacidad para la pintura, esa entrega al trabajo hecha de búsquedas, de errores y de inciertos hallazgos. Hecha siempre más de caminos que de metas. Y por el mismo portillo que el pintor de Quesada, impulsado por su mismo tesón, empezó a escapar del lodazal de sus primeros años en Daza.

Pienso en ese afán de Vidal por sentirse un pintor capaz o

suficiente, sin más retribución que la del aumentar su propio estímulo y mejorar la herramienta de su mano, y no dejo de darle vueltas a que el trabajo de Santo Domingo, si algún día Lamarca lo cobra, no será ni en prestigio ni en dinero, sino en la moneda espuria de no ser rechazado por una ciudad donde apenas hay vida social al margen de la Iglesia.

Cuando llego a casa, Tono me entrega una carta de Luci Diosdado. Lo ha esperado a la salida de sus clases particulares, que este verano las recibe con dos alumnos más en la Escuela Politécnica, y le ha entregado un sobre celeste donde figura mi nombre en cuidadosas mayúsculas. Tono, que vive un amor reflejo por Luci, que quiere todo lo que yo quiero, me tira del brazo y me mete en su habitación. Ha debido de estar hablando con ella y se le conmueve todo el cuerpo a causa de lo que sabe y no quiere decirme, pestañea, se frota el torso, me mira trascendente, chupándose los pómulos por dentro como yo le he enseñado para poner cara de hombre, Escúchame con atención, hermano Pablo, mira lo que te digo: dile a Luci que tú piensas que el mundo es ella; dile: tú eres el mundo, dile: cielo, sol; mira lo que te digo: de ninguna manera podemos perderla.

Con el deber cumplido, cabizbajo, sale Tono de la habitación dejándome esa carta de Luci que ya he leído sin leerla. Vamos a intentar no perderla, Tono. No te mereces quedarte sin sus bromas ni sin su modo de escucharte y de procurar que no te quedes sin pareja de baile, pero tampoco te mereces amigos como Juanma, el hijo del médico Rovira. Después de la cena, papá quiso hablarme de ti y de Rovira, en uno de esos conciliábulos de los dos adultos de la familia a los que nos preocupa que cada día te adueñes un poco más de tu autonomía. Me pidió papá que me encargara de que Juanma, esa especie de aprendiz de psicópata, así lo llamó, se acercara lo menos posible a ti porque hace unos días, tú lo sabes, te vi jugar en la almazara al asesinato del presidente de Estados Unidos.

Tú hacías de Kennedy y Rovira de Oswald. Te subías en un montón de capachos y viajabas en tu descapotable imaginario por las calles de Dallas, saludabas a la multitud, te ponías de pie con los brazos en alto y luego te sentabas hierático o bien conversabas con el saco de alpechín que a tu lado hacía de Jacqueline. Juanma Rovira, encaramado en lo más alto de una de las prensas, te acechaba con la escopeta de pequeño calibre que utilizamos en el molino para matar las ratas e iba narrando en voz alta los hechos, Son las doce y media

de un día de sol en Dallas, yo soy el asesino Lee Harvey Oswald y aquí tengo mi rifle telescópico para matar al presidente. Después Rovira hacía un sonido de fanfarrias, chiflaba los tres disparos y te iba dando las instrucciones: Este primer tiro da en la acera, fiuuun, porque ha rebotado en un árbol, fallo mío, pero ahí va el segundo, fiuuun, llévate las manos a la garganta y, ahora, fiuuun, el tercero, en plena sien, troncha la cabeza, ya estás muerto, J. F. Kennedy, a la mierda el presidente de los Estados Unidos, y tú caías sobre el hombro de Jacqueline, y Rovira ululaba levantando triunfante la escopeta desde lo alto de la prensa.

Cuando llamé a papá para que os viera jugar, supe que lo que para mí era algo turbio él lo convirtió enseguida en un asunto de perversas implicaciones. Hosco, te pidió papá que te fueras a tu cuarto y lo hiciste sin comprender, qué habías hecho mal, por qué se cabreaba, dónde estaba la culpa, parecías preguntar tú, que la desconoces, y nada más irte estuvo interrogando a Rovira, y tu amigo de trece años, tu amigo esquelético, tu amigo que tiene una pierna renca, investido de héroe, se exaltaba y respondía con alegre exactitud a todos los pormenores del magnicidio. Juanma Rovira se sabía desde que el fusil asesino era un Carcano de calibre 6,5 hasta los pasos que dio Oswald para llegar a la plaza Dealey y apostarse en el sexto piso del almacén de libros de texto, un conocedor Rovira, un buen *gourmet* de asesinatos. Sonreía triunfante ante papá agrandando el cuerpo desmirriado como si lo hinchara con una sabiduría merecedora de medallas. Llama a tu hermano, me pidió papá, y que jueguen una vez más, pero solo una vez y que inviertan los papeles, que Tono haga de Oswald y ese niño obseso de víctima, luego encárgate de esconder la escopeta de las ratas y de que Rovira no ponga más ni un pie en el molino.

Esta noche, después de haberme entregado la carta, después de que hubiéramos cenado y tú te hubieras ido a la cama (No te olvides de lo que le tienes que decir a Luci, me has recordado), papá quería saber si has vuelto a ver a Rovira, si has comprendido bien lo que él te ha explicado y yo he tratado de secundar: qué es un juego y qué un deseo oscuro camuflado de juego, saber diferenciar la realidad y la fantasía sin que la imaginación te equivoque y haga que te destrocen las aspas de los molinos de viento. Quería también saber si hemos repasado las palabras del curso pasado, cómo vas en historia y literatura, en geografía, si hemos descuidado tus ejercicios de brazos y de hombros ahora que te pasas las tardes convertido en el tiburón de la piscina, le preocupa la laxitud de tu cuerpo, que consigas la musculación necesaria, la coordinación absoluta de tus movimientos. Cómo va con

tus amigos, me ha preguntado, no dejes de integrarlo, ya sabes, le gusta sobre todo bailar pero que no diablee demasiado. Y se muestra contento con tus avances en matemáticas o en física, sobre todo en matemáticas, Es bueno para el cálculo, a veces me sorprende, se anima papá, se levanta y se sirve una de sus copas de coñac, en este caso de Martell, y luego se interesa por el retablo de Santo Domingo, qué tal ha ido el gran día inaugural, me escucha, sonríe y de pronto me suelta algo que me aleja mucho de él, Me imagino que ya te habrás olvidado de tus pesadillas de cine negro, ¿verdad?, ahora que conoces bien a Lamarca, supongo que la cordura te habrá vaciado la cabeza de fantasías, pero ¿cómo llegaste a creer que un hombre así se prepara para matar a nadie?

Cuando me voy a la cama, intento leer un rato *Hambre*, la novela de Knut Hamsun que este verano nos pasamos como un fetiche los amigos. Leer a Hamsun por no leer a Luci Diosdado, por no leer su carta, su querido Pablo, lo de ayer fue un arrebato, yo no soy así ni quiero serlo, me sentí como una prostituta. *Tenemos que ser responsables, Pablo, y está visto que no podemos, bueno, que yo no puedo serlo a tu lado y que necesito tiempo para madurar. La conciencia no me engaña, es la única que no me engaña, y me dice que está sucia y que tengo que limpiarla. Lo siento mucho, de verdad que lo siento infinito, pero prefiero cortar ahora, antes de que sea tarde y te lo dé todo y te empiece a odiar por empujarme a ser alguien que ni debo ni quiero ser.*

Dios mío, qué caliente, qué caliente estoy, me susurrará casi lamiéndome la oreja a la mañana siguiente después de que la haya buscado en la piscina municipal y yo me haya mostrado circunspecto y afligido, conciliador, de acuerdo en todo con lo que ella llama su proyecto de vida; después de que me haya aceptado de nuevo como novio blanco, como sano novio, y se hayan ido casi todos a comer y nosotros a tomarnos una segunda cerveza en el bar; después de haber decidido darnos un último chapuzón y de dejar que la dulzura del agua nos enrede: el buceo entre las piernas del otro, las ahogadillas, los giros y chapoteos, el bañador blanco de Luci y el agua que pone brillos minerales en su piel y le abre el escote haciendo vibrar sus pechos entrevistos y las manos que saben a dónde quieren ir mientras las risas las esconden como si las manos no nos pertenecieran y no estuvieran serias las manos, tan separadas de las risas y de los besos de superficie, casi esquivos, apenas roces de labios, escondiendo también los besos con su inocencia a los cuerpos de debajo del agua,

las pelvis unidas, pujando, restregándose con una presión desesperada hasta que todo lo sumergido paraliza a las risas y las cambia luego por jadeos, y otra vez las manos, las malditas manos, Dios mío, que han acertado su camino hacia el sexo, las desalmadas manos adueñándose del pene, Dios mío, frotando el clítoris, Qué caliente, qué caliente estoy.

Habrá dos o tres ocasiones más en las que Luci estará muy caliente, dos o tres arrepentimientos más, el último en la feria de San Miguel, a final de septiembre, cuando ya las primeras lluvias habían echado el cerrojo a ese tiempo de intemperie que nos regaló el verano. Notaré como nunca la melancolía de los primeros jerséis en medio de un escalofrío de charcos y paraguas removidos por un viento que se llevará la melodía de *Tú serás mi baby*, y me traerá a otra Luci que ya había olvidado que quería una cabeza nueva y se paseaba de la mano de Emilio Álamos, los dos con su gran conciencia limpia, los dos con un mismo proyecto de vida, enternecidos al bailar *Sapore di sale*, la melodía que ponía suspiros en su noviazgo, o ufanos al salir de misa de la catedral mientras ella guardaba en el bolso el velo, el misal y los guantes de su madre, los guantes de iglesia, los delicados guantes de encaje, muy guapa Luci con su cara emputecida por el maquillaje, palmeando de alegría antes de tomar del brazo a Álamos para avanzar en busca del aperitivo por el suntuoso escenario de la plaza de Santa María.

Esa sensación terminal de otoño y de despojamiento colocó a Luci en el centro de mi mente cuando ya mi mente carecía de medios para retenerla, incluso, desplazó a Rosa Teba en un juego perverso de sustituciones como si mi mente se alimentara siempre de lo que no tenía. Igual que si al deseo le gustara que lo apalearan o fuera el rico tontorrón al que, cada vez que juega, lo despluman en el póker.

3

Bocanegra (Septiembre del sesenta y cuatro)

Quizá no se empieza a conocer de verdad a un hombre hasta que no se le sorprende llorando en soledad. Solemos decir que se conoce a las personas con el trato, poco a poco, sumando encuentros e información sobre ellas y sin suda es así, pero quizá lo más esclarecedor para saber quiénes son los otros es la mirada intrusa que sorprende a alguien cuando se creía solo. Son momentos donde nos quitamos igual que un traje toda la piel social de gestos y actitudes mientras apagamos la cámara de vigilancia de ese policía al que llamamos razón, y ahí estamos, sin ningún artificio de defensa, reducidos a un estado parecido al del sueño donde no cabe la pretensión de ser más de lo que somos.

El día que Vidal acabó de pintar el mar del armario, lo sorprendí llorando cuando se creía solo. Yo había salido a la farmacia y, al regresar a su estudio, lo vi de espaldas sentado a la mesa, el torso movido por leves convulsiones y unos gemidos tan apagados, quizá tan domesticados por la costumbre, que al principio los confundí con el ruido de la calle. Cuando notó mi presencia, se giró olvidado de su llanto y me estuvo mirando unos segundos con inquietud, Ah, eres tú, dijo con una voz humedecida por las flemas, mientras se levantaba para dirigirse al baño con el paso cauto que le había dejado la mordedura del perro. Después, oí sus resoplidos, el sonido chirriante del grifo, la caída del agua por las viejas cañerías parecido a una larguísima inspiración que no acabara nunca de encontrar el aire.

Para siempre ese sonido de las cañerías se me quedaría unido al llanto de Vidal por más que, cuando lo vi reaparecer, ya era el de costumbre, recién peinado, la cara angulosa y un poco nariguda, y tan consciente de sus movimientos que lograba darle elegancia a un cuerpo largo y propenso a doblarse sobre sí mismo. Se sentó a la mesa con una sonrisa que no parecía forzada, de repente devuelto a la normalidad, desprendiendo esa especie de placidez que asociamos al aseo reciente: el cabello estirado hacia atrás, húmedo y tan negro que parecía prolongarse en el brillo de unos ojos sin rastro de sufrimiento.

Era un lunes, 17 de agosto, y parecía evidente que algo lo había cambiado durante el fin de semana. Ahí estaba el mar del armario que acababa de pintar como a latigazos, las confidencias que me haría al día siguiente sobre cómo Mariano Montalvo intentó atropellarlo con su vespa que desembocarían en otra confidencia mucho mayor cuando, veinticuatro horas después, me diera a leer su novela gráfica. La carpeta azul, la vida de Vidal dibujada a fogonazos, en hojas sueltas. Su autobiografía aún muy incompleta en esos folios pero con un final tan seguro que, en el último, se había representado una nueva y definitiva versión del asesinato de Sebastián Lanza.

Cuando lo sorprendí llorando, venía de la farmacia con alcohol y vendas para curarle la mordedura de un perro que lo había atacado, según dijo, mientras paseaba por el cerro de la Atalaya, un otero donde acaba por el norte la ciudad y se alzan entre olivos los depósitos del agua. Me había ofrecido para ir a la farmacia al notarle una ligera cojera y al mostrarme él luego una herida enconada en la pantorrilla de la pierna derecha. Lo demás era extrañeza: dejar la puerta entornada, regresar al cabo de pocos minutos y sorprender ese llanto de un hombre como de subsuelo, eficaz en esconder todo su interior de pasiones, tan distante del comedido Vidal de superficie. Mientras le curaba la herida, Lamarca, a su manera flemática, me habló de un hecho que se le metió en el fin de semana y que a la fuerza tuvo que zarandearlo, pero me contó con tanta concisión que después de veintiocho años había recibido noticias directas de Clara Hervás, con tanta frialdad me habló de lo que acababa de saber por esas noticias que todavía me sorprendía el brusco dolor de su llanto y solo pude intuir la fuerza de su sufrimiento cuando dos días después me dio a leer su cómic.

Hoy, 10 de septiembre, vamos a empezar más tarde el trabajo del retablo y me he venido del molino a la puerta vecina de la empresa de Lanza para esperar a Vidal. Tiene que terminar unos balances, ha comido en la oficina y va a seguir con los números hasta las cinco y media o seis menos cuarto, según me había advertido.

Me refugio en la sombra y alivio la espera curioseando por el patio de entrada, un anchurón rectangular, cerrado al fondo por las naves y, en las otras tres partes, por tapias altas y hoscas, excepto en la que da a la carretera donde el recinto respira por la gran puerta de chapa,

pintada de verde y presidida por las letras de hierro que nombran a la empresa. Junto a esa tapia, favorecidas por la umbría, crecen matas que se adensan en el rincón de la izquierda donde hay una acacia cuya copa protege el ZIS-5, el camión soviético al que después de las últimas lluvias se lo ve como hundiéndose en una charca de hierba cresteada de jaramagos.

Sin embargo, el aspecto de abandono del camión no es total porque ha sido envuelto en plásticos y su chapa ha cambiado el óxido por un bonito color azul ciruela sobre el que la cubierta transparente pone como lascas de hielo. La protección del ZIS-5 se debe a que Sebastián Lanza continúa con el proyecto de poner a funcionar lo que era un amasijo de herrumbre y eso ha expulsado a Tono de la cabina del camión donde podía quedarse durante horas, aunque sigue acudiendo a la oficina de Lamarca o a sentarse en el rincón donde tiene la caseta el mastín que, con ojos de sueño, defiende la empresa al parecer solo con su mansedumbre.

Mientras paseaba por la entrada, el perro de Lanza me ha estado moviendo el rabo y ha soltado algunos ladridos quejumbrosos y tan tiernos que no parecen salidos de la masa descomunal de su cuerpo. Me acerco a la caseta, lo llamo por su nombre, Bocanegra, y el perrazo riza su lomo por mis piernas, retiembla de excitación amordazando sus gemidos, se enreda cada vez más en la cadena hasta que lo libero estorbado por las caricias de su testuz y unos lametazos llenos de necesidad. La piel se le descuelga a Bocanegra por el pecho a modo de una enorme papada hasta que se sienta a mi lado sobre los cuartos traseros, empareja las patas sobre la cabeza erguida y parece de nuevo lo que suele: una hermosa escultura de mastín que apenas bulle hasta que el guarda Gonzalo lo suelta y merodea cansino entre las naves.

La memoria de un perro no se parece demasiado a la de los humanos, desconoce la sucesión del tiempo y está dominada por el presente, de ahí que los recuerdos le lleguen a través de asociaciones aisladas, sin causalidad temporal, como meras respuestas a estímulos ya experimentados. No hacía falta que por entonces yo no pudiera detallar ese proceso para saber que el perro se erizó de repente nada más aparecer Vidal por la puerta de la nave donde está la oficina. Pasaba una mano por el cuello del mastín y, aun sin haber visto a Lamarca, noté el leve trepidar de su piel y cómo todo su corpachón se endurecía y se disparaba en un amago de ataque que me costó contener tirando del collar. Conforme Vidal se acercaba, el perro comenzó a gruñir entre babeos y, enseguida, explotó el restallar de los ladridos y una nerviosa agresividad que le hacía recrecerse y ahogarse en sus propias ansias.

—¡Tranquilo, Bocanegra, tranquilo! —acaramelaba la voz en la distancia Vidal.

Le dije al perro, Quieto, ¿qué te pasa?, cálmate. Le dije, Pero qué tornillo se te…, y ahí acabé la frase y mi heroísmo apaciguador, retiré la mano y me aparté rápido de esa furia del perro que estaba fuera de control y ya se extendía al radio que permitía la cadena, tirones, saltos feroces hacia Lamarca, las patas alzadas y la gigantesca mandíbula dispuesta a la dentellada hasta que la longitud de la cadena segaba el salto en el aire y las patas pisaban el suelo justo lo preciso para impulsar un nuevo salto.

Con su chaqueta de lino y una cartera en la mano, fuera del alcance del mastín, Vidal me urgía con gestos para que nos fuéramos. Lo vi alterado, blanco. No soporto esos ladridos, vámonos, resopló caminando ya con largas zancadas hacia el portón, Pero ¿qué le has hecho al perro?, le pregunto apresurándome a su espalda y, mientras se vuelve a mirar con aprensión al mastín, dice, Debe de estar en celo, suelta esa simpleza y enseguida se escuchan los gritos del guarda Gonzalo que ha acudido a la bulla, Pero qué mosca te ha picado, ¿te vas a callar?, hace aspavientos Gonzalo, maldice, tira de la cadena, ¡Que te calles ya, malasombra!, separa la mano del cuerpo y la alza presta a descargar el golpe, Te hablo a ti, cabronazo, Bocanegra: como te desmadres, te voy a dar para el pelo, matarile te voy a dar.

Cuando bajamos por la calle Trinidad hacia Santo Domingo, Vidal recupera la calma y es entonces cuando le noto la cojera que todavía arrastra desde aquel mordisco que le curé. No dejo de pensar en que Lanza trata al mastín de un modo reverencial, casi como a ese hijo que no tiene. Lo pasea siempre que puede por la carretera de Sabiote, le hace correr, saltar o sentarse, lo premia con azúcar y se lo lleva luego a la ciudad por donde se los puede ver cruzar el centro, erguido y jactancioso Lanza, el perro atraillado, la cabeza levantada a la altura del pecho del amo, exhibiendo un orgullo parejo al de él que se sostiene en el lento brío de sus patas o en su mirada cambiante y escrutadora, en su sabia mirada de hombre.

Camina tan serio Vidal que estamos llegando a Santo Domingo sin que me haya dirigido la palabra. Yo asumo una seriedad refleja en la que sé que no caben aclaraciones, preguntar de nuevo por qué ese encono del mastín, saber que no le mordió ningún perro callejero en la Atalaya, conjeturar con mi imbécil lucidez, con toda la soledad de mi obtusa lucidez, que la bala de la última viñeta salió o está a punto de salir del papel del cómic para transformar la estrella dibujada en el estruendo de un disparo.

El retablo tuvo una corta vida, diez emocionantes días de trabajo que acabaron de un modo abrupto. Todavía habría que restar uno a esos diez días, pues, la tarde siguiente a la del episodio del mastín, que sería la última, quiso dedicarla Vidal a mi aprendizaje.

No se le escapaba a Lamarca que yo sentía como un fraude la sustitución del mural por un retablo, porque él mismo me había metido dentro el veneno de la pintura al fresco. Este verano, más que nunca, ha mantenido en mí la expectativa de que yo sería un pintor si creía a ciegas que la pintura empieza donde acaba la superficie de la realidad y, con ese criterio suyo de adueñarse de la totalidad con el arte, me ha venido insistiendo en que hay que dominar las diversas técnicas, porque cada una de ellas puede ser una sonda para penetrar en la entraña de las cosas.

El viernes, 11 de septiembre, nada más llegar a la iglesia, me sorprende Vidal, Vamos a echar la tarde en algo que te debo, y me señala la capilla contigua a la del retablo donde alguien ha puesto un parche de enlucido, Pintaremos al fresco esta cara, me sonríe y me acerca el boceto a carbón de un primer plano de Clara Hervás, esa idea fósil de la plenitud que reaparece una y otra vez a lo largo de su novela gráfica. Clara leyendo bajo la higuera del corral de Baena o desnuda sobre la cama de su cuarto, pensada en medio de la guerra o en la sordidez de la cárcel, por los campos de Daza o bajo la luz del flexo de la oficina de los almacenes Lanza. Imágenes sucesivas de Clara, congelada en sus quince años, con su cuerpo frágil, sus ojos de largas pestañas y sus uñas fulgurantes. Acompañándolo Clara con las voces persistentes que él llamaba del doctor Bérillon.

La segunda capa de enlucido estaba aún fresca y los ojos de Clara empezaban a aparecer sobre el muro al mismo tiempo que se hundían en él. El pigmento color tabaco se mezclaba con el sombra tostada, con el negro humo, con el índigo, y el mordiente del enlucido los iba fundiendo mientras los sumergía en su red de capilares. Una vez enraizados en el yeso, los iris de Clara nos miraban como flotando en la pared, exentos y nítidos, en tanto Vidal hablaba del modo de mantener húmedos los pigmentos o el de conseguir una textura más densa en ese tipo de técnica. Pero apenas lo escuchaba porque no dejaba de pensar en cómo Lamarca estaba invadido por esos ojos, lo pensaba robándole las palabras a San Juan de la Cruz, el poeta que me había regalado Luci Diosdado, mi poeta, mi primer poeta que había muerto en Daza, *Si de pronto se formaran los ojos que llevo en mis entrañas dibujados,* Luci y esos versos en mi cabeza mientras miraba el prodigio de los ojos que estaban saliendo del muro y que ya se

quedarían por siempre en medio de la luz del yeso, grandes y fijos en mi recuerdo, sin dejar de formarse en la pared o en los versos de San Juan o en las entrañas de aquel que tantas veces los había dibujado.

El retablo se quedó interrumpido cuando ya los monjes tenían una veladura de color y habíamos puesto manchas celestes en un cielo ante el que se alzaban a contraluz, como ojos de puente, los tres arcos desnudos del monasterio. A Lamarca, casi tanto como a mí, lo exaltaba pintar en ese gran formato, las pinceladas anchas que desde abajo eran simples matices, la precisión que exigía abarcar su magnitud con vista de ave bajando del andamio para subir otra vez y compensar los tonos del conjunto, la masa inmensa de colores acoplándose al entrar los unos en los otros y formar las partes definidas de un todo sin embargo homogéneo.

Esa brega lo llenaba de ímpetu y de una generosidad para las confidencias que lo hacían hablar de Zabaleta o de episodios de la novela que llevaba dentro y seguía dibujando por las noches o a ratos perdidos en la oficina. Desfigurado por los focos, con el pincel en la mano, hablaba del retablo, de cómo habíamos actuado o deberíamos actuar, del modo de corregir los tonos resultantes al mezclar los pigmentos con los disolventes y la yema de huevo diluida en agua. Se callaba a veces mientras estudiaba una línea o corregía una sombra, pero no tardaba en volver a sus dos novelas, la una dentro de la otra, los hechos de su memoria mezclados con las observaciones que me hacía sobre las proporciones de las mezclas o sobre el modo de pasar la muñequilla por los celestes más livianos del cielo. Me pedía un número determinado de pincel o el aceite de linaza, y retomaba luego el suceso, siempre para mí prodigioso, que acababa de dejar en suspenso.

Era extraño: había una dualidad sutil en su voz, dos voces que alternaba, la del presente diferente a la de las confidencias, esta un poco menos grave, más suelta, con menos años. Una voz que parecía formar parte de la memoria y que con seguridad será la misma con la que le cuenta a Rosa quién es él, de dónde viene, qué caminos, cuántos azares y encrucijadas, y ella escucha sentada en el asiento del Dauphine, aún roja y con la mirada un poco ida, apaciguándose el jadeo mientras baja la visera del parasol para asomarse al espejo y limpiarse los borrones de carmín y rímel. Puede que esa voz deje a Rosa tan lejos de él, tan separada o diferente, que sea la causa de que lo quiera.

Raúl había escuchado a sus padres discutir sin alzar la voz, Pedro Colón a su manera atemperada, y Rosa con esa cortesía suya con la que podía achicar las más hirientes palabras. Su padre se había enterado de la traición de su mujer en parecidas circunstancias a las que lo supo Bécquer: se lo dijo un amigo, le dio las gracias. Rosa lo engañaba, el pintor, el Dauphine amarillo, el campo como escondite. Un amigo de Pedro Colón, en realidad un empleado del banco, los había visto un atardecer en el pantano de Doña Aldonza, una manta sobre la hierba, para qué dar detalles.

Desde el pasillo, Raúl escuchó la educada conversación entre sus padres el domingo muy temprano, todavía los dos en pijama tomando tostadas de mantequilla y mermelada, cada uno media taza de café muy concentrado y varios vasos de una de las grandes jarras de zumo de naranja que prepara Rosa para seguir bebiendo a lo largo de la mañana.

Serían casi las once del domingo 13 de septiembre, cuando llamé a la puerta de los Colón y oí acercarse los tacones de Rosa en el silencio de la casa para abrir la puerta. No, no estaba su hijo, en realidad se encontraba sola en casa y preparándose ya para salir, me dijo con un primer plano de su gran boca entreabierta, recién pintada de rojo, perfecta y profunda, ¿Sabes adónde ha ido?, le pregunto. Tú sabes que nunca lo dice. Claro, digo, ya sé que solo quieres saber adónde va si él te lo cuenta. Es así, Pablo, traza con las manos Rosa un gesto de obviedad ante tanto acarreo del verbo saber que me hace sentir torpe por culpa de que se me hayan quedado las palabras aturdidas ante su boca. Disculpa, Pablo, no tengo un buen día, y me va cerrando la puerta mientras se excusa con su sonrisa, pero la abre de nuevo con rapidez para asomar un segundo la cara por el gajo, Dile, por favor, a Raúl que no se preocupe. ¿Qué?, me extraño. Dile solo eso, por favor.

Pedro Colón había salido de su casa con su hijo sobre las nueve y media. Raúl lo acompañó hasta el garaje del Rastro de donde su padre sacó su Seat 1400 y, mientras estuvo a su lado, lo notó absorto y demasiado atildado con su traje teja de verano, la corbata de un marrón parecido al de los zapatos y un pañuelo del mismo color, que nunca había usado, sobresaliendo del bolsillo superior de la chaqueta. La víspera se había cortado el pelo a navaja y eso añadía a su ensimismamiento el punto de tristeza que a todos nos deja un pelado reciente. Se ha puesto hecho un pincel, me dirá Raúl, porque quiere gustarle a mi madre más que nunca ahora que sabe que lo engaña. Desde lo alto de la rampa del garaje, lo vio salir conduciendo con la cara apretada en una mueca, pasó a su lado, levantaron ambos la

mano para decirse adiós y Raúl lo siguió con la vista, la espalda rígida de muñeco recortada en la ventanilla de atrás, hasta que el Seat se perdió en la esquina de la calle Ancha. Se ha esfumado, me dirá Raúl, y hoy es domingo y los domingos siempre tomamos el vermú los tres juntos. Eso es sagrado, tú, ninguno de los tres fallamos nunca a la hora del vermú.

No me encontraré con Raúl Colón hasta la tarde cuando lo lleve a Santo Domingo para que vea lo que han hecho con el retablo. Anteanoche alguien forzó el portón con una palanqueta y no gastó demasiado tiempo en derramar pintura roja y dejar inutilizado todo nuestro trabajo, incluido el fresco de los ojos de Clara, cegados por dos brochazos en aspa. Grandes chorreones de rojo, selectivos, sobre el santo y sus monjes que dejaban la sensación de un daño estúpido, salvaje y sin sentido. Raúl, impresionado, mira todo con afán analítico, lamenta la pérdida, alaba los fragmentos que como cerros testigos han quedado entre esas lenguas rojas de pintura que tienen mucho de sangre derramada. Cuando salimos, hace conjeturas sobre el autor del estropicio, pero lo interrumpo al decirle que mejor no culpar a nadie que puede no tener culpa, Lo único seguro es que se nos acabó la fiesta, se nos acabó el retablo, eso es lo peor, a la mierda la emoción de hacer esto que tanto nos gustaba.

Subimos por el Paseo Mercado y la calle Montiel hasta llegar al arco de Villalar, que se abre en la parte noroeste de la muralla para dar paso a la plaza del Pópulo. Nos detenemos en ese espacio hecho de intimidad y sugestión, en cuyo centro se alza la fuente de los leones coronada por la estatua ibera de Himilce, la mujer de Aníbal, de la que sé por Vidal que, confundida con una virgen, fue decapitada en la Guerra Civil y tiene ahora una cabeza postiza, un poco más pequeña y quizá procedente de alguna virgen gótica.

Vamos a sentarnos en las escaleras contiguas a la Audiencia, donde muchos de nosotros hemos ido dejando grabados hechos a navaja. Son nombres o iniciales imperativos, inmensos corazones, flechas y gotas de sangre, toda una página del deseo que ha perdido actualidad (mi corazón allí está unido a una vaga Elena a la que apenas conocí) y en muchos casos solo demuestra que el amor es tan intenso como variable o perecedero. Entre todas las inscripciones destaca la hecha por Paco Postas, que ama con morbosa inutilidad a Mary Henson, la inglesita cuyos padres compraron el castillo de Canena y pasea por Daza su ropa excitante (como de colegio de putas, dice Jesús Trigal) y

un pelo lleno de aire que nunca conoció la permanente. *Mary, mi isla del tesoro, mi estrella fugaz*. Eso es lo que grabó Paco Postas, apenas hace unos meses, con su navaja suiza y unas letras sufridas, altas y profundas, que quieren parecerse a la eternidad.

Era uno de los últimos días en los que Luci estaba muy caliente y todavía no había tomado del brazo a Emilio Álamos para clausurar sus quince años, su cabeza nueva, su arrebatada sexualidad, y entrar en el cauce reglado que nos exigía la ciudad a los niños atrapados por el vaticinio del poeta César Vallejo. Vamos esa tarde a la fiesta de Mari Carmen Alba, y esperamos a Luci Diosdado y Marta Gil, que vendrán al Pópulo a reunirse con nosotros dentro de una hora. De ese tiempo de espera se adueña Raúl: Pedro Colón en el desayuno (se lo dijo un amigo y le dio las gracias) discutiendo con Rosa. Recién pelado y hecho un pincel, sacó su padre el coche y se fue no sabe dónde, no ha venido a comer y hoy es domingo y el vermú, y la sagrada hora del vermú. ¿Por qué te ha dicho mi madre que no me preocupe?, ¿qué sentido tiene eso si no es el de decirme que sabe que he estado escuchando su discusión?, y, desentendido de la ausencia de Pedro Colón, centrado en la selva que le ha crecido a su madre en la cabeza, sigue inventándola y, en esa tarea, también se le van las palabras a la invención de sí mismo porque me pregunta, es un decir, pero se le está ocurriendo ahora, bueno, es solo una posibilidad, vamos, una hipótesis, pero no podría ser que su madre estuviera enterada no solo de que los ha escuchado discutir esta mañana sino de que le lee su cuaderno, que él lo lee y que ella quiere que lo lea, vamos, a ver si se aclara, ¿comprende Pablo lo que quiere decirle?, que si no escribirá Rosa ese cuaderno para su hijo, para explicarle con pelos y señales cómo es ella, por qué siente o actúa como lo hace, ¿no podría ser esa la forma que tiene Rosa de pedirle que la siga queriendo?

—No disparates —digo.

Me mira un poco perplejo, Es verdad, tú, y, más que mi benevolencia, parece buscar la suya propia cuando sonríe para añadir, Qué mal, ¿no?

Tardaría en conocer que Pedro Colón tomó por la mañana la carretera que lleva al embalse de Doña Aldonza donde se bajó del Seat y estuvo merodeando por el paraje sin más destino que mirar el fulgor metálico del agua. Volvió a tomar el coche y rodeó por el sur Sierra Mágina atravesando el rosario de pueblos, Bélmez, Huelma, Cambil, sin entrar en ellos, pero parando a veces en ventas de carretera para beber vino

y dejar pasar un tiempo vacío acodado en las barras bulliciosas del domingo. En Mancha Real, donde se detuvo a comer, estuvo tentado de desviarse a Jaén para intentar hablar con Lala Ruiz, pero desistió porque Lala no es una amiga, sino alguien que se ha impuesto ser su amante, rentabilizar su trato con él, y Pedro no tenía cuerpo para entrar en un hotel, abrir la puerta de la habitación para cederle el paso a esa chica a quien la estaría esperando el novio en esta tarde de domingo, mientras ella seguramente se mostraría amable pero impaciente, sin tiempo para escucharlo, apresurando los movimientos para acabar pronto porque Lala, que está a punto de casarse, solo desea hacer méritos de cama ante el hombre tímido y guapo y mejor situado que ella en la jerarquía del banco.

Salió de Mancha Real por la carretera que recorre la cara norte de Mágina y ya no se detuvo sino a tomar un coñac en Jódar, por lo que llegaría a Daza cerca del anochecer. Dejó el coche en el garaje, aunque luego no anduvo los escasos doscientos metros que lo separaban de su casa, sino que deambuló el tiempo suficiente como para estar hacia las ocho y media en la plaza del Pópulo. Allí lo vi a esa hora hablando con el médico Rovira.

Después de que llegaran Luci y Marta a las escaleras de la Audiencia, después de que estuviéramos ya en la fiesta de Mari Carmen Alba, me di cuenta de que no le había devuelto a Lamarca las llaves de Santo Domingo, en realidad, las del candado con el que desde el asalto a la iglesia se cierra la puerta, así que cuando fui a echárselas al buzón pude ver de paso a Pedro Colón hablando con Rovira en el Pópulo y, de regreso unos minutos después, observar cómo se despedían ya con un acarreo de sonrisas y apretones de manos que me pareció incluso jovial. Iba vestido como Raúl lo había descrito, con cuidada premeditación, compensando con marrones el color teja del traje en un afán de armonía inusual entre los hombres de la ciudad que contrastaba con la sahariana de Rovira y con los pasos patosos que ahora daba para alejarse de Pedro o con el modo brusco de girarse y de levantar el vozarrón, Saluda de mi parte a tu mujer, mientras Pedro cabeceaba asintiendo y levantaba una mano receptiva para apoyarse luego en el pretil de la fuente de los leones en una actitud de súbito recogimiento. Fue como si al alejarse Rovira y quedarse solo, el pensamiento le hubiera llenado el cuerpo y se lo hubiera dejado tan acartonado que podía confundirse con la sombra de la estatua de Himilce.

A esa misma hora, Vidal se encontraba en su estudio escribiendo el diálogo de una viñeta de su periodo de cárcel donde él aparece charlando en el patio de la prisión de Valencia con el dibujante Carlos Gómez Carrera, alias *Bluff,* y el editor Carceller. En ese dibujo, los tres fuman, hablan sobre lo que los amenaza, sobre las torturas y los fusilamientos de presos. Lamarca se refiere a las sacas del amanecer, Bluff a la rebeldía de un compañero de celda y Carceller a las torturas a las que lo sometieron. El dibujo parece sorprenderlos en un momento de tranquilidad, al sol, recostados en la tapia de ladrillo del patio, pero lo que domina en esa estampa es lo que rodea a los tres que hablan, el terror al que aluden en su conversación, algo que sin ser visible estuvo siempre cercando a Vidal durante sus quince meses de cárcel.

Desea Lamarca concluir pronto esa viñeta porque está notando cómo tiene que oponer resistencia a la vibración de su mano al escribir los diálogos. Como siempre que revive a Bluff en su cómic, lo hace en medio de la náusea que le produce actualizar el acto más miserable de su vida: el haber testimoniado sobre un dibujante inocente y las terribles consecuencias que trajo esa delación. Así que el sonido del timbre viene en cierto modo a liberarlo y, mientras camina hacia la puerta para abrirla, más que preguntarse quién pueda ser, agradece el aplazamiento de esa tarea del cómic que tantas veces lo obliga a multiplicar el horror al reproducirlo en el papel.

Ante la puerta está Pedro Colón con el cuerpo erguido, las manos cruzadas delante de la pelvis y la mirada dirigida al interior del piso un poco por encima de la cabeza de Vidal. A pesar de su apariencia serena, tiene Pedro tal ansiedad que suelta un escueto buenas noches y se apresura a añadir, Perdone la hora pero, si le viene mal recibirme, podemos vernos mañana: quisiera hablar con usted. Lamarca lo reconoce en el acto, sin embargo, retrae la cara y entreabre las manos para mostrar extrañeza mientras Pedro sonríe con nerviosismo para decir, Discúlpeme otra vez, claro, usted no me conoce y ni siquiera me he presentado, soy Pedro Colón, el marido de Rosa y el padre de Raúl, ¿podría dedicarme un momento?

Se sentarán en el sofá de la sala e iniciarán una conversación de preámbulos centrada en las clases de pintura y en el ofrecimiento que hace Pedro de propiciar alguna exposición de Lamarca o quizá de que el banco adquiera algunos de sus cuadros porque aunque él, Pedro Colón, no sea ni mucho menos un conocedor en este asunto, sí tiene muchos testimonios del valor de la pintura de Vidal y no solo a través de su familia, se lo puede imaginar, es algo que se comenta y ya sabe que en una ciudad como Daza hay pocas cosas que no trasciendan.

Durante unos minutos la pintura parece ser la finalidad de la visita, por lo que Lamarca confirma su prevención inicial cuando escucha esto:

—Pero no he venido tan tarde para hablarle de sus cuadros. En realidad, me va a costar decirle por qué he venido.

Y le costará tanto ser explícito que merodeará todavía en torno al día de hoy, Un día de aturdimiento, de esos que uno quisiera que no existieran, y le relata el periplo con el coche dando tumbos por la carretera, gastando el tiempo en rodear Sierra Mágina y todo por reflexionar y no equivocarse a la hora de tomar una decisión. No, no estoy aquí guiado por un exabrupto, se lo puedo asegurar, llevo todo el día dándole vueltas a un gran problema y usted forma parte de ese problema, por eso me he decidido a venir a estas horas a molestarlo.

Se ha descolgado Pedro el nudo de la corbata, se ha desabrochado el último botón de la camisa y, ahora, estira el cuello mirando al techo para buscar aire o ánimo o el modo de seguir sin extraviarse demasiado. Lamarca ha ido observando sus signos de derrumbe, el modo en que el hombre huesudo y rubiasco ha ido descomponiendo el empaque con el que hace un rato estaba plantado delante de la puerta. Lo ha ido viendo pestañear, iniciar las frases entre carraspeos, toser sin motivo y sonreír, sonrisas separadas de la gravedad de lo que decía, sonrisas exculpatorias o defensivas. Ahora, está como hundido en el sofá, muy juntas las largas piernas a las que la raya del pantalón añade un equilibrio incompatible con la corbata caída o con el rojo de la congestión de las mejillas.

Sin decir nada, Vidal se levanta para traer dos copas y una botella de Courvoisier, regalo de Rosa, autorregalo de Rosa puesto que él apenas tolera ese brebaje. Sirve. Agradece Colón. Beben. Con la copa mediada de un trago, titubea el visitante e intenta decir algo que Lamarca interrumpe.

—Sé por qué ha venido.

Se enteró ayer, dice Pedro Colón, no importa cómo pero hasta ayer no lo supo porque, aunque haya tenido sospechas, siempre las ha desechado, un mazazo, no se esperaba algo así ya que ella es consciente de cuánto se quieren y de cómo deben cuidarse el uno al otro, una verdadera pareja, ¿se da cuenta de lo que intenta expresar?, no comprende entonces cómo, por qué, por qué le hace, por qué a él, y desde cuándo, ¿podría decirle desde cuándo?, esta mañana mismo se lo ha planteado a su mujer y ella, aparte de aceptar todo y pedirle perdón, no quiere hablar por ahora del asunto. No quisiera importunar a Vidal, pero espera que entienda que si ha venido, si está aquí lleno de vergüenza y sin argumentos, si está padeciendo esta humillación, es

por defender algo, ¿cómo podría expresarlo?, algo tan íntimo como su familia, su mujer y su hijo, algo tan suyo como los años que han cumplido juntos, para intentar salvar eso, para que no se lo lleve un capricho pasajero o ese momento de crisis que está pasando Rosa y que le está haciendo poner lo menor encima de lo mayor, sin mesura Rosa, como si se hubiera olvidado del valor de las cosas o tuviera los pies en el aire y no en el suelo, y ya no supiera que los actos tienen consecuencias.

Vidal está sufriendo por Pedro Colón, quisiera que no continuara por ese camino que solo servirá para transitar la indignidad y acentuar la vergüenza del marido ultrajado y el rubor vicario que está sintiendo mientras lo mira o lo escucha, mientras Pedro se toma un segundo coñac a grandes sorbos que tienen algo de cura momentánea, igual que si tomara un jarabe para atravesar inmune la charla con el pintor que se acuesta con su mujer.

No obstante, Lamarca se nota lleno de decisión, un sentimiento tan inusual en él que le cuesta reconocerlo y reconocerse poseyendo ese sentimiento. Esperará Vidal que la conversación insista un poco más en algún aspecto previsible: puesto que la relación que mantiene Lamarca con su mujer ha empezado a trascender, está dispuesto a aceptar el primer traslado que consiga, aunque sea un destino infame, y evitar en lo posible el descrédito de Rosa y la deshonra de toda su familia. Esperará Vidal escuchar algunas repeticiones sobre el estado de ánimo de Pedro, sobre que no quiere dejarle una impresión equivocada de marido celoso o lo mucho que le costará reparar la confianza en su mujer. Y esperará en fin que le diga, como le dice, Lo que he venido a pedirle es que, por favor, deje a Rosa, le suplico que no vuelva a verla nunca más. Sin embargo, no había previsto que Colón añadiera, Se lo compensaré, si le parece bien, le prometo que buscaré el modo de compensárselo.

Deja Vidal pasar un segundo antes de sacar el tono terminante que ha estado preparando.

—De ningún modo voy a hacer lo que me pide. Le puedo asegurar que la quiero, que es todo lo que tengo y que haré todo lo posible por seguir a su lado.

Pedro Colón recibe las palabras con perplejidad, en medio de un silencio que se prolonga en una mirada dócil y enseguida en unos ojos que se fijan en el suelo y luego se cierran y se dejan apretar por unos párpados llenos de estrías hasta que vuelven a abrirse para mostrar una sumisión donde aún cabe la esperanza.

—¿Rosa también lo quiere a usted?

—Es a ella a quien se lo debería preguntar.

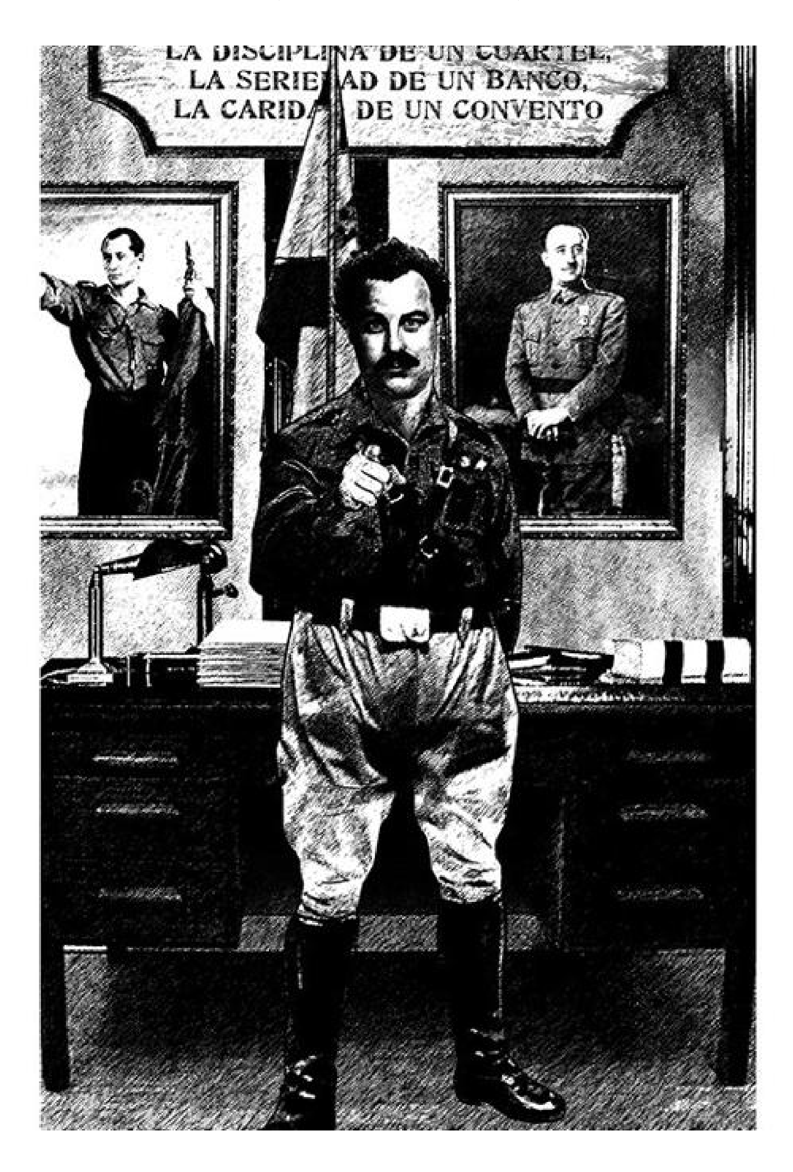
—Por favor, ya le he dicho que…

—Sí, me quiere.

—¿Está por completo seguro?

Lamarca asiente con la cabeza, Lo siento, dice y se incorpora de la silla para auxiliar a Colón, que intenta abandonar el sofá apoyándose en el respaldo sin conseguir impulsarse. Pedro levanta la palma de la mano libre para detenerlo, No, no, déjeme, y se levanta despacio, yergue el cuerpo, se ajusta la corbata, No volveré a molestarlo, gracias por su sinceridad, y camina hacia la puerta con pasos como de madera hasta que se gira para estrechar la mano de Vidal mientras levanta el labio superior con suma lentitud, formando una mueca que parece hecha de sucesivos fragmentos de sonrisa.

IV
(1939-1940)


LA DISCIPLINA DE UN CUARTEL,
LA SERIEDAD DE UN BANCO,
LA CARIDAD DE UN CONVENTO

1

SEBASTIÁN LANZA
(1939-1940)

El 31 de marzo de 1939, Lamarca siente alivio cuando es detenido en el puerto de Alicante junto a miles de republicanos que han intentado salir de España por barco. Son las últimas horas de la contienda y ha llegado al Mediterráneo con la idea obsesiva de que el mar va a acercarlo a su madre y liberarlo de la inmensa suciedad que deja atrás. Pero se quedará en el borde de ese mar, atrapado en un puerto donde los últimos vencidos deponen sus armas a cambio de la promesa de un pasaje para el exilio y de una benevolencia que enseguida se trocará en ensañamiento. Todavía Vidal y muchos de los derrotados, aun sabiendo que entran en la adversidad, no pueden imaginar que no están viviendo un fin de ciclo, sino que la guerra se prolongará en la dictadura donde se seguirá venciendo a los vencidos, humillando a los ya humillados, despojando a los que nada tienen.

El puerto de Alicante está cercado por la flota franquista y los barcos previstos por Negrín para la evacuación ni siquiera asoman por la bocana. Solo partirán cinco mil ciento cuarenta y seis pasajeros en pesqueros y en algunos buques, como el *Maritime,* en el que zarpan algunos cargos políticos, y el *Stanbrook,* que logra salir de puerto a pesar de que ha sido alcanzado por los cañones rebeldes, en su cubierta se amontonan casi tres mil personas y se escora al navegar como un aviso continuo de naufragio.

Los accesos al puerto están sellados con sacos terreros tras los que se han apostado los falangistas, a los que pronto se añadirán los italianos de la división Littorio, y los que quieren embarcarse quedan atrapados en el muelle esperando nuevos barcos que nunca llegarán, pues han sido disuadidos por la flota rebelde.

Entre el mar y los fusiles se moverá Vidal durante tres días y medio estremecido por las voces de una turba que manotea con la única orientación de su pánico y, cuando deponga sus armas, estará tiritando. Su cuerpo no para de tiritar, temblará con espasmos lentos y tenaces, como si su temblor fuera orgánico y se hubiera asociado al ritmo de su respiración. Nadie ha comido durante esos días y con los

ojos distorsionados del hambre, ha visto Lamarca a algunos milicianos suicidándose por parejas, disparándose el uno al otro al mismo tiempo, y le ha salpicado la sangre de una miliciana que puso contra el cielo del paladar el cañón de su pistola. La mujer, de pelo entrecano, vestida con un mono desteñido, se encontraba a su lado, plácida y absorta, recogida en un estatismo que parecía inverosímil entre el fárrago de personas. Se diría que recordaba algo benéfico porque sonreía con los labios paralizados por toda la quietud de su cuerpo, pero de improviso sacudió la cabeza, separó las manos del regazo e hizo el rápido movimiento que le embocó la pistola bajo los ojos de repente alucinados.

Cuando el 31 de marzo hacinen a Lamarca en la caja de un camión para encerrarlo en Campo de los Almendros, sentirá el alivio de salir de esa inmensa bolsa de angustia en la que se ha convertido el puerto. Sentirá también la distensión propia del fin de un mal viaje, de no tener que seguir huyendo y de ser un cuerpo tan vacío de estímulos que si lo fusilaran en esos momentos le parecería una simple consecuencia de su estado. Aparte de la comezón continua que siente por sus padres y por Clara, se lleva al campo de concentración un par de momentos ominosos, relacionados con su falta de valor, en los que fue humillado hasta el límite de no reconocerse, porque Lamarca ha sido un soldado al revés, descreído y cobarde, un soldado con incapacidad para serlo.

Por otro lado, la hinchazón revolucionaria de sus quince años se ha convertido a sus diecisiete en una idea de justicia de cara lavada, firme y abstracta, incompatible con la masiva desgracia de la guerra. Pero cuando entra en el Campo de los Almendros, donde el hambre le hará comer hojas y cortezas de árboles, lo que siente sobre todo es su propia vulnerabilidad sin encontrar el modo de disminuirla. La realidad que le espera puede ser menos cruel que la que fabrica sin cesar su miedo. El miedo lo intoxica, lo acecha, sustituye a la realidad. Le inventa fugas desesperadas y al mismo tiempo prepara para él tormentos minuciosos. Y tirita. Sin un motivo concreto, hay momentos, horas, noches enteras, en los que Vidal Lamarca no puede dejar de tiritar.

El 7 de julio de 1939, tras ser trasladado al castillo de Santa Bárbara, donde pasa dos semanas, Lamarca es recluido en la cárcel Modelo de Valencia. Su situación ha empeorado tanto que ni siquiera espera uno de esos juicios donde el tribunal, incluido el defensor, confluyen para

condenar al reo según la incontestable Ley de Responsabilidades Políticas que retrotraía sus efectos hasta 1934 y, sin necesidad de pruebas, emitía sus paradójicos veredictos de rebelión, o de ayuda a la rebelión, contra un poder nacido precisamente de la rebelión contra la democracia.

De no ser por la aglomeración inverosímil (llega a haber quince mil presos en un recinto con capacidad para seiscientos), la cárcel Modelo que conoce Vidal no se diferencia mucho de los otros grandes presidios. El ritmo del tiempo se rige por lapsos tan reglados que todo parece una metáfora de la razón: entre los toques de diana y de retreta, el día se hace con colas homogéneas de reclusos que esperan la comida o el recuento, como si las filas mismas de los presidiarios fueran las marcas de un inmenso reloj que sin embargo no consigue darle sentido a la irrealidad que dentro de la prisión se vive.

En ese mundo donde la esperanza es tan desesperada que, en segundos, puede ser sustituida por la ejecución inminente, Vidal llega a convencerse de que solo combatirá el sufrimiento si puede taparlo con alguna actividad que lo mantenga ocupado. Ha pasado semanas enajenado, dejándose arrastrar por la desgracia, como si su mente se negara a vivir o fabricara sin cesar su propia muerte. Un día consigue un lápiz y un cuaderno, y sin esfuerzo, como si su mano no tuviera que ver con el deterioro del resto del cuerpo, reencuentra su facilidad para el dibujo, quizá porque no ha dejado del todo de cultivarla: durante la guerra colaboró como artista plástico en *Avance* y, en un par de ocasiones, en *El Socialista*, con una resonancia que lo hizo ser reclamado por los servicios de propaganda, aunque eran ya los últimos meses de la contienda y ni siquiera llegó a incorporarse.

Dibujará la celda con sus dos ventanucos enrejados y como suspendidos del alto techo, la masa de cuerpos de sus veintidós compañeros arrebujados por el suelo, la tétrica nave con su galería volada de hierro o los enormes cerrojos de las puertas metálicas. Procura juntarse en las horas del patio con los compañeros más animosos, con los que rehúyen hablar de su suerte y, cuando lo hacen, la unen a la victoria de los aliados sobre la Alemania nazi y el fascismo italiano que traería como consecuencia la caída del otro fascismo ibérico de Franco.

El dibujo es ahora para él una terapia. Con él crea un hueco sin tiempo donde solo están sus manos y el trazo que va dejando el lápiz sobre el papel para formar una realidad de grafito, sin carne ni movimiento, sin maldad. A partir de las primeras caricaturas que ha hecho de sus compañeros de celda, unos meses más tarde hará otras del escultor Alfredo Gomis, del editor Vicent Miquel Carceller y del

dibujante Carlos Gómez Carrera, *Bluff*. Los tres creadores serán pronto fusilados. A las seis de la madrugada.

A principios de octubre, Sebastián Lanza irrumpirá en la Modelo para cambiarlo todo, pero una semana antes Lamarca vivirá el rechazo de los compañeros de cárcel al tiempo que pierde el mínimo equilibrio que está conquistando con sus dibujos. Uno de los cuatro presos que reparte el rancho en el patio, un sargento de la 226 brigada, perteneciente a la 42 división, donde estuvo encuadrado Vidal, lo reconoce y empieza a increparlo con una furia que la cárcel no ha domesticado. Cobarde, le susurra al echarle en el cazo un cucharón de agua con coles. Un mierda, vocea cuando se rompe la fila, aquí hay un traidor, aquí tenemos a un hijoputa gallina apestando el aire.

Lamarca siente de golpe la endeblez de sus pies cubiertos con jirones de alpargatas, de su cabeza pelada al cero, de su cuerpo sin tensión, tan alto que le cuesta enderezar su delgadez de esqueleto. No se defiende de las voces del exsargento, sino que las rehúye con la parsimonia del asombro y se va arrinconando junto a la puerta del patio mientras siente las miradas de un grupo de presos como algo con capacidad de presionar el aire y de hacerlo retroceder hasta que su espalda se aprieta contra el ladrillo de los muros. Y sabe con seguridad que en adelante todo será peor porque las miradas lo seguirán empujando hasta el fondo de otra cárcel dentro de la cárcel.

Mientras espera que se forme la fila para entrar en las galerías, recordará sin remedio lo que lleva tanto tiempo luchando por olvidar. Acababa de cumplir Vidal diecisiete años y no era más que un guerrero alérgico a la guerra cuando padece el episodio quizá más abyecto que le deparó la contienda. Fue en el frente del Ebro, cerca de Mequinenza.

Por entonces, en el verano del treinta y ocho, Lamarca está encuadrado en la brigada 226 que cruza el Ebro, toma una batería franquista y avanza enseguida hacia Fayón. El ataque se frustra y los asaltantes se parapetan para resistir el casi inmediato contraataque del ejército franquista. Luego, una vez desplegado el frío sistema de la matanza, hay un momento en el que Vidal se agarra a su máuser, como si lo arropara, mientras muerde un trozo de rama y aprieta con desesperación el cuerpo contra la tierra que retiembla a causa de las bombas y los cañonazos. Se le hacen insoportables la proximidad atronadora de los estallidos, el zumbido premonitorio de aviones y obuses, la sensación de que no hay ningún refugio porque su cuerpo es

parte de la tierra que explota a su lado y lo integra en una misma conmoción. A unos metros de donde está, entre el humo y la polvareda, ve a un miliciano desventrado que se levanta y se mantiene unos segundos en pie recogiéndose con las manos la trenza pegajosa de los intestinos. Es esa imagen la que lo va a mover.

Cuando Lamarca reúne un poco de arrojo, huye. Corre sin ni siquiera conciencia de lo que está haciendo, dando tumbos, cada vez más enloquecido por un aire roto por los fogonazos y las vibraciones. Ha retrocedido ya un centenar de metros confiado en que la carrera lo lleve a algún lugar seguro, pero lo que encuentra es la boca de una pistola que le apunta al pecho y la misma voz que luego lo tachará de cobarde en la cárcel de Valencia y que ahora lo insulta conminándolo para que vuelva a su posición en el acto. Esa voz es la del sargento a quien llaman el Minero, la misma que en el frente, antes del amanecer, lo levantó de su yacija en el vivaque para decirle, Arriba, tú, cacho mierda, andando, ponte ahí delante de ese árbol. Lamarca, desde el suelo, mira las tres sombras que lo rodean, el robusto sargento flanqueado por dos soldados que se agachan sobre él, le arrancan la manta y amartillan los fusiles mientras Vidal intenta ponerse en pie y la voz vuelve a sonar para decirle que, si no sabe qué castigo tienen los desertores, él ha venido para recordárselo, que se ponga de rodillas, So piltrafa, so hijoputa indigno del ejército rojo, hinca las rodillas, te digo que las hinques, esclavo de mierda. Los soldados le ponen las manos sobre los hombros para obligarlo a arrodillarse, le vendan luego los ojos y le enderezan el torso antes de que el simulacro de fusilamiento le deje a Vidal las palabras inolvidables, Soldados, carguen; soldados, apuntad al corazón, a la cabeza y al corazón; soldados, atentos a mi voz; soldados, fuego. Después, el chasquido metálico de los martillos, risas desganadas, manos que le quitan la venda, y de nuevo la voz, Que te sirva de lección, que no se te olvide que has tenido suerte porque acabas otra vez de nacer y ningún cacho mierda de desertor nace nunca dos veces.

El día 2 de octubre de 1939, un oficial y un funcionario van a buscar a Vidal a la celda después del toque de retreta con la orden de que debe acompañarlos. En el acto, el pavor lo lleva a adivinar qué va a suceder en las caras de los dos hombres que han entrado y, luego, en las de los compañeros de celda que lo miran con la misma alarma que están viendo en Vidal, a pesar de que son poco más de las ocho de la noche y casi siempre fusilan de madrugada.

Todos se levantan de sus jergones y, silenciosos, se protegen de su miedo formando un mismo montón de cuerpos, aunque no tardan en moverse con cautela hacia Vidal, que agarrota los puños al contacto con las esposas, ¿Dónde lo llevan?, pero ¿dónde lo llevan a estas horas?, pregunta uno de los presos, que le aprieta el brazo con fuerza hasta que el funcionario lo aparta en medio de un silencio que absorbe a Lamarca, que bruscamente lo aísla de los compañeros.

Cualquier acto que rompa el calendario reglado de la cárcel puede suponer un giro que conduzca a la fatalidad, y el pensamiento, respondiendo a lo que la memoria ha acumulado, anticipa siempre el infortunio.

—¡Recuerda que lo peor ya nos está pasando, que hasta la muerte nos va a mejorar! —oye gritar a algún compañero al salir de la celda.

Camina sintiendo la vibración del suelo de la galería, de las escaleras de metal que descienden al cemento del piso bajo donde son ahora las bombillas desnudas, de un amarillo parpadeante, las que acentúan el presagio. Pasan una segunda verja, entran en el edificio dedicado a administración, transitan por pasillos como de otro mundo, amplios, de una limpieza tan desacostumbrada que a Vidal le parece un recuerdo, hasta que una escalera de piedra los lleva ante el despacho del director de la prisión.

—¿Por qué lo traen esposado?

Por la habitación se mueven dos bultos entrecruzándose ante el flexo encendido que ilumina la superficie de la mesa. El hombre que ha hablado se adelanta tapando en parte a la figura del director y, cuando está a unos pasos de Vidal, regresa a la mesa para levantar el flexo procurando que el halo alcance a los recién llegados.

Lleva puesta la camisa azul de la Falange, que se comba sobre una barriga pequeña, una esfera bien definida y como ajena a la fortaleza del torso. No luce galones pero el pantalón caqui, las botas de media caña y la boina negra de borla roja, que ha encajado en el cinturón, le prestan un aire de oficial de graduación indeterminada. Se acerca de nuevo a Vidal.

—¡Pero si es un crío! ¿Podrían quitarle las esposas?

El director asevera que a nadie que pueda matar debe llamársele crío, palmea la espalda del otro en señal de despedida y le hace un gesto al funcionario señalándose las muñecas. Se gira antes de salir.

—Te dejo al oficial rondando por el pasillo.

Vidal Lamarca comprende que por el momento el terror queda aplazado mientras que el hombre vestido de falangista lo escruta. Desprende frescura y parecen ensayados sus gestos vigorosos, el engallamiento del cuerpo, la controlada energía con la que ocupa el

despacho por donde se pasea mientras yergue la cabeza de nariz picuda sostenida por un cuello de tendones poderosos.

—Por fin te encuentro.

Regresa hacia la mesa para recoger un mazo de papeles y, al hacerlo, la camisa se le atiranta sobre la ancha espalda espejeando un segundo. Es una camisa nueva, de buen tejido, con botones de hueso.

—Así que tú eres Vidal, el único hijo de Juan Lamarca López.

Viene hacia él con una sonrisa que le hace torcer el bigote ante unas mejillas duras, de piel muy clara. Le tiende la mano y espera a que Vidal, aturdido, se decida a levantar la suya para estrechársela y sacudirla en el aire igual que si agitara una vara.

—Me llamo Sebastián Lanza.

El primer dibujo de su novela que Vidal dedica a Sebastián Lanza está centrado poco después de ese momento en el que le ha estrechado la mano por primera vez. Le interesó a Lamarca dibujar la atmósfera del despacho, los retratos de Franco y José Antonio, la bandera en el eje de la escena, la gran mesa cubierta de papeles iluminados por el flexo. En la penumbra, en la parte alta de la pared, destaca el lema de las prisiones en grandes letras negras, «LA DISCIPLINA DE UN CUARTEL, LA SERIEDAD DE UN BANCO, LA CARIDAD DE UN CONVENTO». Ante ese fondo apagado por el gris de las aguadas, se estira la achaparrada figura de Sebastián con el bulto de la barriga muy marcado, aunque es una disonancia menor ante la fortaleza que desprende todo el cuerpo: la nariz desafiante sobre el cuello robusto, sobre el torso retaco, sobre las cortas piernas de atleta enraizadas en unas botas que bajan hasta el borde inferior del dibujo y dejan ahí inquietantes destellos.

En ese dibujo Sebastián tiene treinta y seis años y su pelo rizado está ya disminuido por el avance en vértice de las entradas. Pero el bigote denso, recortado en una línea recta a la altura de las comisuras, sugiere una virilidad en auge y no del todo domesticada. Por lo demás, los ojos, claros y saltones, miran con descaro para componer, en definitiva, un retrato de un tiempo donde se escribía victoria con avasalladoras mayúsculas. Desde el uniforme inventado como un sucedáneo del de la milicia hasta el optimismo que muestra Sebastián, todo habla del orgullo de los que tenían entre sus manos a la nueva España mutilada. Lanza está diciendo unas palabras congruentes con el tratamiento ritual de toda la escena y que, con su acartonamiento, también se integran en una ceremonia de época. Apunta con el índice

hacia al espectador mientras dice lo que Vidal escribió en la base de la viñeta: *Yo me encargaré de redimirte, porque sé que son anchos los brazos del Caudillo para los que se arrepienten de corazón del daño que le hicieron a España.*

Hay momentos donde parece que el azar se ha enquistado dentro de la línea recta del tiempo hasta que sin mayor aviso se manifiesta y desvía la regularidad de su trayectoria: un hecho casual que estaba ahí, agazapado, igual a una malformación en la rama de un árbol que, cuando se haya desarrollado, obligará al tallo a torcerse en el aire. Algo parecido a eso es lo que empieza a comprender Vidal cuando Sebastián le estreche la mano y enseguida le diga que conoció a Juan Lamarca. Le habla como si pusiera delante de los dos el encuentro con su padre y ese mero hecho lo predispusiera a la deferencia y a la sonrisa, a una mirada tan complaciente que Vidal tiene que situarla en un tiempo anterior a la gangrena afectiva de la guerra.

Sebastián le pide que se siente y, tras decirle que conoció a su padre en el frente de Lopera, baja la voz y, tanteando, con una delicadeza que busca mitigar el contenido de sus palabras, empieza a contarle una relación de males que de vez en cuando interrumpe para decir, Lo siento, o bien, Lamento traerte tan malas noticias.

El relato que le hace en parte ya lo conocía Vidal: su padre murió en el frente de Lopera, su madre pudo huir junto a sus tíos hacia Argel antes de que los rebeldes tomaran Almería, pero parece que el pesquero donde embarcaron iba demasiado lastrado con un exceso de personas o el patrón ignoraba la derrota o la equivocó. Ha hecho pesquisas Lanza y puede asegurarle que nunca desembarcaron en Argel. Todavía le seguirá hablando de que se ha preocupado de averiguar que a algunos de sus parientes hay que darlos por desaparecidos en los bombardeos de la ciudad y otros pagaron su ofensa a España y fueron ajusticiados. Lo va haciendo con una exactitud que apoya en las anotaciones que ha sacado del bolsillo de la camisa y que contribuyen a la conclusión de la absoluta orfandad de ese muchacho que está aprendiendo a esconder el dolor como el que bebe un líquido ardiente sin que le arranque un solo gesto.

Sentado como está a la mesa del director, Sebastián tose sin ganas mientras estudia unos segundos la cara de Vidal hasta que se decide a prolongar el paréntesis rebuscando en el bolsillo del pantalón para sacar una petaca de cuero y de ella un par de Farias, Seguro que fumas y te mueres por un cigarro, ¿verdad?, dice alargándole uno de

los puros, Pero aún no te he dicho algo que te va a interesar, y mucho, se estira sobre la mesa para darle fuego y, cuando enciende su propio cigarro y se dispone a proseguir con su monólogo, Lamarca pregunta por los dos hijos de Ezequiel Hervás, sin embargo, Lanza ignora quiénes son, cómo va a saber algo de desconocidos, aunque va a apuntar los nombres y ya le dirá, pero a qué viene eso ahora, ¿qué tiene que ver eso con el asunto del que está hablando? Lamarca ha pronunciado el nombre de Clara Hervás en un susurro, como si temiera sacar al aire esas dos palabras que lleva tres años recorriendo en silencio su mente, y Lanza se lo ha hecho repetir, lo ha apuntado, pero lo reprende, He venido a otra cosa, dice, y se levanta importunado, de pronto áspero, manifestando su malestar en la forma violenta de soltar el humo y de romper con los labios la vaharada.

Pronto se entera Lamarca de la naturaleza de ese cruce del azar que ahora viene a la prisión a buscarlo: una noche de la Navidad del año treinta y seis, Sebastián Lanza se encuentra borracho en un puesto avanzado del frente de Lopera que está siendo atacado por los republicanos. Ocupa Sebastián un cargo de relevancia en los servicios secretos de Falange y del ejército, es un soldado de días sueltos, voluntario y fanfarrón, que solo ha combatido en dos ocasiones para medir la audacia de su fe y quizá para mantener una influencia en la milicia que le viene por ser la tercera cabeza del extenso negocio del padre, una cadena de transportes y suministros que operó ya con el ejército de Primo de Rivera y ahora surte en parte a la intendencia de las tropas sublevadas.

Esa noche del 27 de diciembre del treinta y seis, Lanza ha cenado en el puesto de mando y luego se va a la trinchera a acompañar a un amigo, un teniente del tercio San Rafael con el que ha estado bebiendo un aguardiente alocado desde la cena. Son las tres de la madrugada cuando intenta volver al pueblo, pero equivoca tanto el camino que se mueve en dirección contraria hasta hallarse en tierra de nadie, en un olivar que repite sin fin árboles iguales y donde el haz de su linterna no encuentra norte porque rebota por el laberinto geométrico de los troncos.

Llega un momento en el que Juan Lamarca, que está apostado como centinela en un caballón, lo tiene en el punto de mira de su fusil. Lo ve zigzaguear, vulnerable y borracho, y le parecería tan evidente su ingenuidad de linterna y boina roja en medio de la noche que se limita a observarlo sin disparar y sin alma para hacerlo. No

puede saber que para Sebastián la guerra tiene mucho de sublime depuración ni que su concepto de la patria es violento y teológico. Sin embargo, sí debió de alertarlo la disposición guerrera del borracho que lleva en bandolera un fusil Schmeisser y, sobre la pelliza abierta, colgada del cinturón, una pistola ametralladora rodeada de cartucheras y de todo el disfraz del uniforme que incluye una ocasional boina carlista y se recoge en unas polainas de cuero. Cuando, trastabillando, Lanza se acerca a unos metros del caballón, Juan Lamarca lo oye tararear entre hipidos una copla de la que solo reconocería su halo de irrealidad en una situación que ya tenía mucho de imposible.

Después, Lanza escucha una voz dándole el alto mientras una sombra surge de la tierra y un cañón de fusil se adelanta hasta él, es entonces cuando se revuelve echando mano a la pistola y enseguida se extraña de su torpeza para desenfundarla y de que del fusil que ya le está rozando el pecho no salga la estampida ni la bala que le parta el corazón. De pronto lúcido, Sebastián levanta las manos y pide al desconocido que no dispare. A Juan Lamarca los nervios le hacen jadear. Es alto y descarnado, como el hijo, y, como él, cree que los crímenes son crímenes y no bajas de guerra, y cada vez se le hace más insoportable que la justicia tenga que levantarse pisando charcos de sangre mientras Dios, el amo y el patrón pisan alfombras. Desde Andújar, acaba de ser añadido a la IX Brigada Internacional y la confusión de lenguas entre las que lleva cuatro días viviendo le ha acentuado un poco más el distanciamiento con aquellos años de sangre.

Ahora, ya calmado y dueño de la situación, tiene ante sí a alguien que levanta los brazos pidiendo clemencia y que no dejaría de considerar más como una víctima que como un agresor. Le quita la linterna a Lanza, le abre más la pelliza y echa la luz sobre su cara de animal crispado, sobre la boina, sobre el uniforme limpio y sin galones. Tira todas tus armas, le ordena la voz lenta y plácida de Juan mientras Sebastián gimotea sus rezos y se lleva la mano a la garganta para acariciar su crucifijo antes de arrojar al suelo el fusil, y está ya desabrochándose el correaje cuando la basca le sube de golpe a la boca y el vómito lo dobla con fuerza sobre su cintura, sobre sus rodillas. Es un vómito abundante y entrecortado que hace que Lanza tirite y que con cada arcada emita unos ayes que parecen centrados solo en las sacudidas a las que lo somete la náusea y no en el pavor por la proximidad de su muerte.

Lo vería Juan Lamarca arrodillado y roto, humanizado por esas convulsiones que lo llenan de desvalimiento y lo despojan o lo

absuelven de la agresividad de la guerra. Y quizá fue esa extrema indefensión la que lo salvó. O tal vez fue que el anarquismo conjetural de Juan Lamarca ya había sido derrotado por la barbarie de la realidad que lo rodeaba.

—Quítate la pelliza, déjala junto a las armas y vete —oye otra vez Sebastián la voz serena, apenas imperativa.

Se levanta e, incrédulo, se va desprendiendo del chaquetón con la lentitud del que sospecha que se desviste solo para que el balazo inminente no estropee el recio cuero de la prenda. Está ahora con el cuerpo erguido y las piernas en vértice afirmadas en los terrones. Ha cerrado los ojos llorosos. Aprieta el crucifijo con la mano derecha y reza sin voz audible, con un movimiento incesante de labios.

—No seas imbécil. Te he dicho que puedes irte. Vete de una vez.

Juan Lamarca le está señalando con el dedo la dirección que debe tomar y Lanza empieza a ir hacia allí, retrocediendo de espaldas, sin quitarle la cara. Solo sabrá que está a salvo cuando vea a Juan agacharse y, desentendido de él, ponerse a recoger la pelliza y las armas.

—Dime tu nombre —dice Lanza, impostando la voz en un susurro que alarga los sonidos y los desliza en el silencio de la noche.

Espera Sebastián unos segundos una respuesta que comprende que no le va a dar el hombre que se ha puesto en pie y se tapa los labios con el índice para exigirle silencio y, enseguida, mueve la mano, aventándola, para pedirle que se vaya.

—¿Cómo te llamas? Te juro por Dios que no voy a olvidar esto.

—Soy Juan Lamarca López. Largo. Me estás comprometiendo.

—Me lo dijo sin ganas de decírmelo, Soy Juan Lamarca López, me lo soltó con esa voz de reposo que tú sabes que tenía, todavía haciendo gestos para que me callara y me largara de allí, echándome, fíjate, lo he pensado muchas veces, echándome a la vida, a mi bando, desde donde yo podría al día siguiente disparar contra él.

Lanza acaba de narrar su encuentro con Juan Lamarca de un modo escueto, sin los detalles que iría añadiendo a lo largo de los años, aunque en esta primera versión no olvida señalarle a Vidal que su padre murió pocas horas después, quizá, le dice, cuando intentaba tomar junto a un grupo de milicianos una ametralladora en el cerro San Cristóbal. No obstante, años más tarde le contaría que, la noche en la que Juan Lamarca le perdonó la vida, después de alejarse de él lo suficiente como para sentirse seguro, un rumor de voces lo hizo

pararse en la cresta de una loma y desde allí le pareció ver bultos que se agitaban en la hondonada donde se había quedado su padre. Unos minutos más tarde sonaron algunos tiros sueltos en la espesura de la noche. Y esa confluencia de los disparos y de las voces que discutían le dejaría de por vida un resquemor que le inoculó a Vidal: quizá Juan Lamarca no habría tenido una muerte anónima y aliviada en cierto modo por la enajenación de la batalla, sino que habría sido fusilado con la fría saña con la que se fusila a los traidores, justo en el mismo sitio donde él renunció a disparar sobre Sebastián Lanza.

—Así que ya sabes quién es este ángel custodio que se te ha aparecido y que se ha tomado tantas molestias por encontrarte.

Ha hecho su relato Lanza mientras se movía por el despacho y fumaba su Farias con un placer que le hacía abocinar la boca al expulsar el humo. Ahora, como si el fin de esa historia marcara un nuevo ritmo a sus movimientos, se acerca con rapidez a la mesa mientras dice, Te puedes imaginar que estoy aquí para cumplir el juramento que le hice a tu padre, y va a sentarse en el sillón del director con una especie de innecesaria urgencia. Toma la carpeta que tiene delante de sí, Bueno, al grano, levanta la voz mientras saca unas gafas del bolsillo de la camisa y se las incrusta en su nariz de huesos filosos. Va tomando cuartillas de la carpeta y las ojea entre un murmullo de frases sueltas y muecas agrias, de profundo desprecio.

Por primera vez se da cuenta Lamarca de que tiene delante a un hombre de carácter tornadizo, lábil, como hecho de retazos. Lanza puede pasar en segundos de la placidez al arrebato, y en consecuencia su lenguaje da bandazos siguiendo a estímulos y creencias más que a pensamientos. Chasquea la lengua al hilo de lo que lee o cierra los ojos un segundo para decir, Dios mío, para decir, Pero cómo es posible, y, cuando acaba de repasar los papeles, los enrolla y los levanta en el aire, ¿Qué mierda es esto?, apunta a Vidal con el mazo de hojas y todo su brazo parece un índice de inmensa uña blanca que vibra con el temblor de la mano que agarra los papeles.

—Creí que conocía tu expediente y solo conocía migajas —inspira con fuerza, golpea con las hojas en la mesa—. Bueno, para ser un pipiolo no has perdido el tiempo. Tu juicio está al salir y aquí hay motivos de sobra para fusilarte unas cuantas veces.

Se levanta impulsado por la rabia y pasea agitado, ¿Pero qué hacías tú en Baena al principio de la guerra?, pregunta con enojo, y va leyendo frases sueltas del expediente que remiten a hechos que

conciernen a Vidal mezclados con otros inexistentes o casi por completo falsificados; sin embargo, Lamarca escucha las palabras de Lanza con absoluta credulidad, como en una de esas pesadillas en las que la irrealidad del sueño te acusa de una forma tan veraz que te despiertas rindiéndole cuentas.

Sebastián dice: Baena, frente sur de Madrid, línea oeste de la batalla del Ebro. Mierda, exclama. Resopla, baraja las cuartillas, detiene su paseo y lee un momento para sí con suma concentración. Cuando se quita las gafas, sus ojos, ahuevados y azules, buscan a Vidal parpadeando, adaptando la vista a la distancia.

—Puede que esto sea perder el tiempo. Se me revuelven las tripas con solo pensar que quiero sacarte de aquí. Oye esto:

> *El día 29 de julio de 1936, el antedicho Vidal Lamarca consiguió escaparse del asilo de San Francisco de Baena, sito a la salida de la localidad, en las inmediaciones de la carretera que lleva a Castro del Río. Cuando la columna del coronel Sáenz de Buruaga, utilizando sobre todo sus secciones de regulares y de la Legión, rompe la resistencia de los marxistas rebeldes y entra en el asilo, se encuentra con que los rehenes que tenían allí los rojos, en un número cercano a los noventa, han sido salvajemente asesinados, empleando hachas, hoces y cuchillos. Entre las víctimas hay dos sacerdotes y una monja, mujeres y niños de tan corta edad como los tres hijos del presidente del Círculo de Labradores, don Manuel Cubillo, que contaban tres, seis y siete años.*

Sebastián detiene la lectura, lo encara:

—¿Qué se puede hacer con esto?

Cuando Vidal Lamarca quiere hablar, nota todo el peso de la culpa. Es una culpa refleja, ajena, pero que la siente dispuesta para él por el mero hecho de que alguien lleno de convicción haya leído lo que la autoridad de un expediente le atribuye.

—¿Qué tienes tú que ver con los asesinatos del convento de San Francisco?

Vidal quiere decir algo, pero ignora qué es lo conveniente, la respuesta que pueda mantenerlo frente a Sebastián sin romper el difícil equilibrio que los une. Lo tiene ahora delante escrutando de cerca su cara, Te estoy preguntando si tú participaste en esos crímenes monstruosos del convento, le llega como un roce de insectos el aire espirado por Lanza al tiempo que nota con fuerza el encono de sus ojos y que lo intimida el olor a colonia mezclado con el de brillantina

de su pelo ondulado y castaño, peinado hacia atrás. Muchos años después escribirá Vidal en su cómic: *Era como si el lustre de su pelo y su perfume me hicieran sentir mi propia pestilencia*.

—Necesito la verdad. Lo único que te voy a pedir es sinceridad conmigo.

Le cuesta a Lamarca contestar, baja la cabeza, Claro, titubea, y, cuando puede mover las palabras con cierta fluidez, ya ha decidido qué decir:

—Tengo las manos limpias de sangre.

—Júrame por Dios que no estuviste en ese convento.

Vidal jura, hace luego un resumen de su estancia en Baena y, bajo la presión de Lanza, va contando lo esencial de su participación en los tres años de guerra; Sebastián deniega con la cabeza, le exige que repita algún aspecto o lo escucha con intensidad, duda, lo interrumpe, le corrige datos o fechas siguiendo el expediente que no para de hojear, Demasiados puntos negros, masculla al final quitándose las gafas, y se lo ve contrariado, un poco nervioso mientras se empina de nuevo para mirarlo de cerca, Así que tú entre otras cosas te has dedicado a matar con tinta en vez de con balas, pintarrajeando mamarrachos perversos contra la cruzada. Se centra ahora Lanza en eso, en esa aberración de los dibujos políticos, cómo se puede denigrar tanto a personas de bien, hasta dónde puede atreverse la canalla, y vuelve con las preguntas, quiere precisiones, saber hasta qué grado Vidal fue obligado a actuar como lo hizo y, cuando Lanza cree haber obtenido una verdad defendible, inspira hondo como si lo que acaba de oír actuara dentro de él para expandirlo.

—Te creo, muchacho. Bueno, deseo creerte, porque se ve arrepentimiento en ti. Quiero decir que voy a hacerme el imbécil y, por tu padre, y no sé si en contra de mi conciencia, voy a apechugar contigo.

Sebastián coloca ante sí los folios, los empareja y enseguida hace rebotar con fuerza la palma de su mano sobre ellos.

—Bien, escúchame atentamente, porque tengo intención de que te vengas conmigo, pero hay todavía mucha tela por cortar.

A partir de esa frase, Lanza va exponiendo que cuenta con la suficiente influencia como para creer que puede sacarlo de la cárcel, que en ese caso se hará cargo de él y lo acogerá como el padre que ya no tiene, lo avalará y se comprometerá bajo su palabra de honor a regenerarlo. Vidal, por su parte, debe jurarle que está arrepentido, así como fidelidad absoluta y una disposición activa para abandonar los errores de la barbarie marxista, ¿Es católico Vidal?, bueno, no hace falta que le conteste porque, en cualquier caso, tiene que serlo, ¿le

queda claro como el agua lo que acaba de decir? Por si acaso, se lo va a decir de otro modo: nadie sale de una cárcel de Franco sin abrazar a Dios y a sus principios sagrados, los mismos que están forjando una España de jerarquía, de tradición y respeto, además, eso solo es el primer paso porque, a lo que iba, hay que limpiar las atrocidades que constan en su historial y son muchas, demasiadas, más de las que figuran en los informes que tiene sobre él, y por mucho menos de lo que Vidal es responsable otros han sido purgados o purgarán de por vida en penales y campos de trabajo. Una manzana podrida merece solo el pudridero, ¿comprende de verdad de lo que le habla?, la extirpación de los que contaminan es un acto higiénico y necesario en la nueva patria que Dios preside. Y ahora por resumir, a lo que iba y por atar bien los cabos: los dos tienen mucho que ganar o perder, y ha dicho los dos porque él, Sebastián Lanza, va a ser su fiador y le va su honor en ello; desde mañana mismo lo visitará el capellán, quien lo irá encauzando hacia la dignidad de la hombría y la doctrina, y a él le remitirá los informes de los progresos; su conducta deberá ser, más que irreprochable, de plena colaboración con las autoridades de la cárcel; no ha de olvidar que debe comunicarse con él con absoluta nobleza y sinceridad, podrá hacerlo además siempre que lo considere necesario, pues tendrá el privilegio, el único del que gozará por ahora, de ser escuchado por la dirección. ¿Están ya bien puestos los puntos sobre las íes? ¿Tiene Vidal algo que objetar? ¿Cuenta, entonces, con su firme compromiso para dejarse redimir?

Desde que Lanza empezó a buscar a Lamarca en archivos del ejército y de la policía, de la Falange y del Patronato, ha estado quizá imaginando el momento que va a vivir a continuación en el que puede despedirse de un chico aturdido que solo muestra agradecimiento y docilidad. Concluido su discurso, Sebastián le sonríe, lo llama muchacho y le da ánimo antes de tenderle la mano en la despedida.

Cuando dibuje esta escena en su novela, Vidal se retratará de cara al espectador, los pómulos chupados, alto como un tronco. Tiene la cabeza gacha y sus ojos semicerrados es lo único que desprende el fulgor de la vida en su figura como hecha de huesos y tendones que van a hundirse bajo la suciedad del mono. Está diciendo: *Será como usted ha dicho, no tendrá ninguna queja de mí.*

De perfil, pequeño y musculoso, Sebastián le tiende la mano para despedirse mientras dice: *Muchacho, agradéceselo a tu padre porque es él quien desde el cielo te está trayendo el bautismo en una nueva vida*.

En la base de este dibujo, en la cartela, puede leerse: *Ahora, veinticinco años después de esta entrevista con Sebastián, comprendo que él sobreactuó porque creería que aún me quedaban rebeldía y arrestos.*

Pero ni yo los tenía ni a él le hubiera hecho falta tanto teatro.

Vidal tardará en hacerse cargo de lo que ha sucedido ese 2 de octubre de 1939. Le dará vueltas a las casi dos horas que ha pasado con Lanza en el despacho de la dirección. Repasará cada minuto, abriéndolo como se abre una granada para desmenuzar sus granos. Quién es ese hombre que salta del afecto a la ira, se quema con sus propios sentimientos y habla de la moral como de un banquete privado donde solo comen los adictos a sus creencias. Puede que quiera salvarse más que salvarlo. Puede que esté en manos de un loco que ha recortado un pedazo de mundo para ensalzarse dentro de él y que, desde que supo que era el único hijo de Juan Lamarca, lo haya incluido como súbdito en su reino de irrealidad.

No se le escapa que la aplastante convicción de Lanza le viene de aplicarla sobre lo débil o desarticulado, sobre un panorama de devastación del que Vidal es uno de los ejemplos. Tardará poco en conocer el carácter como adolescente, nunca acabado y por ello imprevisible, de su mentor, pero deberá pasar algún tiempo para que tenga detalles del origen de ese poder con el que se ha adueñado del despacho y con el que tiene la intención de rescatarlo de la muerte. El padre de Lanza está en buenas relaciones con la cúpula de los generales victoriosos; dos de sus hermanos poseen sendas cruces de guerra por heridas y actos de arrojo, y el mismo Sebastián es miembro destacado del Servicio de Información de Falange y mantiene una historia en común de comidas, favores y fervores con bastantes oficiales del ejército, en especial con el coronel Redondo y con Queipo de Llano. El probado esencialismo patrio de los Lanza está tan imbricado con un antiguo negocio de abastecimiento a cuarteles, cárceles y destacamentos que su empresa tiene sucursales en Madrid, Tarrasa y San Sebastián mientras que a Andalucía la cubren desde Sevilla y Daza. Una ramificación de arterias y venas que bombea la sangre del dinero, reparte regalos y sobornos, prorratea contratos con responsables de abastos y mandos del ejército, y si es necesario, importa cuero, café o armas.

Cuando esa noche Vidal Lamarca es devuelto a la celda, el cubículo le parece más residual y amenazante, y él, más débil para resistir entre los bultos que se amontonan por el suelo, entre el hedor a mugre y a

excrementos, entre ese silencio amedrentado que, si se rompe, será para nombrar las obsesiones pertinaces del hambre y de la inminencia de la muerte. Más que sorprendido, está muy asustado. Su miedo nocturno a que al amanecer su nombre figure en la lista de los que van a ser fusilados se mezcla ahora con las propuestas de Lanza que él no deja de barajar alternando la zozobra conuna irracional esperanza. Ni siquiera puede concentrarse en la desaparición o en la muerte de su madre. No puede pensar ese vacío, aprenderlo, abarcarlo. Está ahí la náusea que le ha dejado Lanza, un conocimiento de lo que va a pasar, un estar seguro de que se agarrará con desesperación a la vida y de que ese instinto de animal acosado lo hará sumiso a los requerimientos y a las ideas ajenas. Imitará a sus carceleros, tendrá que abandonar lo que él es y ser otro en contra de sí mismo. Ser otro peor de lo que es.

Desde que empiezan las preguntas de sus compañeros de celda y responde de un modo esquivo, protector de la excepción en la que Lanza lo ha convertido, sabe que su metamorfosis se ha iniciado. Guardará el secreto punzante de ser favorecido por un falangista, se sentirá de antemano despreciado y se hará más apartadizo. Acude como voluntario al círculo de enseñanza del catecismo y el capellán lo cita con relativa discreción para charlar con él sobre lo que llama los fundamentos católicos de España. El cura es tan alto como Vidal y tiene la costumbre de acercar la boca a la oreja del interlocutor para deslizarle su voz persistente, un siseo dulzón que Vidal acepta fingiéndose un crédulo receptor de una doctrina que, cuanto más habla el cura, más le parece una invención tan ingenua como acerada en su mandato.

No tardarán en llegarle algunos libros patrióticos remitidos por Sebastián y cartas suyas que le entrega el capellán para que las lea delante de él y se las devuelva en el acto. Son mensajes breves, saludos con la función de recordatorios. A veces Sebastián se extiende un poco más y le habla de dificultades en sus gestiones para evitarle el consejo de guerra mientras le aconseja tesón y esperanza con un lenguaje de patriarca en el que intercala con frecuencia el vocativo muchacho.

Muchacho, cuento con algunas promesas para que se revise tu expediente, es poco pero es un inicio.

Mantente firme y piensa que eres un simple catecúmeno que debe perseverar en su arrepentimiento y en el camino que has emprendido.

No tengo por ahora ninguna buena noticia que darte, tu pasado

anarquista repugna a todos, pero el que seas casi un crío juega en tu favor.

Olvídate de los hijos de Ezequiel Hervás, el padre hizo demasiado daño como para averiguar el paradero de su progenie o, en su caso, para que mejoremos su situación.

Muchacho, lo tengo todo dispuesto y vas a dar un paso más, vas a colaborar en la revista de los presos y sus familias, la magnífica Redención. *Mañana te llamará el director y te dará instrucciones.*

Muy bien, muchacho, veo que has aprendido rápido, me ha gustado tu chiste en Redención.

El primer número de *Redención* se edita en Vitoria, el 1 de abril de 1939, el mismo día del fin oficial de la Guerra Civil. La revista, inspirada por Sánchez Muñaín y Máximo Cuervo, la impulsa la Asociación Católica Nacional de Propagandistas y nace con la voluntad, entre patriótica y religiosa, de «redimir a todos los presos capaces de redención para integrarlos en el seno de la nación». Esta tarea, portadora del nuevo doble Evangelio del catecismo y la espada, se hace desde dentro de los penales, ya que serán los propios presos los que se encargarán de elaborar la publicación con una estructura de corresponsales en cada centro que seleccionan y elaboran noticias del exterior y de la vida carcelaria. Se partía de que los condenados podían redimirse con el trabajo al tiempo que expiaban pecados (más que delitos) y culpas (más que penas) y, desde estos presupuestos, se trataba de asimilar a los reclusos y purificar las cárceles de «elementos dañados, pervertidos, envenenados política y moralmente». El hecho de colaborar o suscribirse a *Redención* llevaba consigo mejoras como recortes de penas o permisos para comunicarse con la familia; sin embargo, los que aceptaban publicar en sus páginas sufrían el rechazo de los demás penados, que los tildaban de traidores y colaboracionistas con el mismo Régimen que a todos los diezmaba.

Vidal Lamarca comienza a dibujar en *Redención* en la primera semana de marzo de 1940 con un chiste sobre un piojo migrante de celda en celda. Utilizando un humor un poco abrupto, quizá fallido, haría nueve entregas más hasta mediados de junio, siempre protagonizadas por el mismo piojo, un sacasangres listo y veloz con predilección por los presos más gordos y remisos.

Esas colaboraciones en *Redención* le aportan a Vidal la plena conciencia de que está caminando en la dirección que quiere, la que paradójicamente lo aleja de todo lo que más quiere. Sabe con exactitud las causas: el sufrimiento y el hambre llenan su

pensamiento, lo hacen sumiso y ensordecen cada vez más las voces de su interior, aquel mundo sumergido en su mente del que hablaba el doctor Bérillon hecho ahora un murmullo de recriminaciones que ya no quiere oír.

Escribirá en su autobiografía esas voces en distintas viñetas como pensamientos que se encierran en un globo y se unen a su cabeza mediante una línea de burbujas o bien quedan escritos sobre su jergón o en la pared de la celda o bien expresados en los textos explicativos de las cartelas:

Mírate, tócate el cuerpo y pregúntate en qué te estás convirtiendo.

Déjanos a tu lado, aunque tengamos que hacer nuestra tu vergüenza.

¿Adónde vas si no vas contigo?, si es tu cuerpo y no tú el que salvará el pellejo.

Es bueno morir de una vez y no poco a poco como las plantas que se pudren sin sol.

Si se excluye la voz imborrable de Clara Hervás, cuya resonancia lo seguirá acompañando muchos años, el hecho de dejar constancia de esas voces familiares parte de la convicción de atestiguar algo que pronto dejará de existir. No duda de que será así porque siente su conciencia tan erosionada que le parece una masa inerte que absorbe las voces y solo se deja moldear por la continua presión del miedo y los imperativos de la sobrevivencia.

De todos modos, nadie se mantiene aletargado en el infierno y pronto sucederá un hecho, quizá el más ominoso de su vida, que lo devolverá de golpe al horror de la conciencia. Se producirá a raíz de las dos siguientes visitas de Lanza, pero sobre todo a partir de la segunda.

En el último domingo de marzo, Sebastián acude a verlo por un motivo festivo: Vidal va a ser bautizado y Lanza se presenta en la Modelo acompañado por Matilde Delgado, su señora, una mujer recia y silenciosa que supera en estatura al marido y tiende a tomarlo del brazo en una actitud de dominio más que de cobijo. Los dos apadrinarán el acto y su presencia en la cárcel tiene algo de lujo equivocado: huelen a colonia y visten trajes en los que resaltan la seda y el brillo mineral de los gemelos, el pisacorbatas o las joyas.

El bautizo se hace en privado, en un rincón de la capilla donde se han dispuesto cuatro hachones para marcar el espacio del rito. Lanza

lo felicita, le comenta lo que ya le ha dicho por carta, lo mucho que le gusta el primer chiste que acaba de publicar en *Redención* y enseguida se realiza la ceremonia del bautismo que precede a una breve misa donde Lamarca comulga por primera vez con la sensación de que la hostia en su boca es un círculo metálico cuyos filos le parecen que rozan su lengua hipócrita, su esófago impostor y le arañan el estómago hasta levantarle unas náuseas difíciles de esconder bajo la cabeza humillada de comulgante, las palmas unidas y la espalda encorvada redondeando su postura genuflexa. Nada más acabar la misa los Lanza se despiden, estrechan manos, tienen prisa, dicen, mientras reiteran sus felicitaciones, Te hemos dejado una botella de vino dulce y pasteles para celebrarlo, un gran día hoy, Vidal, un paso de gigante en tu carrera de hombre, qué alegría, muchacho, ahora sí que ya te puedes llamar de verdad español.

La novela gráfica de Vidal demora su curso, como si se ensanchara o cayera en un amplio meandro, a partir del 25 de abril de 1940, fecha en la que Lanza va a verlo por tercera vez. Quiere Lamarca contar con todo detalle la convulsión que pronto lo va a zarandear y que le seguirá produciendo escalofríos, cada vez más distanciados pero sin disminuir su carga repulsiva, el resto de su vida. Los dibujos ahora son meras ventanas abiertas en la masa profusa de los textos que están escritos también a plumilla, con una caligrafía picuda y regular. Dibuja solo el núcleo de cada secuencia y el resto del relato se desarrolla en negras bandas de letras donde caben el avance de la acción, las descripciones o los diálogos propios de la literatura.

Sebastián Lanza, vestido con el mismo uniforme paramilitar de la primera visita, lo está esperando ahora en una habitación casi vacía de no ser por un par de archivadores y algunos muebles de oficina.

Lo encuentra Vidal paseando ante la mesa con una excitación que hace que sus gafas, colgadas ante el pecho con una cadena de oro, se bamboleen o reboten contra el arco de su panza. La sonrisa de Sebastián es abrupta, un repentino agujero que enseguida se cierra cuando le estrecha la mano. Después esa mano se levanta enseñando la palma en señal de advertencia, no, no hay tiempo para saludos e irán derechos al grano porque ha venido a hablarle con urgencia de una situación delicada y a pedirle un gesto de cooperación

excepcional que de paso se contará como mérito importante en su ficha de preso. Se trata de que hay alguien en la redacción de la revista que está traicionándola, alguien de aquí, de la Modelo, alguna víbora infiltrada en los talleres, no saben quién ni cómo pero alguien les está clavando la navaja por la espalda; los reclusos de la zona de levante se suscriben de golpe a *Redención* y nunca había pasado, hasta un aumento del cien por cien de suscripciones, así que alguna perversión marxista se les sirve a los presos escondida entre las páginas, algún mensaje cifrado, consignas. Algo. ¿Qué sabe Vidal de todo esto?, qué se dice entre los penados sobre este asunto, debe hacer memoria, cualquier cosa que recuerde aunque parezca poco puede valer para tirar del hilo.

Lamarca está tan sorprendido que ni siquiera titubea.

—Se suscriben porque no hay otra revista en la cárcel, además, si te apuntas, tienes trato de favor en las comunicaciones.

—¿Crees que soy imbécil? Te estoy hablando de suscripciones en masa, de eso te estoy hablando, de que sabemos que aquí hay gato encerrado.

Sebastián gira con brusquedad la cabeza, Piénsalo bien, bufa, se aleja de Vidal y recomienza su vaivén entre las dos paredes hasta que, más calmado, va apaciguando sus movimientos como un columpio sin inercia, Está bien, ya me doy cuenta de que andas en la inopia, eso es lo que esperaba y eso te avala. Se detiene de nuevo ante Vidal, le sonríe con un afecto súbito que le agranda el bigote y le pone en los ojos un halo de blandura, A lo que vamos, esto es muy importante para ti, ven a sentarte. Le palmea la espalda, lo toma del brazo y lo conduce a la silla, Vamos a tomarnos un tiempo, siéntate, y el hombre azorado que hace un momento era Sebastián se queda quieto, de pie, de espaldas a Lamarca mientras le mira la nuca y mueve despacio las manos en esa dirección hasta apoyarlas en los hombros, Muchacho, insiste, vamos a hablar con calma, escúchame con atención.

Lo que tiene que escuchar Lamarca es que Lanza está haciendo un esfuerzo por él y no le ve los frutos, su expediente echa para atrás al más pintado y hasta ahora solo ha conseguido poco más que juntar algunos avales, comprar otros y aplazarle el consejo de guerra. Pero su expediente es el que es, una sarta de adhesiones a la sangrienta República, y su situación, tan inestable que ni siquiera le puede garantizar que la madrugada próxima no figure en la lista de los que ejecutan en Paterna. Así que necesitan un empujón. Bien, hasta ahí todo claro, ¿no?, aunque eso ya lo sabía Vidal, nada nuevo, y eso es lo malo, que no hay novedades que vayan abriendo camino para salvarlo.

A partir de ahí, Sebastián se llenará de prevención y enhebrará despacio las palabras. Es secreto lo que le va a decir por lo que le pide suma discreción, pies de plomo y confidencialidad total, ¿estamos?, los servicios secretos tienen infiltrados entre los presos y han dado el aviso, *Redención* está sirviendo para darle alas a los comunistas con mensajes que todavía no saben cómo descifrar, por eso, todo se acortaría si se descubre quién o quiénes los escriben, ahí está el meollo, en los cabrones que manipulan a los penados, y puede ser cualquiera porque los que trabajan en la revista, igual que todos los presos menos los comunes, están engañados por el contradiós revolucionario; por ser breve, es como buscar una aguja en un pajar y los confidentes que tienen entre los penados están en Babia, ni se enteran.

—Yendo ya de una vez al grano: tú estás en las mejores condiciones para colaborar porque no contamos con ningún confidente dentro de *Redención.* Tú eres la persona adecuada, nos vienes como anillo al dedo, y ahora tienes la ocasión de demostrarme que estás de mi lado.

Rodea la silla para encarar a Lamarca, se inclina ante él buscándole los ojos, ¿Comprendes bien la situación?, y sin esperar respuesta, endereza el torso y acampana la voz, ¿se da cuenta de la importancia de lo que le está planteando?, ni siquiera le está pidiendo que se lo piense, aquí no hay nada que pensar porque Vidal no está ni mucho menos en condiciones de pensar, ¿estamos?, ¿todo claro entonces?, bueno, a lo que iba, tiene que estar atento en los talleres, acercarse a los artistas, sonsacarlos si hace falta, convivir con todos en el patio.

—Hay que despabilar, ese va a ser tu servicio, ser un oído y abrir el ojo, enterarte de qué está pasando con *Redención* y de quién es el hijo de puta que está soliviantando al gallinero.

Tiene ahora una misión sagrada Vidal, de él esperan discreción y resultados, y Lanza está seguro de que no hace falta añadir nada más, porque los dos saben que no va a defraudar su confianza y que cumplirá como verdadero patriota, como el nuevo hombre de bien que ahora es, con ese deber que le acaba de señalar.

Carlos Gómez Carrera, que firmaba como Bluff, solía sentarse a dibujar ante el tablero del taller de la Modelo con excesiva precaución, como si le dolieran los huesos. Era delgado, de cara correcta y padecía el mismo aletargamiento que caracteriza a todos los

que han sido torturados. Bluff había dibujado en publicaciones de Madrid sin demasiado reconocimiento hasta que su prestigio aumentó entre los republicanos a partir de sus colaboraciones en *La Libertad* y luego, cuando en el treinta y nueve se trasladó a Valencia, en revistas como *La Traca* o en la socialista *Adelante*. Sobre todo fue muy conocido por sus portadas y chistes en la irreverente *La Traca,* donde se buscaban sus feroces caricaturas de Mussolini o Hitler, siempre entre cadáveres con las manos chorreantes de sangre, o de los generales rebeldes a quienes sometía sin cesar a las distorsiones de sus dibujos despiadados: Queipo de Llano enrojecido por el alcohol, apedreado por chiquillos mientras trastrabilla con la nariz goteante y la botella sobresaliendo del bolsillo de su guerrera; Franco, fofo y afeminado, con lunares y pestañas pintadas, asociando un racimo de plátanos al sexo de los moros de las harcas africanas.

Lo primero que notó Vidal en Bluff fue que se esforzaba en levantar su ánimo apagado con un tesón difícil, intermitente. A pesar de la parsimoniosa violencia de las torturas a las que lo habían sometido, no habían logrado que desvelara la identidad de los otros dibujantes de *La Traca* que se protegían con un pseudónimo. Por otra parte, estaba a la espera de un juicio cuyo veredicto consideraba ya dictado, pero había asumido colaborar en *Redención* como un intento desesperado de que se le conmutara la condena, ahorrándoles así a su mujer y a su hija el oprobio de su muerte. Para esa revista, hacía unas tiras cómicas protagonizadas por un personaje con un muelle por bigote, gordo y grandullón, cuyo nombre ridículo, don Canuto, parecía resumir su carácter expeditivo y simple del que ya se advertía desde el mismo título de sus colaboraciones: *Las cosas de don Canuto, ciudadano peso bruto*. Junto al editor de *La Traca*, Vicent Miquel Carceller, el dibujante José María Carnicero y los escultores Alfredo Gomis, Torán, Badía y Pérez Contel, todos ellos creadores vinculados a Valencia, formaba un grupo de amigos que parecían refugiarse en una misma melancolía amedrentada.

La primera visión que Lamarca ofrece de Bluff en su novela gráfica es todavía genérica, pues lo presenta como un componente más del conjunto de artistas valencianos, sin llegar aún a individualizarlo.

La escena se desarrolla en el taller de artes gráficas de la Modelo, ante los grandes ventanales divididos en cuadrículas. A Bluff se lo ve de perfil, sentado junto a Torán y Carnicero mientras, de pie, Carceller, Badía y Pérez Contel abren un semicírculo para mirar cómo Alfredo Gomis esculpe en madera un enorme escudo con los nuevos atributos del águila y los símbolos de Falange. Como espectros entre la luz, aparecen al fondo otras esculturas, una maternidad hecha por

Contel, un busto de Franco, un Sagrado Corazón casi tapado por una diosa Ceres, y un par de vírgenes cuyos mantos destacan junto al ventanal con su muerto ondeo de piedra.

Las otras viñetas en las que aparece Bluff se van sucediendo entre elipsis y con la clara intención no de ilustrar, sino de añadir detalles a las diferentes situaciones que se desarrollan en cartuchos y cartelas. Son en concreto cinco más:

Bluff retratado en un plano medio, vistiendo una camisa gris. Su cara enjuta, de mejillas cóncavas, transmite una idea de pulcritud que sin duda proviene de las gafas, del bigote recortado y del pelo, moreno y liso, muy disminuido por las entradas. Está sentado ante el tablero de dibujo y le tiende la mano a Vidal, que, de pie junto a él, avanza la suya para estrechársela. Bluff está diciendo: *Mi nombre es Carlos Gómez Carrera, pero todos me conocen como Bluff. Bienvenido a la peña de «la bola», que es como llamamos a* Redención.

Vidal junta su cabeza a la de Gómez Carrera para observar la caricatura que está haciendo de Alfredo Gomis. Bluff le señala con el lápiz a Gomis, que posa de frente, y dice: *Fíjate, casi toda la caricatura reside en los ojos y en la nariz, pero el volumen de la cabeza también es determinante. Ahora dibujaré esos mechones como alas porque el pelo de Alfredo tiene un punto de rebeldía*.

El editor Carceller, Bluff y Lamarca se aprietan ante la pared de ladrillo del patio. Están dibujados en un plano medio y el humo del cigarrillo de Vidal les niebla las caras. Bluff se inclina sobre la cabeza de Carceller para despiojarlo y los tres abren las bocas en actitud de mantener una conversación que se desarrolla a manera de diálogo ocupando el resto de la página.

BLUFF: *Nada más regresar del consejo de guerra, Esteve me dijo: «Me han condenado a pena de muerte, pero mi muerte es mía, nunca será de estos cabrones» y, esa misma noche, se colgó de la cisterna del retrete.*

VIDAL: *Otro modo de morir es esa ruleta rusa de las «sacas» del amanecer. Te estás muriendo mientras esperas que en la lista no esté tu nombre y luego te mueres un poco más, te mueres por dentro, al alegrarte de que sea un compañero y no tú al que saquen para fusilarlo.*

CARCELLER: *Cuando se enteraron de que era el editor de* La Traca, *quisieron arrancarme el nombre de los que firmaban con seudónimo. Lo mismo que con Bluff, no lo consiguieron, pero me dieron zurriagazos hasta en la lengua, luego más palos atado de pies y manos a una silla, después, me ahogaban muchas veces en una palancana hasta que al final me hicieron comerme un ejemplar de* La Traca.

En una viñeta aparece la mano derecha de Bluff y, en otra apareada a la primera, la diestra de Vidal. Ambas manos están recogidas en un plano detalle y escriben sendas cartas. Hay simetría en los dos dibujos yuxtapuestos, incluso la caligrafía que generan las dos manos es idéntica. Las mayúsculas que identifican a los que escriben —BLUFF, VIDAL— están trazadas sobre cada una de las muñecas a modo de pulsera. La mano de Vidal ha escrito: *Querida Clara: si te llega esta carta, va a ser como si recibieras de golpe muchas juntas, el montón que te he ido mandando…* Por su parte, lo que lleva escrito la mano de Bluff es lo siguiente: *Queridísima hija Marujita: Vida mía, para que no me olvides mientras llego a casa, papá te está dibujando un cuento muy bonito con acuarelas de muchos colores…*

La última viñeta en la que aparece Carlos Gómez Carrera, *Bluff,* se sitúa en el 11 de junio, el día siguiente de constituirse el consejo de guerra que lo condenó a muerte. Lo que dibuja Vidal es un abrazo. En un espacio abovedado y oscuro, el corpulento Carceller aprieta contra su pecho al enclenque Bluff, que, llorando, asoma la cabeza por encima de su hombro. Los globos se llenan de puntos suspensivos y de onomatopeyas que expresan el llanto. Bluff dice: *¿Qué he hecho yo para que… para que… me maten… si mis únicas armas… son los lápices?* De Carceller solo sale una frase dibujada como un aullido con letras que vibran dentro del globo, y se distorsionan y agrandan a medida que repiten la última palabra: *¡Entre nosotros hay un traidor, un traidor, traidor, traidor…!*

Desde muy poco después de ser encarcelado en la Modelo, apenas existe diferencia entre cómo se ve Lamarca y cómo lo ven los demás. Su personalidad se ha encogido tanto que su mundo interior es poco más que lo que muestra al exterior. Como si se hubiera animalizado, su carácter tiende a igualarse con el instinto y este, con la obsesión por la sobrevivencia. Piensa o actúa en función de paliar el hambre, la suciedad, las enfermedades, las chinches o ese pavor fijo al paredón de fusilamiento. Apenas tiene vida propia, casi todo lo que lo atormenta es público. Los compañeros de cárcel le hicieron saber de muchos modos que él era el desertor Lamarca, el chico aterrorizado que voceaba en sueños la escenificación de su propia muerte, el que tiritaba sin aparente motivo o el que se apartaba a comer su bazofia con exabruptos de voracidad. Unos meses más tarde sería el que en las

filas se cuadraba brazo en alto para cantar con torpe convicción el *Cara al sol*. El amigo del capellán, el colaborador de la revista del Patronato, el comulgante puntual de las misas del domingo. Lamarca, el chaval esquivo de ojos afligidos que escuchaba sin opinar, deambulaba con aire ido y solo parecía revivir cuando trazaba líneas sobre un papel.

Tiene Vidal dieciocho años apenas vividos y como vaciados por la guerra. Lo único amable que le queda es el recuerdo de Clara Hervás, que lleva dentro como un talismán y que siente incompatible con la aceptación del mundo de Lanza. No obstante, el cambio al que lo obliga la necesidad tiende a vivirlo todavía con el dramatismo menor, que subordina lo accesorio a lo esencial, de una operación quirúrgica: se amputa el miembro gangrenado para salvar el resto del cuerpo; se ciega la memoria para que deje vivir en paz al presente.

En los días en los que empieza a colaborar en *Redención*, todavía no sabe bien quién es ni si llegará a convertirse en una especie de vaciado en escayola de aquel hijo del anarquista Juan Lamarca o del apadrinado por Ezequiel Hervás, de esas personas queridas de quienes aprendió los principios igualatorios de la acracia.

Rememorando esos días, escribe de sí mismo en su cómic que es un ser demediado, un poco menos Vidal y un poco más Lanza. O se dibuja levantando una hoja de col de su plato de comida mientras dice: *Este es mi rancho. Así se explica que los panes, el tocino y los quesos sean la muy elaborada materia de mis pensamientos*. En el texto que recorre la base de este dibujo abandona la ironía. Lo que allí escribe tiene el tono habitual de impiedad hacia sí con el que Lamarca hizo su novela gráfica. *Huir de mi dignidad, del hambre y de mi ejecución sumarísima obraban el milagro de hacerme resucitar cada día y de auparme a ese cielo prometido donde reinaba Sebastián Lanza.*

Cuando Vidal entró en contacto con los creadores valencianos, se extrañó de la facilidad con la que se obviaba su fama de desertor y de recluso complaciente con las normas del penal. En los amigos que se reunían en torno a Carceller, reconoció su misma zozobra, pero también a personas que a veces podían superar la sordidez de la cárcel para engañar la tragedia con el humor y apoyarse los unos a los otros compartiendo una esperanza en ocasiones razonable y otras tan disparatada que podía servirles incluso para seguir alimentando ese otro modo de esperanza que es la risa.

Fue Vicent Miquel Carceller quien enseguida asoció el nombre de

Lamarca a los dibujos que había publicado en *El Socialista* y lo saludó como a uno de los suyos, Siempre da alegría encontrar a gentes de las trincheras del lápiz y del papel, le dijo con la voz insumisa de hombre a quien las palizas le habían arrancado las muelas, Bueno, qué carita, pero si eres un nene, tú llevarías bombachos antes de esta mierda, ¿no?, y se lo llevó del brazo a presentarlo a los compañeros del taller de artes gráficas. No olvidará Vidal que lo recibieron con amabilidad, que, cuando Carceller lo conducía ante el taburete de cada uno, dejaban de trabajar igual que si se obligaran a la alegría para sonreírle con los ojos cómplices del vínculo y decirle, Otro loco de la tribu de los brochazos, bienvenido, ¿así que dibujaste también para *Avance*?, Bien, chaval, codo con codo, chaval, Pues aquí nos tienes para lo que gustes mientras nos dure el veraneo en estos alcázares labrados a maravilla, en estos soberbios castillos que altos son y relucían.

Eran gentes dadas a trabajar en silencio con la dedicación excesiva del que huye de sí mismo, pero sabían compartir la miseria, el tabaco, los ratos de charla. Después de que Bluff y Carnicero le hicieran confidencias sobre sus familias, se sorprendió Vidal hablándoles de los hechos de Baena y de aquel pasado interiorizado que se llamaba Clara Hervás y del que ahora hablaba procurando evitar una afectividad cuya fuerza le parecía impúdica entre las revelaciones domésticas de sus interlocutores.

Cuando improvisó para ellos un boceto de Clara, su destreza les produjo una súbita admiración hasta el punto de que Bluff y Carnicero coincidieron en un mismo juicio definitivo: Lamarca nunca podría ser ni siquiera un caricaturista mediano, Eres tan bueno con la figuración que te va a ser imposible deformarla, dijo Bluff; y Carnicero, Esa mano tuya parece hecha para la matemática de las formas y no para el pitorreo de la caricatura. Sin embargo, por unas semanas fue alumno de casi todos, incluido el editor Carceller, que también dibujaba, y a través de ellos se acercó a las técnicas sintéticas y expresionistas propias en esos años de las historietas gráficas.

Alfredo Gomis, cenetista, tan temeroso por su vida como el mismo Vidal, fue quien más se interesó por él a partir de enterarse de sus antecedentes anarquistas y de que intentó escapar, como él mismo, desde el puerto de Alicante. Gomis quería y no quería conocer detalles sobre esos hechos, le preguntaba y enseguida lo interrumpía, No, déjalo, mejor no saber, pero pronto volvía sobre los suicidios del puerto, sobre las promesas de embarcar hechas por los franquistas, Cabrones, ni tienen piedad ni pueden tenerla porque son monoteístas y, además, han aprendido lo peor de la Biblia: su inmensa crueldad. Gomis evitaba hablar de sus ideas políticas porque la guerra se las

había convertido en sangre y, ahora, como todos los del grupo, veía cómo esas ideas llenaban expedientes, se retorcían en los tribunales de guerra y, ya envenenadas, venían a buscarlos a la cárcel para aniquilarlos. Las ideas se habían vuelto del revés y ya no significaban justicia ni solidaridad, sino amenaza y expiación. Alfredo Gomis notaba con viveza cómo sus afanes redentoristas le exigían ahora ser un culpable sin culpa hasta el punto de no poder sacudirse el presentimiento cercano de su muerte. Vivía luchando contra su agonía, sus nervios no le daban descanso y le costaba salir de la contradicción y de la tristeza, ¿Sabes lo que creen?, creen que es bueno matarnos, que asesinándonos curan a la patria.

Le extrañó a Vidal que Gomis lo llamara una mañana en el patio y le pidiera que se apartaran y luego que se sentara junto a él en el suelo. Sacó tabaco y esperó un rato antes de volverse para mirarlo, Quiero decirte algo, Lamarca, no me quedo tranquilo si no te lo digo, y calló de nuevo pendiente de liar el cigarrillo hasta que Vidal lo instó para que hablara, Bueno, acabo pronto porque es muy simple lo que quiero decirte; mira, a mí me parece que desertar es muy malo porque es dejar vendidos a los compañeros, que vaya eso por delante; pero tú tienes la edad de desertar de lo que te dé la gana, y cuando lo hiciste mucho más, ¿me sigues?, y además el miedo no es de nadie, ese cabrón es solo suyo y se te tira al cuello no cuando tú quieres, sino cuando a él le sale, así que no te achantes ni dejes que nadie te tosa por eso.

Cuando a principio de junio de ese año de 1940, durante un registro de celdas, un funcionario vino a buscarlo, Vidal supo enseguida que le había llegado la hora de convertirse en un delator. Había imaginado de muchas maneras ese momento. Lo había recreado como se hace con los hechos excepcionales, ensayando todas sus variantes, sorteando las preguntas que le harían con imaginada astucia, y sin dejar de inventar locas fabulaciones donde alguna circunstancia imprevista lo eximiría en el último instante de declarar.

Desde que Lanza le pidió que averiguara qué estaba sucediendo en la revista de los presos, notó que renacía su vieja conciencia sacudida ahora por esa bajada al infierno de la delación. Temía tanto que llegara el momento de declarar sobre los compañeros de *Redención* que volvió a escuchar las amonestaciones de su padre y Ezequiel Hervás, *¿Adónde vas si no vas contigo?, si es tu cuerpo y no tú el que salvará el pellejo*, pero, por encima de las voces, creyó que todo se

resolvería con un voluntarioso aprendizaje, un ir acostumbrándose a sentirse ajeno a aquel que había sido y de ese modo tesonero llegaría un momento en el que se creería desdoblado y espurio, capaz de la abyección. Se trataría entonces de estar preparado para bajar los últimos peldaños de la inmundicia hasta llegar a algún pudridero donde inculparía a los compañeros, a un lugar inhabitable pero transitorio porque allí lo esperaría un portillo para escapar de la desgracia.

No obstante, mientras observaba, hablaba o escuchaba en los talleres, mientras se sentía acogido por los creadores del grupo de Carceller, se iba afirmando en la certeza de que, llegado el momento, solo podría informar de gentes que apenas deseaban otra cosa que la amnesia le hiciera llegar al día siguiente. Si había alguna consigna entre ellos, estaba lejos de ser política porque su única consigna estribaba en engañar a sus familias sobre su estado de ánimo, en superar el sufrimiento o en inventar a diario posibilidades de esperanza.

El día que llaman a declarar a Vidal, en su celda se acaba de vivir un episodio que había dejado revuelto los ánimos de los reclusos.

Todavía de noche, Elías Martos, un sexagenario anarquista que duerme junto a Lamarca, se da cuenta de que el miliciano a quien apodan el Barón acaba de morir a su lado, al parecer consumido por la anemia. Se gira Elías sobre el jergón, sacude el brazo a Lamarca para despertarlo, y luego vocea pidiendo a los funcionarios que se lleven el cadáver. El Barón es retirado entre el bisbiseo de los penados que forman un pasillo para despedir al miliciano mientras contemplan cómo parece haber recibido la muerte con una cara plácida, de bienestar o agradecimiento.

Poco después los funcionarios regresan a la celda con la lista de los que irían al paredón del cementerio de Paterna esa mañana. Uno de los guardias se adelanta y vocea lo de siempre, ¡Que salgan con todo los que sean nombrados! Había leído ya cuatro o cinco nombres cuando dijo, Elías Martos Peña, y, al instante, Vidal vio cómo se cuajaba una mueca de pánico en el rostro lleno de pústulas de Elías. Lo vio temblar y cubrirse con su manta alquitranada, arrebujarse en ella para esquivar la fatalidad con la misma inocencia de un niño que para esconderse se tapa los ojos. ¡Que salga Elías Martos Peña!, ¿quién es Martos Peña?, Vidal lo sentía gemir, la manta removida por sus retemblidos, al aire el pie llagado con los dedos batiendo sobre la

tierra húmeda de orines, ¡Que salga con todo Elías Martos Peña!, y así muchas veces hasta que los funcionarios moviéndose entre el apiñamiento de jergones y cuerpos empezaron a zarandear a los presos, ¡Que salga ese cobarde!, ¿quién de vosotros se llama Martos Peña? Oyó enseguida Vidal la explosión del llanto que Elías ya no intentaba ensordecer, sino que era ahora una especie de bramido mientras sus manos le agarraban los tobillos, apretando como si quisieran penetrarlos, ¡Suéltate de una vez, no nos lo hagas más difícil!, notaba cada vez más fuerte la desesperada presión de las manos de Elías y cómo lo arrastraban a él al tirar de su cuerpo hasta que entre dos funcionarios los separaron abriendo dedo a dedo las manos de Elías, y, temblando, llorando por él, miraba cómo se debatía y berreaba con una energía salvaje que no podía salir ni de su fiebre ni de sus pústulas ni de su cuerpo disminuido por el hambre. Miraba a Elías desbaratado por el pánico, y no podía dejar de recordar que el viejo solía decir que si un solo hombre resiste, la libertad existe, que cada vez que alguien dice no al poder, vuelve a nacer la libertad.

Apenas han pasado unas horas desde el arrastramiento de Elías cuando sacan a Lamarca de la fila de presos que en esos momentos, formados ante la puerta, esperan a que registren su celda. Lo esposan y lo conducen luego por escaleras y pasillos hasta el cuarto donde deberá declarar y, a medida que se acerca, se va preguntando cómo podrá evitar acusar a los compañeros del taller, cómo evitar añadir la suciedad de la calumnia a la de la delación.

Lo acompaña un funcionario al que reconoce de inmediato porque es uno de los guardias que sacó a rastras al viejo anarquista. Se acuerda de Elías, de su entrega a los compañeros, de su calma que se trocó en esa erupción del ánimo con la que se debatía entre los tirones de los carceleros. Lo piensa resistiendo con el pánico, no con el orgullo, no con la firmeza de las ideas. Lo piensa desarbolado por el pavor, sin capacidad para negar el poder, sin discernimiento para decir sí a la libertad.

El funcionario camina tras Vidal, puntea con sus dedos en su espalda o le palmea en el brazo para apremiarlo o para indicarle la dirección que deben tomar por los pasillos. Atraviesan espacios despejados hasta el edificio de entrada, bajan una escalera y luego el guardia lo toma del brazo y lo retiene ante una puerta gris en cuya superficie ha quedado la huella rectangular de una placa arrancada. Mira Lamarca esa huella donde la pintura se escama entre grietas de

porquería, y le llega un hedor húmedo y ácido. Debe de haber algún bajante roto porque, por encima del olor a sótano, el pasillo está ganado por una pestilencia que Vidal asocia con la que parece estar pegada a las paredes de su celda, se impregna en la ropa y apenas puede ser barrida por el aire abierto del patio.

La habitación tiene aspecto de oficina desmantelada. Las paredes desnudas, sin ventanas, refuerzan la sensación de un espacio demasiado grande para un armario junto al que hay un pequeño lavabo, un archivador y dos mesas desiguales con sendas sillas. Un soldado está sentado a la mesa del rincón donde apenas cabe la máquina de escribir y, ante la del centro, un teniente de baja estatura mira la entrada de Vidal y del funcionario estirando el cuerpo con un ademán de cobra, los brazos recogidos en la espalda y la cara alerta sobre el cuello tieso. Con una voz espesa y una dicción que debilita los finales de las palabras, el teniente despedirá al funcionario e irá pidiendo a Lamarca que diga su nombre, la fecha de su ingreso en la cárcel Modelo y todos los números que lo identifican como preso. El soldado va escribiendo en la máquina lo dicho por Vidal con los dedos índices suspendidos en un titubeo que retarda su caída sobre las teclas. Aligera, Peralta, se desespera el teniente, ¡Santa paciencia!, ¿es que te han mandado aquí solo para consumirme los nervios?, y enseguida se dirige a Vidal: le recuerda que ha venido a informar sobre el asunto de *Redención* del que debe exponer con claridad todo lo que sepa; su declaración se irá pasando a máquina y luego se pondrá en limpio y la firmará; tiene que hablar despacio y sin rodeos, ¿lo ha entendido? Pues si es así, adelante, puede ya empezar. Recuerde que debe hablar lentamente. Y nada de divagaciones.

Cuando Lamarca intenta hacer un relato de las características y de la ideología de las personas que trabajan en el taller de artes gráficas, el militar lo interrumpe, eso ya lo sabe y es ahora irrelevante, lo que tiene que aclarar es cómo se idean los mensajes, quienes participan en ellos, ¿hay alguien más coordinado con Gómez Carrera, alias *Bluff?*

Le sorprende a Vidal el hecho de que haya nombrado a Gómez Carrera. ¿Coordinado con Bluff?, pregunta como si quisiera sacudirse lo que acaba de escuchar mientras recuerda al dibujante moviéndose con la lentitud de los ensimismados para ir a sentarse un poco apartado, casi al fondo de la nave del taller, o rodeado de un grupo de reclusos a los que da una clase de cómo dibujar el movimiento en las historietas. Quizá Gomis o Carnicero o Pérez Contel, quizá alguno de

los redactores o de los impresores, pero no puede ser que Bluff, el abstraído, el que vive con la mente puesta en su hija y su mujer, esté arriesgando su libertad por pasar consignas secretas a los compañeros. Cuenta eso sobre Bluff. Añade:

—No creo que él ande metido en nada de eso.

Al teniente le cuesta levantar su voz apagada, pero es como si la levantara con sus gestos expansivos y airados. ¡Mal vamos!, exclama. No se mueve del sitio al abrir las manos, alzarlas luego como si implorara para acabar abatiéndolas hasta golpearse las caderas. Se vuelve hacia el soldado, ¿Pero qué estás escribiendo?, ¿ahora te cunde la taquigrafía? ¡Santa paciencia! ¡No pongas ni una letra hasta que yo te dicte! Se encara de nuevo a Vidal, chasquea la lengua, se aúpa sobre las punteras de las botas para recrecerse en una inspiración.

—Voy a repetirte la pregunta, ¿con quién estaba en contacto Bluff?, ¿qué sabes de su relación con José Renau?

Voluntarioso, buscando satisfacer al teniente, Lamarca empieza diciendo que ya lo ha contado, que Bluff es uno más del grupo que tiende a reunirse en torno a Carceller, antiguos compañeros de trabajo o conocidos del mundo de las artes que ahora se consuelan estando juntos y repartiéndose lo poco que tienen; en cuanto a Renau, no sabe Vidal qué decir sino que todos, incluido él, admiran a José Renau, y se refiere a su calidad extraordinaria de creador, a sus fotomontajes y a sus trabajos como cartelista, y no a que fuera director de bellas artes de la República ni a su influencia en el Partido Comunista, de eso nunca se habla, la política produce tirria entre los que trabajan en *Redención,* bastante cornadas les ha dado a todos la política.

Se distiende la cara del militar, su dureza ósea se rellena con una sonrisa y, cuando vuelve a hablar, su voz suena más dulce.

—Chico, todavía eres más ingenuo de lo que Sebastián Lanza me había dicho. Porque ni siquiera me planteo que creas que el ingenuo soy yo y que me puedes hacer perder el tiempo. De todas formas, apréndete lo que te voy a decir porque es un buen consejo: no vuelvas a decir nunca más que admiras a Renau, pero ¿a quién se le ocurre? No lo digas más si no quieres que hasta Lanza reniegue de ti.

El pelo del teniente se ve muy ceñido al cráneo a causa de que está empezando a sudar. Lleva la camisa remangada por encima de los codos, pero tira aún de la tela hacia las axilas, maldice el calor, se desabrocha un botón más y agita el borde de la camisa para que el aire removido lo refresque, Es un verdadero regalo, ni en África se cuecen mejor las criaturas, dice, y permanece abanicándose unos segundos hasta que cambia de golpe de actitud y, activo de pronto, con un tirón de su cabeza roma y sin carne, señala la mesa situada a

su espalda.

—Vamos a acabar de una vez. Acércate a la mesa y procura no agotar mi paciencia. Te recuerdo que te has comprometido a colaborar y, si sigues escurriéndote, eso te va a traer consecuencias. Y graves. Porque yo mismo me encargaré de que se te acaben los valedores.

El militar se situará junto a Vidal y le irá pidiendo que interprete las dos tiras cómicas que están dispuestas sobre la mesa. Son dos historietas de Bluff pertenecientes a su serie *Las cosas de don Canuto, ciudadano peso bruto*. Ambas se han publicado en *Redención* y las páginas donde aparecieron han sido recortadas y pegadas en sendas cartulinas. En una de ellas, puede verse cómo una ráfaga de viento arrebata el sombrero de don Canuto, quien lo persigue hasta encontrarlo tras una tapia que oculta un solar plagado con otros muchos sombreros. En la otra, don Canuto pesca a caña junto a otro hombre tocado con una boina, ambos en actitud tranquila hasta que un mismo pez muerde los dos anzuelos causando una disputa por la presa en la que los dos hombres acaban enzarzados en una nube de piernas y puños, inmersa a su vez en un torbellino de líneas de movimiento e iconos de anillos y estrellas que expresan la violencia o el dolor.

El teniente le pasará las dos tiras cómicas a Lamarca en las que destacan diversos detalles que han sido inscritos en círculos hechos con lápiz rojo. Le irá pidiendo que mire con atención esos detalles por donde va pasando el dedo: los sombreros tirados en el solar en la primera historieta y, en la segunda, la boina del pescador, el pez de la disputa, los puños en el aire, los anillos y estrellas que sobrevuelan la pelea.

Vidal mirará las dos historietas, que ya conocía, y ni siquiera se extrañará de que el militar le pida que desvele el valor oculto de lo encerrado por los círculos. El mismo lápiz rojo aislando los detalles ya lo ha alertado de lo que a continuación va a suceder. Un chispazo de pánico lo llena de conocimiento. Tiembla, sabe que está temblando y se concentra en evitarlo, en que no se le note, en que el teniente no le diga, como le dice, Tú mismo te estás delatando con tu miedo, di lo que sabes, cuál es el mensaje, haz tu declaración y no te perjudiques encubriendo a ningún rojo traidor; vamos, chico, habla, estoy intentando ayudarte.

Lamarca comprende que va a sustituir su voluntad o sus afectos por algo impuesto y monstruoso. Piensa en Bluff, lo piensa débil y benéfico. Piensa en la calumnia a punto de formarse y nota todo su cuerpo retrayéndose en una materia correosa; sin embargo, con vaguedad puede darse cuenta de que está orinándose porque algo le

quema los muslos y se los paraliza. Nota el pelo mojado del teniente junto a su hombro y el aire que espira rozándole el cuello, Me estoy cansando de esperar, quiero oírte qué significan estos puños, esta boina, estas estrellas. Lamarca no sabe qué contestar, no sabe siquiera cuál es el camino para la calumnia. Aprieta los ojos con fuerza y va a decir que se siente mal, que se está mareando, pero es como si se tragara las palabras junto a la honda inspiración con la que quiere luchar, sin conseguirlo, contra el desvanecimiento.

Cuando toma consciencia de sí, está sentado en la silla, junto a la mesa, y el teniente le da las palmadas en las mejillas, Chico, ¿estás mejor?, pero si hasta te has orinado en los pantalones, bueno, andamos mejor, ¿no?, vete al lavabo y te echas agua en la cara y, cuando tengas cuerpo, te tomas esas sardinas que te he pedido, dice señalando al bulto envuelto en papel de periódico que hay sobre la mesa. Lo ve luego caminar hacia la mesa donde está la máquina de escribir, sacar el papel del carro, echarle una ojeada y estrujarlo mientras se lo alarga al escribiente. Dice:

—Peralta, no quiero más errores. Pon un folio nuevo y deja espacio para el encabezamiento con la identidad del preso que luego escribirás. Cinco renglones en blanco y uno más para el epígrafe. Y, tú —alza la voz hacia Lamarca—, presta atención a lo que, cuando acabemos, vas a firmar.

Vigilando de cerca el tecleo del escribiente, esperando a que cada palabra pase al folio, el oficial irá dictando con una obligada lentitud que lo desespera, *El que suscribe, Vidal Lamarca Rosado, declara que reconoce las dos historias ilustradas que se le presentan y que identifica como originales del preso Carlos Gómez Carrera, que firma sus dibujos con el alias de Bluff. Ambas historias fueron publicadas en la revista* Redención*. La que figura con el número 1, el día 20 de abril de 1940, y, la señalada con el número 2, el día 27 de abril del mismo año.*

Cuando el primer párrafo está a punto de terminarse, el teniente se despega de la máquina con la cara vuelta a las manos del soldado que escribe con una lentitud ajena a los tiempos del dictado. Se va acercando a la mesa de despacho para tomar las cartulinas donde se han pegado las historietas, las agarra luego con las dos manos y las acerca a los ojos mientras repite la frase dictada e insiste todavía en las últimas palabras, *el día 27 de abril del mismo año*. Enseguida comienza un lento paseo que recala de un modo intermitente sobre la nuca del mecanógrafo para controlar el avance del escrito, *En todo coincide su declaración con lo detectado por nuestros servicios de información. Se trata de difundir consignas comunistas aprovechando la comicidad de las historietas y la acogida que tiene la revista* Redención

entre los penados de toda España… En la primera serie de ilustraciones, la de los sombreros que vuelan y caen al solar, se transmite la consigna de que el viento de la revolución volverá a llevar al cementerio, esto es, al solar, a la clase burguesa que es la que se toca con sombrero. Los republicanos no lo usan, según el anuncio de la sombrerería que hoy ha popularizado esa frase y todo el mundo repite…

Mientras el oficial espera a que termine de teclear el mecanógrafo, se interesa por el estado de Lamarca, ¿Más tranquilo, chico?, parece que te ha vuelto un poco el color, pero vete otra vez a refrescarte al lavabo que no quiero más sustos, dice satisfecho y, a punto de entrar en el optimismo, añade, Pronto acabamos, y se retrepa sobre la mesa apoyando las manos en el borde, las pequeñas piernas afirmadas apenas por las punteras de las botas. ¿Lo tienes, Peralta?, seguimos.

Está ahora centrado el teniente en construir las frases y no parece importarle la lentitud con la que dicta o repite las palabras ni los periodos de espera en los que solo se oye la despaciosa matraca de las teclas. *En la segunda serie de ilustraciones las consignas se diversifican. El pescador de la boina representa a los carlistas peleando contra las fuerzas del glorioso Movimiento por la herencia de España. El pez, que parece reírse de la pelea, queda identificado como Azaña en la línea de lo que tantas veces se ha dicho del nefasto expresidente de la República, que tenía cara de pez… En la última viñeta hay varios símbolos que el declarante también identifica coincidiendo en todo con nuestros servicios de inteligencia y confirmando la alerta sobre* Redención *que nos envió la Dirección General de Seguridad. Camuflados como signos del alboroto de la pelea entre los dos pescadores, aparecen dos estrellas soviéticas con sus cinco puntas distintivas bien marcadas y, junto a ellas, se aprecian con claridad unas líneas curvas, a modo de aros, que el declarante asocia a grilletes que saltan por los aires. Asimismo, el conocido saludo comunista de levantar el puño cerrado se representa hasta dos veces, si bien disimulado como los puñetazos que se asestan los dos pescadores en su disputa…* Engolfado en la redacción del texto, orgulloso del resultado, imprime el militar un vaivén a los dibujos que sostiene en la mano derecha como si hiciera ondular una batuta: *En definitiva, la historieta del autodenominado Bluff transmite un claro mensaje cifrado… un claro mensaje cifrado… una evidente consigna para alentar a los presos… En conclusión, las fuerzas republicanas aprovecharán las disensiones en el Glorioso Movimiento y volverán para arrasarlo, liberar de sus grilletes a los presos e imponer el infame dominio de los puños alzados y las estrellas de la revolución soviética.*

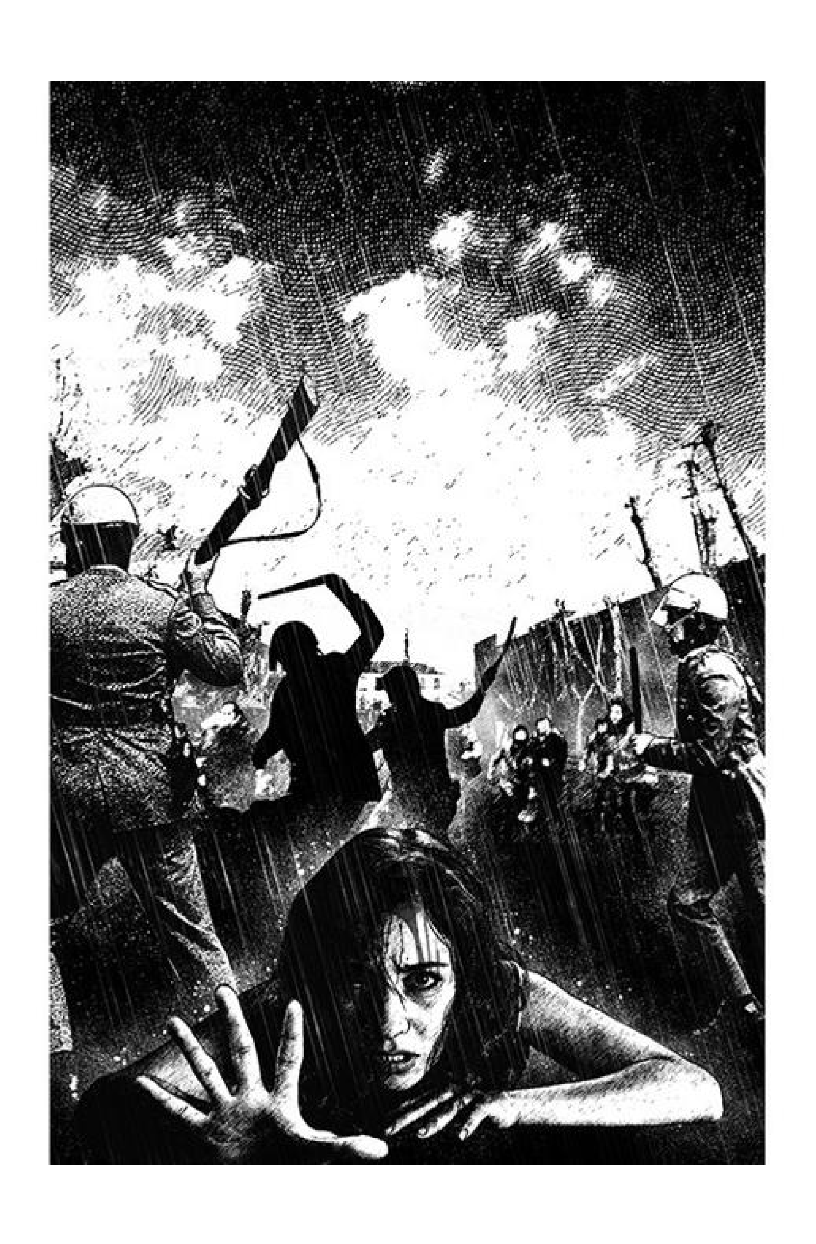
Cuando Vidal va a firmar el folio que le ha puesto el teniente delante, se le emborrona en un destello mientras escucha la voz del

militar muy cerca de su frente, Esta es tu declaración, pon tu rúbrica aquí, lo exhorta mientras le ofrece una estilográfica de resina, de un color azul oscuro, Toma esto y firma. Vidal percibe la pluma como una estela que vibra a una distancia cambiante de su cara sin que sus ojos consigan fijarla. Cuando la toma, se agarrota su mano y enseguida se conmueve en un traqueteo sin control, como si de la pluma fluyera una corriente que lo daña, ¿Qué te pasa, chico?, ¿no te me irás a mear otra vez? El dedo del teniente señala el lugar de la rúbrica bajo las tres letras, *Fdo.*, rematadas por el punto de la abreviatura, Vamos, aquí, ya está bien de remilgos, dice poniéndole una mano sobre el hombro.

—Firma de una vez, chico. Esta declaración es oro para ti, tú lo sabes, ¿no?

Nota Lamarca una náusea que no le sube desde el estómago a la boca, sino que se abre en su interior y lo presiona por entero. Debería concentrarse en resistir la angustia, en resistir el origen de la angustia, debería levantarse, negarse, pero permanece sentado ante el borrón del folio y el rectángulo móvil de la mesa que parecen ondular con el mismo ritmo roto de los latidos de su sangre. Sabe que el teniente está diciendo algo que el chirrido de su cabeza le impide entender, pero se da cuenta de que durante unos segundos le sostiene la mano con la suya para detenerle el temblor y se la acerca luego un poco hacia el papel hasta que nota cómo la plumilla toca el folio, cómo se hinca en él con una fuerza sin control y cómo sus dedos aprietan la estilográfica y la mueven a tirones dejando un trazo discontinuo y azul, tan quebrado que ni siquiera le parece reconocible y, mucho menos, que ese trazo sea su firma ni que la mano que lo acaba de hacer le pertenezca.

V
(1940-1969)



1

Rafael Zabaleta
(1940-1960)

Desde que Vidal Lamarca firma el documento que condena a Bluff, parece firmar también su excarcelación. Para salvaguardarlo de los crecientes rumores que lo señalaban como traidor, es trasladado el 9 de julio de 1940 a la prisión de Porlier, aunque se trata solo de un mero trámite para que le sea concedida la libertad provisional.

Apenas dos semanas después, Sebastián Lanza aparece muy de mañana en Porlier y, aireando su buen humor, se mete por las oficinas para saludar a los funcionarios conocidos y tomar un café en el archivo con un oficial, cómplice suyo en el mercado negro, al que le pide que aligere los papeles de Lamarca al tiempo que le entrega unas cajetillas de tabaco de Virginia y le confirma que esa misma tarde llegarán a sus destinos las tres partidas de aceite que ambos han gestionado.

El día y a la hora en la que le han dicho que estarían listos los trámites de excarcelación, Sebastián se encuentra en la entrada de la cárcel esperando la salida de su protegido. La primera visión que tiene Lamarca de la libertad es la de la luz penumbrosa del vestíbulo donde Lanza, con un traje de lino blanco y un sombrero del mismo color, fuma un Farias bajo un Sagrado Corazón que parece sostenerse sobre una leyenda, «Arriba España», pintada con grandes letras en la pared.

Lanza le sonríe y se le acerca en actitud de abrazarlo hasta que Vidal lo frena tendiéndole la mano con desconcierto. No siente agradecimiento a ese hombre risueño que se le echa encima aleteando los brazos y ni siquiera percibe la inminencia de pisar las calles de Madrid ni la alegría por dejar atrás una de las variantes del infierno. Una intuición lo sorprende en el mismo vestíbulo de Porlier. Es solo un segundo de lucidez que tardará en tomar cuerpo y en asentarse en su conciencia con toda su capacidad para someterlo: no le debe la libertad a Sebastián, sino que es Sebastián quien se la ha robado y nunca se la podrá devolver, así que no se dispone en realidad a atravesar la puerta, porque vaya donde vaya solo conseguirá desplazarse por el pasado que en esos momentos va a dejar atrás.

—Muchacho, todo llega. Lo hemos conseguido —dice Lanza, estrechándole la mano con una energía tan expansiva que Vidal se extraña ante un entusiasmo que debería ser suyo y sin embargo parece que también Sebastián se lo hubiera robado.

Lanza parece otro. Risueño, más afectuoso, sin asomos de autoridad: un inesperado camarada, como él mismo se autodefine. Tutéame, soy ahora tu camarada, le dice, y, créeme, muchacho, vamos a quemar Madrid, vamos a celebrarlo a lo grande, hasta coincide que mañana es tu cumpleaños, ¿verdad?, diecinueve años, diecinueve años recién cumplidos y una nueva vida en libertad.

Tiene Lanza su Chevrolet, verde y aparatoso, de cromados rutilantes, aparcado en las inmediaciones de la prisión y, desde el momento en que se sube en él, Lamarca comenzará a vivir un rito de iniciación en el exceso y en el olvido de la miseria, que Lanza ha planeado para mostrarle los beneficios de la incondicionalidad.

En el hotel Londres, donde se hospeda, le ha reservado una habitación junto a la suya. Allí Vidal se ducha y se viste con la ropa nueva que le tiene preparada; enseguida irán a las Sederías Carretas donde le comprará otras camisas y pantalones más apropiados a su estatura y le encargará un par de trajes a medida; comerán en tabernas platos de horno y sartén, tan ausentes en el pasado que ahora a Vidal lo conmueven con la fuerza de lo insólito. Beberán, irán al cine y seguirán comiendo y bebiendo en un piso de la calle Jacometrezo donde una adolescente bella y rubia retendrá a Lamarca durante todo el día siguiente. Es una chica con dicción alemana, triste y distante, que enloquece en los coitos mientras le ronronea que se muere por ser su novia y le jura amor eterno.

Durante los tres días que permanecen en Madrid, Lamarca tendrá una confirmación del carácter tornadizo de Sebastián Lanza. Pronto comprende que deberá convivir con un hombre voluble, de pasiones intensas e instantáneas. Lanza no sale de su lúcida borrachera y pasa de la exaltación a la pesadumbre, y del afecto al insulto y a una rabia inconsecuente que no sabe ni dónde descargar.

En el piso de Jacometrezo, junto a una cama manchada de flujo y de semen, Vidal lo sorprenderá arrodillado sobre un charco de vino, los brazos en cruz, como un místico panzudo musitando sus plegarias. Expía Lanza sus pasiones con la vista clavada en la estampa de un crucificado que ha apoyado contra la almohada. Cuando va a cerrar la puerta, Sebastián girará la cara hacia el ruido y durante unos

segundos se la mostrará a Vidal, vencida, mojada de lágrimas, tan humana que de pronto al expresidiario se le antoja una careta.

El último día de Madrid, Sebastián pasa la mañana acompañando a sus hermanos en una rueda de visitas a subsecretarios y delegados para afianzar abastecimientos y vías de estraperlo. Después, ya solo, se llegará a la Dirección General de Seguridad, donde entregará informes y recibirá instrucciones derivadas de su labor en los servicios secretos, un trabajo hecho de un modo itinerante durante la guerra y que ahora se reduce apenas al ámbito de Daza y, en menor medida, a la provincia de Jaén.

Al anochecer se pone su ambiguo uniforme de falangista y pasea con Vidal por la avenida del Generalísimo y la de José Antonio (la Castellana, la Gran Vía) para que pueda ver qué bien le sientan a la ciudad, le dice, los aires de la victoria. En las inmediaciones de la estación de Atocha, le pone la mano en la espalda para indicarle que vayan hacia un banco. Se sientan, Sebastián saca su tabaquera y le ofrece un Farias mientras enciende el suyo y empieza a hablarle de cómo está sometido a su tutela oficial y él responde con su honor de la conducta política de Lamarca que sigue su proceso en la Causa General, un expediente mayúsculo que ha iniciado el Caudillo contra todos los que se rebelaron contra la patria desde 1931. Todos pagarán, de eso puede estar seguro Vidal, pero él tiene su protección y debe responder con lealtad absoluta y terminar su camino de redención con el mismo paso firme que hasta ahora.

Se lo ve contento a Lanza, dueño de sí, reposado. Se hunde el Farias bajo el ancho bigote que hace un movimiento de retracción cuando cala el veguero y se dilata luego al expulsar el humo en bocanadas satisfechas mientras le describe a Vidal cómo será su día a día en Daza. Con una voz reposada y frases precisas, didácticas, se centra en encomiar la vida cómoda y regular que lo espera; sin embargo, hay un momento en el que su modo de pronunciar se entorpece y su mirada se hace fija, con un punto de entrega, los ojos lejos de lo que dice, expresando un pensamiento disociado. Vidal lo nota y al instante siente la alarma de que la mano de Sebastián, que ha permanecido cerca de su cintura, se eleve y comience a venir hacia él, hacia su frente o su pelo, hasta que se detiene titubeando en el aire para retraerse de inmediato con brusquedad.

Es la segunda señal de una sospecha que Lamarca tuvo por primera vez en el piso de Jacometrezo cuando, desnudo, acostado en la cama, entrevió a la media luz que dejaban pasar los postigos la silueta maciza de Sebastián muy cerca de él. Quieto Sebastián, asido a los barrotes de los pies de la cama, permaneció mirándolo unos minutos,

resonándole el aire al respirar hasta que, despacio, sin hacer ruido, se fue yendo hacia la puerta y la cerró con mucha lentitud, un poco antes de que la chica alemana la volviera a abrir con un alboroto de voces y una bandeja donde traía platos calientes y una botella de vino.

Y, ahora, sentados en un banco del paseo del Prado, está esa mano de Lanza que va a tocar el pelo de Vidal y de golpe se arrepiente y retrocede. Pero la huida de la mano es apenas un vislumbre de algo impreciso que Sebastián tratará en el acto de tapar bajo un estallido de palabras destinadas a deshacer el equívoco y a acreditar su reciedumbre de macho: salta del banco, pisotea el puro y enseguida se caga en el calor de Madrid, Joder, la orden puta, algo malo tenía que tener esta ciudad, ¿Pero qué coño hacemos aquí derritiéndonos como huevones?, vamos, arriba, hay que aprovechar que esto se acaba, porque mañana nos vamos de Madrid y a tomar por culo la fiesta. Él, le dice, no es dado a ostentaciones, eso queda para los mierdecillas, para los señoritos y sus rameras hijas de papá, pero esta noche, joder, esta noche hará una excepción, a lo grande, una despedida de tiros largos, así que se van ahora mismo a cenar al Ritz y luego al teatro Martín, a ver *Vampiresas*, una revista de las que hay pocas, ya verá Vidal, tías que explotan de buenas, con muslos de a kilómetro y tetas inmensas y duras como piedras de molino.

La Nacional IV era una carretera llena de baches, con arcenes estrechos o inexistentes, y, desde Madrid hasta los relieves de Sierra Morena, avanzaba en una sucesión de rectas que ensartaban pueblos dominados por sus iglesias, moles ocres con torres altísimas, levantadas en el horizonte con apariencia de árboles inmensos en una tierra que no los tenía.

Lanza y Lamarca han dejado Madrid y viajan a Daza en el sopor de los últimos días de julio. Han comido en Aranjuez y dormitan en el asiento trasero del Chevrolet que conduce uno de los empleados de la empresa de Sebastián.

El viaje por la Nacional IV está lleno todavía para Vidal del pasado reciente, los tres días en Madrid, la adormidera del lujo, de las putas, de las sábanas limpias, de la comida excesiva. Tres días de cura de la memoria, hechos con tal embotamiento de los sentidos que apenas fueron capaces de captar la nueva dimensión del espacio o los renovados olores o sonidos.

La idea que domina a Lamarca cuando abandonan Madrid es la de aceptar su condición. Ha rehuido un terrible castigo a causa de un

hombre que como un dios le exige y lo domina, lo protege y lo tutela. A ese dios le ha transferido su conciencia o eso le parece, porque, a su cobijo, se puede no pensar. Pero, aún en ese estado de aletargamiento, recostado junto a Sebastián en el asiento trasero del coche, Lamarca va a sufrir un aguijonazo que lo devolverá a la lucidez. Son las palabras de Lanza las que lo meten de golpe en una realidad de la que creía estar huyendo por la Nacional IV: Sebastián bosteza con los ojos entreabiertos, se restriega los párpados, mira de soslayo a Vidal, le pregunta cómo se siente, y añade, La libertad, divino tesoro, bendita libertad, ¿no?, alza Lanza los brazos en el aire, estirándolos, mientras abre la boca en un enorme bostezo, como si también la estirara, sonríe, Tu testimonio fue definitivo para empapelar a ese rojo emboscado, a ese Bluff; vuelve a bostezar tapándose la boca, añade, Así que esa declaración te puso en la calle el medio pie que te faltaba, porque el otro pie y medio te lo puse yo.

Cuando Vidal incluya en su novela este momento en el que Lanza sale del sopor para sacudirlo con el recuerdo de Bluff, encerrará en un globo las palabras de Lanza y explicará en una cartela lo que a continuación le cuenta Sebastián: la sentencia a muerte de Bluff en un juicio sumarísimo donde la interpretación de las dos tiras de Don Canuto, que Vidal respaldó con su firma, le supusieron a su autor la condena a muerte «por alta traición a la patria» al utilizar *Redención* para dibujar con doble sentido sirviéndose de «su inteligencia satánica» para incitar a la rebelión y engañar a la gloriosa España Nacional.

Una sola viñeta apoya este monólogo de Sebastián Lanza. Se trata de un plano detalle del perfil de su boca pulposa, del bigote abombado que acaba con limpieza sobre el bulto del labio y de una lengua que brota contorsionándose en el acto de hablar, llena de estrías, mojada de saliva y saltando hacia al aire como si escupiera. Detrás de la boca de Lanza, puede verse la ventanilla del coche y, al fondo, en la recta del horizonte, los trazos verticales de una torre que parecen a punto de disolverse en el cielo.

Después de pasar Despeñaperros y de adentrarse un buen trecho por carreteras incrustadas entre olivos, Lamarca ya ha asumido que haber protagonizado una infamia es seguir protagonizándola en el futuro; no se cierra una infamia como se cierra una casa abandonada, porque sigue pasando por dentro, sigue sucediendo en la memoria y hace imposible la muerte de lo que debiera estar ya muerto. Piensa: Bluff, Carlos Gómez Carrera. Ve escorzos de su cara, sus ojos pestañeantes de miope mientras se lava en la jofaina. Lo ve sonreír, absorto en una idea que le ha suspendido el lápiz sobre el papel. Lo

piensa escribiendo con ojos de terror, *Papá te está dibujando un cuento muy bonito con acuarelas de muchos colores…*

—En media hora estamos en Daza —dice Lanza, girando la mano para mirar al reloj y llevarla luego hasta el hombro del chófer—. Tavera, a ver si nos ahorras aunque sean cinco minutos. Písale a esta cafetera. ¡Dale gas!

Recuerda Lamarca la conmoción que había el 28 de junio cuando llega al taller. Recuerda a Pérez Contel acurrucado junto a un taburete con expresión de sonámbulo; a Badía murmurando con la voz agarrotada, Pero, ¿cuándo van a parar de matarnos?, ¿dónde está la piedad que predican?, y los nervios de José María Carnicero, que se le han metido en el manoteo con el que apoya su media voz en medio del corrillo, y cómo se calla de repente cuando Vidal se acerca. Todos lo saben desde la madrugada. En la saca de este amanecer se llevaron a Vicent Miquel Carceller, a Bluff, a Alfredo Gomis. Desde el camión que los trasladaba al Terrer de Paterna, se oyó también el grito de aliento revolucionario del jefe sindicalista Isidro Escandell. Nadie ignora que los asesinaron nada más llegar al campo de tiro de Paterna, que cada uno recibió tres balas en la cabeza y tres en la espalda, que echaron los cadáveres amontonados en una fosa tras darles el tiro de gracia.

Lamarca nota el silencio que crea su presencia en el taller mientras mira cómo Carnicero quiere consolar a Pérez Contel y se abraza a él, llorando, las dos cabezas unidas, estremeciéndose en un solo nudo de dolor, y no puede dejar de ver en ese abrazo el otro abrazo de Bluff y Carceller dieciocho días antes, cuando volvieron del consejo de guerra que los condenó a muerte. Bluff se había quitado las gafas y, con la voz estrujada por el hombro de Carceller que lo sostenía entre sus brazos, preguntaba, apenas podía preguntar, qué había hecho él para que lo mataran si sus únicas armas eran los lápices mientras que Carceller solo sabía abrazar al amigo hasta que la rabia le destaponó la flema de la garganta y con un gemido resonante soltó la acusación, ¡Entre nosotros hay un traidor, un traidor, traidor, traidor…!

Ahora en el coche, camino de Daza, mientras el vozarrón de Carceller le llena la cabeza, piensa Vidal que Bluff tenía treinta y siete años y ese número le parece extraño, fijo, en cierto modo indestructible. Sigue pensando que la edad de Bluff es eterna hasta que otra voz le borra el pensamiento.

—Despabila, muchacho, estamos llegando a casa. Acabamos de pasar el Guadalimar.

Sebastián acoge a Vidal en una habitación de su casa de la calle Nueva, un dormitorio con un balcón que da al hospital de Santiago, muy amplio, con muebles de nogal y una mesa camilla donde puede aislarse de la familia Lanza, que por otra parte es poco entrometida y de escasos miembros: Matilde Delgado, la mujer de Sebastián, y Matilde Lanza, la hija adolescente que parece una réplica de la madre, grandullona, tímida y siempre dispuesta a la sonrisa y la complacencia. Ambas mujeres viven pegadas a los seriales de la radio, tienen poca vida social y pasan bastante tiempo la una sentada frente a la otra manejando con destreza las cartas para hacer y deshacer inacabables solitarios. Las comidas son solemnes, copiosas, rematadas por postres tan insólitos para la época como dulces de merengue, flanes de huevo o melocotones en almíbar. Sebastián bendice la mesa y luego no permite que se hable demasiado mientras haya alimentos sobre el mantel, es de mala educación, sostiene, se ve la comida en la boca al masticar mientras se habla, algo incompatible y repugnante que le levanta el estómago y degrada a quien lo hace. Urbanidad, insiste, cultivar los modales, la buena crianza. Por lo demás, madre e hija procuran satisfacerlo en todo, reciben con frecuencia a la modista o al viajante de joyas y dedican algún tiempo a la lectura de tema elevado, según la expresión de Lanza, libros que el jefe de familia ha ido comprando movido por su instinto de no ser despreciado por lo mejor de la sociedad, por gentes que poseen el lustre de la civilización y pueden excluir a los otros con el pensamiento afilado que da la cultura.

Sobre la mesa del despacho de Lanza destaca un crucifijo de mármol y algunas fotos de él estrechando la mano de Queipo de Llano o alzando su copa en un homenaje al general Yagüe o sorprendido por la cámara cuando ondea una bandera de Falange entre los oficiales que encabezan a una multitud de legionarios el día de la toma de Barcelona.

En las paredes se exhibe un paisaje de Mariano Fortuny como subordinando a media docena de óleos que con sus marcos dorados ensombrecen a los anaqueles de cerezo donde no hay muchos volúmenes, pero todos lucen su encuadernación de piel y bastantes de ellos han sido leídos a conciencia por su propietario. Varias tragedias griegas conviven con Virgilio y Homero en la misma balda, sobre otras donde se alinean libros de Cervantes, de Fray Luis de León, de Calderón, de Lope, de Gracián, de Balmes, de Donoso Cortés o de Pemán. Los otros textos, en su mayoría opúsculos o folletos, contienen el pensamiento de los teóricos del Movimiento y la Falange, y constituyen el suelo que pisa el pensamiento de Lanza para impulsarse

hacia los clásicos, Hacia asuntos de tema elevado, dice, porque es muy importante sacudirse el pelo de la dehesa para exigir tu sitio sin que nadie te pueda sacar los colores ni tildarte nunca de zote.

Es en ese despacho donde Sebastián prefiere confesarse y donde se recluye para rezar y hacer sus laboriosas sesiones de meditación y penitencia. En él recibe a confidentes, celebra reuniones con políticos y eclesiásticos, archiva testimonios, cartas, revistas o cualquier papel relacionado con los republicanos, y va preparando fichas e informes sobre desafectos que, para anudar negocios y servicios, prefiere entregar siempre personalmente en viajes a Jaén y a Madrid.

Algunas tardes Lamarca juega a las cartas con la familia, pero es a la biblioteca de Sebastián a la que le dedicará la mayoría de sus ratos libres durante los casi tres años que pasa en el domicilio de los Lanza. Aislado del resto de la casa, bajo la lámpara de pie de su dormitorio, lee a los clásicos; huye del dibujo (en el dibujo está Bluff y Bluff es la culpa), hace encargos de mediación para Matilde Delgado y siente que se le arraigan manías que se convertirán en hábitos: atirantar hacia atrás el pelo con fijador, afeitarse a conciencia hasta dos veces diarias y mantener siempre la ropa como recién descolgada de las perchas. Por otra parte, con frecuencia vuelven a sus sueños Clara y Bluff, y aún lo visitan por la noche dos soldados y un sargento que lo tachan de desertor y ponen las bocas de sus fusiles en su sien para disparar a bocajarro. No consigue dormir con la luz apagada ni dejar comida en el plato ni dominar algunos tics como el que lo lleva a deshacer los nudos de cables o cuerdas o, sin motivos aparentes, apretar los puños con fuerza para abrir la mano enseguida, los dedos estirados, como si buscara algo en el aire.

Ya se sabe Vidal un joven tan viejo que se impone la disciplina de la cautela, habla poco o acepta sin enjuiciarlo cualquier requerimiento. Ha aprendido a aparentar que no se da cuenta del deseo que despierta en Lanza, porque cualquier humillación se puede achicar con el silencio, basta con contener los gestos sin nunca desplegarlos, basta con dejar que no sea su voluntad sino el entorno el que le dicte la conducta.

Vidal Lamarca es ya un impostor que ha asumido la simulación como medio de vida con la consciencia de que eso requiere una absoluta vigilancia sobre sí para no errar su personaje.

Algunos atardeceres pasea con Lanza por la carretera de Sabiote con los dos perros lobos que por entonces guardan la empresa. Su mentor le cuenta anécdotas sobre él y sobre Daza y lo instruye sobre el nombre de plantas y árboles de los que es gran conocedor. Son paseos amables, llenos de sol y de sonrisas, en los que se diría que los

dos encuentran en la naturaleza olvido o reconciliación.

Los sábados acompaña a los Lanza a comer por las cercanías de la ciudad y, las mañanas de domingo, va a misa con la familia, las dos mujeres acicaladas como para asistir a la ópera, velos y manguitos de encaje, joyas y collares, pieles o raso; con ellos se sienta a tomar el aperitivo en alguna de las cafeterías de las dos plazas del centro, él y Lanza vestidos con el rigor acartonado de las revistas del sastre. Bajo los soportales de esas plazas, se mueve una recova de ciudadanos que saludan a Sebastián o se acercan a su mesa para que se produzca la ceremonia de la iniciación en la ciudad, Hombre, mira, a propósito, te presento a Vidal Lamarca, mi nuevo gerente, casi un hijo Vidal, uno más de la familia, un tío listo Vidal que ha sabido corregirse a tiempo, aquí lo tienes hecho un hombre de bien, no sabes lo orgullosos que estamos de él. Una cabeza de ciervo Vidal, pensará el propio Vidal, para colgar en las columnas de las plazas del centro.

Desde el día siguiente de la llegada a Daza, Sebastián comienza a enseñarle la mecánica de su empresa, compras y asientos, pedidos y salidas, contabilidad minuciosa de precios y mercancías. Pronto le advertirá del especial cuidado que hay que tener con los productos del mercado negro, una rama de la empresa que seguirá llevando él en persona, aunque, ya lo ve, las cartas bocarriba, ciega confianza y las cosas claras desde los primeros días, así que mejor que refuercen su mutuo compromiso y sea él mismo quien le informe del trasfondo de la empresa y de que Vidal tendrá que viajar acompañando los envíos más comprometidos, en consecuencia, no le ocultará quiénes son los chóferes de confianza, la lista de contactos de la empresa o de las personas que, si llaman por teléfono, solo deben hablar con él. Por la misma causa, lo baja a las naves y le muestra un trampantojo en el remolque de uno de los Leyland, los dobles fondos en las cántaras de aceite o los sacos de alfalfa que llevan en su seno, como fetos, otros más pequeños con café procedente de Portugal.

Hará Lanza que Vidal se instale en la oficina donde los dos pasarán años el uno frente al otro, sentados en sendos sillones de rejilla, separados por la mesa y atados por un negocio exigente en tiempo y de complicados encajes. Dos camaradas que fuman y beben licores mientras el mayor va desvelando al menor su trato privilegiado con cargos del Régimen, en especial con los de información y prisiones, y la fidelidad que mantiene con pagos en especie de viceconsejeros, mandos de la Guardia Civil o inspectores de tasas y de abastos. Le

especifica qué tipo de favores son los más eficaces, cuándo y cómo hay que hacerlos para allanar fielatos y controles de carretera; en qué momento conviene ralentizar o cambiar la ruta de ese goteo de camiones, con las guías de transporte falseadas, que ocultan partidas de azúcar o harina y, a veces, artículos esporádicos como chocolatinas inglesas, destornilladores, plumas Parker o antigüedades.

La empresa Lanza sufrió un recorte en sus ganancias en junio del cuarenta y uno, cuando el director, el médico y el jefe de servicios de la prisión de Córdoba fueron sometidos a consejo de guerra y se hizo explícito el desvío de alimentos y medicinas de las cárceles hacia el mercado negro, así como un trapicheo continuo de guardias y funcionarios con la correspondencia de los presos o con la reventa de artículos de la cantina. El enriquecimiento del director de la cárcel cordobesa, Díez Lamiere, despertó la alarma del Régimen a causa de su inmoderación: en un mes murieron en ese presidio ciento diez internos víctimas del hambre y el abandono, mientras Lamiere atribuía la suciedad de los presos «a su propio ser» o hacía sustituir el chorizo por vegetales, pimentón y pellejos embutidos.

La expulsión del cuerpo de prisiones de los tres implicados tiene el efecto de pautar el tráfico de los camiones de Sebastián y, aunque pronto vuelve el estraperlo a su normalidad imperial (a ser esencia de la España imperial), un consejo de hermanos Lanza decide que la ganancia está de sobra fuera de las prisiones, la hambruna general permite la exuberancia del estraperlo en cualquier sitio y no merece la pena arriesgarse en las cárceles. En adelante las proveerán con los papeles limpios, ni un kilo de garbanzos en negro.

Cuando Sebastián le cuenta a Vidal este revés de los presidios, no le extrañará su tono de voz complaciente mientras expresa las bondades del trabajo honrado y la tranquilidad de conciencia que le supone abandonar un negocio sucio. Parece inverosímil pero ni siquiera repara Lanza en que su empresa seguirá medrando en parte con la corrupción de cargos con poder de decisión al tiempo que multiplica el precio de productos básicos a una población que carece de casi todo y literalmente muere de hambre.

Sebastián Lanza ha ido extremando las dos puntas de su carácter (esa acritud suya que limita con su aspiración a la benevolencia) y ya no es solo un hombre de altibajos, sino que a veces los dos polos se anulan, le roban el criterio y lo hacen parecer un recién llegado a su propia vida, alguien sin referencias que aún no ha estrenado su código moral. En esa época ya toma por sistema un jarabe de veronal disuelto en agua o en vino, le han aparecido placas de dermatitis en los pulgares y, en ocasiones, su discurso se adormece, se le traban los

ademanes y llegan por instantes a paralizarse en una dramática espera del movimiento motriz.

Ha podido ver Lamarca cómo una anciana era denigrada por Sebastián en plena calle por el hecho de haber descubierto que transportaba en un plato un pastel hecho con harina blanca. Era una señora encorvada sobre su vestido de luto, el paso cuidadoso y los brazos en actitud oferente para sostener el pastel cubierto con una servilleta. Bajaban por la Corredera Vidal y Sebastián cuando se cruzaron con la mujer, y algo intuyó este porque interrumpió lo que decía y se abalanzó sobre la servilleta para levantarla de un tirón y casi al mismo tiempo darle un manotazo al pastel que quedó destrozado en el suelo, ¿Usted sabe lo que está haciendo?, se plantaba en la acera Lanza para cortarle el paso a la anciana y hacer resonar la voz, ¿Usted no conoce las leyes?, ¿es que no sabe todavía que la harina blanca solo se puede utilizar para hacer pan?, y, haciendo aspavientos en medio del corrillo de mirones, gritó un rato su discurso justiciero sobre el bien común y la carencia de pan hasta que los gimoteos de la señora desembocaron en llanto, Nada de lágrimas y a pensar más en los demás, ¿estamos?, se le aflojaba a Lanza la hinchazón del pecho, enseguida se apartaba para dejarle paso a la señora y, cuando volvió a hablar, su tono se hizo manso y persuasivo, váyase, buena mujer, por esta vez no voy a denunciarla, pero nunca olvide lo que ha pasado hoy aquí.

La balanza particular de Sebastián Lanza entre daño y culpa la nivelaba haciendo recuento de sus maldades arrodillado en el suelo de su despacho, la cabeza tronchada y la voz compungida para expresar el dolor de corazón y las promesas, padre, de nunca más, prometido queda, padre, y asistir enseguida al acto mágico de la mano del sacerdote absolviendo desde el útero regenerador del confesionario.

Sin embargo, o bien sus acciones dañinas las reinterpretaba como en esencia buenas o, por el contrario, su sentido de culpa se hacía resistente y buscaba un plus de expiación con las rodillas clavadas en el suelo de su dormitorio o sentado en su despacho mientras sentía en el muslo el bocado del cilicio o, como quien encala su casa cada primavera en un rito de depuración, acudía puntual a Granada los Viernes Santos para unirse a la procesión del Silencio, descalzo y anónimo bajo el antifaz, con el ánimo propicio a la autodestrucción y los pies, que le llegaban a sangrar, lastrados por cadenas.

Ese Sebastián Lanza, que cree con fervor lo que dice y tergiversa el valor de lo que hace, que fomenta las denuncias políticas e informa de sus convecinos o que se insinúa a Vidal con lascivia; ese hombre, que anula sus contradicciones con un mero golpe de rabia, es el mismo

que en varias ocasiones le ha pedido a Lamarca que acompañe al conductor a Auxilio Social de Villacarrillo o de Cazorla o de Jódar y deje allí la partida de alimentos que ya está cargada en el camión. En todas esas ocasiones, lo despide siempre con un aviso que tiene pocas variantes: nadie debe enterarse de quién regala ese lote de alimentos, Vidal se ocupará de mentir con todo el tiento del mundo, tendrá que justificar el lote como una donación que les ha llegado de Madrid o del ejército o de quien él quiera. O no justificar nada, pero que nunca se sepa su verdadero origen.

Cuando décadas después Lamarca filtre en su novela gráfica sus primeros años en Daza, entresacará un puñado de escenas que hablan de su difícil adaptación a la miseria moral que se ha traído de la cárcel y que ahora no deja de crecer en su entorno.

La primera impresión que tendrá Vidal de Daza es la de una ciudad tan hermosa, tan pasiva y tan fría que la dibujará como si sus torres y palacios y sus mismas calles fueran de cristal. La ciudad es cabeza administrativa y comercial de la comarca, tiene bastantes almazaras, artesanía de cerámica y esparto, fundiciones para prensas aceiteras, pero es la tersura y el silencio del vidrio lo que domina en la gran viñeta panorámica que abre en su novela la etapa de Daza.

Esta metáfora de la ciudad de cristal podría describir también el futuro que le aguarda allí de no ser por algunos hechos entre los que descollará la aparición de Zabaleta y en especial la de Rosa Teba, quien, muchos años después y en palabras del cómic, hará que la ciudad pierda su costra de hielo y ante los ojos de Vidal muestre en plenitud su belleza. Pero por entonces Vidal vive apegado a los Lanza y no puede ni imaginar que habrá un día del año sesenta y cuatro donde la presencia de una sola mujer le hará rebelarse contra casi el cuarto de siglo en el que se ha sometido a la vida incompleta, a la vida menor o vicaria de los desahuciados por la guerra.

Aparte del episodio del pastel de harina blanca y otros en torno a la hambruna, a la mendicidad y al luto generalizados, dedicará dos páginas a la aplicación de la Ley de Responsabilidades Políticas que retrotraía sus efectos no solo a los años de la guerra, sino hasta 1934, a fin de inculpar también a cualquier partidario de la República. Es en boca de Sebastián donde pone el alcance de esa ley mientras recibe en el despacho de su domicilio a una comisión de la Junta Provincial.

En la primera viñeta de las cuatro con las que desarrolla esa secuencia, los miembros de la junta están de pie junto a la puerta. La

sotana de un cura alto destaca junto a los uniformes de la mayoría que se arraciman junto a la puerta mientras Lanza les señala las sillas dispuestas delante de la mesa. Diversos globos contienen lo que dicen los recién llegados: *¡Quemaron iglesias, imágenes y archivos eclesiásticos! ¡Hasta la liberación del 29 de marzo del treinta y nueve asesinaron a mansalva! ¡Daza fue un contradiós en manos de salvajes!*

En la segunda viñeta Sebastián está sentado a la mesa ante sus invitados y habla levantando un portafolios en cuya carátula el enunciado Ley de Responsabilidades Políticas queda acortado en «Ley de R. P.». En una cartela escribió Vidal lo que está diciendo Sebastián: *Pagarán sin remedio los que contribuyeron a crear o a agravar la subversión del orden o los que se hayan opuesto o se opongan al Movimiento Nacional con actos concretos o con pasividad grave*.

Los dos últimos dibujos dedicados a la Ley de Responsabilidades son una consecuencia de los dos anteriores. El tercero se centra en las masivas ejecuciones de posguerra que, en un intento logrado de socializar el terror, llegaron a sumar en la provincia mil doscientos ochenta fusilados hasta el cuarenta y nueve, un punteo de muertes que Vidal sintió continuamente cómo lo rondaba sin tener más defensa ante ellas que la de no cometer ningún error en el sistema de simulaciones que desplegaba para Sebastián. Por otra parte, el dibujo que recrea estas ejecuciones es un remedo del óleo de Goya sobre los fusilamientos del 2 de mayo.

En la cuarta estampa de la serie, la escena se desarrolla ante la catedral y está protagonizada por un grupo de falangistas, incluidas dos muchachas vestidas con el negro uniforme femenino, que en torno a una mesilla y a una gran cesta levantan en el aire bollos de pan y reparten bandos entre los transeúntes mientras chillan: *¡Denuncia aquí a los rojos y masones! ¡Viva la ley de Franco! ¡Regalamos pan candeal para los patriotas!* Al pie del dibujo, comenta Lamarca: *Muchos de los delatores se vestían de morado y lucían cíngulos amarillos de penitencia. Pero no solo los movía la fe y el pan, sino el ansia de venganza y de hacer méritos ante la junta a costa de la vida de sus vecinos.*

Cuando Lamarca se dibuja a sí mismo en esta época, se ve casi siempre solo, en escenas aisladas pero concebidas para sumarse e integrar una continuidad que abarca varios años. Se ve yendo a firmar a comisaría cada dos semanas, una humillación de la que no quiso liberarlo Lanza; o sometiéndose a la imposición, que alcanzaba a todos los adultos, de hacer el saludo fascista a su paso ante la cruz de los caídos clavada en la iglesia de la Trinidad; o paseando por descampados, incluso bajo la lluvia, con el fondo de la ciudad coronando la loma de torres; o leyendo *El Buscón* de Quevedo en la

mesa camilla de su dormitorio, las manos sosteniendo las sienes y aislando unos ojos que brillan en la penumbra.

Las anteriores viñetas tienen el peso del silencio. Un Vidal mudo que transita por la ciudad de vidrio donde nada, ni siquiera su figura huesuda, parece tener sonido o movimiento. Entre las escenas donde introduce palabras, destacan tres:

Desde una perspectiva en picado a fin de que tomen protagonismo unas sábanas muy revueltas, Lamarca duerme en su cama con la boca entreabierta y los miembros como descoyuntados. Sobre la quebrazón de las arrugas de la almohada, están escritos los nombres de sus pesadillas —*Bluff, Clara Hervás*—, que se repiten formando una espiral alrededor de su cabeza.

En la cabina de un camión, se dibuja Lamarca sentado junto al conductor en medio de una atmósfera llena de oscuridad y del blanco del humo de los cigarrillos. Hacen un viaje nocturno cuyo destino es dar un escarmiento a un almacenista que está escapándose de la esfera de Lanza. Vidal lleva un abrigo cruzado, de grandes solapas, y tiene el sombrero puesto. Está envuelto en un aura emocional conseguida gracias al tajo de luz que le recorta solo los pómulos y fragmentos del sombrero mientras la silueta del conductor negrea delante del cristal donde la lluvia pone líneas de brillo. El tratamiento escénico de la imagen está sin duda motivado por el destino del viaje, por la noche lluviosa, por la pistola que lleva Vidal en el bolsillo del abrigo. En el globo cuyo delta señala al conductor puede leerse: ¡*Vaya noche de perros! Esperemos que no se tuerza más*. Fuera del dibujo la voz del narrador explica el motivo de viajes como ese para terminar añadiendo: *La Star del nueve largo, que Lanza me regaló en prueba de confianza, me ardía en el bolsillo y, sin embargo, mi embrutecimiento era tal que sabía que llegado el caso no la usaría solo como arma disuasoria.*

Con el mismo tratamiento que, mientras escribía a su hija en la cárcel, dibujó la mano de Bluff junto a la suya, que a su vez escribía a Clara, la viñeta representa de nuevo la mano de Vidal que comienza a redactar una de las muchas cartas que envió a Clara desde que salió de Baena. Si antes las enviaba al servicio anarquista de la SIA y a Auxilio Rojo, desde que acabó la guerra, las remitiría al Patronato de Prisiones y a la Cruz Roja, y ahora tanteaba en improbables ayuntamientos y estafetas de correos. *Querida Clara: mis cartas no saben encontrarte*, acaba de escribir la mano de tinta china de Lamarca y, encima de ella, en el rectángulo del cartucho, su mano real añadió: *Mis cartas nunca llegaron a destino y aún pasarán años antes de que recibiera las de ella para enseñarme que nos pasamos la vida construyendo lo que el tiempo no para de destruir.*

Desde que la noche se hizo cerrada, comenzaron a levantarse bandas de niebla que transformaban la atmósfera en una masa quieta, tan densa que parecía un líquido a punto de cuajar; en esa noche de diciembre del cuarenta y tres, Lanza y Vidal regresan de una venta cercana a Andújar donde han pasado la tarde con unas prostitutas de Córdoba que, después de algunos duros de más y no pocos ajustes, habían acudido a la llamada de Sebastián. Estas salidas a burdeles las dosifica Sebastián con un ritmo regular. Son higiénicas, mantienen la virilidad y te airean el cerebro, por eso, cada quince días o cada vez que haga falta, un buen polvo y fuera penas, se descarga uno y luego a trotar y a comerse el mundo.

Borrachos y adormilados, vuelven a Daza en el Chevrolet de Lanza, quien parece ver tan mal que se ha puesto sus gafas de lectura y, echado sobre el volante, adelanta la cabeza hacia el parabrisas intentando no perder de vista la lengua negra del asfalto, Voy ciego, se ríe, maldita niebla y maldito veronal, maldito elixir de veronal del doctor Bustamante; la risa hace que el coche se desvíe levantando barro del arcén y que, cuando pise sin tino el freno, resuene a metal, derrape, dé un par de sacudidas y termine por calarse, Joder, qué mal, se asusta Lanza haciendo un amago de dar un puñetazo al volante. Se vuelve hacia Vidal. Dice: el veronal, muchacho, me deja noqueado, me pone los ojos como gusanos. Vuelve a reír mientras le pega un tirón a la corbata y se desabrocha el cuello de la camisa, mientras añade: como gusanos no, como lombrices ciegas. Con un amago de coraje, gira la llave del motor de arranque y el coche se aventura de nuevo hacia el fondo de la niebla entre frenazos, eses, joder, giros enérgicos de volante, maldito veronal, hasta que Lamarca le pide que se aparte a la cuneta a ver si, mientras despeja, echan una cabezada y se pueden recuperar.

A poco de haber detenido el coche en la entrada de un camino rural, Lanza se quita las gafas, sale del vehículo a orinar entre la niebla y regresa con un puro encendido. Se ha despabilado, se siente locuaz y la energía lo endereza ahora en el asiento, ya lo sabe Vidal, hoy ha sido un día como para enmarcarlo, ese alegrón de que a su hija le hayan desechado el diagnóstico de un tumor maligno y que los médicos de Madrid se la hayan devuelto limpia, así, de golpe, ¿hay noticia mejor?, si hasta, nada más saberlo, se le ha ido a la mierda ese

runrún que le roía el corazón, si hasta le parece que tiene diez años menos, además, ya era hora, ¿no?, hacía tiempo que lo necesitaban, él y Vidal, quiere decir algo distinto, a lo grande, dos polvos por cabeza, champán francés y las mejores tías de esta parte de Andalucía, porque nunca piense Vidal que no mira por él y que no le preocupa verlo mustio, lo observa y lo comprende, por algo él es su padre putativo o su hermano putativo o como se diga, por algo Vidal se ha hecho como quien dice un hombre a su lado y estas cosas son así, el roce hace el cariño y lo estima mucho aunque no lo parezca, mucho más de lo que pueda imaginar, mucho más de lo que aparenta o le sale por la boca porque ya sabe Lamarca como es él, que tira a seco y no le gustan los remilgos, pero por lo menos quiere decirle que se lo ha ganado a él, a Sebastián, y que a su lado siempre estará protegido y que haya muchos años iguales a esta noche, a ahora mismo, tirados en la carretera como dos camaradas que follan, sufren, trabajan y queman la noche juntos.

El monólogo de Sebastián le ha ido separando cada vez más la voz de los visajes. La voz se ha ido adormeciendo a medida que la frenaban flemas y torpezas articulatorias. Los ojos, claros y saltones, se han mantenido vivos repasando la cara de Vidal y aproximándose a ella con una tensión intermitente de deseo. Pestañeos, párpados entrecerrados para afilar la mirada, y la sonrisa alcohólica acolchada por la emoción o endurecida de repente por la audacia de la mano que expresa lo que Lanza no se atreve a decir y toca la rodilla de Lamarca, No pienses que no miro por ti ni me preocupa verte mustio, la mano derecha que se posa en el hombro, Estas cosas son así, el roce hace el cariño, o le envuelve el antebrazo y se lo aprieta con levedad, Te estimo mucho más de lo que puedas imaginar.

Mientras hablaba Lanza, se ha mantenido Vidal en alerta preparando algún modo de evadir la situación. Siente alivio después de que Sebastián haya mantenido la cabeza girada hacia él, mirándolo unos segundos entre la duda o la espera, y luego haya hecho un gesto displicente para recostarse en el asiento con la vista en el techo mientras fumaba a grandes bocanadas hasta que tiró la colilla al campo encharcado de diciembre. Pronto caerá Lanza en un sueño súbito hecho con unos ronquidos difíciles debido a que la garganta le ha quedado aprisionada entre el pecho y el desplome de la cabeza. Vidal siente que es una tregua ese roncar roto de Sebastián sin que pueda imaginar que él también encontrará la suficiente tranquilidad como para dormirse y que, cuando despierte con la primera claridad del amanecer, verá una mancha que traza una curva cerca del bolsillo izquierdo de su pantalón, una salpicadura de un líquido espeso que sin

duda es semen, como es semen esa otra mancha blancuzca bajo el falo de Sebastián, que, negro y arrugado, despunta desde su bragueta.

Puede Lamarca imaginar con repugnancia lo que ha sucedido. Puede recordar a Sebastián mirándolo entre jadeos a los pies de su cama en el piso de Jacometrezo, imaginarlo ahora mirándolo desde el asiento del conductor, resollando mientras lo mira y se masturba. Sale del coche, respira el fresco de la madrugada y se limpia el semen con hierba pensando que no debe alterar esos delicados puentes de rechazo, gratitud y sometimiento que lo unen a su protector. Ese equilibrio es el que le permite estar ahora vivo, casi indemne, solo un poco aturdido mientras pasea entre los charcos del olivar y se dice que cuando regrese al coche, como ahora está haciendo después de oír las llamadas con el claxon de Sebastián, debe ser él quien ignore y haga ignorar lo sucedido y restablezca esa cordialidad de dos camaradas que follan, trabajan, sufren y queman la noche juntos. Debe ser él quien tape con la normalidad la lujuria de Lanza y le sonría despreocupado antes de decir algo que proteja a su mentor, decir, por ejemplo, Buenos días, menuda siesta, ¿te encuentras ya un poco mejor?

El 21 de diciembre del cuarenta y tres, cinco días después de aquella noche de alcohol y niebla, Vidal será convocado al salón para reunirse con la familia en torno al aparato de radio, un Marconi de mueble de enebro que a modo de sagrario preside el semicírculo del tresillo.

Lanza está acomodado en un sillón con una chaqueta de estreno, su mujer y su hija hieráticas sobre el sofá, todos ante una mesita llena de bandejas con licores y dulces. Rodean el aparato Marconi y se disponen a escuchar el saludo navideño de Muñoz Grandes. Vidal toma asiento en el sillón libre, acepta la copa de anís que le ofrece Matilde Delgado y va a coger un rosco de huevo cuando Sebastián mueve las palmas abiertas pidiendo paciencia igual que si dijera ahora no, un poco de respeto al teniente general de la División Azul, luego habrá tiempo para festejar, y se levanta para subir el volumen al aparato y un poco más tarde va asintiendo con la barbilla a las palabras de Muñoz Grandes que vibran en torno a él con un chisporroteo eléctrico, *Con frío en los huesos y mucho calor en el corazón,* cabecea el índice de Lanza señalando la radio y sonríe en círculo a su familia como para transferirles el orgullo que está sintiendo, *si el invierno ruso fue duro, más dura es aún mi raza que, asistida por la razón, por la valentía de sus hijos y en abrazo estrecho con*

sus heroicos camaradas alemanes, logrará al fin esa victoria por la que sin cesar lucharemos, conmovido por la voz del militar a quien Hitler le ha impuesto la cruz de hierro con hojas de roble, acabará de seguir su discurso pegado a la radio y, una vez concluido, besará a su familia, abrazará a Vidal, estrechará la mano a la chica de servicio que ha sido llamada para que se una a la celebración, y, mientras llena las copas, se lo ve conmovido, Felices Pascuas a todos, hoy empieza la Navidad en esta casa y vamos a brindar por el amor y la paz que nos trae Jesús en estos benditos días finales del año.

Después de que los Lanza hayan recibido algunas visitas con las que han compartido anís y parabienes, después de haberlas despedido en el vestíbulo que se adorna con un belén hecho con una orografía de gasas y brocados, Sebastián toma del brazo a Vidal para llevarlo al estudio. Muestra Lanza en la solapa su escudo de oro con el yugo y las flechas, y el mismo aire melancólico que se le ha quedado prendido al cuerpo desde aquella noche de niebla. Es como si desde entonces profesara una bondad difusa y una militancia consciente en estar triste, en ser un poco tímido y en dotarse de la nobleza que él asocia a los movimientos lentos.

Cierra Sebastián la puerta del estudio, se azora jugando con la cadena de sus gafas, se planta ante Vidal, estira el cuerpo mientras carraspea, y alza la cara con un rubor de iluminado, los ojos y el bigote estremecidos. Lo que quiere decirle es que este año le tiene preparado un aguinaldo especial, algo que está seguro que le va a gustar mucho, vamos, que le va a hacer ilusión y que le va a entregar enseguida sin andarse con más enigmas, Aquí tienes tu copia de llave, tomarás posesión en cuanto esté listo. Ha decidido anular el alquiler de su piso del Paseo Mercado para que lo ocupe Lamarca una vez adecentado, lo ha mandado pintar y entre su mujer y su hija se lo están amueblando, así que vivirá solo en un lugar privilegiado con tres balcones dando a la iglesia de San Pablo y a esa plaza donde se han celebrado ferias de ganado, autos de fe y corridas de toros, Por lo demás, termina, continuarás haciendo todas las comidas en mi casa, te mandaremos a la chica para mantener limpio aquello y hasta puede que, si te lo sigues mereciendo, ese piso sea tuyo en el futuro, ¿qué te parece, muchacho?

Lo que le parece a Vidal es que le daba las gracias de corazón, a él y a los suyos, era una verdadera sorpresa y un regalo extraordinario, aunque no hacía ni falta que dijera que goza de independencia en su dormitorio y desde el principio se ha sentido acogido y como uno más de la familia.

Pero a Lamarca le parecía también lo que no dijo: podría haberle

hablado de su modo de aceptar las ideas o las costumbres ajenas como única estrategia posible, de esa eficacia que ha conseguido en la renuncia que se parece tanto a una ideología pasiva, consentida y ajena, y del todo necesaria. Podría haberle hablado de algo que solo años más tarde expresaría con la crudeza de la concreción: estaba entre los dedos providentes de Lanza, sostenido por sus manos llenas de poder que cuanto más le daban más le quitaban. Un dios depredador que lo amparaba y, en el desarrollo de cada acción protectora, lo iba absorbiendo un poco más. Hasta ahora no había cobrado ningún sueldo. Excepto quince pesetas al mes para gastos de bolsillo y una cuenta abierta en el estanco, su salario consistía en una serie de invitaciones y regalos, en peticiones de dinero ocasionales para comprar algún libro o algo especial para las mujeres de la familia. Llevaba siempre en el bolsillo, ahora mismo la llevaba, la cartilla azul que le sellaba la Junta Local como salvoconducto, y cada dos semanas en comisaría le firmaban esas frases infamantes de subsidiado, *Sigue sin conocérsele actividad política alguna. Asiste a misa, cumple por Pascua.*

Cuando, en el año cuarenta y siete, Sebastián Lanza se asoció con Blas Montalvo con el fin de vender en el mercado negro lo que el abogado expoliaba en sus fincas o en yacimientos arqueológicos, a Lamarca le tocó el papel de lavarle la cara a vasijas, capiteles o monedas.

Tardaría meses en utilizar ceras o resinas valiéndose de libros de restauración, pero al principio sus conocimientos en este asunto eran poco más que el del instinto y el derivado del placer de acercarse a objetos rescatados del tiempo que manipulaba con un material tan común como los limones, el vinagre o el amoniaco disuelto en agua. Trabajaba en tardes esporádicas en un cortijo del abogado Montalvo donde, aparte del cuarto de la pila para hacer una primera limpieza, utilizaba un cobertizo en gran parte ocupado por una mesa sobre la que junto a la piedra de amolar se habían dispuesto gubias, cinceles o punzones para desincrustar las adherencias que los líquidos no lograban desprender.

Después, el mismo Vidal embalaba los objetos y los disponía en el doble fondo del camión Leyland que salía del cortijo muy despacio, en marchas tan cortas para no dañar la carga que Vidal seguía oyendo el ronroneo del motor mucho después de haber perdido de vista su masa oscilando sobre los baches del camino de tierra.

Con este comercio clandestino, Lamarca completó su ciclo de

asimilación a su mentor hasta el punto de que, cuando se destaparon los robos y Montalvo acusó a Lanza de delación en un enfrentamiento público, Vidal se comportó con el servilismo del subalterno que muestra los dientes en defensa del amo. El hecho de sentirse lleno de violencia y capaz de ejercitarla supuso para Vidal darse cuenta de que había alcanzado la libertad, perfecta y espuria, de los que no tienen escrúpulos.

Anocheciendo el 1 de noviembre del cuarenta y nueve, la Guardia Civil cayó sobre el cortijo de Montalvo para incautarse de los objetos robados, ponerle las esposas al capataz y a su mujer, y conducirlos a pie por calles bulliciosas al cuartel de la Remonta.

Lanza tuvo que acudir a sus amistades de más peso para que el gobernador anulara las diligencias a cambio del embargo de uno de los cortijos de Montalvo, en espera de la restitución de los bienes ya vendidos. Sebastián se fue a ver al abogado Montalvo para decirle que bien valía la pena perder un cortijo y salvar la pelleja, y le contó lo que Montalvo de sobra sabía: consideraban el asunto como algo mayor, un robo a la patria, hecho por una red que funcionaba desde el mismo fin de la guerra para esquilmar la esencia de nuestra historia, demasiado tiempo, demasiado saqueo selectivo porque, entre cantidad de vasijas y objetos menudos, habían documentado la procedencia de una media cabeza de león ibérico, sacada de Cerrillo Blanco, y una mano sin meñique y varios capiteles expoliados en el yacimiento de Cástulo.

Muchos años después, Lamarca dibujará el despliegue de capas y tricornios cayendo en la noche sobre la finca y la detención del matrimonio de cortijeros como una sinécdoque del arresto de otras ocho personas que trabajaban para el abogado. Dibujará también el enfrentamiento entre Lanza y Blas Montalvo en la cafetería de la calle Mesones. Ante un fondo caliginoso donde apenas se esbozan las cabezas de los parroquianos, Sebastián se abalanza sobre Montalvo removiendo los faldones de su abrigo mientras una de sus manos lo agarra ya por la corbata y la otra sube abierta preparando la bofetada. Se cruzan insultos, *¡Vives de la carroña de la delación!,* chilla el abogado, y Sebastián, *¡Te parto el alma, so mierda!,* y todavía replica Montalvo, *¡Rata de muladar!* Lamarca se retrata con impiedad: con la cara deformada por la violencia, mamporrero de su señor, atenaza a Montalvo por la espalda y grita su frase rastrera: *¡Dale fuerte!*

El comentario que añade Vidal a este dibujo es el siguiente: *Ducho en ser como me quería Lanza, reconciliado con el que ahora era, ya no me estorbaban demasiado ni las voces de mi cabeza ni aquel que un día fui.*

Siempre creyó Montalvo que fue Lanza quien lo había denunciado,

que solo había participado en el tráfico de expolios para desarticularlo desde dentro, sin darse cuenta de que a Sebastián lo movía igual que a él la simple codicia. Cuando la Guardia Civil le cayó encima, la inmunidad que Montalvo había creído encontrar al asociarse con Lanza la trocó por la idea de que Sebastián le había armado una trampa para aumentar su influencia política a costa, como solía, de señalar a los que perjudicaban la maciza pureza del Movimiento.

De este episodio a Blas Montalvo le quedó la huella del escarnio público y un rencor irredento contra Sebastián y Vidal que transmitió a su familia igual que si la infectara con los gérmenes de un recuerdo que nunca cesaba de supurar.

Los casi dos años que pasó Lamarca trabajando con objetos de arte le trajeron la nostalgia por el dibujo, a pesar de que en la cercanía de los lápices estaba el recuerdo de Bluff, la mano de Bluff dibujando a su lado y, como sobrepuesta en la memoria, su propia mano firmando la acusación contra él en la cárcel de Valencia. Por otro lado, Lanza se encargaba de recordarle la delación de aquel dibujante comunista y, con la satisfacción de las personas que están en connivencia, como si lo elevara a una condición de hombre selecto, solía decirle cuánto le había ayudado aquel gesto de apoyo al Régimen a convertirlo en lo que era ahora, un asimilado al nuevo orden que cada día, por méritos propios, se iba ganando el estatus de vencedor.

Por entonces, Vidal solo intuía que el interés de Lanza en asociar su testimonio con el fusilamiento de Bluff era el de dejarlo sin tierra de regreso hacia su pasado político. Hacerlo débil y suyo. Convertirlo en culpable y, por ello, en un deudor de fácil manejo. No obstante, ni siquiera llegaba a imaginar que su testimonio sobre las tiras cómicas de Don Canuto no había tenido ningún peso para el fusilamiento de su autor, ni aún menos que Lanza hubiera preparado un escenario, como un rito de fidelidad, donde lo forzaría a través de un oficial amigo a denunciar a Bluff en la cárcel de Valencia: aquella oficina casi desnuda, las muchas horas encerrado con un teniente escuálido y un soldado incompatible con la máquina de escribir, la amable terquedad del militar hasta conseguir su firma en el papel que, entonces lo dudaba, mataría a Bluff.

El sentimiento de culpa puede no necesitar causas, sino espejismos, y bastarle un cuerpo indefenso para enraizarse. Enseguida se alimentará como un virus del cuerpo parasitado y se expandirá en el caldo de cultivo de la soledad. Vidal Lamarca reconocía esos latidos de

ser vivo de su culpa rebulléndose en su interior, enconándose en sus pesadillas o remitiendo durante la vigilia a la espera de que se relajara el cuerpo donde el virus vivía porque cualquier asociación de ideas podía transformarse en el recuerdo de la delación y en un notar que algo le pujaba desde dentro para abrirse espacio a costa de su carne.

Solo empezó Lamarca a reducir su culpa cuando, al conocer al pintor Rafael Zabaleta, este le hizo ver que venía de una soledad enquistada o apenas hecha de compañías fijas, tan repetidas que los actos ya estaban hechos y las palabras dichas antes de decirse. Al poco de conocerlo, el pintor de Quesada le hizo esta observación:

—O sales de ti mismo o te conviertes en un cretino, porque en los mundos cerrados todo se distorsiona como los sonidos en las catedrales vacías.

Rafael Zabaleta supuso para Lamarca la cercanía de un amigo, un abrirse al entorno y un difícil regreso a la emotividad que a Vidal le costaría aún mucho tiempo expresar de un modo espontáneo, como si hubiera tenido que sacarla a fuerza de brazos de lo más hondo de sí.

Desde el año cincuenta y uno, en el que Vidal Lamarca conoció a Rafael Zabaleta (1907-1960), tuvo con él una relación basada en un afecto instintivo que se incrementaría por el mutuo interés en la pintura y, con bastante probabilidad, por las debilidades que ambos compartían. En ocasiones, llegarían a pintar juntos y ambos estimaron de un modo excepcional los retratos que mutuamente se hicieron.

Rafael Zabaleta ya había sido pregonado por Eugenio D'Ors como el Cezanne de la Península con múltiples alabanzas a una pintura de colores rutilantes, tan viva y compacta que reflejaba el peso de las cosas. Sólida, escribía D'Ors, como una mahonesa bien trabada; todo es pétreo en sus óleos, hasta las nubes.

Ha expuesto Zabaleta varias veces en Barcelona, hasta en ocho ocasiones en el madrileño Salón de los Once y, en ese mismo año cincuenta y uno, acababa de obtener un claro reconocimiento en la Primera Bienal Hispanoamericana que enseguida resuena en su pueblo, Quesada, con el desconcierto de lo inesperado. Es ya un pintor seguido con interés por la crítica, pero el propio Zabaleta se extrañará de hasta qué punto su carácter es reservado y su pintura, una pasión de interiores cuando le cuenten lo que se ha escuchado en el mercado de su pueblo: dicen que Rafaelito pinta mujeres en cueros vivos.

Desde el predicamento que a Zabaleta le otorgó la Bienal Hispanoamericana, Sebastián Lanza se interesó por su obra y, con

cierta frecuencia, conducía los cuarenta kilómetros que separan Daza de Quesada con el único fin de comprarle algún cuadro. Después de fijar una cita, Vidal y él llegaban al número 2 de la calle Nueva, donde el maestro los recibía vestido con traje y corbata en el estudio que daba al patio o en el de la primera planta, según fuera verano o invierno. Zabaleta, marchante de sí mismo, sacaba una bandeja con café y mientras bebían les iba mostrando sus últimos cuadros para que Vidal eligiera y Lanza iniciara sus largas maniobras de regateo antes de decidir que el precio era lo suficiente bajo para comprar.

El arte le producía a Sebastián un vago placer estético, pero sobre todo para él la belleza era un subproducto del dinero: un buen montante de billetes bien podía trazar un círculo donde se encerrara todo el proceso del arte, desde la idea germinal del pintor hasta que de la nada del lienzo en blanco surge algo con entidad propia. Es posible que Lanza tuviera la sensación de creador implícito cuando, después de cerrar la compra de un cuadro, le describía a Zabaleta la imagen que tenía en la cabeza para encargarle que la llevara al lienzo. El maestro nunca hizo demasiado caso de esos encargos, pero tampoco hacía falta porque a Lanza le gustaba mucho la serie de desnudos que el pintor hacía con intermitencia, mujeres de piel tirante y de grandes tetas que sonreían al mostrar sus culos en majestad y las oleadas de carne de sus muslos. Aunque esas obras las mantenía Lanza embaladas, las iba sacando en caprichosas rotaciones para exhibirlas en el salón de su piso de Córdoba o en el despacho de su domicilio de Daza. Podía obtener rédito de ellas o utilizarlas como regalo, pero tendía a conservarlas porque su colección de pintura era como un título académico para alguien a quien no se le reconocían otros méritos que los de su instinto animal para los negocios y para ser sostenido por personas con poder en el Régimen.

La provincia de Jaén no se rebeló contra el Gobierno en el treinta y seis y esta circunstancia hizo que Zabaleta iniciara una lejana guerra burocrática, adscrito a la conservación de bienes culturales de la República. Aunque era hacendado y los anarquistas le habían expropiado sus fincas, regresó a Quesada en el treinta y nueve tentándose la ropa, temiendo ser un sobreviviente solo provisional ante la nueva España, tan vieja, del poder absoluto ejercido en nombre de un Dios incontestable.

Llega a su pueblo dominado por ese síndrome producido al sentirse el ciudadano tan inferior a una autoridad desmesurada que se siente culpable sin serlo. Tiene tanto miedo que no deja de pregonar que no lo tiene, que no ha empuñado armas y que se acoge a la promesa hecha por Franco al general Casado de amnistiar a los que estuvieran

limpios de delitos de sangre. Y es verdad que el tímido Zabaleta no sabría ni qué hacer con una pistola, pero fue denunciado y sometido a largos interrogatorios que le hicieron saber que él no era un señorito solterón de pueblo, sino alguien sin identidad. Pasó un año en la cárcel franquista y desde ella tuvo que amontonar avales de los que se adscribían a la nueva moral (el cura, el maestro o el jefe local del Movimiento) y, temiendo su eminente ejecución, redactar una declaración penosa y sufrida, humillante en grado sumo, en la que exponía con desgarro su condición de hombre católico, de familia de tradición conservadora, y propicio a las leyes de Franco.

Cuando sale de la cárcel, siente el alivio de ser al menos un vivo menor, un rescatado de la maquinaria de castigo del franquismo de la que todavía recela tanto que quiere esquivarla con un par de salvoconductos: se afilia a la Falange y tiñe de azul, de azul falangista, su camisa del ejército republicano, pero con tan mala mano que le sale morada. Y así anduvo con ese como grito morado que quería ser una declaración de principios y se quedó en un bufo disfraz que más que una ideología proclamaba el pánico a esa ideología.

No tardará mucho Vidal Lamarca en darse cuenta de que hay un hombre mejor debajo del artista modesto, taimado y casi invisible que sirve café y enseña sus lienzos sin hacer ningún gesto innecesario y que, a pesar de las palabras de admiración de Lamarca sobre su obra, sabe esconder su vanidad bajo una cara escueta y receptiva, apenas alterable.

En realidad, empieza a conocer a Zabaleta uno de esos días en que lo visitan y Vidal acepta la invitación del pintor para pasar la tarde en Quesada después de haber cargado en el Chevrolet un paisaje de la sierra de Tíscar. Partirá Lanza malhumorado, rezongando sobre el trabajo pendiente en la empresa, consciente quizá de que Zabaleta acababa de romper un sistema de dependencias personales (*el aislamiento de la víctima,* escribirá Vidal en su cómic) que se aseguran con la cerrazón al mundo exterior.

Es una tarde de domingo de la primavera de 1953 y desde ese día hasta 1960, año en el que muere el maestro Zabaleta, los dos pintores mantendrán una amistad de buscados encuentros, de alocadas conversaciones sobre la pintura y de noches en Daza llenas de alcohol y putas.

Una vez que Vidal recibe las últimas instrucciones de Lanza y lo ve partir en el Chevrolet, Zabaleta y Lamarca salen a pasear sin apenas

dirigirse la palabra, porque ambos se han acostumbrado a protegerse en el silencio. El maestro le mostrará a Vidal el paseo, al que en Quesada llaman el Jardín Grande, mientras comenta que le cuesta mirar esa plaza de otra manera más que con la ingenuidad con la que la pinta en sus lienzos. El paseo, le explica, no es para él ese espacio ajardinado que se va achicando hacia el fondo por la perspectiva tal como lo están viendo ahora, no, no es para él así, sino como quiere la memoria, y la memoria va poniendo uno encima de otro, igual a estratos, todos los paseos que ha visto desde niño, y eso hace que él perciba un paseo mental, por decirlo así, ingrávido y feliz, por también decirlo así, un lugar plano donde flotan en el suelo azul (azul como si fuera un cielo), el quiosco de colores subidos, los niños jugando y los paseantes y mirones que están a verlas venir.

En esa plaza-cielo del maestro Zabaleta, tomarán en silencio un café y pasearán luego por la parte antigua de la ciudad desde donde, al fondo de las calles, las aristas de la sierra parecen echarse encima de las casas y añadirle por contraste un plus de orden y homogeneidad, de civilizado refugio. Permanecerán el resto de la tarde en el casino y, pasada la hora del autobús a Daza, Zabaleta le ofrecerá una cama en el estudio de abajo a fin de que a primera hora del lunes Vidal pueda viajar en la camioneta del recovero para llegar puntual a la empresa de Lanza.

Esa tarde han tomado varias rondas de anís y el pintor de Quesada disfruta tanto llevando el peso de la conversación que parece auparse sobre su pequeña estatura, sobre su calvicie, sobre todo su aspecto de cura vestido de oficinista. Suelta una sonrisa distendida cuando le dice que lleva siempre botas porque si usara zapatos en el pueblo se creerían que era maricón, y en ese río ya crecido de la charla le cuenta los hábitos de los socios del casino, concursos de comer docenas de chuletas o tortillas de cucarachas o sostener ideas tan propias de la inanidad y la pereza como la de amaestrar cuadrillas de monos para recoger la aceituna.

Durante esas horas de anís, Lamarca se da cuenta de que Zabaleta ha adivinado que hay un camino de empatía que une a dos solitarios y quizá, aunque de distinto modo, a dos excluidos. Habla el maestro de su trabajo en la Junta Central del Tesoro durante la guerra en Valencia, de la impresión que le causaron Miguel Hernández y Antonio Machado, y de los pintores con los que más se relacionó en aquella ciudad, los andaluces Perceval, Manuel Ángeles Ortiz y Cristóbal Ruiz.

Cuando Lamarca describa en qué circunstancias conoció a los dibujantes valencianos de la revista *La Traca*, la conversación entrará

tanteando en ese mundo oscuro de las prisiones hasta rozar los fusilamientos de Carceller y Bluff. Pero pasarán meses antes de que Lamarca le cuente su responsabilidad por el asesinato de Bluff, un ascua que lleva dentro, le dice, y Zabaleta, lúcido y amigo, comience su tesonera labor de deshacer esa culpa. No seas ingenuo, le dirá desde el principio, esa muerte tiene otros dueños y no puedes cargar con una culpa ajena: cualquiera que hubiera servido a la República estaba condenado de antemano, Zabaleta sabe de qué habla y no quiere extenderse demasiado sobre eso porque sabe también cuánto arriesga al hablar como lo hace, aunque tiene la seguridad de que él y Vidal conocen de memoria que la discreción equivale hoy a la vida.

No obstante, en contra de su convencimiento de que la política hay que apartarla porque mata, es muy posible que fuera la mediación del maestro la que hizo que le llegara a Lamarca desde París un folleto, publicado por comunistas en el exilio, que se centra en los juicios de posguerra. Ese envío le llega a Vidal de un modo anónimo y protegido por salvaguardas que tienen algo de escenificación de la prudencia: alguien lo echa a una hora temprana por debajo de la puerta de su piso; viene metido en un sobre donde no aparece ninguna letra de no ser por las que se integran en el anagrama de una de las hermandades de Semana Santa de Daza.

El opúsculo resumía en una cuarentena de cuartillas el modo en que se desarrollaron los juicios en el primer franquismo. No tenía título como tal, sino que venía encabezado por unas palabras de Franco sacadas de una entrevista a propósito del primer aniversario del golpe militar: *El Movimiento Nacional no ha sido nunca una sublevación. Los sublevados eran, y son, ellos: los rojos.*

En una breve introducción se explicaba que la urgencia y el abultado número de crímenes judiciales habían impedido llevar los testimonios recogidos más allá del año cuarenta y dos. El contenido no era especialmente nuevo para Lamarca, pero lo que antes conocía de un modo vago y aislado ahora tenía la evidencia de un cúmulo de condenas, con nombres y circunstancias concretas, que por el mero hecho de sumarse dejaban ver que todas confluían en una causa común tan ajena a la justicia como la imposición del terror por parte del Estado.

Se explicaba en esas hojas cómo la dureza de las penas venía justificada por el principio matriz de que la mera defensa de la República constituía un delito contra el ejército, o cómo los militares armaban sus consejos de guerra eligiendo al juez, al fiscal y a un abogado que actuaba como defensor, normalmente un oficial de rango menor sin formación legal ni experiencia jurídica. Muchas veces este

defensor se limitaba a apelar a la clemencia del tribunal pidiendo una rebaja de las penas unos minutos antes de que los grupos de reos, que ni siquiera habían podido consultar su causa, escucharan los cargos contra ellos como preámbulo de la condena. No hacía falta pruebas, bastaba con testimonios de personas allegadas al Movimiento o con que el inculpado no hubiera respaldado activamente el golpe militar. O con que tuviera ideas democráticas, pues, como se escribía en una sentencia, *Es de suponer que por sus ideas haya participado en los hechos que se juzgan.*

El opúsculo se cerraba con un apéndice titulado «No es justicia sino un sistema de salvaje represión», donde se insistía en que el estado de guerra, proclamado en Burgos el 18 de julio del treinta y seis por la Junta de Defensa Nacional, estuvo vigente hasta nueve años después de acabada la contienda, y consideraba rebelión militar, que se juzgaría por un consejo de guerra sumario, a cualquiera que *cegado por su sectarismo incomprensible cometiera acciones u omisiones que causaren perjuicio a los fines que persigue este Movimiento redentor de nuestra patria*. Este estado de guerra, aplicado hasta mucho después de que la contienda hubiera acabado, retrotraía además sus acusaciones de adhesión a la rebelión hasta el año treinta y cuatro, como si una lógica de lo perverso dictara que el Movimiento ya existía mucho antes de haber nacido.

En el último párrafo se recogía la conclusión: *Toda esta cadena de juicios y asesinatos fue una sangrienta artimaña de los militares para exculparse de la carnicería que originaron con la guerra haciéndola recaer en quienes, por añadidura, quisieron detenerla. No solo se trataba de arrancar cualquier vestigio de los vencidos, sino de responsabilizarlos por la guerra y utilizarlos como sumidero de la propia responsabilidad.*

Vidal Lamarca leyó el folleto y lo quemó enseguida. Aunque pensó que todo podía estar exagerado por la parcialidad, le alegró conjeturar que detrás de esos papeles estaba el último viaje a París de un amigo que, aun estando asentado en la derecha social de Quesada, había tomado como una causa personal sacudirle su obsesiva responsabilidad por el asesinato de Bluff y trasladarla a quien realmente la tenía. Cuando, años después, un Zabaleta, que esquivaba ser explícito, le diga que tal vez todo salió de haberle comentado su caso a Manuel Ángeles Ortiz en una comida en París, Lamarca no dudará de la mediación del maestro en el envío. Le emocionará ese gesto de Zabaleta, que puede parecer nimio pero que sabía lleno de desprendimiento, un acto de amistad casi suicida para un hombre como él que nunca dejó de temer el poder aplastante de los vencedores.

Una tarde de sábado de unos años después, el maestro y Vidal se reúnen en Daza. Cenan en el hotel Consuelo, beben, deciden acabar la noche en un prostíbulo y hablan de nuevo de Bluff, de la calumnia y la culpa. Vidal le comenta que lo peor es que, a pesar de todo, a pesar del carácter ilusorio de los juicios, fue él quien firmó la acusación falsa contra el caricaturista, Lo peor no es lo que hicieron ellos, le dice, sino lo que hice yo. ¿No te han servido de algo aquellos papeles sobre los juicios?, le pregunta Zabaleta, Te voy a decir que lo que me ha servido siempre es que alguien como tú, que se guarda tanto del Movimiento, quiera convencerme. ¿Quieres decir alguien como yo o como tú mismo, a quienes estuvieron a punto de fusilarnos igual que a Bluff?, y se le queda mirando con una media sonrisa, ¿Sabes lo que te digo, Vidal?, que tienes treinta y cinco años y a veces parece que fueras un niño que todavía está aprendiendo a vivir.

En la novela de Lamarca se recoge esta conversación en tres dibujos que presentan a los dos pintores mientras cenan, pasean por una calle iluminada por faroles para acabar charlando ante una puerta sobre cuyo dintel figura la imposible leyenda *Casa de putas.*

En este último dibujo el pequeño Zabaleta tiene la mitad de la cara bajo la sombra del sombrero y se está girando mientras toma del brazo a Vidal para traspasar la puerta. Dice: *En la cárcel olí durante un año la pólvora de los cañones del pelotón que me mataba, y todavía lucho contra ese olor.* Por amistad hacia Lamarca, seguirá Zabaleta oliendo su muerte y averiguará lo que pueda sobre el asesinato de Bluff y el paradero de Clara Hervás. *A Bluff lo mató la venganza de los militares por caricaturizarlos. Estaba ya más que fusilado desde que dibujara a Franco como un mariquita con lunares,* insiste Zabaleta en el cómic mientras se desviste en una habitación del burdel donde apenas puede verse algo más que dos prostitutas sentadas en un sofá. También, una fecha precisa: martes, 5 de abril de 1956, según se lee en el calendario clavado en la pared.

Pero esa primera tarde de anís en el casino de Quesada, en la primavera de 1953, todavía Zabaleta no conoce la culpa que vive dentro de Vidal, aunque sí que dibujó durante la guerra, y le asombra que no haya tocado un lápiz desde que salió de la cárcel. Pereza, desinterés, le dice Lamarca, pero el maestro se muestra escéptico, Ningún pintor deja de serlo hasta que muere porque eso, la pintura, es como el color de nuestra sangre. Así que después de hacerlo reír con los monos aceituneros y pedir otra ronda de anís, el maestro le habla

de Breton y de Éluard y de los cadáveres exquisitos y saca su pluma para dibujar algo en una servilleta. He pintarrajeado aquí lo primero que se me ha ocurrido, le dice ocultando su dibujo para pedir enseguida que Vidal haga lo mismo y luego junten las dos imágenes a ver si, al asociarlas, se potencian en un significado nuevo, y Lamarca se ve, olvidado de pronto de su horror al dibujo, esbozando el triángulo de un velero rodeado de ondas marinas.

Zabaleta descubre lo que ha garrapateado en la servilleta, una perdiz enjaulada, mira a Lamarca con los ojos removidos por el alcohol y lo apunta con el dedo, Es admirable tu soltura para resumir la felicidad del mar, qué seguridad de trazo, te cambiaría ahora mismo mi mano, que todavía tiene tanto miedo a equivocarse, por la tuya. Asombrado Vidal de la naturalidad con la que ha vuelto a dibujar, le sonríe, No sabes lo importante que es para mí este momento, y te lo tengo que agradecer. Y Zabaleta: Agradecer qué, si esto es una pura mierda, dónde vamos asociando un velero y una perdiz en una jaula, con esto no salimos de los tópicos sobre la libertad. Y poco después de que se haya hecho de noche y hayan tomado unas morcillas acompañadas de vino, el maestro lo invita a que salgan fuera, a estirar las piernas por los alrededores de la iglesia y más tarde a ir a su estudio, donde quiere enseñarle algunos grabados secretos.

—Son visiones oníricas, imágenes raras: mi subconsciente puesto en limpio sobre un papel.

Cuando estén en el estudio, pasará deprisa Zabaleta las aguadas de la serie que tituló *Los sueños de Quesada* mientras le dice que en ellas quiso darle forma a muchos sueños sobrepuestos intentando superar la influencia de De Chirico y de Max Ernst, ¿los conoce Vidal?, de todas formas, al que hay que conocer a fondo es a Picasso porque en él está la clave de la modernidad; le va a confesar algo inconfesable: le regaló uno de sus *Sueños* a Picasso y él se mostró encantado y lo besó para despedirlo en la mejilla, el mismo Pablo Ruiz Picasso, el sumo sacerdote de la pintura, dándole la alternativa con ese gesto de hermano, con ese beso de reconocimiento.

Lamarca comprende que la soledad de Zabaleta está hecha de la tensión continua por hacer pasar por su estudio de Quesada el mundo de lo nuevo, aunque se parece mucho a la suya porque es evidente que el maestro quiere allanar tanto la distancia entre los dos que empieza a decir lo que supone que a Vidal le gustaría escuchar. Pero quizá sea el anís el que lo hace saltar de un sitio a otro y lo lleva a decir ahora algo que no parece salido de él, de su cautela acrecentada en la cárcel y en el rigor de los tiempos porque, después de preguntar a Vidal por Sebastián Lanza, lo interrumpe cortando el aire de un manotazo,

Millones de personas lampando sin tener nada que echarse a la boca y, mientras, discursos al peso y el pan por gramos, mucha miseria y demasiados Lanzas, me parece a mí.

Así que Vidal cree que el hombre que tiñó de azul su camisa y le salió morada, el pintor célibe que teme a las mujeres y que un día le contará que el mejor modo de masturbarse es con una patata asada todavía caliente, el artista que levanta su pintura como si construyera él solo una catedral, el gran Rafael Zabaleta, quiere halagarlo, a él, a Vidal, a quien algunos llaman el secretario rojo de Lanza, aunque es posible que también se esté tomando un desquite de aquel pánico vivo a ser a diario ejecutado. La tarde de anís le habría dado a Zabaleta palabras de arrojo que lo harían sentirse un poco libre, engallado y seguro, gozoso de dejarse arrastrar por la nostalgia de lo que nunca fue. Tal vez por eso habla de que en España hay demasiados Lanzas para añadir enseguida, Siempre pasa lo mismo, ¿no?, los que son muy ricos engordan con la hambruna ajena, según la ley brutal que dicta que cuanta más sangre tiene la garrapata menos tiene el cuerpo parasitado.

Apenas son las siete de la madrugada del lunes cuando Zabaleta aparece por el estudio de verano donde Vidal ha dormido. Toman un café sin rastro de malta mientras el maestro cuenta que muchas tardes un viejo campesino se asomaba a la ventana para verlo pintar y se quedaba allí, quieto y en silencio, en apariencia petrificado por su destreza con el pincel, al menos eso es lo que él pensaba hasta que un día el viejo habló, Me chista y me hace una señal con la mano para que me acerque, así que dejo la paleta en la mesa, me llego a la ventana y él se quita la boina para dar su veredicto con todo el respeto del mundo, se pone sigiloso la mano alrededor de la boca y me dice como susurrando: eso lo pinto yo mejor.

Eso lo pinto yo mejor, repite entre risas Zabaleta y deja luego correr un tiempo de despreocupación mientras ayuda a Lamarca a recoger la cama plegable y le anuncia que le ha preparado un paquete de libros para que los comenten en su próximo encuentro, sobre todo le interesa discutir con él *La deshumanización del arte*, de Ortega y Gasset, pero también ha incluido textos de Matisse y Freud, y una novela de Steinbeck. Son los primeros libros de los muchos que irán intercambiando en un afán, contagiado a Vidal por el maestro, por conseguir que sus cuadros calen la superficie de las cosas y saquen de ellas fragmentos de belleza y conocimiento. Para pintar no hay que ver sino mirar, y para mirar a fondo solo te vale conocer las cosas con los ojos de la cultura y del arte, le dirá Zabaleta cuando caminen hacia el paseo en espera de la camioneta del recovero.

Cuídame esos libros como oro en paño, señala Zabaleta el paquete que sostiene Vidal, y se detiene de golpe con el gesto aturdido, bizquea y se pone un poco colorado sin que le venga a los labios lo que quiere expresar, Bueno, dice al fin, es muy importante que te diga esto: ayer, ya sabes, bebimos mucho y se escaparon algunos disparates, cosas que no salen de tu cabeza sino del alcohol, así que es mejor borrar esas barbaridades que dije, ya sabes, estupideces políticas que es muy importante olvidarlas, tú ya me entiendes, tú ya sabes de sobra cómo está el patio. Le palmea el hombro y saca una sonrisa aturdida de ser indefenso, Por cualquier alegría del pincel o de la lengua te pueden llover los palos a mantas. Quieto sobre la acera con las manos recogidas en torno a la espalda, vestido con traje y corbata como un signo del respeto con el que trata a la vida, Rafael Zabaleta esperará a que llegue el camión y, antes de que Vidal se suba a la cabina, estrechará su mano y abrirá mucho sus ojos azules estremecidos por la jovialidad.

—En realidad, lo que estoy queriendo decirte desde ayer es que me alegra mucho que seamos amigos.

Una mañana del mes de enero de 1960, Zabaleta hizo a Vidal una rápida visita en la oficina de la empresa Lanza. Quería darle en persona una noticia que, a su vez, acababa de saber por un cercano amigo, el incesante abogado Rodríguez Aguilera: el nombre de Clara Hervás Hiniesta aparecía en el registro de la embajada de España en Lisboa como peticionaria de una ayuda económica con una fecha que ya tenía tres años de antigüedad. Zabaleta se mostraba contento porque, aunque la pista de Clara se borraba ahí, al menos parecía que ella continuaba viva. Además el escritor Cela, al que el maestro había ilustrado *La familia de Pascual Duarte*, le acababa de prometer que haría gestiones al respecto partiendo de ese dato de la embajada. Satisfecho de haber dado esa noticia, Zabaleta se despidió de Lamarca emplazándolo para marzo en Quesada, desde donde quería que fueran a pintar las bocas del Guadalquivir.

En febrero, estando en Almería, donde el maestro acostumbraba a pasar los meses más fríos del año, tuvo un infarto que lo llevó a médicos y a reclusiones mientras respiraba la pólvora, esta vez inodora, de los invisibles cañones que lo matarían.

En mayo, Zabaleta le escribió a Vidal desde Madrid diciéndole que se encontraba mejor y que seguía soñando que lo suspendían en el ingreso de la Academia de Bellas Artes, *Siento que me estoy quedando*

solo, la abstracción es lo que prima ahora y a mí me deja rezagado, aunque no me resigno a ser un pintor con telarañas. Quiero que veas pronto lo último que he hecho cuando pueda escaparme de la clínica del doctor Duarte, que me tiene secuestrado en Madrid, y regresar a Quesada. ¿Qué es ser huérfano?, ¿te acuerdas que tantas veces te lo he preguntado? Ahora creo saberlo. Ser huérfano, como tú y como yo, consiste en trabajarte a ti mismo, solo, a pulso, durante el resto de tu vida.

El 24 de junio de 1960, Rafael Zabaleta murió donde quiso vivir, en Quesada, a consecuencia del infarto que lo venía lastrando desde febrero. Tres días antes, Lamarca había ido a visitarlo sabiendo que podría ser la última vez que se vieran, pues el maestro estaba sometido, como quien aletarga su vida para equivocar el avance de su muerte, al riguroso plan de descanso impuesto por el doctor Duarte.

Se ven apenas una hora, toman una cerveza (Zabaleta solo unos sorbos) en el café Central y, más que hablar del museo que Quesada prepara para su pintor, Zabaleta se preocupa por Clara Hervás. Le aconseja que olvide esa fijación que no lo beneficia, los años corren y es muy tarde para recuperar lo que, si no está perdido, ya ha sido mudado o quizá vuelto del revés por el tiempo. Añade algo parecido a lo que le ha dicho otras veces: Fíjate, tienes treinta y ocho años y no sabes vivir.

En el entierro del maestro, Vidal Lamarca siente algo vivo que lo resucita. Siente, con alegría, que está llorando.

La secuencia dedicada a Zabaleta la cierra Lamarca en su cómic con un dibujo que ocupa toda una página. Allí Vidal copió el retrato que le hizo al maestro en 1956 y, junto a él, escribió: *Rafael Zabaleta fue una paradoja. De su timidez, brotó una catarata de color. Desde su soledad, me hizo entrar en el mundo.*

2

MANOEL MENDES
(1960-1964)

Después de que, el 6 de abril del sesenta y cuatro, Rosa Teba se hubiera adelantado al horario de la clase de dibujo para mostrarse ante Vidal llena de un deseo tan vivo como irresoluto, habría otras tardes en las que llamaría a la puerta de Vidal, en bandolera la bolsa de cuero donde guardaba sus útiles de dibujo y la avidez reflejada en su cara urgente mientras se dejaba enredar en el cuerpo de Lamarca y lo empujaba al interior del piso. Horas hechas de coitos repetidos (violentos, desesperados, con algo de fin de mundo) y de largas conversaciones que se detenían con brusquedad un cuarto de hora antes de que llegaran Raúl Colón y el resto de los alumnos para iniciar la clase.

Pronto desecharon la casa de Lamarca para sustituirla por citas al borde de carreteras secundarias y, luego, el Dauphine de Rosa, la búsqueda de espacios apartados, la soledad de los amantes a quienes faltaba tiempo para seguir entrando cada uno en la vida del otro mientras se preguntaban qué los estaba arrastrando a comportarse como malhechores que borran sus huellas y se desquician ante la posibilidad de testigos. Sin embargo, Rosa Teba tardaría en conocer el fondo de aquel hombre misterioso (*insondable*, escribiría, *un amor de hombre lleno de ternura*, escribiría, *tan guapo que parece una foto*, escribiría) del que nunca hubiera podido imaginar que, solo unos días más tarde de aquel 6 de abril inaugural, ya estaba dibujando la primera versión del final de su autobiografía, donde Lanza recibía un balazo magnificado en forma de estrella.

Tres meses después del inicio de su relación con Rosa, Vidal habría alterado tan poco sus intenciones que Pablo Suances descubrió cinco variantes del mismo asesinato un día en el que acudió a su estudio para hacer una prueba de color mientras Tono Suances perdía en la puja de una película de Marilyn Monroe. Todavía, cinco meses después, cuando Vidal le mostró su cómic, Suances pudo comprobar que el ominoso asesinato de Sebastián figuraba como final de la novela gráfica.

La idea de matar a quien decía protegerlo era antigua en Vidal, había nacido en momentos de coraje ético y de rechazo a su vida mutilada. Chispazos de lucidez y obnubilación, de hartazgo o rebeldía, que los apagaba pronto la conveniencia de lo inmediato, esa protección que brinda lo cotidiano al tiempo que nos separa del vacío de la ruptura o del vértigo que supone lo extraordinario. Pero matar a Lanza era una idea no solo intermitente, sino en puridad teórica, porque se apoyaba en tantas causas y tan lejanas que se iban desactivando antes de llegar a sumarse y llenarlo de resolución. Por otra parte, desde que conoció a Sebastián, Vidal se sabía moldeado por la cobardía y la conveniencia. No se engañaba en que era acomodaticio, incompatible con el riesgo y seguro en su papel de impostor. No obstante, en la víspera de una Nochebuena, a Lamarca se le sumaron todos los agravios en uno y se sintió empujado a ser el que un día fue.

El 23 de diciembre del sesenta, como otras Navidades, los Lanza habían convocado a un grupo de conocidos para tomar una copa en su casa. Hubo brindis y dulces, zambombas y villancicos y una emotividad hinchada por los licores en medio de la cual Lanza volvió a sentirse propicio a la bondad, borracho, ecuménico.

Cuando acaba la reunión, Sebastián le pide a Lamarca que se retiren a su despacho, pero en esta ocasión no busca solo darle el aguinaldo y afianzar afectos y mutuas dependencias. Quiere pedirle perdón. El hombre de carácter tornadizo, que toma veronal para apaciguar su ánimo, quiere pedirle perdón. No se ha portado del todo bien con él, le dice. Tiene un demonio en el cuerpo que no consigue meter en cintura, asuntos de herencia, de constitución, qué sabe él, pero es así, algo malo lo domina y, aunque luche a muerte contra ese algo, no siempre tiene resultados, qué le va a hacer, qué puede contarle a Vidal que no sepa o imagine, pero están en días de cristiana epifanía y esta noche quiere dar un paso más. Debe haber un antes y un después a partir de hoy, por lo tanto va a ser del todo sincero, de hecho ya lo está siendo y va a seguir por ese camino hasta el final. Que lo perdone, debe perdonarlo por todas las veces que le ha gritado y lo ha puesto en ridículo, por toda esa maldita agresividad suya: los nervios, el demonio en la sangre, esa hijoputez de no poder hacer las cosas dominando a las cosas con serenidad. Que no le tenga en cuenta eso ni las veces que ha ido a verlo a su casa con excusas, a molestarlo a deshoras. Ya le ha dicho antes que iba a hablar sin tapujos y, aunque

le cueste, ahora quiere dejar claro un asunto incómodo, muy importante por incómodo que sea, y lo va a decir a las bravas: él no es ningún invertido.

—Yo no soy ningún invertido, Vidal. Vaya eso por delante. Yo soy un hombre casado y con una hija, y, tú lo sabes, buen follador y un macho que le echa a la vida todos los huevos que hay que echarle.

Están en un rincón del despacho, sentados en sendas butacas junto a una mesita donde hay una botella de calvados y unos bombones argentinos. Lanza tiene el bigote mojado de licor y adelanta el torso hacia Lamarca con la copa temblorosa en la mano y unos ojos alcohólicos que, entre pestañeos, lagrimean. Se pone las gafas. Pregunta:

—¿Cómo voy yo a ser un maricón?

El cuerpo de Sebastián parece separado de su voz. La carne, rojiza, esponjada, sometida a una suerte de inestabilidad que la hace vibrar; la voz, casi segura, muy lenta, como salida de una boca ajena que apenas cae en vacilaciones.

Es evidente que él no es invertido, pero hay algo especial en Vidal, un atractivo, una chispa, una cosa que no sabe explicar, que lo perdone que se lo suelte así pero es que cómo no va a tenerle cariño si casi lo ha criado desde chaval, si él lo ha hecho un hombre de provecho, si le ha enseñado dónde conviene estar en la vida y lo ha modelado con sus propias manos. Es eso, claro, pero también un pellizco, un tirón que solo siente con las tías porque quizá, eso al menos cree él, hay un algo femenino en Vidal, un algo de mujer. Que no se ofenda.

—No te ofendas, muchacho, por lo que te digo, porque la sinceridad es como el pan entre hombres y te estoy hablando con el corazón en la mano.

Bueno, vale, dicho está. Espera Lanza que Vidal haya comprendido el fondo de la cuestión y que comprenda también esto, a lo que va, derecho al grano para que sepa de una vez cómo es por dentro y no se lleve a engaño: nunca le ha tocado un pelo y nunca lo va a hacer si él no quiere, ¿estamos?, ya sabe cuál es su deseo, pero él sabe esperar y tener respeto por la conciencia de las personas. Queda dicho. Y otra cosa: las próximas Navidades le va a regalar la libertad definitiva porque va a conseguir que salga su expediente de la Causa General, que decaiga la tutela oficial que tiene sobre él y que quede limpio de cualquier cargo. Libre del todo. Pero, mientras, ahí está Sebastián para lo que Vidal quiera y cuando quiera. Para eso o para lo que sea. Lo promete por su honor.

Se queda Lanza mirando el silencio de Vidal de un modo insistente,

¿Qué?, ¿no dices nada?, está bien, quizá sea mejor que te lo pienses, que le des vueltas en la cabeza como yo he hecho antes de hablarte, y ya me dirás un sí o un no. Echa calvados en las copas, apura la suya de un trago mientras se incorpora del sillón y, cuando ha completado con dificultad el movimiento y está de pie, se tambalea. Pasa unos segundos afirmándose sobre las piernas antes de decidirse a caminar hacia el escritorio, abrir un cajón y sacar de él un talonario de recibos que enseguida esgrimirá delante de los ojos enrojecidos y de una cabeza sudorosa cuyas canas parecen de estaño bajo la lámpara.

—Seguro que no has olvidado que hoy es el día de tu aguinaldo.

Lamarca no había recibido ningún salario hasta el año cuarenta y nueve, cuando, en otro ritual de generosidad navideña, Lanza le asignó doscientas pesetas mensuales que irían aumentando hasta las mil trescientas cobradas a lo largo de este año de 1960. Por eso es inesperado el gesto de Sebastián al levantar el recibo, su difícil euforia que apenas se corresponde con una voz que ahora parece tener peso y se derrama muy cerca de su cara cuando querría impulsarla con alegría para adecuarla a la sorpresa. Ni te imaginas la cantidad que vas a cobrar desde el 1 de enero, voy a tirar la casa por la ventana, dice acercándose al sillón donde continúa Vidal, pero le cuesta andar, da unos pasos inseguros y se detiene para soltar un eructo que no llega a tapar con la mano, La orden puta con el veronal, se ríe mientras se quita las gafas de lectura y se las vuelve a poner para mirar el suelo como si el suelo fuera un abismo.

Cuando consigue sentarse en el apoyabrazos del sillón de Lamarca, le pone el recibo delante de los ojos, ¿Lo ves bien?, pues no son visiones, son cinco mil pesetas del ala todos los meses, ¿qué me dices ahora?, y arranca despacio la hoja del bloc y la introduce sin doblar como si fuera un pañuelo en el bolsillo superior de la chaqueta de Lamarca, ¡Ni un ingeniero, muchacho!, palmea sobre el recibo donde ha puesto su firma en señal de compromiso, la mano blanda y ponderativa, insistente sobre el pecho de Vidal, Esa cifra no es papel mojado, eso te daré al mes, queda prometido por mi honor.

Vienen luego unos minutos en los que Lamarca agradece, aunque ha tenido que rechazar el pinchazo fugaz de su mente que lo avisaba de una suerte de prostitución, pero ¿no es una prostitución toda su vida junto a Lanza?, y apenas ha necesitado tiempo para mostrarse receptivo ante su benefactor mientras nota que, favorecido por el alcohol que ha bebido, su mecanismo de disimulo fluye autónomo, con la naturalidad de lo verdadero, como si él ya fuera su doble y pudiera prescindir de ese otro que lleva tan enterrado dentro de él que ahora no le estorba para sonreírle de buena gana a Lanza mientras le

dice que se siente rico y afortunado y objeto de una inmerecida generosidad.

Está Sebastián chocando su copa con Lamarca por la bendita prosperidad que les traerá el nuevo año, cuando llaman a la puerta y aparece Matilde Lanza, grande y tímida, colorada por el anís, para aconsejarle a su padre que se retire a descansar. Si sigues bebiendo, dice, mañana no vas a poder con tu cuerpo. Sebastián la sienta en sus rodillas, Ven aquí, tesoro, y queda casi oculto por el cuerpo de Matilde, el cuello envuelto como en una bufanda de carne por los brazos de esa hija que ha permanecido soltera junto a los padres mientras estudiaba cursos inútiles por correspondencia y aprendía la discreción, tan parecida a la ausencia, de la madre, su misma bondad triste, nunca del todo suya, siempre dependiente y defensiva.

Matilde Lanza se levanta, tira de los brazos del padre, Vamos, ya sabes lo mal que te sienta mezclar la medicina con el alcohol, y Lanza la obedece, se empareja con la hija, se empina para poner un beso en su mejilla, se deja quitar las gafas pringadas de chocolate, Si no estás leyendo, ¿por qué te pones las gafas?, ¿no ves que te dañas los ojos?, y toma de la cintura a Sebastián para conducirlo a la cama, Hace conmigo lo que quiere, vuelve la cabeza hacia Vidal con una sonrisa alelada mientras se deja llevar, pero se detiene de pronto acuciado por algo que llena de exaltación a su cuerpo derrengado por el alcohol.

Casi no parece borracho cuando ordena a su hija que salga, cuando cierra la puerta y enfrenta a Lamarca. Hay algo que todavía no te he dicho, alza Sebastián la voz de repente recia, apenas gangosa, y tiene que ser esta noche cuando te lo diga. Va a haber un antes y un después de hoy donde tiene que empezar una verdadera camaradería basada en la sinceridad. Espera que comprenda lo que le va a decir porque actuó por su bien, para protegerlo de una roja maldita, de la hija de uno de los asesinos de Baena, un demonio que mató a hachazos a niños en Baena.

Un rato después, Lanza desconoce a Vidal. No comprende su rabia repentina ni su cara demudada ni esa actitud imperativa, ¿quién es ese desagradecido que le exige, que le levanta la voz? Cuando Lamarca lo coge por las solapas gritándole que ni imagina lo que significa Clara para él y que necesita saber toda la verdad, Sebastián pasa de las zalemas de enamorado a ejercer su brutal autoridad, ¿la verdad?, que le quite de encima las manos el hijoputa de Vidal, que no le grite el bragazas de Vidal, pero cómo se atreve, ¿la verdad?, ¿quiere oírla otra

vez?, pues la asquerosa verdad es que esa mujer seguía siendo una bestia roja, una puta sin Dios, una ramera loca que pretendía buscarlo para joderle la vida y toda la labor de redención que tanto le ha costado hacer. Esa es la simple, la llana y apestosa verdad.

Antes de que Lamarca se desconociera también a sí mismo sintiéndose tan enardecido que apremió a voces a su mentor, este había sido escueto: llegaron cuatro cartas a nombre de Vidal remitidas por la hija de Ezequiel Hervás. Las cuatro se recibieron en el domicilio de Sebastián procedentes de Faro y de otras ciudades portuguesas, desde el año cuarenta y tres o cuarenta y cuatro hasta hace unos tres años, cuando llegó la última.

Bien, ya está dicho, agua pasada, pero ahora se queda más tranquilo porque se evitan mentiras entre ellos, eso es lo importante, ¿no?, barrer cualquier sombra que se meta en medio de los dos. Lamarca está tan sorprendido que sigue sentado en la butaca sintiendo resonar su propio cuerpo, embotado de repente, con capacidad solo para ir preguntándole a Lanza con una voz refrenada por el vértigo y para notar cómo lo dañan sus respuestas. Clara supo su paradero a raíz de una carta de Vidal que le llegó a través de la Cruz Roja Internacional. Sebastián rompió las cuatro cartas nada más recibirlas. ¿Qué decían?, lo imaginable, nada importante, está viva y coleando y por fortuna lejos de España. Es entonces cuando Lamarca se llena de coraje, se levanta de un salto y se va hacia Lanza para exigirle la verdad. No sabe siquiera que lo ha agarrado por las solapas mientras recibe una avalancha de insultos y toma total conciencia de su miseria. Siente en la cara los aletazos del aliento de Lanza y teme sus ojos saltones echándose encima de los suyos. Desprende las manos de las solapas, las destensa, las mira, blancas e inútiles. Escucha:

—¡Esa es la verdad, so mierda, y ahora andando, largo de aquí, fuera de mi casa!

Cuando sale Lamarca del domicilio de Lanza, anda aturdido por las calles del centro, donde se siente extraño entre la abundancia de niños que alborotan y la tímida iluminación navideña, ristras de bombillas pintadas a brocha que puntean sus colores ante un cielo blanco de nubes bajas. Recuerda esas luces bulléndole en los ojos, a transeúntes como obstáculos con los que tropieza, el asfalto mojado y que hay un momento en el que se sienta en las escaleras de San Isidoro sintiendo el frío de la noche y una sensación también fría de desgracia. Lo que ha bebido ya casi no le agranda el pensamiento, se siente lúcido y

reconoce como algo no salido del alcohol sino de una incontestable realidad que su derrota está hecha de otras muchas preámbulo a su vez de las venideras, que la vida puede ser pura iniquidad y la muerte, su mejor sustituto. Despabilado y contumaz consigo mismo, piensa esa noche en el suicidio. Lo sigue pensando mientras llega a su casa, mientras se acuesta y mira el techo desvelado hasta que es de día en el balcón, aunque se da cuenta de que ha debido de dormirse porque es tarde y sus sentimientos autodestructivos los ha deshecho el sueño.

Se lava en la pila, desnudo, se enjabona y se echa encima cubos de agua fría, se afeita luego a fondo y vuelve a hacerlo enseguida, obsesivamente, como si se arrancara la suciedad que le ha dejado la noche; se prepara un primer café mientras se recrimina sus muchas claudicaciones y el haber permitido la naturalidad con la que Lanza se ha adueñado hasta del último reducto que consideraba suyo. Sebastián decidiendo sobre los sentimientos de Clara, sobre los suyos propios. Viviendo por los dos, a costa de los dos, encima de los dos: ocupándolos por entero.

Recuerda Vidal que una voz chillona sonaba en la radio, y lo que decía esa voz seguía volviendo del revés sus pensamientos de la noche anterior porque sentía cada vez con más fuerza que su suicidio sería la victoria definitiva de Lanza y de lo que Lanza representaba. Pegado a la radio, escucha con atención y toma algunas notas de lo que escucha como si él fuera un extranjero que acaba de llegar a un país de pesadilla. Como si la voz de la radio no hablara de lo que conoce de sobra, sino de un sueño de fantasmas que sin embargo se ha encarnado y a él lo ocupa por entero porque también ocupa todo el espacio y el tiempo, toda la realidad. *Saludar con el brazo en alto la bandera y el himno de la patria, las banderas y los himnos del Movimiento Nacional; gritar los vivas y saludos a España: el nombre del Caudillo, el ¡Arriba España! de la juventud, el eterno ¡Viva España!; cantar los cantos nacionales, el* Cara al sol*, el* Oriamendi*, el himno de la Legión. Estos deberes del español constituyen el rito nacional.*

Sale de casa hacia las doce de la mañana y pasea por los miradores que dan a Mágina y al Guadalquivir pensando en esos deberes del español que constituyen el rito nacional y, poco a poco, va dándole forma precisa a otro deber, el suyo, que esta mañana del 24 de diciembre le parece ineludible.

El primer día que Vidal regresa a la oficina le pide perdón a Lanza, quien, adusto, le estrecha la mano mientras le dice que no acaba de

encajar su reacción del otro día pero que procurará no tenérsela en cuenta. Después trabaja abstraído enfrente de él, los dos serios intercambiando apenas las frases imprescindibles hasta que Sebastián da por cumplido el rato diario que pasa en la oficina.

Por la tarde, antes de cerrar, Lamarca toma del altillo donde guarda la comida la Star del nueve largo cuyo peso había sentido en el bolsillo varias veces cuando la empresa tenía actividad en el mercado negro y en el estraperlo. Camina hacia su casa sin dejar de imaginar la forma de la pistola, la huella de su perímetro que le presiona el estómago apresada por el cinturón. Envuelta en un paño, la guarda en el fondo del armario del estudio mientras piensa que mañana traerá el silenciador y una de las tres cajas de balas que tiene en la oficina. Con una caja bastará. Con mantener siempre cerrado con llave el armario bastará. Con ser persistente, como hasta ahora, en la astucia. Con ser precavido y cumplir con cada una de las exigencias de la hipocresía.

Esos días ha dejado de pintar y ha apartado el hábito de la lectura porque su mente vuela delante del lienzo o del libro y todo lo percibe troceado, sin conexión ni sentido unitario. Los domingos sigue yendo a la misa de El Salvador, comulga con el aparente arrobo de siempre y a la salida de la iglesia se encuentra con los Lanza sin que a veces pueda rechazar la insistencia de Matilde Delgado y Matilde Lanza para que vaya a comer con la familia y jugar luego una partida de tute. Dedica gran parte de las tardes de los fines de semana a ir al cine, donde ve dos películas o dos sesiones de la misma porque en realidad no ve ninguna. Su cabeza está en la pistola, en conseguir dispararla con la misma exactitud de gestos con la que ha aprendido a comportarse. Con la misma fría eficacia que suele ver en la pantalla.

Ya no piensa en causas para asesinar porque no le hacen falta y, aunque le faltaran causas, le sobraría convicción. Por eso le vuelve aquella voz antigua que ahora le suena tan nueva, *Adónde vas si no vas contigo, si es tu cuerpo y no tú el que salvará el pellejo,* sin dejar tampoco de pensar en esas cinco mil pesetas que cobró el 1 de enero como una cifra que lo define ante Sebastián: lo supone tan hecho a la miseria moral que sabe que ya no se irá, aun teniendo dinero para cruzar una frontera y dejar de ser un réprobo. Y no se irá: le sobra convicción.

Las mañanas de los sábados y domingos sale muy temprano de la ciudad y se mete por los caminos que entre huertas bajan buscando el sur hasta el valle del Guadalquivir o bien traspasa las murallas por el este y sale de la ciudad descendiendo por la cuesta de la Merced y por la calle de los alfareros. Ha encontrado dos lugares que le parecen apartados, a resguardo de miradas o testigos. Por proximidad a su domicilio, prefiere salir de Daza por el este ya que, sin alejarse

demasiado, hay un calvero protegido por álamos y zarzas cercano a la fuente de la Alameda.

Llega al amanecer, embozado entre la bufanda, el sombrero y la solapa del abrigo, y permanece un buen rato pendiente de los movimientos del campo dejando que el sol lo caliente mientras toma café mezclado con brandy del termo con el que resiste el frío intenso de las mañanas del inicio del invierno. Bebe y fuma procurando centrarse en la única idea de vencer el pánico que siente al apretar un gatillo. Nunca antes había disparado una pistola y, jamás contra un hombre, el mosquetón con el que cargó durante la guerra. Percibe como un maligno portento el hecho de que la simple presión sobre el metal romo del gatillo, tan suave, tan obediente al tacto, pueda desencadenar en la distancia el violento desorden de la muerte. Lo siente como un poder desmesurado y espurio. Todavía ajeno.

Durante los dos meses que estuvo habituándose a disparar, no consiguió disminuir el escalofrío que le producía el retroceso de la Star, esa especie de pisotón en el hombro con el que una fuerza invisible se impulsa para saltar y casi al mismo tiempo hundirse de un modo también invisible en el árbol para desgarrarlo. Balazos hechos con el brazo extendido y tembloroso que enseguida recibía la sacudida del retroceso, un golpetazo que le percutía en el torso igual que si hubiera disparado sobre él mismo y, mientras la bala penetraba en el árbol, se hundiera también en lo hondo de su cuerpo.

Se cercioraba durante un buen rato de la soledad del campo y cuando, con los pies clavados en el suelo y la cara prevenida, se decidía a apretar el gatillo, nunca consideraba que el silenciador hubiera reducido la explosión a apenas un zumbido semejante a un débil abejeo. Alarmado, auscultaba el campo mientras recorría los alrededores antes de recuperar la calma y obligarse de nuevo a adoptar la tensa postura del tirador que ayuda con todo su cuerpo a dirigir la trayectoria de la bala. Extraño y aliviado, volvía a la ciudad sobre las diez de la mañana con la creciente sensación de que, cada vez que regresaba, las calles de Daza le eran más desconocidas.

Cuando a finales de febrero había ya conseguido hilvanar series de tres o cuatro disparos seguidos, Vidal Lamarca eligió un día conveniente para realizar su propósito. Comprobó que para la tarde del miércoles 8 de marzo no estaban previstas ni entradas ni salidas de camiones, en todo caso, si surgiera algún pedido lo desplazaría al jueves o al viernes, después de haber buscado en el lugar de destino,

como hacía siempre, alguna compra para que el camión no regresara de vacío. Contó, pues, con la tarde del miércoles, fijó la hora a las cuatro y media de la tarde, y comenzó a elaborar esa hora y todo lo que la rodeaba.

Se levantó el miércoles, sudoroso y liviano, aceptando con naturalidad que pronto se convertirá en un asesino. Antes de subir a la empresa, tomó un primer café en el balcón necesitando el frío de las siete de la mañana mientras recordaba que esa noche había asesinado entre sueños con la sensación benéfica de haber extirpado, como si fueran quistes, los hechos infames que viven en su memoria. Fumó después tranquilo el primer cigarrillo del día mirando cómo la plaza del Paseo Mercado parecía hecha de una materia blanda al tomar volumen y definir sus aristas con el ascenso del sol. Se formaba con la primera luz la fuente del ábside de San Pablo, crecía desde la penumbra el quiosco de la música, reverberaba la cabeza de la estatua del general Saro en medio de los jardines mientras se concretaba el perímetro regular de fachadas y parecían adelantarse desde la sombra de sus vanos los arcos del ayuntamiento viejo. Se dijo Vidal que tenía que disfrutar de la placidez y de la sensación de vida naciente de ese momento porque, con seguridad, ya no volvería a repetirse.

La mañana en la oficina transcurrió con la normalidad de la rutina. Lanza estuvo allí apenas media hora para hacer algunas llamadas telefónicas y repasar con Lamarca la planificación de la semana, ambos empeñados en una cordialidad difícil no exenta de gestos de cercanía. Pero desde que Sebastián se fue, Vidal dejó de trabajar. Muy temprano, hacia la una, comió en la oficina un bocadillo acompañándolo con el vino de Torreperojil que comercializaba la empresa y, sin hacer nada, sentado a la mesa, siguió esperando porque en realidad el plan previsto estaba basado en la continuidad de la espera.

No ha ideado Lamarca ninguna coartada ni la necesita: no huirá ni dará explicaciones ni tratará de justificarse o de ocultar de ningún modo la autoría de ese hecho que quiere que le pertenezca en su totalidad. Con todas sus consecuencias. Solo será necesario que lleguen las cuatro y media, que Sebastián acuda a la nave donde está la oficina, que el guarda Gonzalo no altere su horario y comience su ronda a las cinco, después de que todo esté concluido.

Cuando telefonea a Lanza, escucha su voz destemplada.

—Pero, ¿para qué tengo que subir ahora al almacén?

—Es importante.

—¿Sabes que me has despertado de la siesta? No voy a subir. Dime ahora mismo de qué se trata.

Lamarca deja pasar unos segundos. Ablanda la voz para decir:

—No te arrepentirás.

Mira Vidal la pistola que brilla bajo el flexo y deja un contorno de sombra sobre la mesa de la oficina, se fija en la forma limpia y compacta de las tres balas que tiene en la concavidad de la mano mientras piensa en la belleza inocente de esos tres proyectiles y cómo todo, incluso lo bello, lleva en su seno un germen de la destrucción. Introduce las balas en el cargador y este en la culata, apaga la estufa, las luces, y se pone el abrigo en uno de cuyos bolsillos guarda el arma con una lentitud que a él mismo le parece excesiva. Cuando desciende por la escalera, siente muy clara la vibración metálica de los peldaños y, al respirar el frío de la nave, toma total consciencia de que todo ha comenzado.

Poco antes de las cuatro y media, aparece Lanza. Protegido por una de las estanterías donde se ordenan los víveres, lo ve detenerse en la puerta de la nave para ajustarse el sombrero, sacudirse el abrigo y componerse las hombreras atirantándolas con las palmas de las manos después de haber cruzado los brazos ante el pecho. Sabe lo que va a pasar: Lanza lo llamará a voces porque se sorprenderá de no ver luz en el paralelepípedo de cristal de la oficina y subirá luego la escalera como hace en los últimos años, tirando entre resuellos del peso de su cuerpo.

Oye Lamarca el retemblido de los peldaños cuando Sebastián desciende para quedarse sin saber qué hacer en el espacio desde donde arrancan los pasillos abiertos entre las estanterías de alimentos. Lo ve desabrocharse el abrigo y abanicarse con brevedad con el sombrero, que vuelve a ponerse mientras mira la penumbra de la nave, las hileras de baldas cuajadas de bultos que se van emborronando hacia el fondo, y, a punto de marcharse, titubea antes de volver a llamarlo con una voz achicada por la extrañeza. Oculto detrás de unos barriles de arenques, saturado de su olor, Vidal lo encañona. Tiembla y lo encañona. Se dice que aguardará hasta que Lanza se mueva para irse y entre en la luz que arroja el tímpano de cristal del portón, entonces saldrá de detrás de la estantería, avanzará hacia él gritando su nombre y esperará a que se gire para chillarle que lo mire a la cara para que comprenda por qué va a morir, no hará falta decir nada más porque ni siquiera la parálisis de la sorpresa le impedirá entender, y enseguida todo será fluido como tantas veces lo ha previsto: acercarse hasta entrar en los haces de luz del tímpano, la

pistola prolongando el brazo, la rabia en la boca entreabierta, el índice sobre el gatillo y los disparos despaciosos y certeros. A bocajarro.

Pero lo que tiene Vidal en la boca es el sabor ácido del miedo. El sabor de lo que él es, un temblor, una derrota, una minuciosa resignación. Mientras ve salir a Lanza de la nave, trata de calmarse y empieza ya a preparar la excusa que utilizará por haberlo hecho venir y las otras excusas que tiene que darse a sí mismo para aceptar una vida que ahora no le parece tan desvalida como para obligarlo a la impostura sino indigna. Voluntariamente indigna. Oliendo a arenques, apretando la pistola hasta dañarse la palma, siente que Sebastián se aleja para llevarse lo último que le quedaba. Lo esencial de una vida, la suya, vivida por otro. Vidal Lamarca dejando que Sebastián lo sustituya. Dejándolo. Sin pretextos para culparlo, con razones para culparse.

Acaba de irse Lanza y continúa Vidal tras la estantería, apretando aún la pistola inútil en la mano, cuando siente el gruñido y el roce del hocico del perro. No sabe cómo ha llegado porque a esa hora debería estar atado junto a su caseta, pero el descomunal Bocanegra, el mastín que guarda la empresa, está ahí, a su costado, lleno de tensa hostilidad, gruñendo a un palmo de sus pantalones, la cabeza gigantesca alzada y las mandíbulas preparadas para el mordisco. Es inesperada la actitud del perro, que siempre le ha mostrado cariño y de repente parece desconocerlo y lo señala con un gruñido resonante, mantenido y metálico, como si lo estuviera acusando o quisiera vengar la inexistente muerte del amo.

Vidal comprende en el acto que no tiene miedo, que está recibiendo un oscuro castigo y, en esos momentos en los que se siente nadie, desea recibirlo. Vagamente piensa en la invulnerabilidad de Lanza, vagamente, en su propia, ridícula impotencia. Cierra los ojos esperando la dentellada hasta que la voz de Sebastián llama al mastín desde el exterior y el animal se va apartando de su lado, la cabeza vuelta, sin quitarle de encima la mirada, caminando muy despacio con las patas rígidas y el lomo erizado. Inspira hondo Vidal. Se satura del áspero, casi pestilente olor de los arenques.

Tres años después dibujará como final de su biografía cinco variantes

de lo que casi sucedió el 8 de marzo de 1961, ese asesinato tantas veces motivo de cálculo, tantas veces recorrido por su mente y desarrollado en todos sus pormenores de no ser por un delgado velo que le impidió completar su realidad: los segundos de indecisión, los pocos pasos que nunca dio para entrar en la luz proyectada por el tímpano y, explícito y resolutivo, disparar las tres balas que llevaba en el cargador.

La resaca de ese día le deja el aviso de que no debe caer nunca más en los espejismos de la pasión ni en rotundas convicciones que quedan en quimeras. En consecuencia, volverá al ejercicio diario de la doblez y ajustará al máximo su cinismo en sus relaciones con Lanza para que como una maquinaria de precisión ruede redondo, sin probabilidad de nuevas alteraciones. Acepta sus debilidades de un modo definitivo y se exige considerar Daza, y su propia condición subsidiada, como un destino cerrado. Por ello, aunque todavía rehúye el centro de la ciudad, toma la costumbre de pasear por los barrios e ir descubriendo tabernas y rincones; se hacen más frecuentes sus visitas al molino de Antonio Suances, donde disfrutará con su propietario de largas conversaciones entreveradas de libros, de alcohol y de partidas de billar; comenzará a tomar el tranvía de la Loma, del que se suele apear en Canena para regresar a pie hasta Daza llevando consigo un cuaderno de apuntes y esa tensión en la mirada que busca perspectivas y encuadres para convertirlos en rápidos bocetos.

En octubre del sesenta y dos, abre sus clases de pintura en su domicilio y, casi al mismo tiempo, decide que quiere ser un pintor visible y empieza a hacer una serie al óleo de doce panorámicas de Daza: la ciudad torreada entre amaneceres de bruma, reflejando los rosas y cobres del atardecer, o exacta bajo la luz del mediodía. La ciudad cárcel de Vidal que aparentaba cambios o disfraces en su constante unidad sin salida. Siempre la ciudad fija y saturada de un cielo que le mete dentro el color del tiempo pero no altera, sin embargo, su constancia como de mineral cristalizado sobre la cresta de la loma.

Una mañana de la primavera del sesenta y tres, ve por primera vez a Rosa Teba sentada con su familia en una terraza de la plaza Vieja. La ve bajo el sol, muy bella, llena de viveza y de alegría. Nota en ella algo que lo impresiona, no sabe todavía qué, pero no encaja su belleza sutil y segura con su modo de accionar donde percibe una tensión educada, un prurito de inquietud o búsqueda. Piensa Vidal en el

magnetismo de lo excepcional. Piensa en la ejemplaridad de las mujeres de los cuadros o las novelas y se siente mal vestido o triste, excluido por el simple hecho de haber retenido el paso para mirarla.

Meses después la ve entrar en la tienda de tejidos El Métrico y se sorprende deteniéndose para ponderar su modo leve de caminar como si anduviese sobre una materia elástica. Se para indeciso a la entrada del comercio hasta que cruza el umbral y va a apoyarse en el mostrador junto a ella. La escucha preguntar por telas para cortinas y se fija en la delgadez de sus dedos y en la delicadeza con la que palpan o se deslizan por las piezas que despliega el dependiente. Vidal comprará unos calcetines y saldrá del establecimiento aturdido por haberse dejado arrastrar como si toda la mujer hubiera tirado de él. Ese impulso adolescente de querer saber qué, de querer saber quién o cómo, de querer saber un poco más. Se lleva consigo de la tienda el tono de voz un poco opaco de la mujer, la firmeza de su perfil, su aroma a talco y a hierbas.

Para entonces, ya había pensado con frecuencia en esa mujer. La ha imaginado, le ha inventado acciones, palabras, mínimas circunstancias. Por Matilde Lanza está enterado de que ella es aficionada al dibujo y ha andado informándose de su competencia como profesor, pero no puede prever que un día de abril del sesenta y cuatro Rosa se adelantará al horario de clases y llamará a su puerta con el nebuloso propósito de, con un golpe de audacia, como si desgarrara una sábana, romper la lisa continuidad de su vida. Enseguida se buscarán con la pulsión encabritada del deseo, horas sueltas, ansiedad por conocer los pensamientos del otro, conversaciones que se interrumpen y se retoman al día siguiente, la casa de Vidal o el campo como lugares de encuentro.

Aprovechando un corto viaje en el que Raúl, el hijo de Rosa, acompaña al marido a hacer una gestión en Córdoba, encuentran un tiempo de sosiego, una tarde y una noche que se prolonga hasta el amanecer en el que Vidal sale furtivo de la casa de los Colón con la cabeza vibrando debido al gozo y a la vigilia, a los cafés, a la fragancia de las sábanas, a la ginebra con naranja, al largo recuento de vidas en una conversación que ha sumado todas las anteriores y ha apretado a los amantes en el mutuo conocimiento.

Es en esa noche cuando Rosa Teba le señala que sus obsesiones respecto a Clara Hervás y al dibujante Bluff tienen un mismo origen en la culpa. Culpa por dejar sola a Clara en un cortijo cerca de Baena y, con más evidencia, en el caso del caricaturista, por la firma en un papel delator y el consiguiente fusilamiento de un infeliz. Pero quiere centrarse Rosa en Bluff, en cómo Vidal se autocastiga para redimirse

por su asesinato, cree que su sometimiento a Lanza es voluntario y lo utiliza como una forma de limpiar esa culpa. ¿Hasta cuándo cree Vidal que debe pagar por la calumnia? ¿No es suficiente un cuarto de siglo de expiación? Si no se convence de que él no es responsable de esa muerte o que, en todo caso, ya ha la padecido con creces, seguirá a los pies de Lanza, purgando a su lado, dejándose avasallar por él como castigo. Vidal la escucha en medio de un deslumbramiento. No sabe si asentir o rechazar algo donde encuentra un fondo, todavía impreciso, de sentido. No hay perdón sin penitencia, añade Rosa, y has encontrado en Lanza a un buen verdugo que te hace purgar tu mal, que te perdona destruyéndote. Luego le recuerda lo que el mismo Vidal sospecha, porque todo podría haber salido de que Lanza preparó en la prisión un teatro para él y planificó su firma contra Bluff no como un testimonio para un juicio, que era del todo innecesario, sino como el que fabrica con premeditación una culpa, un culpable, un hombre lleno de remordimiento y, por ello, más fácilmente dominable.

—Quizá —le dice Rosa con rabia contenida—, el día que te hicieron firmar contra Bluff, Lanza supo que tu voluntad ya sería por siempre suya.

Le extraña a Lamarca la contundencia de las aseveraciones y esa astucia de la mujer que puede estar desvelándole algo esencial de su carácter, y lo ve Rosa tan indeciso que lo besa como si besara toda su ternura de niño del mundo vallejiano, le muerde los labios, y separa luego la boca para decir, Yo te absuelvo, para sonreírle con sus labios brillantes de saliva, Absuélveme tú ahora: de todos mis pecados.

Tenía Vidal el propósito de que la serie de panoramas al óleo de la ciudad fuera la base para su primera exposición pero, cuando comienza su relación con Rosa Teba a la par que inicia su autobiografía, se convierte en un pintor de ratos perdidos, sin tiempo para pintar al óleo, aunque no desiste de su idea de reunir suficientes cuadros como para exponerlos y por esa época se le puede ver haciendo bocetos de los monumentos del casco histórico, sobre todo del palacio Vázquez de Molina, un edificio que consideraba una especie de cristalización de la belleza, hecho tan en estado de gracia que logra aunar la alegría y la arrogancia, lo rotundo y lo liviano en un mismo canon de armonía renacentista.

Rosa Teba parece mostrarle la clave para hacerse cargo de su vida, y su pintura, como él mismo, evoluciona. Desde la primavera del

sesenta y cuatro es observable cómo Lamarca se aleja del estilo recio y empastado de Zabaleta, que tanto lo influyó, para hacer cuadros basados en masas espumosas de color, tenues y matizadas, que llevaban dentro el armazón del dibujo. Son lienzos muy hermosos en los que las formas hubieran sido absorbidas por la atmósfera de no ser por que resisten a fuerza de insinuar su volumen con unos pocos trazos precisos, líneas y manchas penetradas por la luz del entorno y como saliendo de la gran mancha nebulosa que es el cuadro.

Cuando refleje esta etapa en su relato, se autorretratará con aire ufano, el torso desnudo, el pincel descuidado en la mano y un cigarrillo entre los labios cuyo humo parece agrandarle la sonrisa mientras mira a Rosa, la mujer que se adivina formándose en el lienzo puesto sobre el caballete.

Las viñetas de este periodo son amables y están hechas con la serenidad de lo doméstico, las clases de dibujo, el trabajo en la oficina, las conversaciones en el molino con Antonio Suances o con su hijo Pablo, a quien apadrina como alumno mientras admira su vigor adolescente que a él le fue tronchado por la guerra.

Tono Suances adquirirá protagonismo en dibujos que lo presentan encaramado en el camión ZIS-5, estudiando junto a Vidal, los dos sentados a la mesa de la oficina, o enfrascados en charlas entre un manoteo de dedos en abanico que se repite en una secuencia de seis viñetas, todas en espacios diferentes como si hubieran mantenido una cháchara inacabable que los aunara desde que pasean por el campo hasta que acaban sentados en una prensa del molino. La leyenda que engarza a estas seis viñetas es muy breve: *Hablar con Tono Suances equivalía a aprender cómo deberían ser las cosas esenciales, esas que nunca llegan a ser.*

Extraña que el tratamiento de Rosa Teba en el cómic sea tan pudoroso, que ella sea apenas una hermosa mujer vista al paso por las calles de Daza o una alumna cubierta por una bata ante un caballete o una señora que toma del brazo al marido y al hijo ante las piedras esculpidas del palacio de Jabalquinto. La relación de horas robadas por los amantes queda recogida con preciso laconismo en el texto, pero lo que dibuja Lamarca al respecto son unas cuantas escenas y ninguna demasiado explícita, pues se reducen a aquella mujer apenas esbozada sobre un lienzo que él pinta con el torso desnudo y a algunos primeros planos centrados en una chaqueta y un bolso al pie de un árbol, en la mano de Vidal que abre la puerta, la número 12, de una habitación de hotel o a una estampa que resume a muchas otras parecidas: los dos amantes vistos de espaldas dentro del Dauphine amarillo que se ha detenido en un camino, abierto entre un ondulante

paisaje de olivos, como para propiciar el mutuo reconocerse en las cabezas que se tocan, en las calmosas confidencias, en la intimidad conquistada en medio del hermoso paraje solitario.

De Pedro Colón solo figura un dibujo donde se lo ve sentado en el sofá del piso de Lamarca. Tieso y trajeado, la corbata caída y los dedos machihembrando una mano con la otra, acaba de responder a lo que ha dicho un Vidal que solo está presente en el bocadillo que encierra sus palabras (*Le puedo asegurar que la quiero y que es todo lo que tengo*). La voz de Pedro tiembla dentro de un globo de contorno zigzagueante para preguntar: *¿Está por completo seguro de que Rosa también lo quiere?*

Hacia mitad de agosto del sesenta y cuatro, a las tres y media de un sábado, llaman a la puerta de Vidal. Cuando abre, se encuentra con un hombre pequeño, de fuerte pelo canoso que parece mirarlo no con los ojos, cuyos párpados tiene entornados, sino con unas manos levantadas hasta las clavículas ante las que se arropan la una a la otra con nerviosa lentitud. Por lo demás, está muy quieto con las piernas juntas, los hombros encogidos, como si todo él estuviera cerrado: la chaqueta, la camisa abrochada hasta el último botón, las manos tapándole la garganta. Tarda en hablar. Lo hace pestañeando y al abrir los párpados deja ver unos iris grandes y grises. Le pregunta si él se llama Vidal Lamarca Rosado, si podrían hablar allá abajo, en la plaza; en caso de que le venga mal en estos momentos, él lo esperaría en un banco porque tiene a un hijo jugando ahí, en la fuente de la iglesia, y no lo puede perder de vista, de hecho, el niño ya está nervioso porque llevan cerca de dos horas aguardando a ver si alguien entraba o salía de la casa. Que por favor le perdone que se haya atrevido a tocarle en la puerta.

Habla un castellano sibilante y dulce, lastrado por algún anacoluto y por pautados silencios que emplea para encontrar las palabras. Se esfuerza en ser correcto, en recoger el cuerpo y estirar las solapas de la chaqueta, en hablar bien. Se llama Manoel Mendes, es portugués y marido de Clara Hervás. Su profesión es la de mecánico de automóviles, pero trabaja en cualquier cosa que pueda salirle. ¿Podría bajar a la plaza a hablar con él?

El niño es parecido al padre en su delgadez, en la nariz que ya apunta a salediza y en los grandes ojos cenicientos. Juega con melancolía en el pilar de San Pablo haciendo pasar una vara sobre la superficie del agua. Sonríe absorto en su tarea y pone mucho cuidado en que la vara no llegue a mojarse mientras se espanta las avispas

moviendo la mano izquierda en torno a su cabeza y, de cuando en cuando, se gira sobre el pretil del pilón para mirar al padre y a Lamarca, que están sentados en el banco más próximo a la fuente. De espaldas como los ve, el niño no puede adivinar el tono de la charla que sostienen ni si su padre está contento o serio o quizá enfadado, en todo caso, los dos hombres tienen las cabezas gachas y se miran solo alguna vez acercando el perfil de las caras, su padre estirando el cuello con la barbilla de punta para encontrar la mirada del otro.

—No debe decirle nunca a Clara que yo también la busqué.

A Lamarca le cuesta hablar, pensar. Desde que el marido de Clara le dijo quién era, nota un desajuste en todo su organismo como si sus vísceras latieran y hubieran tomado una presencia que no reconoce, que antes no tenían. Trata de combatir la conmoción con la serenidad y se concentra en no gesticular, en hablar poco, en que no se le note el desconcierto, la decepción o la fuerza de la euforia que está sintiendo por finalizar un larguísimo viaje. Más que lamentar que Clara es ya irrecuperable, le viene a la mente la idea de reparación del castigo de la incertidumbre, de esa especie de agravio de no haber sabido de ella en tanto tiempo. Pero todo está desordenado en Vidal, impresiones que se expanden, se solapan o se escurren, y van siendo absorbidas por ese rebullírsele de las vísceras que le gana el pensamiento y se lo anula.

A veces escucha el relato de Manoel Mendes como retumbándole en el hueco de la oreja y, otras, le llega opaco, apenas audible. En el treinta y siete, salió Clara de la cárcel de Córdoba y atravesó la frontera de Portugal junto a dos mujeres de Sevilla que la ampararon. Vivieron de las faenas del campo, después, resistieron cuatro años con una pequeña mercería en Albufeira. Manoel la conoció en Setúbal, cuando ella fregaba suelos y vendía pescado. Lo demás es un ir tirando, un buscar trabajo donde lo hubiera, en ciudades diferentes. Cuando le dice que Ezequiel, el hermano de Clara, murió en el año treinta y siete, de hambre o al menos eso deduce Mendes, Lamarca siente la extrañeza de casi no acordarse de ese niño al que le llenaban los sueños con historias sobre paraísos igualatorios.

—Tenemos dos hijos, ese del pilar, que tiene doce años, y otro de nueve que va ahora con mi mujer en el autobús camino de Albacete.

Un pariente de él le ha ofrecido trabajo en aquella ciudad, en un taller mecánico, un trabajo por horas, nada de alojamiento ni de sueldo fijo, pero es lo único que tienen. Cala muy hondo Mendes el cigarrillo que le ha liado Lamarca, tose y da otra calada enseguida con una ansiosa satisfacción, convertido en un hombre distinto del que hace unos segundos era, un señor de modales apocados que ahora

absorbe con intensidad el humo, lo retiene recreciendo el torso y lo suelta con violencia sin poder reprimir una tos que no le impide seguir fumando con la dedicación placentera en la que anda metido.

Saca Manoel Mendes del bolsillo interior de la chaqueta una cartera apresada con una goma y de ella una fotografía hecha en un interior de tonos sombríos. Mire, dice, esta foto es del año pasado. Lo que ve Lamarca es a Mendes de pie, flanqueado por dos niños a los que protege posando las manos en sus hombros y, junto a ellos, sentada, una señora bastante gruesa con un moño alto que tira de su pelo entrecano y pone la única zona de brillo sobre la mantilla de lana y los ropones oscuros que caen hasta unos pies tan hinchados que las alpargatas parecen hincársele en los empeines como cinchas. Busca sus ojos, los ojos de Clara, y solo puede adivinarlos bajo unos párpados grandes, parecidos a labios, que los sumen. Tiene que preguntarle al hombre que fuma junto a él si esa señora es Clara. Quién va a ser, dice en voz baja Mendes, anda muy bien de salud, gracias a Dios, pero ¿es que no la reconoce? Lamarca no responde porque está conmovido por él y por Clara, por una conmiseración que sabe exagerada y patética y del todo injusta, pero no puede tener el tiempo tanta eficacia para voltear la vida ni puede ser ella esa mujer extraña venida de un país extraño, como extraños son sus hijos y el hombre que dice ser su marido. No puede ser Clara esa desconocida que suplanta a su recuerdo, desborda la silla con sus nalgas y apenas puede alcanzar el suelo con las puntas de los pies. Tan diferente que no la asocia a nada suyo; tan gruesa que parece mucho más pequeña.

Acabará aceptando Manoel Mendes las tres mil pesetas que Vidal se empeña en darle. Se pondrá colorado cuando le meta los billetes en el bolsillo de la chaqueta. Dirá: por favor, por favor. Dirá: no he venido por eso, por favor, me está humillando, por favor, por favor. Acabará por callar, por mirarse a los pies y hacer una bola con sus manos, nervioso, los dedos agitándose entreverados a la altura del esternón. Yo no soy así, dirá, siempre me he ganado el pan; lo tomo por los niños, por las necesidades que pasan, pero no crea que yo, no vaya a pensar, Dios mío, yo no soy, no vaya a creer que yo soy así.

Según le ha dicho, su pariente, el que le va a dar trabajo en Albacete, está esperándolo con una camioneta en las afueras para seguir viaje. Lamarca cree saber que allí se encontrará también Clara con el otro hijo y la imagina en la cabina, gruesa y enlutada, esperando el regreso de Manoel para asegurarse de que su marido le

ha transmitido a Vidal que ella está viva y se encuentra bien; para asegurarse de que solo le haya dicho eso y le haya ocultado todo lo demás: la vergüenza de que él la vea como ella se ve hoy y le note ese sentimiento de culpa inmotivada, de culpa por el tiempo y la impotencia, por los hijos de otro, por las circunstancias y sus desechos de miseria, por su misma gordura mórbida. Por no poder. Por ni siquiera querer ya poder.

Le dirá Lamarca a Mendes que lo aguarde en la churrería de la Torre Nueva, donde deja pagado un café para el padre y una gaseosa para el niño, y recorrerá los trescientos metros que lo separan de la empresa Lanza deseando que la tarde acabe. Nada más abrir el portón, se da cuenta de que por la mañana han estado pintando el camión soviético cuya chapa está cubierta de minio y pone un tono anaranjado en la sombra de la acacia.

Junto a las ruedas traseras del ZIS-5, el guarda Gonzalo ronca bocarriba con las piernas muy estiradas y los brazos abiertos, que le dan un aspecto de crucificado entre latas de pintura, papeles de periódico y una botella de vino volcada junto a restos de comida. Entra Vidal a la nave de los alimentos, sube a la oficina y se apresura en buscar en el archivo las fichas de la empresa de Albacete y la de Pozohondo con las que trabajan, apunta en un papel nombres y teléfonos y sale deprisa sintiendo el olor turbio del recuerdo, el de las sardinas arenques por encima de los que debieran dominar, el de las especias y los quesos, el del aceite rancio.

Se acerca a Gonzalo y, agachado junto a él para despertarlo, se detiene un segundo fijándose en la fuerza de sus ronquidos, que parecen lo único vivo en el cuerpo inerte, en cómo el sudor moja su camiseta y pone oscuridad alrededor de las manchas naranjas de pintura. Va a poner su mano sobre el hombro de Gonzalo cuando siente muy cerca de sus espaldas el gruñido del perro. Está tan aturdido por las noticias que le ha traído Mendes que ha olvidado en absoluto las precauciones que toma cuando el mastín no está atado. Ese perro lleno de memoria y de rencor. Ese perro cabrón que lo hostiga desde que encañonó a Lanza en la nave de los alimentos.

No quiere girarse ni hacer ningún movimiento. Comprende en el acto que no podrá aplacar al mastín porque su miedo instantáneo atrae al hocico descomunal hasta rozarle la pierna y aviva el ruido que redobla en su boca como un artilugio mecánico. Le habla al perro para amansarlo, Quieto, Bocanegra, y se levanta muy despacio buscando la salida, de espaldas, con pasos cuidadosos, llenos de presentimiento y lentitud. Cálmate, Bocanegra, le dice, tranquilo, Bocanegra. El mastín se ha quedado junto al guarda, tenso y enorme, emitiendo su ruido de

carraca que parece pujarle desde dentro para agrandarle el cuerpo y alzarle el lomo y erizárselo. Es incomprensible, pero es como si el perro supiera. Como si encarnara la conciencia del amo. Le muestra animadversión, lo vigila con su cabeza ávida cuando cruza la explanada, le enseña los dientes si se acerca demasiado. Como si hubiera olido la pólvora de la pistola que no disparó, la sangre del amo que no derramó. Igual que si el perro teatralizara un rito de acusación o de penitencia.

Se gira Vidal para abrir el portón mientras oye las pisadas del mastín sobre la tierra y sin necesidad de mirar reconoce la progresiva proximidad de la carrera y el momento en que las babas le mojan el pantalón y las mandíbulas quedan en suspenso en torno al gemelo de la pierna derecha. Solo se mantendrán abiertas los segundos que Vidal tarda en saltar hacia la calle mientras siente el desgarro de los dientes en la pantorrilla sin apenas tiempo de cerrar la puerta ante el estruendo de los ladridos. Cuando se reúne con Manoel y su hijo, aún no siente el dolor de la mordedura ni tiene que esforzarse en la normalidad porque enseguida se ve envuelto en la tensión emotiva que hoy le ha traído ese hombre que se guarda el papel con las direcciones de las empresas donde pueden necesitar un mecánico mientras Lamarca le dice que telefoneará para recomendarlo. Vidal lo escucha agradecer y preguntarle si debe decirle algo especial a su mujer aparte de lo que él le ha contado de su vida y de que lo ve con prosperidad y con buena salud. Algún mensaje, añade, algo que usted quiera que yo le diga a Clara. Pero Lamarca solo siente lástima por ella y por sí mismo, y teme que, cuando hable, le falle la voz aprisionada por la congoja que le está llenando la garganta. Dígale que le deseo a usted y a ella lo mejor, dígale que mucha suerte. Y lo ve levantarse, tomar por el hombro al hijo, empezar a caminar hacia la carretera de Torreperojil con su chaqueta de franela muy abrochada en pleno agosto, digno, frágil, casi tan bajo como el niño.

—¡Manoel, espere! Tome, coja mi tabaco, le vendrá bien para el viaje.

Al regresar a su piso, Lamarca pasará horas sin hacer nada, mirando la plaza por el balcón o sentado en el sofá como si estuviera esperando a que Clara Hervás acabara de completarse en su pensamiento. Sobre las ocho de la tarde, entrará en el estudio y dibujará la visita de Mendes con una sensación de querer poner un punto final a la historia de esa mujer que ya no es Clara y que, sin embargo, no dejará de serlo ni de

haberle dado lo mejor de su adolescencia, unos días de amor que como si no acabaran nunca sucedieron una y otra vez en su mente hasta llegar hasta ahora mismo, cuando se inclina ante el papel y la dibuja tal como la ha visto en la foto que le mostró Mendes, sentada semejante a una matrona en una silla demasiado pequeña para su cuerpo grasiento y para toda la desdicha que se acumula bajo esa grasa. Y no cesa de imaginar cómo quedará la viñeta de las mujeres peladas cuando la pase a tinta, lo que escribirá saliendo de la boca de Clara (*Yo no soy esa que estás viendo ahora*), mientras, en esta última imagen de ella, hace que la acompañen sus dos hijos, con sus caras borrosas y casi imaginadas, y Manoel Mendes con la cabeza alta y serena, cobijando a los niños entre sus manos.

En esa estampa de la foto de familia, Clara Hervás no mira al espectador con sus opacas pupilas semienterradas por los párpados, sino con los ojos del recuerdo, los mismos que va agrandando con el sesgo de la plumilla mientras se le agarra la angustia a la garganta al recrear la voz fresca de Clara, su voz adolescente que le dice, que le sigue diciendo con la misma nitidez de 1936 que desde que él la quiere no se parece a nada de lo que ella conoce y tiene que inventarse tonterías, porque son tonterías y él se va a reír si le dice que ahora se parece a los colores que pone en sus acuarelas. Su voz que todavía resuena en su cabeza: *¿Quién eres?, cuéntame por qué dijiste, por qué hiciste, dime cuándo, dónde, no pares de contarme, házmelo.*

Esa noche se despertará a una hora incierta con un latido en la pantorrilla debido al mordisco del perro. Tiene varios rasguños y una herida no muy grande que ha desprendido la piel y parte del músculo como un desgarrón en una tela. Se levanta y se lava la cicatriz con jabón sin que sepa aún que esa herida lo acompañará durante meses y tendrá que ser abierta, desinfectada y suturada en el hospital ante la amenaza de una septicemia.

Desvelado, escribe sobre el perro como hace tantas veces antes de convertir sus apuntes escritos en dibujos. Llega a anotar que, ante un poder omnímodo, el débil se identifica hasta tal punto con ese poder que se animaliza y llega a sentirse un desecho, un perro del amo: él, Vidal, el perro de Lanza a quien Bocanegra disputa los favores del dueño. Hay tal obsesión en Vidal con el comportamiento del mastín que trata de esclarecerla con elucubraciones hasta que comprende que está cayendo en ese tipo de pensamiento inepto que inventa lo que ignora. Cree que el estupor que lleva dentro desde la visita de Mendes le está deformando esta noche el comportamiento del mastín, a la misma Clara Hervás o a cualquier cosa donde ponga el pensamiento.

Sin embargo, no dejará en el futuro de imaginar a Bocanegra como una oscura prolongación de Sebastián porque, a pesar de las precauciones que toma, un año después el perro lo volverá a atacar, lo derribará por el suelo y mimará el mordisco rodeándole el cuello con su boca sin decidirse a clavarle los colmillos.

Cuando ya esté a punto de concluir su novela, incluirá una sola imagen de Bocanegra que, lejos de ser agresiva, es más bien doméstica o placentera: lo retrata junto a Lanza, que, agachado, con traje de invierno y sombrero, le acaricia la enorme papada ante el portón de una de las naves de los camiones. Sebastián sonríe y el perro también parece hacerlo con la curva de sus belfos en medio de su orgulloso cabezón erguido. Al pie de esa viñeta escribe una escueta frase dictada por la ironía: *Se querían.*

El día siguiente al de la visita de Mendes es domingo, pero no se pondrá Vidal ningún traje ni se atildará para acudir a El Salvador: hace unos meses que dedica a él los domingos porque ha dejado de ir a misa como un primer gesto de darse a sí mismo lo que antes sacrificaba al entorno. Comienza a experimentar algo semejante a la elaboración de un duelo que cerrará pronto y tendrá como consecuencia relajar las prevenciones tras las que se protege, por lo que la costra de su hipocresía, elaborada tanto tiempo igual a un sistema cerrado, empieza a resquebrajarse del mismo modo que se agrieta la cáscara de una semilla para dejar ver su interior.

El domingo y los días siguientes aún los ocupa Clara con todo su poder. Cuando se mueve por su piso, le parece pisar las baldosas ordenadas, congruentes, de una pesadilla mientras se dice que regresa siempre lo que duele, los recuerdos más íntimos nunca se resignan a ser recuerdos y no paran de darte voces para entrar en el presente. Vive el aturdimiento, la consternación, y no puede dejar de llorar. Se trata de un llanto sin sonido que se alimenta de sí mismo en un ciclo de dolor y lágrimas que producen más dolor y nuevas lágrimas llenas de mansedumbre, de piedad y casi de agradecimiento por sentir que se libera de la indigencia moral de haber idealizado un recuerdo hasta convertirlo en una quimera. Ser pobre y desahuciado, no tener nada, inventar lo que no se tiene. Y, sin embargo, esa invención no se ha deshecho del todo y tiene carne y cara de una mujer tan real que sigue sufriendo por ella y por lo poco que pudo hacer para que no fuera posible el relato con el que ayer la resumió su marido. Una mujer que se sigue llamando Clara sin que ese nombre le sirva ya para

nombrarla.

Después de tomar varios cafés, hace lo que jamás hubiera imaginado, actuar por un impulso y ponerlo en práctica enseguida. No ha hecho un boceto, ni ha lijado ni puesto una capa de imprimación a las puertas del armario, y ya las va llenando de colores, rebanando el óleo con el pincel directamente del tubo y aplicándolo con un gesto que descarga demasiada presión sobre la madera y marca los pelos del pincel como si hubieran arado la pasta. Con vaguedad comprende que ese mar que pinta está unido a Clara, a esa ficción que acaba de perder, pero también a un futuro que quiere ganar semejante a esas pinceladas tempestuosas que rebosan azules y luz.

Ese domingo interrumpirá el trabajo apenas el tiempo que emplee en subir a los soportales de las plazas del centro, donde tomará unas tapas en el interior de un local desde el que puede verse la terraza de la cafetería vecina.

Rosa y su familia deberán de llegar sobre la una y media, se sentarán a la mesa de siempre, ella y Pedro Colón beberán vermú, Raúl una cerveza espaciada entre risas y un parloteo que tendrá la virtud de atraer a los padres y unirlos en un anillo de manos y cabezas lleno de viveza. Furtivo, apostado tras los hombros de los clientes, Vidal atisbará la terraza, aislará la figura de Rosa para leer sus gestos y tratar de adivinar su pensamiento. De espaldas como la ve, esperará que ella se gire al hablar y le deje ver su perfil, la nariz un poco quebrada, el brote rojo y bulboso de los labios. Tomará Vidal de un trago el resto de la cerveza que tiene ante sí y saldrá anónimo entre los parroquianos mientras se dice que no estará con Rosa hasta el jueves y que para entonces le será difícil ser preciso con las palabras cuando le hable de esa sombra de Clara que lleva dentro y lo daña al tiempo que lo libera. Se dice que hasta el jueves seguirá ansiando más que nunca lo que va dejando atrás: la voz de ella que hoy le falta y todo lo que la voz de él tiene que contarle, los hombros dibujados bajo la camisa de seda, el perfil de bulbo de los labios.

El desajuste afectivo de Lamarca es tal que todavía el lunes no puede ni tampoco quiere evitar el llanto porque lo siente como el síntoma de una cura o de una metamorfosis. Llorar para limpiar el vasto, el minucioso desperdicio de una vida. Y es ese llanto regenerador el que sorprenderá Pablo Suances cuando el lunes llegue al piso para su clase del espectro del color y vea a un inusual Lamarca poseído por la rabia o por el desconsuelo mientras acaba el mar de las puertas del armario.

Vidal, el pintor de la precisión o de lo que él mismo llama la matemática del color, convertido en un alucinado de los brochazos. Intuye Suances que Lamarca está traspasando alguna frontera interior, tiene una herida infectada en la pierna que lo hace cojear y ni siquiera repara en ello como, un rato después, tampoco reparará en que Pablo Suances ha regresado de la farmacia con vendas y alcohol y está en la puerta del estudio, de repente perplejo, de repente inoportuno, porque está viendo la espalda de Vidal sacudida por temblores y comprende que por más silencioso que sea su llanto lo produce una fuerza tan dominante que ni siquiera la ha podido reprimir durante los minutos de su ausencia.

En esas circunstancias, hablarán Pablo Suances y Vidal de la particular guerra de Mariano Montalvo. Hablarán de su concepto belicoso de los Veinticinco años de paz, de su patria visionaria o de su intento de atropellar con su moto a Lamarca hasta que Pablo exprese lo que lo atormenta desde que vio un asesinato anticipado por un dibujo. Ha concedido tanta verdad al cómic de su maestro que le dice, No puedo quitármelo de la cabeza: sé que vas a matar a Sebastián Lanza.

Al día siguiente Lamarca entregará su novela gráfica a Pablo, le dejará tiempo para que la estudie a fondo, quiere que lo conozca y hablarán durante días de la vida de Vidal y de su modo de dibujarla, de la fuerza de la realidad que encierra la ficción. Un anochecer en el que han salido de trabajar en el retablo de Santo Domingo, Lamarca invita a tomar una cerveza a su alumno por primera vez como si con eso le concediera el estatus de la igualdad y el compañerismo. Vidal le cuenta la visita de Manoel Mendes y con cuánta dificultad está cerrando el hueco de Clara Hervás, por eso es inesperado que Lamarca, después de pagar la consumición, apoye su mano en la espalda de Pablo para indicarle que lo preceda en la salida y, nada más pisar la calle, le espete:

—Ni el dibujo ni tú os equivocasteis: yo he matado muchas veces a Sebastián Lanza.

No verá Vidal a Rosa el jueves siguiente como habían concertado, sino dos semanas más tarde ya que ella tuvo que acudir a San Sebastián, al pie de una cama de hospital para cuidar a una tía enferma con un mal que no acaba de resolverse porque quizá ese mal esté originado por su propia soledad.

Se encuentran en casa de Lamarca con un sentimiento mutuo de

espera convertida en ansiedad y un deseo que ha generado más deseo y que no se apaga del todo con el orgasmo porque ya planea el próximo coito. En ese continuo buscarse, en hablar y reconocerse, se agotan las cuatro horas que ha previsto Rosa después de ajustar tiempos y engaños con su familia, toda esa cadena de mentiras que la exalta con el acicate de la transgresión al tiempo que la hace prever un futuro con Vidal donde el tiempo sea más extenso y aún más excitante en su longitud provisional de copas de vino al sol, de lugares que quiere enseñarle, de secretos desvelados en cenas que no deberían acabarse nunca o de paseos por playas y calles de ciudades que les traerían cambio y renovación. Debido a ello, le habla del hotel discreto que ha encontrado en Linares y se esfuerza en apuntarle los horarios del tranvía y de los autobuses, y en explicarle cómo llegar a él y qué debe decirle al recepcionista.

Acalorada y desnuda sobre la cama, ha estado Rosa escuchando a Lamarca contarle cómo se desarrolló la visita de Manoel Mendes y los efectos catárticos que esa visita tuvo para él. Se asombra Vidal de que en tan poco tiempo se hubiera distanciado tanto como para poder describir ahora con mucha aproximación a ese hombre extranjero que lo enternece, reproducir para Rosa el relato que él le hizo y detallarle la quiebra violenta que provocó en su ánimo.

Mientras escucha, asiente Rosa con la cabeza, ayudándolo con una mano que peina las sienes de Vidal y va escarbando en su nuca. Lo besa con suavidad mientras le dice que le cuente despacio, que no se precipite, y lo sigue besando en el lóbulo de la oreja, en las mejillas, en la nariz sin dejar de pensar que parece imposible que él tenga cuarenta y tres años y ni la guerra ni la cárcel ni la otra cárcel de Daza le hayan dejado ni una cana en la cabeza. Que su cara presente ese metal negro de la barba por más que se afeite, por más que haya estado veintiocho años buscando a una desconocida. Por más que haga solo un mes que la tomó de las manos y la miró serio para decirle: todavía sigo pensando en Bluff.

Ante la viñeta hecha a partir de la foto de familia, dirá luego Rosa que Clara, a pesar de los años y el sufrimiento, sigue siendo guapa. Dirá que el mar del armario es maravilloso, que la envuelve con su fuerza, que por qué no hace más cosas en esa línea. Dirá que tiene hambre, que le dé más vino, que follen otra vez. Bromeará, reirá por nada, se vestirá para irse y enseguida se desvestirá. De un modo consciente, exhibirá para Vidal lo que sabe que él necesita, ese plus de vida que hoy a ella le sobra y que le gusta tanto teatralizar para dárselo también de sobra.

Antes de que se vaya, Lamarca le hablará del retablo de Santo

Domingo. No quiere seguir pintándolo y solo ha empezado a hacerlo, más que por su compromiso con el arcediano, por la promesa que le hizo a Pablo Suances y la exagerada ilusión que este tiene en participar en una obra de gran formato, así que hasta donde él pueda, quisiera desarrollar el talento de ese chaval a quien le tiene cariño y que muestra tantas ganas de mejorar como buena mano para la pintura. Pero llueve sobre mojado porque el arcediano no está cumpliendo su compromiso y ya le ha dejado ver que es muy posible que no le paguen hasta dentro de unos años, o quizá nunca, pero ni siquiera es por eso por lo que desea desentenderse del retablo, sino por dejar de sentirse de una vez un trozo de barro en manos de los otros.

—Un proscrito voluntario —recalca, sin énfasis, cada una de las palabras.

No se engaña Vidal: él ha utilizado a la Iglesia y la Iglesia lo ha utilizado a él. Le ha ayudado mucho a que al menos lo respeten el hecho de confesarse sin confesarse, de comulgar sin comulgar, de dejarse ver en misa los domingos. En España no hay ciudadanía sin Dios ni Dios sin Franco. Son las reglas de hierro de Sebastián Lanza, de esta ciudad y de todas las localidades pequeñas. Pero, por eso mismo, por ser tan de hierro, es tan fácil coger esas reglas y hacerte con ellas una careta que te dé inmunidad.

No es la primera vez que Rosa le escucha opiniones parecidas, pero ahora reacciona con un golpe de rebeldía que logra aminorar con una voz lenta, hecha de reposo y con un punto de dulzura.

—No les hagas ese mural, déjalo en cuanto puedas.

Vidal Lamarca la mira un momento con fijeza, luego dice:

—Escucha.

Hay algo de lo que debe hablarle, algo que no es más que otra de las consecuencias de haberse comportado tanto tiempo como un menor de edad, y, avergonzado y torpe, le cuenta que el cura don Marcos, con quien se ha confesado alguna vez con rutinarias mentiras, hace cosa de un mes fue a buscarlo para decirle que sabía que estaba teniendo una relación con una señora casada. Le dio una palmada en el hombro, lo tomó del brazo, lo invitó a pasear y no tardó mucho en sustituirlo como protagonista de su propia vida. Adulterio, le dijo, una familia destrozada, una señora principal. Y le pedía por favor, no ya en nombre de las leyes sagradas, sino de hombre a hombre, como un favor de amigo, que no soliviantara más a esa señora.

—Como si yo fuera un niño. Como si tú fueras nadie.

Se enfada Rosa, se ríe al instante de su enfado, del enfado de Vidal, que pregunta qué gracia tiene el asunto mientras ella piensa en los

niños del poema de César Vallejo, en aquellos a los que la dictadura los dejó sin lápices ni cuadernos para aprender la vida y utilizarla en su favor.

—A lo mejor, no pudo tratarte de otra forma porque el verdadero niño es ese cura.

—¿Qué quieres decir? —Se ríe Vidal.

Toma Rosa el reloj de la mesa de noche, lo mira y lo alza sobre su cabeza.

—Quiero decir que nos quedan diez minutos.

Guiña un ojo Rosa y, sin cerrar del todo la sonrisa, tira de él hacia las sábanas y apoya los codos sobre su pecho.

—Quiero decir que te quiero. Quiero decir que me hagas el amor.

Cuando ella se haya vestido y se esté colocando el bolso sobre el hombro, cuando acabe de encender el cigarrillo de él y haya prendido el suyo, volverá sobre el asunto del mural para decirle a Lamarca lo que piensa al respecto. Piensa que debería utilizarlo en su beneficio, solo en función de sus intereses. Piensa que estaría bien aprovecharlo para el aprendizaje de Pablo, los días que Vidal considere suficientes.

Lamarca no dice nada, tiene el cenicero en la mano y se lo acerca a Rosa, que ya ha abierto la puerta de espaldas a ella, tirando a ciegas del picaporte y desplazándola con el culo. La ve apagar el cigarrillo, mirarlo con la alegría del rojo en sus mejillas bajo el celeste de los iris que, a la luz de la entrada, viran hacia el malva. La encuentra muy hermosa con las crenchas cayendo hasta la línea del mentón, los labios grandes que se acercan a los suyos, los tocan y los separan con la lengua mientras su respiración empieza a resonar con una ansiedad de preludio. Tardan en besarse, en despedirse de nuevo, en que Vidal diga que tres o cuatro días más de trabajo en el retablo serán suficientes para Pablo.

Ya en el descansillo, Rosa se gira para decir:

—No deberías regalarles a esa gente ni una pincelada de tu trabajo.

Lo contará Lamarca solo en dos viñetas como si fuera remiso a detenerse en este episodio que lo vivió más como un hecho de inmadurez que como algo nivelador o vindicativo. Aparece Vidal de espaldas en el primer dibujo en un escorzo violento debido al movimiento que le hace volar la chaqueta hacia el costado izquierdo mientras la mano derecha se aleja sobre su cabeza en el impulso de lanzar el bote de pintura hacia un retablo que apenas está acabado en

sus figuras esenciales. El segundo dibujo es la consecuencia del primero, salpicaduras y chorreones hechos con tinta sin diluir sobre recortes de frailes y fragmentos de arquitectura. Entre las dos viñetas el texto del cartucho deja su desazón: *Fue un acto estúpido, más marcado por la negación y la insensatez que por abrir un camino de autonomía.*

3

ANTONIO MACHADO
(1966-1969)

En el año sesenta y seis yo ya había empezado a estudiar en la facultad en Granada, pero desde las Navidades permanecía en Daza a petición de mi padre, que guardaba cama con fiebre desde la campaña de la aceituna. Las raíces de esa fiebre residían en una sífilis que llevaba mal, enconado consigo mismo y con una tendencia al victimismo que producía extrañeza dentro de su carácter congruente; sin embargo, su malestar no tenía causas menores porque su salud se había agravado a partir de que en diciembre estuvo recolectando el olivar de la familia en la Sierra de Segura y se empeñó en coger las aceitunas a mano, señalándole a la cuadrilla las que debían arrancar del árbol. Después él mismo molturó esa partida (sin usar agua caliente ni atrojar los frutos), la mezcló con otra parte igual de aceitunas de campiña, también de la misma variedad picual, añadió un diez por ciento de cornicabra, y corrigió lo obtenido con su sabiduría de alquimista. El resultado fue un aceite de excepcional frescura con el que no tardaría mucho en multiplicar el crédito de su almazara. Pero, por lo pronto, lo que obtuvo Antonio Suances fue la tabarra de sacudirse una pulmonía en la cama y yo, la petición de permanecer en Daza y ocuparme de Tono mientras desde su cuarto mi padre me daba instrucciones para que en esa campaña el molino no dejara de funcionar con la calculada fluidez que él exigía.

Raúl ha venido desde Jaén, donde vive con su padre, a pasar las vacaciones de Navidad al molino. Le hemos dado un cuarto y ningún compromiso familiar con nosotros para que pueda dedicarle el tiempo que quiera a Marta Gil. Pero Raúl Colón sigue teniendo una novia que no se llama Marta, sino Rosa Teba. Le cuesta salir de un día fijo y pasa muchas horas conmigo en la habitación del billar bebiendo cerveza y, a pequeños sorbos, paladeándolo sin llegar a tragarlo, ese día en el

que su madre lo abandonó. Lo dice así: me abandonó. Es inútil que yo intervenga para corregirlo porque él ya ha puesto en limpio ese día, lo ha impreso en su memoria con un tipo grande de letra y no quiere que nadie venga a echarle tachaduras.

Hace poco menos de un año Pedro Colón, su padre, se fue a un hostal de carretera cercano a Andújar con una maleta donde llevaba apenas algo más que un traje de lana y una muda limpia. Hacia las ocho y media se duchó, se afeitó a conciencia y se puso su loción inglesa en una cantidad tal que su aroma, más a alcohol que a menta, lo acompañaría toda esa noche. Con mucha lentitud, como defendiéndose de los minutos siguientes, se puso la ropa que había traído consigo, la camisa de lino, la corbata roja, los gemelos de oro, el traje azul. Bajó a cenar al comedor del hostal donde el camarero lo recordaba bien porque no había otro comensal en el local y porque era inusitada su elegancia de solitario y ese perfume de la loción que parecía un error entre el mobiliario barato y las paredes desteñidas del restaurante. Cenó con notoria incomodidad una tortilla de espárragos que acompañó con dos copas de vino, se levantó sin tomar postre y salió deseándole con excesiva ceremonia buenas noches al camarero.

Desde el hospital de Andújar, telefonearon a Rosa Teba hacia las doce de la noche. Recuerda Raúl los nervios de su madre mientras conducía el Dauphine, su silencio tembloroso que la hacía agarrar el volante con una presión de nudillos blancos y espasmos periódicos conmoviéndole los brazos, la cabeza adelantada hacia el parabrisas, sin moverla en todo el viaje, como si necesitara esa posición para obligar al coche a no salirse de la banda de asfalto.

Pedro Colón se encontraba solo y despierto en una habitación de hospital que tenía una sola ventana de cristales relucientes. Un halo de luz azulada sumía en su neblina el lecho tubular, la vitrina con medicamentos y la cara de ojos grandes de Pedro flotando sobre el camisón de hospital y aislado, como si fuera de otro hombre, el brazo que sobresalía de las sábanas con el gotero pinchado. Cuando entraron Rosa y Raúl, él sonrió con tristeza y en señal de saludo apenas pudo levantar un poco ese brazo ajeno, los dedos encogidos en el aire, mientras la goma del gotero movía su comba azul pareciéndose a la trompa de un inmenso parásito que le succionaba la energía.

No comprendió Raúl Colón lo que iba a suceder después hasta que no oyó el llanto de su madre. Echado en la cama, abarcando con sus brazos a Pedro, la estuvo viendo pasear por el cuarto en medio de un lagrimeo angustiado que le impedía hablar, le ponía la mano en la boca y la hacía dar bandazos al pie de la cama sin haberse aún desabrochado el abrigo ni quitado el pañuelo del cuello, muy abrigada

en esa noche azul del cuarto donde el calor de la calefacción y el perfume a menta de su padre se le mezclaban a Raúl con su inquietud y le hacían notar la inminencia de la náusea. Tardó Rosa en acercarse a la cabecera de la cama, en hablar con la voz pastosa del llanto, ¿Estás bien?, mientras dejaba caer la mano sobre el hombro del marido, Pero ¿cómo has podido?, y bajaba la cabeza para mirarlo, la cara mojada y quieta destacando su claridad entre el pelo rubio y el rojo del pañuelo y los grises del abrigo, Así no vas a conseguir, así no, intentaba decir hasta que un puchero le doblaba los labios en una mueca que se rompió enseguida en un gemido y luego en un llanto largo y quejumbroso de niña.

Después de haber cenado en el comedor del hostal, Pedro Colón subió a su habitación y se tumbó vestido sobre la cama durante un tiempo indeterminado hasta que se decidió a levantarse para sacar la carta de la maleta y dejarla luego apoyada sobre la base de la lámpara de la mesita, que dejaría encendida como si quisiera subrayar la presencia del sobre y lo que en él había rotulado con su letra medida de hombre atento a los detalles, *Para entregar a mi mujer, Rosa Teba Azpeitia.* Se volvió después a tender en la cama y dejó pasar un buen rato que emplearía en recordar el último año desde que se entrevistó con Vidal en su casa el 13 de septiembre del sesenta y cuatro hasta esta noche de enero del sesenta y cinco en la que se encuentra con el saldo insoportable de una deshonra consentida y una sensación de ridícula resistencia a los males de la realidad. Recordaría la firmeza de Lamarca en no renunciar a Rosa y la de ella en no ocultarle su amor hacia Vidal, primero, con titubeos y caídas de ánimo y un esforzarse en arropar al marido y en hacer proyectos con él que en el momento de expresarlos ya estaban varados por el desaliento; luego, con una irreductible resolución solo suavizada por la ternura y el preocupado amparo que ponía en sus palabras. Se recordaría Pedro queriéndola tanto que se equivocaba en las tareas del trabajo. Se recordaría temiendo a la soledad, temiendo despertar. Diciéndole: esperaré. Diciéndole: ahora estás obnubilada, solo te pido discreción. Diciéndole: Raúl.

Cuando en el pasillo del hospital desierto hablaron con el médico que atendió a Pedro Colón, se enteraron de que sobre las once él tomó una

cantidad pequeña de Nembutal, no más de medio gramo, el médico podía precisarlo porque Pedro dejó el tubo sobre la mesilla y se pudo comprobar los comprimidos que faltaban. Al poco tiempo, quizá cinco o diez minutos después, salió al pasillo y le voceó al recepcionista que se encontraba mal y necesitaba ayuda, que llamara a una ambulancia. Llegó al hospital adormilado y hablando de una sensación de vértigo, pero la dosis de barbitúrico ingerida fue tan pequeña que con el lavado de estómago y un poco de suero al día siguiente estaría bien, algo débil pero listo para que se lo llevaran a casa. El asunto le parecía tan menor al médico que no iba a dar parte del suceso sobre todo por ahorrarles molestias fastidiosas, así que aquí debería (debería, repitió con una mueca de ánimo) acabarse esta historia.

Esa noche durmieron Rosa y su hijo en el mismo hostal en el que Pedro representó su suicidio, pero hasta después del desayuno no entraron en la habitación donde él se había hospedado para recoger su ropa o cualquier objeto que allí hubiera dejado. Se extrañó Raúl de la meticulosidad con la que Rosa entraba en el baño para correr la cortina de la ducha y asegurarse de que no quedaba nada en las repisas, para revisar luego el botiquín y las papeleras, y al momento volver a la habitación para registrar los cajones o mirar debajo de muebles y armarios, como si quisiera limpiar cualquier resto de la noche anterior o que ese cuarto se hubiera quedado fuera de esa noche, cuatro paredes sin nada dentro, sin tiempo dentro. La vio Raúl, adusta y enérgica, escrutar cada rincón manteniendo en la mano el sobre que había cogido de la mesilla hasta que, cuando guardaron todo en la maleta e iban a salir, hizo un ademán de meter la carta en el bolso pero detuvo el movimiento de su mano y comenzó a destruirla sobre el bolso abierto con calma, convirtiéndola en pedazos de pedazos, trozos que recuperaba del interior para devolverlos rotos en fragmentos menores que a su vez recogía y seguía dividiendo en una sucesión de negaciones. Igual que si buscara deshacer la carta en una miga de papel donde nunca antes hubiera sido nada escrito.

El 21 de enero del sesenta y cinco, doce días después de regresar del hospital de Andújar, partiría Rosa a Bilbao una vez que hubo asegurado las bases para establecerse en aquella ciudad. Su hermana le había alquilado allí un piso, ella había facturado casi todo lo que quería llevarse y la mediación de Raúl entre sus padres estaba en sus últimas horas de fracaso. Desde el conato de suicidio, Rosa trató de convencer al hijo de que se fuera con ella y lo buscaba, lo abrazaba, le

insistía; entraba de noche en su habitación y se acurrucaba junto a él en la cama mirándole la nuca, fijos los ojos en la nuca de Raúl, Sé que estás despierto, le acariciaba el pelo y le ponía la boca muy cerca de la oreja para decirle, Vente conmigo, por favor, mirando muy de cerca Rosa el mechón de pelo del hijo que frotaba entre sus dedos, Por favor, rozándolo con las pestañas de sus ojos insomnes, No te vas a hallar si te quedas solo con papá.

Pedro Colón rehuía a su mujer, se encerraba en su despacho o deambulaba por el enorme piso deteniéndose junto a los cuadros para estudiarlos como si lo sorprendiera lo que tantas veces había visto o se sentaba junto al balcón para mirar la plaza hasta que la noche lo llevaba a cenar cualquier cosa en la cocina y luego al cuarto de invitados donde dormía. La vergüenza y un dolor degenerado en ridículo lo habían hecho lento, lo habían hecho mudo. Parecía solo dedicarse a esperar a que Rosa se fuera para recuperar la actividad, alzar la cabeza e iniciar los preparativos de su mudanza a la capital de la provincia. A mediados de febrero, comenzaría a trabajar en la sede de su banco en Jaén donde se iría a vivir con ese hijo que ahora creía hacer justicia dedicándole atenciones de enfermo y permaneciendo alerta para acompañarlo en su refugio del despacho o para esperarlo a la salida del banco e irse a comer con él al restaurante del Parador de Turismo, un lugar abovedado y penumbroso y tan a salvo que, si había comensales, serían casi siempre foráneos.

La mañana del 21 de enero, Raúl Colón empezó a vivir el día en el que su madre lo abandonó. Por entonces no juzgaba Raúl ingenuo su catecismo de familia para retener a Rosa: había querido convencerla con el ejemplo, con ese estar junto al padre señalándole con tenacidad cómo había que condescender y poner el hombro para aupar al débil. Desde la cama estuvo oyendo el ajetreo de maletas y el taconeo de Rosa ultimando los preparativos de ese ya no viaje sino abandono que Raúl escuchaba avanzar hacia su desenlace con la seguridad de que en un momento determinado el tiempo regresaría sobre sus pasos e iría desatando cada uno de los nudos que hizo para consumarse. El cuñado de Rosa estaba ya en Daza, había dormido en la ciudad y a las nueve vendría a recogerla para llevarla en su coche a Bilbao, pero cuando Raúl vio cómo ella entraba en su dormitorio, solo pensó en que los nudos del abandono comenzaban a deshacerse. Rosa se sentó en su cama y, como si quisiera rescatarlo de algún mal, le tendió las manos para que se incorporara mientras le decía que faltaba más de una hora para que su tío viniera a buscarla, que aún podía darse prisa e irse con ellos, que recogiera lo mínimo y ya le enviaría su padre el resto de sus cosas. Le dice Rosa variantes de lo que le dijo ayer o anteayer, pero

que ahora quiere subrayarlo con la necesidad electiva de lo inminente, y después todo es confuso, Raúl, bobo, crédulo Raúl, le dice que ella no se va a ir porque eso supone romper todo lo que los une, y luego sabe que pasa el tiempo y su madre llora sobre su pecho, la solapa del pijama mojada de llanto y un calor en el brazo o en la cara por donde Rosa repasa sus palmas y fricciona con una mano enajenada, Vente, por favor, que ahora se acompaña de los labios para besar el hombro del hijo, el cuello del hijo, y Raúl latiendo con el retumbar de su sangre, moviendo sus labios para buscar los de la madre mientras siente la mano que empuja su nuca para acercarlo y hacer que los cuatro labios se hundan y resbalen hasta que Rosa, aún llorando, aún inspirando con ansiedad, se separa y se levanta con rapidez y Raúl siente una turbia, una enajenada ansiedad, la inaceptable erección de su pene, mientras desde la puerta la oye decir: te espero, ya sabes que no me voy a ir sin ti.

Ahora, un año después de la partida de Rosa, en estas Navidades en las que Raúl se ha venido a Daza a ver a Marta, cuando de noche regresa de su incierto noviazgo se viene conmigo a la habitación del billar a charlar de lo que nos pasa en largos meandros que suelen tener su desembocadura en el día en el que su madre lo abandonó, desgranamos ese día y todo lo que lo rodea y escuchamos muchas veces las canciones que más nos gustan de los elepés que me ha regalado, *Winchester Cathedral, Monday Monday*, mientras bromeo llamándolo Edipo erecto, y él se suma a mi risa para corregirme, Edipo empalmado, y la cerveza nos hace indulgentes y magnánimos con lo que queda de nosotros, con lo que no sabemos si ya hemos dejado de ser.

Estrenando su nueva madurez de muchacho escéptico, acepta que no irá a Bilbao por no convivir con Vidal y que su madre haría bien si se dedicara de lleno a conseguir todo lo que le faltó con su padre, en no vivir hacia el hijo y mirar lo menos posible hacia atrás. Me dice que le cuesta echarle horas al estudio porque está perdiendo la curiosidad por saber, solo conserva la afición por la poesía, metido cada vez más en esa tierra despejada y boscosa de la poesía, pero se plantea el no ir a la universidad y quedarse junto a su padre con un trabajo bien pagado en el banco. Bebemos ahora coñac, tomamos un turrón reparador de horas tardías, brindamos por sus avances con Marta y entra en lo que me anticipó que me iba a contar sobre Mariano Montalvo.

Esta tarde, iban Marta, Raúl y Tono al cine Ideal cuando de paso por la calle Corredera vieron bastante revuelo en la casa de los Montalvo, un coche grande, un Dodge azul y enorme junto a una ambulancia, y una bulla de personas en la puerta, la tía de Mariano y su madre, las dos con los rosarios en las manos, las dos muy trajeadas, muy nerviosas y como gimiendo junto a las chicas de servicio con sus cofias y sus uniformes, todos en la puerta haciendo un corro envuelto por otro corro de mirones. ¿Desde cuándo no has visto a Montalvo?, pregunta Raúl, la hostia, tú, un palo, chupado como un palo, le costaba andar y eso que lo sujetaban por los brazos un médico y un enfermero; el traje le quedaba holgado pero venía muy puesto, con un chaleco de paño verde, ¿te imaginas?, con un chaleco verde chillón, recién peinado y rebrillándole los zapatos, así que aparece por la puerta y todo el mundo se arremolina, como un torero, tú, como un torero saliendo del hotel, y Mariano con los ojos idos, un poco asustado mirando alrededor hasta que me ve y se suelta de los que lo llevaban y se viene hacia mí, Raúl, me dice, qué alegría, tenemos que vernos más, y me da un abrazo largo apretándome fuerte y diciéndome que dónde me meto, abrazándose como una lapa sin quererse separar de mí, ¿Adónde te llevan?, le pregunta tu hermano, y él dice que se va de vacaciones y Tono que no, que ojalá, Mariano, que qué estupendo sería, pero está diciendo todo el mundo que lo llevan al manicomio de Miraflores de Sevilla, No jodas, Tono, le dice, me voy a las playas de Marbella a tumbarme al sol como un rey, y lo cogen otra vez del brazo y él todavía enganchado a mis hombros diciéndome, Raúl, no te vayas; eso me decía, No te vayas, como si fuera a mí al que estuvieran agarrando para meterme en la ambulancia y llevara yo a mi madre detrás gimiendo con una maleta de cuero, rezando el rosario con una maleta de cuero.

Tono vino a buscarme a la nave del molino, me tocó el brazo para llamar mi atención y levantó en la mano dos cartas de Vidal entre el estrépito de los conos de granito que molturaban la aceituna. Me dio la que iba dirigida a mí, me guiñó un ojo y se alejó con la suya con un paso firme y casi altivo, sin que yo le notara su tendencia a la laxitud en el torso o en los hombros, sino esa especie de empaque que ahora parecen prestarle los trajes y chaquetas que fueron míos y él ha hecho suyos con una vigilante conciencia de que debe estar a la altura de esos trajes de hombre.

Desde que volví en las Navidades, Tono me sigue con más

continuidad que antes, me busca en cuanto hay ocasión para sentirse más dentro del mundo y quizá un poco más completo; como nunca antes me pregunta, me hace confidencias, quiere que le explique cómo debe actuar, qué tiene que hacer o pensar para no ser siempre el mismo, ese que no quiere ser porque se sabe insuficiente. Insuficiente no ante él o ante mí, sino ante la mirada inmisericorde de los otros.

Antes de nada le interesa solucionar un problema que le ha aparecido en los últimos meses: le dan ataques de risa tan inoportunos que él mismo se da cuenta de que lo desautorizan, que lo reducen a su caricatura, Igual que un tonto, hermano Pablo, me dice, me pongo a reírme como si fuera un pelele al que le hacen cosquillas, venga a reírme y reírme, y los demás cada vez más serios. Me cuenta que, para dominar esos ataques, ha desarrollado una técnica consistente en jugar con el dolor para curarse de la risa. Inventa el dolor, lo aprende, puesto que en realidad no lo conoce, y le da una función benéfica que nunca tiene fuera de esas curas suyas de urgencia. Es así: piensa que alguien, pero casi siempre Vidal, lo rechaza y le niega la palabra o que se pierde y no sabe regresar a casa o que está en el Polo, abandonado y helándose de frío, y muy deprisa se le van congelando las puntas de los dedos, los nudillos, el brazo, los hombros, hasta que el hielo llega a la cabeza y se la hace de cristal para atrapar enseguida a la risa y cuajársela en un carámbano; en los casos más graves de incontinencia de la risa, piensa que entra en el dormitorio de papá para despertarlo, se acerca a la cama, se le echa encima, le pellizca las mejillas y le hace carantoñas, pero papá susurra que está despierto pero por poco tiempo porque se está muriendo, así que debe cuidar de su hermano Pablo, pronto tú y él, le dice, vais a ser huérfanos.

Se ha quedado Tono mucho más solo desde que Vidal se fue a vivir con Rosa y desde que yo estoy en la facultad; cree que mi grupo de amigos lo rehúye y él también es remiso a ir con ellos por no sentir que no encaja donde, cuando estaba con Vidal o venía conmigo, encajaba. Todo esto lo ha hecho crecer en el sentido de que está cristalizando en su interior un núcleo de resistencia, una especie de germen de algo que se parece a un amor propio aún desvalido pero por momentos lleno de certeza. Ha aprendido que su vida ya no es un perfecto círculo mental, sino una línea que a veces se disloca y se rompe y abre sus bordes astillosos. No obstante, su optimismo es enterizo, comparable solo a su energía o a su entrega (aunque a veces no sepa dónde tiene que hacer palanca con ellas para avanzar) y esto hace que el dolor solo lo roce sin que llegue a dejarle verdugones.

Por lo demás, la sexualidad de Tono continúa acompañándolo con fogonazos inútiles, turbios deslumbramientos que no pueden salir de sí

mismos ni tienen dónde aplicarse. Después de aquella subasta de películas en la que se quedó sin Marilyn, continúa haciéndose dueño de su sexo. No deja de buscar la compañía de Luci, aquella exnovia mía que tanto le gusta, y todo el último verano ha estado yendo al cine de la mugre donde las hermanas de Miguel Alinde lo acogieron en la mejor ventana del desván desde la que puede verse de frente la pantalla y donde, mientras ven la película, cenan en una mesa de playa entre trastos polvorientos. Pero ya no le parece blando o protector el contacto del cuerpo de las Alinde, sus brazos rodeándolo o los sonoros besos dados con la alegría de la despreocupación. Ahora se siente incierto con los comentarios con los que ellas siguen las películas o con su forma de sentarse evidenciando las caderas o los muslos removiéndose bajo los colores tenues que desprende la pantalla; lo conmueve el halo a vainilla de los escotes y anda desde el verano pasado con ese recuerdo a cuestas, se lo lleva a la cama y cuando apaga la luz se masturba sin saber bien qué significa masturbarse ni por qué lo sacude ese placer que no es alegre, sino enconado en su búsqueda de algo tan necesario como imposible de encontrar.

Este primer trimestre, hasta que la enfermedad lo metió en la cama, mi padre ha redoblado su atención con Tono, me ha suplido en el aprendizaje de su vocabulario, ha contratado dos profesores para él y ha puesto especial atención en salir al menos dos días por semana a pasear con mi hermano por la parte más comercial de la ciudad. Los he visto desde lejos alguna vez con la rara sensación de mirar algo mío que actúa fuera de mí. Los he observado subir por el Real, los dos circunspectos y pausados, con chaquetas semejantes y una mirada lenta que se detiene en la cara del otro y luego busca el entorno con satisfacción; mi padre pelirrojo, mi padre calvo, acercando su cabeza al pelo espeso y negro de Tono para decirle algo en voz baja mientras sonríe y echa unos pasos seguros que mi hermano imita en tanto procura acompasarse también a su modo de sonreír o de erguir ufano la cabeza o de saludar al paso hasta que mi padre se detiene y le echa la mano por el hombro como si quisiera que Tono lo guiara o se extrañara de que sea él quien está secundando al hijo; luego, al borde de la hora de la cena, atraviesan la plaza Vieja y van a sentarse en una terraza de la otra plaza contigua, piden dos cervezas, que beben con calma hablando siempre con gestos comedidos y palabras que solo ellos escuchan aunque yo desde muy lejos puedo entender lo que dice Antonio Suances porque lo que está proclamando es el orgullo de estar junto a Tono Suances, como si le dijera a la ciudad, Este es mi hijo, miradlo, una persona de los pies a la cabeza.

Vidal me decía en la carta que me entregó Tono que iba a venir a Daza porque estaba muy preocupado por la salud de mi padre y deseaba estar unos días con él. Aprovecharía también para hacer unos bocetos de las ruinas del convento de San Francisco que quería incluir, junto al palacio de Vázquez de Molina, en esa novela suya de un modo solo descriptivo, no como soporte a ningún hecho, sino con el significado que Lamarca quería darles de hermosos acompañantes que paliaron la aspereza de sus treinta años parasitados por Lanza. El hecho de que ahora quisiera volver a dibujar esas ruinas, cuando ya lo había hecho en varias ocasiones, respondía a su creencia de que en arte no existe lo perfecto y, si no aceptas este principio, estás condenado a una complacida repetición de lo deficiente.

Ese mismo criterio de exigencia alcanzaba también a la selección de las escenas, sobre todo, a la viñeta final para la que mantuvo mucho tiempo el dibujo del asesinato de Lanza con un valor de cerrar simbólicamente su pasado en Daza, hasta que lo sustituyó por otro desenlace menos cinematográfico, pero con más correspondencia con la verdad. En ese segundo final, que dio por definitivo, se lo veía subiéndose al camión de mudanzas que lo llevaría a Bilbao.

No obstante, su novela gráfica no acabaría en el momento de irse de la ciudad ni aún menos con aquella viñeta del disparo contra Lanza en la nave de los alimentos, sino en un lugar muy próximo a esa nave donde se desarrollaría una acción aún por suceder pero que ya lo estaba esperando en esos rincones del futuro que no podemos advertir hasta que un día los pisamos y, sorprendidos, en absoluto prevenidos, nos damos cuenta de que el tiempo nunca se deja leer del todo.

Llegó Lamarca a Daza el 16 de febrero y, nada más verlo entrar por el portón del molino, me pareció que venía de algún lugar benéfico que había acentuado su aspecto de resistente juventud con una ropa bien cortada de tonos claros, el *beige* del abrigo y de la chaqueta, la bufanda a cuadros, y una de esas sonrisas suyas que se secaban antes de completarse. Se hospedó con nosotros en los altos del molino y salió poco, dedicado como estuvo a atender su amistad con mi padre que, aunque no mejoraba del todo, ya podía merodear por la casa y atender a ratos el trabajo de la almazara. De ese modo, durante los cuatro días que estuvo en casa, sus salidas a la ciudad fueron por motivos concretos, sobre todo, para hacer esos bocetos del convento

de San Francisco, aunque una tarde estuve con él dibujando el Anteo y los Hércules esculpidos en los casetones de la puerta de El Salvador porque estudiaba la posibilidad de reproducirlos en cerámica con fines comerciales.

Se había traído Vidal en su equipaje dos espacios tachados: evitaba pasar junto a la empresa de Lanza y acercarse al Paseo Mercado. Vino aquejado de una especie de nostalgia al revés que le arrancaba a la ciudad los sitios que más le concernieron, como si Daza tuviera agujeros o charcas de légamo justo en los lugares donde él más había pisado; sin embargo, se había ido de aquí con una disposición de ánimo tan equilibrada que no cayó en la tentación de sobreactuar a la hora de su partida de no ser por ese gesto que yo quise cargar de simbolismo (aunque solo era una petición de Rosa) de desmontar las puertas del armario para llevarse el mar allí pintado con el resto de sus cuadros. Embaló libros y lienzos, hizo un par de maletas y, una semana después que Rosa Teba, se fue en el mismo camión de la mudanza camino de Bilbao.

Esta visita de Vidal coincidió en su último día con un hecho que convirtió la ciudad en una especie de viejo teatro de sainetes desbordado por un público que exigía la representación de una obra recién escrita. El 20 febrero de 1966, Daza vio sus calles animadas por un aluvión de foráneos que exhibían vestidos a la moda y gesticulaban con la soltura de los habituados a los encuentros o a resolver situaciones. Eran profesionales del mundo de la cultura, jueces o médicos, universitarios, sindicalistas u obreros, una tropa desigual pero que estaba unida por la voluntad de sacudirse la desdicha del franquismo. Llegaron apiñados en turismos, en tren o en autobuses que circulaban con un aire fantasmal al ir ocupados solo por el conductor pues la Guardia Civil se había apostado en las entradas de la ciudad para impedir que nadie pudiera llegar a ella. Pero esa prohibición solo consiguió que los pasajeros vinieran por los senderos, por las cunetas o campo a través y se metieran por las calles como un arroyo que se fragmentaba en las salpicaduras de los corrillos, de los que se sentaban en las cafeterías o de los que paseaban por las plazas esperando el momento de encontrarse en el lugar donde Machado tendría el reconocimiento de su España demediada.

Desde la víspera, ya se veían por las calles grupos con pinta de turistas equivocados que tendían a buscar no los monumentos, sino los interiores y las conversaciones susurradas. La noche anterior Raimon

había cantado *Al vent* en el bar de los sótanos del Parador y esa sola noticia tenía el valor de la negación de lo imposible. El homenaje venía arropado por personas de prestigio cultural y se había preparado con tanto tiempo como para que Miró pintara el motivo de la carátula de un disco donde Fernando Rey, Paco Rabal y Fernán Gómez recitaban poesías de Machado, pero estos serenos cimientos eran de barro ante el áspero bando del alcalde, la prohibición del acto desde el Gobierno Civil y el encrespamiento de la burguesía rural pidiendo meter en cintura a esos forasteros que llegaban a soliviantar lo que estaba calmo. Si vienen a hacer política y alterar el orden, escuché en una cafetería, se les da zurriago; si quieren palos, pues se les muele a palos, más palos que en la aceituna, y se acabó, esa es la medicina, hostias hasta en el carné de identidad y humo, fuera, carretera y manta.

En el maletero del dos caballos del arquitecto Fernando Ramón, había llegado la enorme cabeza de bronce de Machado esculpida por Pablo Serrano que sería el centro del homenaje al colocarla sobre su pedestal, una especie de ventana de forma cúbica, hecho por el propio Fernando Ramón. Pero hasta 1983 no pudo colocarse ese Machado de bronce donde se había previsto, contemplando desde las murallas de Daza el penoso ascenso de la luna sobre el valle en tardes sin Leonor mientras el poeta nota que también anochece en su vida y ya no puede caminar con aquella niña que le arrancaste, Señor, para dejarlo solo ante la masa inmensa del crepúsculo, Señor, solo con su corazón y el mar.

La mañana del 20 de febrero, me reuní con Vidal y mi padre cuando venían del patio de los trojes donde habían estado aforando la aceituna y entraban en el dormitorio para que el enfermo reposara de esa fiebre que lo atrapaba sin mayores avisos y lo hacía boquear entre un sudor tan copioso como una niebla que le iba empapando la camisa. Lamarca lo llevaba cogido por la cintura y entre los dos lo acostamos contra su voluntad pues hubiera deseado pasar el resto de la mañana en algún lugar donde pudiera esforzarse en vencer la laxitud de la fiebre.

Llegué de la calle excitado, trayéndome conmigo la expectación de la ciudad removida por las voces de la multitud que esperaba juntarse en torno a un poeta. Les estuve hablando de todo eso que era nuevo, que era cambio y esperanza mientras Antonio Suances adivinaba con su desengaño el desenlace de ese día, No creo que toleren una

escultura de Machado porque tenemos políticos de *Hazañas Bélicas* que solo sirven para subdesarrollar cualquier país, dijo con su nueva voz temblona, me miró luego con los ojos encharcados por la calentura para pedirme que le pusiera una toalla húmeda sobre la frente y, con su aspecto de baturro coronado por un pañuelo descomunal, estuvo todavía luchando un buen rato contra la fiebre hasta que se quedó dormido.

Nada más salir del dormitorio, Vidal quiso saber más detalles del homenaje a Machado y continuó escuchándome con un interés mudo que parecía por momentos decrecer solo para renovarse en una atención que lo hacía asentir con la cabeza y retraerla hacia su cuello como si quisiera extraer mi relato del fondo de mí.

Puse la radio de la salita y escuchamos un informativo que hablaba de la visita del delegado provincial del Movimiento a Cazorla o del anuncio del presidente Lyndon Johnson del envío de más tropas norteamericanas a Vietnam para luego extenderse sobre las cuatro bombas atómicas que, a raíz de un choque entre dos aviones estadounidenses, habían sembrado de radioactividad las cercanías de Palomares. Nada, en cambio, se decía sobre el homenaje, ni siquiera que el ministro Fraga Iribarne lo había prohibido de un modo fulminante.

Acababa de retumbar la voz de Tom Jones en la radio con su *No es nada extraño,* tomando el relevo a Jimmy Fontana, que nos había cantado que el mundo giraba en un espacio infinito, cuando me decidí a volver a la calle. Me extrañaba que aún Vidal me retuviera haciéndome preguntas para asegurarse de que era un acto sin mayor significación política ni más concurso que el de la poesía. Tanteaba con sus preguntas como el que otea un terreno por el que va a aventurarse hasta que por fin me dijo que iba un momento a vestirse y que lo esperara porque iría conmigo.

Regresó del dormitorio recién peinado, el torso anguloso bajo las hombreras de la chaqueta que reforzaban la sensación de solidez del cuello de la camisa, terso, muy armado, y de la geometría de la corbata. Se había afeitado de nuevo y, entre la cara fresca y el resplandor de la brillantina, su aspecto remitía a la decisión o a la solvencia; sin embargo, todo ese imponente edificio de un hombre de uno ochenta de estatura que cuando se pusiera el abrigo parecería un anuncio de la fortaleza, toda esa prestancia que desprendía Vidal se vendría abajo de golpe no mucho después de que hubiéramos pisado la calle.

La lluvia caía inclinada, a ráfagas, y atravesamos la ciudad con los zapatos empapados, los dos al cobijo del paraguas de Lamarca, hasta

que hicimos un alto para refugiarnos en los soportales del ayuntamiento viejo. Íbamos a seguir hacia el límite sur de la ciudad, hacia los miradores que dan al valle y a los caminos que desde el Guadalquivir se pierden en Sierra Mágina. Mirando lo que el poeta miró tantas veces, se quería erigir allí la cabeza de bronce de Machado, y hacia ese lugar comenzamos a caminar cuando noté un ramalazo de lluvia sobre la cara. Vidal, atrapado en lo que estaba viendo, desentendido de él y de mí, inclinaba el paraguas y giraba la cabeza con brusca ansiedad. Nos encontrábamos todavía junto a la logia del antiguo ayuntamiento cuando Lamarca se dio cuenta de que se nos acercaban dos furgonetas de la Policía Armada levantando de los charcos un bisbiseo de neumáticos.

Sentiría Vidal que los furgones se aproximaban desde el fondo de aquel tiempo con más pesadillas que realidad y miraba magnetizado el gris de las carrocerías, los faros abriendo la lluvia con su luz, protegidos por mallas de acero igual que las ventanas por donde se veía a los policías, macizos y quietos, igual que si sus cascos grises fueran las muchas cabezas de un mismo ser ansioso por salir y desatar la furia acumulada en el habitáculo.

Se oyeron carreras y gritos por las calles cercanas cuando los dos furgones pasaron ante nosotros con acechante parsimonia. Algunos cantaban *Ay, Carmela*, por lo alto de la Rúa con una voz chillona que mostraba el exceso de valor de los que tienen miedo, y yo notaba que a Lamarca se le quebraba el cuerpo, se le sumía la boca al morderse los dos labios y se le dislocaba la mano con la que sujetaba el paraguas sin atinar a enderezarlo para cubrirnos de la lluvia. Inspiró con fuerza y soltó algunas palabras que quedaron en un retemblido gutural, como si se aclarara la garganta. Traté de animarnos. Traté lleno de pánico de ser valiente. Traté de hacer algo útil con mi miedo y se me ocurrió esta estupidez:

—Ya se han ido: hay demasiada gente para que se atrevan a cargar.

El domingo de Machado y lluvia se saldaría con apaleamientos y la huida convulsa de los congregados, con gentes arrastradas con violencia al furgón, de los que veintisiete fueron detenidos y liberados luego con multas desmesuradas. Hubo heridos, llantos y gritos, y un reguero de paraguas pisoteados. Pero sobre todo hubo palos a granel como pedían las voces que, desde el poder político y religioso, consideraban que el orden público era el mejor conservante de la

dictadura, y que palos y palios eran el pan de la patria.

Pero eso aún no había sucedido cuando las lecheras de la policía se perdieron Rúa arriba y nosotros descendimos hacia el lugar del homenaje por la calle de la Cárcel, ya vencidos de antemano, caminando despacio como si cada paso estuviera equivocado o la lluvia fuera un plástico difícil de penetrar.

En la esquina que abre sobre la plaza de Santa María nos detuvimos atisbando esa especie de largo retablo al aire libre que arropa en sus últimos límites a la catedral. No había nadie en la inmensa plaza excepto dos parejas de guardias civiles, al fondo, junto a la fuente romana. Los largos capotes y el hule de sus tricornios se levantaban como pilares bajo la lluvia, cuatro trazos solitarios ante la horizontalidad de las escalinatas de la catedral. Enseguida apareció un furgón gris por la esquina de Cardenal Benavides y rodó despacio hasta detenerse junto a los civiles que parecieron agrandarse al contacto de la luz de los faros. Teníamos que atravesar todo el vasto suelo llovido de la plaza y pasar ante los guardias para tener acceso a los miradores del valle donde ya estaría congregada la comitiva, pero el espacio que nos separaba de la catedral parecía interminable y sin refugios, y yo me veía a mí mismo en la parálisis de los ojos de Vidal, en su cara de careta donde nada expresaba cambio, animación o capacidad para decidir. Los dos aceptábamos permanecer quietos, sin función, dos pasmarotes anclados en la esquina con tan pocas ganas de moverse que parecía que ya hubieran llegado al mejor de los destinos. Por fin le dije que aquello iba a acabar mal, que qué hacíamos, pero antes de que contestara oímos el clamor producido por la primera carga de la policía, un trenzado de voces que se hinchaba a la espalda de la catedral y nos llegaba como aire removido.

Lo peor fue la falta de decoro. Lo peor fue que se nos desbaratara la compostura sin ni siquiera haber llegado adonde los demás estaban exigiendo una estatua para un poeta. Enseguida nos impulsó aquel griterío lejano y nuestro pasmo se hizo actividad, un darse la vuelta con rapidez, un no necesitar decirnos nada para regresar al molino con el paso sin peso de los cobardes. Ni siquiera Lamarca se preocupó por protegerme con el paraguas, sino que caminaba delante de mí con su zancada de piernas largas mientras que yo lo seguía casi al trote pensando en lo bufo de nuestra huida, pero también en que no podría bromear con ello porque todo era excesivo para una persona como Lamarca que se había quedado demasiado tiempo en la oscuridad y ahora estaba inerme para salir a lugares de encuentro donde la luz lo cegaba.

No hablamos hasta el momento de llegar al molino, cuando Tono,

asustado, salió a nuestro encuentro sin parar de hacernos preguntas. Entramos, plegó Lamarca el paraguas, se sacudió la lluvia de los hombros y me miró con un claro desconsuelo que intentó levantar con su sonrisa.

—Sin duda, Pablo, somos los héroes del domingo. ¡Menuda actuación la nuestra!

Cuando Vidal dibujó la única viñeta con la que ilustraría el inexistente homenaje a Machado, se centró en un primer plano de una mujer caída con la frente chorreante de sangre, en la rabia de su boca, y en su mano levantada pidiendo auxilio ante un fondo de policías y personas brutalmente agredidas. La leyenda de la cartela correspondiente se aleja del tratamiento personal de aquel día de pánico que nos hizo niños para hacer una reflexión genérica. *A Antonio Machado, el defensor de un socialismo casi místico, cercano a Tolstoi y su no resistencia al mal, a Machado el bueno, el franquismo le regaló un exquisito homenaje de animalesca violencia.*

De los cuatro días que pasó en Daza, se llevaría Vidal un dibujo de las ruinas de San Francisco y otro apresurado de la mujer caída ante la carga policial que hizo por inercia de dibujante, pues reflejaba un hecho que en principio no tendría sitio en su autobiografía, ya que esta se cerraba en febrero del sesenta y cinco con la viñeta de la despedida de Lanza, seguida de una última donde aparece Vidal subiendo a la cabina del camión de la mudanza para dejar definitivamente Daza.

Este último dibujo expresa un algo de la resistencia al cambio, del abandono de la inercia que suponen los adioses: del contorno oscuro del conductor sale la única voz de la escena, *Apresúrese, que nos quedan muchos kilómetros hasta Bilbao*. La premura del camionero parece motivada por la cara de Vidal, que se alza con expresión absorta hacia los balcones del piso del Paseo Mercado mientras uno de sus pies pisa el estribo y el otro queda suspendido encima de la palabra FIN. Abajo, en la cartela, escribe Vidal su legado de optimismo con el que quiere poner fin a su vida en Daza y a su novela. Es como un último grito de afirmación y de esperanza que toma de un verso de Antonio Machado: *El hoy es malo, pero el mañana es mío.*

La separación de Vidal de su mentor Lanza tuvo poco que ver con aquel dibujo del disparo a bocajarro que desquició mi adolescencia y que él había mantenido hasta no hacía mucho como final, pero con el valor puramente simbólico de condenar a Lanza a una muerte moral. Ese asesinato, que casi sucedió, que casi convirtió a Lamarca en un héroe de cómic que destruye el mal con un tiro justiciero, fue trasladado a su lugar en la historia (al año sesenta y uno) siguiendo el orden cronológico y tal como se desarrolló: un intento de matar a Sebastián en un acto que tenía mucho también de suicidio, y la frustración de no poder hacerlo que vino a suponer, como él mismo escribirá, perdonarle no ya la vida a Lanza sino también a sí mismo.

La despedida de Sebastián la cuenta Vidal, como toda su novela gráfica, sin separarse de la realidad de los hechos: un adiós en tono menor, sin aspavientos, con ese tinte pardo de la normalidad por la que ya se esforzaba que anduviera su vida.

Un lunes de final de enero del sesenta y cinco, llegó a la empresa y, sin dirigirse a la oficina, esperó a Sebastián junto al portón de entrada. Cuando lo vio venir por la carretera de Sabiote con su paso lento de hombre grueso, se cruzó de brazos y se afirmó en el suelo mientras preparaba las palabras y el tono con que las diría. Lanza llegó ante él, le deseó buenos días, le tendió la mano y la aguantó luego en el aire retrayendo con sorpresa la cabeza, esperando inquieto, porque Vidal ni descruzaba los brazos ni contestaba al saludo.

Lamarca lo miró sereno, sin especial desprecio, y le soltó que desde ese mismo instante dejaba el trabajo y que ocuparía el piso del Paseo Mercado apenas una semana más, lo justo para ultimar los preparativos de la mudanza. Hacía tiempo que Sebastián barruntaba esta ruptura, pero todo el vigor que aún exhibía a sus sesenta y dos años se encrespó en un conato de repulsa, No puede ser, dijo con rabia y de inmediato el estupor lo metió en un silencio largo, resuelto al final en un borboteo que le hacía resbalar en la boca las preguntas, Pero cómo, qué, cómo te vas, cómo te vas a ir así.

Renunció Lamarca a expresar lo que llevaba memorizado, como decirle que hubo un día que estuvo a punto de matarlo por haberle salvado la vida, por el precio que le había hecho pagar por salvarle la vida. Renunció a la larga lista de agravios que había planeado exponerle con el peso de la objetividad, y, a cambio, acudió a una respuesta abrupta en la que quizá resumía el lento y sucio avance de

la realidad que Lanza había creado para él y con la que lo había envuelto hasta convertirlo en algo peor que una víctima. Porque era peor el modo artero en que Sebastián le había impuesto su dominio, peor, el haberse dejado arrancar la identidad para convertirse en una réplica del otro, tan vacía que era ese otro quien la llenaba con su voluntad. Mucho peor, haber sido un complaciente colaborador de la ignominia.

La despedida de ese otro la cuenta con un dibujo que apenas tendría relieve si los rasgos de Lanza no los hubiera exagerado hacia el feísmo; sin embargo, el texto que lo acompaña sí toma tanta presencia que ocupa la base del dibujo y toda la página siguiente. En la viñeta, Lamarca y Sebastián están de pie en la puerta de la empresa. Se ha elegido una perspectiva en contrapicado que recoge las cabezas de ambos y permite ver arriba las letras de hierro que forman el rótulo «EMPRESA LANZA». Sebastián no lleva sombrero y, a pleno sol, se lo ve más calvo y su cabeza toma una forma pulposa y esférica que se sostiene en una papada parecida a una boca de labios inmensos saltando de su garganta. Dentro del globo hace sus preguntas con letras de astas temblonas, *Pero cómo, qué, cómo te vas a ir así,* mientras Vidal resume sus razones en una sola frase: *Casi has conseguido hacerme de la misma escoria que tú estás hecho.*

En el largo texto que acompaña al dibujo, se enumeran los modos de despedida que había planeado, todos ellos consistentes en acciones primarias (dar un tortazo, escupir en la cara), pero que supusieran una alteración de las relaciones de poder o una suerte de superioridad moral sobre el que hasta ese momento había ostentado el dominio. El último párrafo es el siguiente: *En un tiempo había creído que un solo gesto puede redimir la vida de un hombre, pero me convencí de que no es así a no ser para un pensamiento milagrero o religioso. La vida entera de cada uno es siempre suya y es imposible mutilarla, ocultarla o dejar de cargar con ella. Así que mi acto de redención fue irme a buscarla a otra parte. Además, me faltaba el odio, quizá porque odiar a Lanza era odiar toda la parte de mí que se había plegado a su vasta e infame tiranía.*

Al día siguiente de la amarga conmemoración que se le hizo a un poeta en Daza, Vidal Lamarca regresó a Bilbao. Lo acompañé a la estación de Linares, comimos en la cantina a la espera de su tren y estuvimos hablando de las traducciones a las que ahora se dedicaba Rosa y del trabajo de Lamarca en la gestión de una empresa de recambios de automóviles donde acudía dos días por semana. Con los

cuadros pintados aquí, había expuesto con buenos resultados en una galería de Bilbao y planeaba colgar en una sala de Santander los lienzos que ahora hacía con calma, buscando una realidad menos evidente que la del paisaje, arando, por decirlo con sus palabras, la superficie de las cosas para voltearlas y dejar al aire sus raíces. Tal vez volvería a dar clases de pintura, me dijo, tal vez estaba construyendo en Bilbao una vida paralela a la de Daza pero con una cotidianidad de aire libre, sin amores furtivos ni esa desazón de animal encovado que aquí lo hizo ser cómplice de lo mismo que lo destruía. Se trataba ahora de ganarse a pulso lo que era el punto de partida para los demás: la normalidad. Por ese motivo quería dar pronto por terminada su novela gráfica y clausurar con ella su pasado anómalo.

Al despedirnos en la estación de Linares, aún no sabía Vidal que su cómic no acabaría con el dibujo del camión de las mudanzas. Ignoraba que su etapa en Daza todavía no estaba del todo cerrada ni que añadiría algunas viñetas más, entre ellas algunas referentes a la enfermedad de mi padre y esa otra de la carga de la policía y la mujer tirada en el suelo el día en el que prohibieron a Machado.

Tres años después de la visita que Lamarca nos hizo preocupado con la enfermedad de mi padre, cuando yo ya estaba haciendo un primer borrador de esta novela que ahora escribo, fui a Bilbao para ver a Vidal y a Rosa y pedirles más información sobre ellos mientras les dejaba leer mis primeros apuntes, que luego corregiría para volver a mostrárselos años más tarde, hasta que terminé guardándolos durante décadas mientras acumulaba pormenores, mínimos gestos o palabras precisas, que ellos mismos me fueron facilitando en ese largo relato oral de nosotros mismos en el que la amistad se basa. Pero ya en esos primeros apuntes de esta novela que les di a leer, me encontré con la reprobación de Rosa, Demasiados detalles: es como si tu imaginación también fuera el ojo de Dios. Privilegios de novelista, dije, para eso se escribe, para que sea visible lo invisible. Se reía Rosa entre gestos de complicidad, Desde ahora mismo, hazme el favor de no mirarme tan de cerca; y de taparte las orejas cuando hablo.

Ese viaje a Bilbao lo hice en mayo del sesenta y nueve y pude contarles con pormenores lo que había sucedido con Lanza un mes antes y que ya ellos conocían esencialmente a través de una carta mía escrita con urgencia el mismo día del suceso. Por lo demás, me hicieron conocer la parte antigua de la ciudad, paseamos con gusto por hacerlo y bebimos poco y bien. Me quisieron. Compartimos

confidencias y rechazaron sin miramientos la desnudez con la que yo los hacía aparecer en la prehistoria de lo que es ahora esta novela.

Les conté despacio lo sucedido con Lanza y, a partir de sus preguntas, lo volví a contar aún más despacio, igual que si yo también arara la superficie de ese hecho para levantarlo ante ellos y enseñarles sus raíces.

Por entonces Rosa estaba gestionando la publicación de la novela gráfica en Francia, una edición que, por preservar a Lamarca, no sería en castellano ni bilingüe ni se difundiría en España. Pero la realidad no acaba nunca y sus exigencias impusieron retrasar el que sería el primer libro de Vidal hasta que él no dejó el desenlace donde los hechos quisieron llevarlo.

Sucedió en marzo de este año del sesenta y nueve. Álvarez, el mecánico de Lanza, había conseguido adaptar un cigüeñal al camión ZIS-5, esa chatarra que fue resucitando con mucha lentitud a través de los años y que ahora con su carrocería azul ciruela y todos los cristales renovados parecía un vehículo sacado de alguna de esas exposiciones que exhiben la nostalgia. Pero, a pesar de que al camión le habían ido instalando un motor nuevo y unas ruedas procedentes de un Studebaker que le daban un aire de tractor, a pesar de todo el empeño de Lanza en rastrear desguaces y depósitos del ejército, el ZIS-5 permanecía en el rincón de la explanada delantera lleno de tanta prestancia como de una parálisis al parecer definitiva.

Lo máximo que habían conseguido Álvarez y Lanza fue mantener un pulso de años con el camión ruso que tuvo como resultado arrancarlo en alguna ocasión para desconectar la llave enseguida porque cada vez que se ponía a girar el motor retumbaba como asfixiado y sacudía la carrocería produciendo un estrépito de hierros tal que se diría que era inminente el estallido.

Pero llegó el gran día en el que Lanza proclamó su triunfo sobre el olvido de un tiempo que, desde que acabó la guerra, él se esforzó en mantener con una salud de hierro. La resurrección del camión ruso tenía para él mucho de activación de su pasado y de un empeño en luchar contra la desmemoria y el deterioro, como si el rescate del ZIS-5 le concediera una nueva vitalidad y una segunda victoria sobre los males del presente.

El primer sábado de marzo convocó a sus trabajadores y se dispuso a vivir su tesonera conquista. El mecánico Álvarez, después de volver a sustituir algunas piezas, había hecho modificar el cigüeñal en una

fundición, lo había vuelto a instalar y, cuando giró la llave de contacto, Álvarez rebotó en el asiento entre el desgarro del motor y las trepidaciones de la carcasa hasta que metió la primera y el camión se fue apaciguando con el giro lentísimo de las ruedas que tanteaban entre la mala hierba donde la guerra los había atrapado. Cuando el camión avanzó dejando la sombra de la acacia, Álvarez chilló de alegría porque supo que le acababan de subir el sueldo.

La tarde de la demostración de que el ZIS-5 había revivido, Tono Suances estaba en primera fila del corrillo de curiosos sujetando a Bocanegra por el collar. Excitado, tan gozoso como Lanza, tan propietario del camión como su dueño, Tono dejaba ver su entusiasmo agachándose sin cesar para abrazarse al mastín mientras vivía uno de sus momentos de hiperestesia que le hacían agitar las piernas como si anduviera sin andar. Sebastián Lanza, vestido para la ocasión, con un traje cruzado y una corbata de seda, se puso delante de los presentes para decir que Álvarez iba a dar un par de vueltas a la explanada con el camión, que después se iría con él a rodarlo unos kilómetros por la carretera y pronto estarían de vuelta para sacar chacinas y una arroba de vino, y convidar a todo el que quisiera a una buena merienda.

No sonaba demasiado bien el motor del ZIS-5 cuando lo arrancó Álvarez, aunque se llegó a mover casi un metro antes de que se calara con un brusco tirón. De inmediato volvió a ponerlo en marcha, metió la primera y esta vez la mole rodó entre sacudidas que se quedaron en un bronco temblor al meter la segunda y comenzar su lenta trayectoria que se ceñía al perímetro de la explanada. Lanza fumaba risueño, seguía con ojos de orgullo el recorrido de lo que consideraba la reactivación de su propia vida y, cuando Tono le pidió que lo llevaran con ellos a la prueba de la carretera, apenas tuvo tiempo de decir que sí.

Lo que sucedió después fue que el ZIS-5 parecía desfallecer, avanzaba ahora entre tirones y petardazos, Lanza aceptaba la petición de Tono y el perro cruzó asustado delante del camión mientras mi hermano lo seguía y tropezaba y quedaba indefenso ante la masa de hierros que Álvarez no conseguía detener. El gesto de Lanza de lanzarse para proteger el cuerpo de Tono fue quizá instintivo, quizá ciego, pero estuvo lleno de esa generosidad superlativa que solo se da en los suicidas. No se supo bien si Álvarez logró detener la mole o se caló de nuevo justo cuando una de las enormes ruedas estaba aplastando el pecho de Sebastián mientras Tono, acurrucado en su espalda, lo sacudía, levantaba la cabeza y miraba, indemne e incrédulo, a los presentes pidiendo ayuda sin dejar de empujar la rueda ni de tirar de la chaqueta de Sebastián ni de preguntarle que si

lo escuchaba, que si estaba vivo, que si sabía que quien le estaba hablando era Tono Suances.

Cuando con la ayuda de varios gatos lograron levantar el ZIS-5, el cuerpo de Lanza parecía inerte hasta que se le vio un charco rojo en la boca que le regurgitaba en el borde de los labios un segundo antes de que su cara cayera contra la tierra y empezara a estremecerse vomitando flemas y sangre.

Se le llama hora de oro a los sesenta minutos después de un accidente, en cuyo transcurso se pueden salvar hasta el cuarenta por ciento de los que han sufrido un traumatismo grave, pero ese tiempo se había sobrepasado cuando pusieron a Lanza sobre la mesa del quirófano. Lo llevaron al hospital de Santiago y lo metieron entre la llantina de su familia y voces de urgencia en una sala donde una monja lo desnudó y, sin saber bien qué hacer, le limpió la sangre y le dio friegas de alcohol mientras se desesperaba por la tardanza del cirujano.

Después de dos operaciones y de agónicas convalecencias, es imposible saber si el propio Lanza hubiera deseado salir con vida del hospital, porque esa vida es ahora un cuerpo sin apenas movilidad y como empotrado o arrugado dentro de una silla de ruedas. Una silla, un mastín solícito atado a esa silla, una mujer que es su esposa o su hija empujando el carromato sobre el que la cara de Lanza parece siempre sonreír mientras alza un poco la mano como si también sonriera con la palma para saludar (porque debe creer que lo aclaman) a los viandantes.

Cuento eso. Cuento que Tono empuja también la silla de Lanza y lo atiende con la prontitud del agradecimiento. Lo visita Tono, le habla, lo acompaña. Me preocupa esta deuda de gratitud de mi hermano porque a través de ella Lanza lo está sometiendo desde su silla de ruedas. Apenas tiene capacidad de movimiento y ha perdido el habla, pero desde esa vida terminal se extiende sobre Tono y entra en él para colonizar su conciencia.

Les hablo a Rosa y a Vidal de todo esto. Me hacen repetir y ampliar partes de lo relatado y al final ella pellizca la barbilla de Lamarca, Tenías razón, susurra casi para sí, y, arrastrando sus palabras con la fuerza de su mirada, alza la voz con un deje de convicción:

—Ahí está el final de tu cómic.

Lamarca ojea las fotos del camión ruso que le he traído y se sienta luego para estudiar los cambios en la apariencia del ZIS-5 que necesita conocer para dibujarlo. Rosa, detrás de él, baja su cabeza a la altura de la de Vidal y mira también las fotos por encima de su hombro

mientras le veo a Lamarca un gesto preocupado cuando vuelve sobre el estado de Sebastián, cuando me pregunta con angustia, ¿Tú crees que sufre?, cuando me insiste con cara compungida, ¿Tú crees que se da cuenta de en qué estado está?, y tardo en responderle porque me vienen las palabras de Zabaleta, Tantos años y aún no sabes vivir, mientras que Rosa debe de estar sintiendo algo muy parecido porque le pasa las yemas de los dedos por las sienes con mucha ternura y acerca la cara hasta su oreja para decir muy suave, Niños del mundo, lo mismo que yo ahora estoy pensando o creo pensarlo por el hecho de que ella lo está diciendo: el poema de Vallejo, la posguerra anémica que a todos nos hizo niños incapaces de aprender la vida. Ha bajado Rosa tanto la voz que me parece que ha hablado dentro de su pensamiento. Ha seguido acariciando a Vidal y ha repetido:

—Niños del mundo.

Y yo he prolongado los versos de César Vallejo en un bisbiseo emocionado:

—Si cae España, niños, ¡cómo vais a cesar de crecer!

El hoy es malo, pero el mañana es mío Salvador Compán

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
www.espasa.es

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2017

ISBN: 978-84-670-5015-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: MT Color & Diseño, S. L.
www.mtcolor.es